

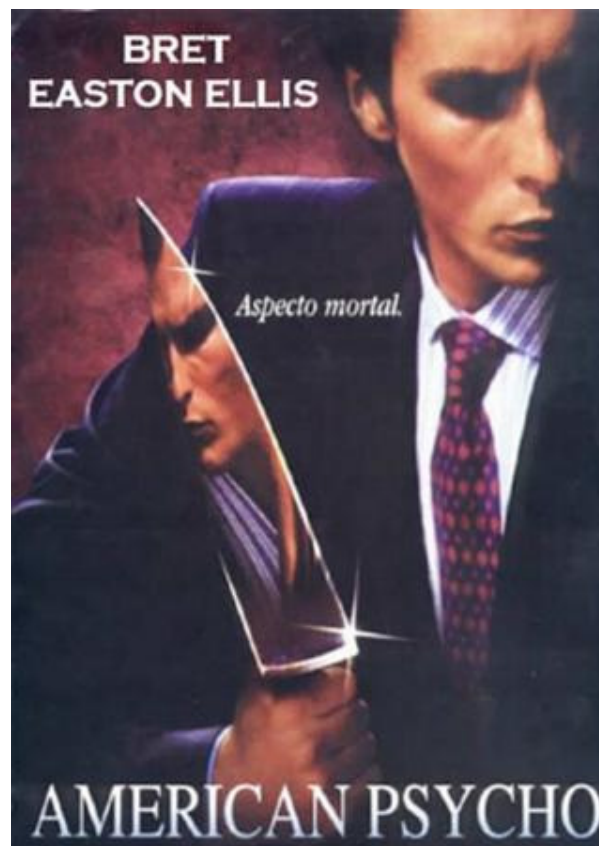
Bret Easton Ellis

American Psycho

BRET EASTON ELLIS

(PARTE 2)

American Psycho



libros Tauro

www.LibrosTauro.com.ar

Nell's

Medianoche. Estoy sentado a una mesa de Nell's con Craig McDermott y Alex Taylor –que está muy pasado– y tres modelos de Elite: Libby, Daisy y Caron. Es casi verano, mediados de mayo, pero el club tiene aire acondicionado y se está fresco, la música de una banda ligera de jazz llena la sala medio vacía, los ventiladores del techo dan vueltas y una inmensa multitud espera fuera bajo la lluvia; una masa ondulante. Libby es rubia y lleva unos zapatos negros de noche, de tacón alto, de gro exageradamente puntiagudos con lazos de raso rojo, de Yves Saint Laurent. Daisy es más rubia y lleva zapatos de raso negro abiertos por delante que destacan sobre unas medias negras salpicadas de plata, de Betsey Johnson. Caron es rubia platino y lleva botas de cuero muy puntiagudas con tacones cónicos y vuelta de luna, de Karl Lagerfeld para Chanel. Las tres llevan unos mínimos vestidos negros de lana de Giorgio di Saint Angelo y toman champán con zumo de arándanos y aguardiente de melocotón y fuman pitillos alemanes –pero no me quejo, aunque creo que me gustaría más Nell's si establecieran una zona para no fumadores–. Dos de ellas llevan gafas de sol Giorgio Armani. Libby tiene jet lag. De las tres, Daisy es la única con la que me apetecería remotamente follar. Horas antes, después de una reunión con mi abogado para tratar de unas falsas acusaciones de violación, he tenido un ataque de ansiedad en Dean & DeLuca que he superado haciendo ejercicio en Xclusive. Luego me he reunido con las modelos para tomar unas copas en el Trump Plaza. A esto ha seguido una película francesa que no he entendido en absoluto, pero que de todos modos era bastante chic, luego hemos cenado en un restaurante japonés que se llama Vivids y estaba cerca del Lincoln Center, y hemos ido a una fiesta que daba un ex novio de una de las modelos en su apartamento de Chelsea, donde servían una sangría muy mala. La noche pasada tuve unos sueños pornográficos en los que me follaba a chicas de cartón. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre el aerobio.

Yo llevo un traje de lana de dos botones con pantalones de pinzas de Luciano Soprano, una camisa de algodón de Brooks Brothers y una corbata de seda de Armani. McDermott se ha puesto un traje de lana de Lubiam y un pañuelo de bolsillo de lino de Ashear Bros, una camisa de algodón de Ralph Lauren y una corbata de seda de Christian Dior, y está a punto de lanzar una moneda al aire para ver cuál de nosotros va a ir al piso de abajo a conseguir polvo boliviano que nos anime, porque, aunque *ninguno* quiere seguir sentado allí con las chicas, aunque probablemente nos las queramos follar, no queremos, de hecho *no podemos* hablar con ellas, ni siquiera en plan condescendiente –simplemente no tienen *nada* que decir y, me refiero a que esto no me debería sorprender aunque en cierto modo me desorienta–. Taylor está sentado muy tieso, pero tiene los ojos cerrados, la boca ligeramente abierta, y aunque McDermott y yo en principio hemos pensado que protestaba por la falta de habilidad verbalde las chicas haciendo como que estaba dormido, se nos ocurre que anda realmente jodido (lleva incoherente desde los tres sakes que ha tomado en Vivids), pero ninguna de las chicas le presta atención, excepto quizá Libby, que es la que está sentada junto a él, pero lo dudo, lo dudo mucho.

–Cara, cara, cara –murmuro para mí mismo. McDermott lanza la moneda.

–Cruz, cruz, cruz –dice, y luego pone la mano encima de la moneda, una vez que ésta ha aterrizado en su servilleta.

–Cara, cara, cara –repito yo, rezando.

Alza la palma de la mano.

–Es cruz –dice, mirándome.

Contemplo la moneda durante largo rato, antes de decir: –Lánzala de nuevo.

–Hasta ahora –dice él, mirando a las chicas antes de levantarse. Luego me mira a mí, pone los ojos en blanco, se sacude brevemente la cabeza–. Oye –me recuerda–. Quiero otro martini. De Absoluto Doble. Sin aceituna.

–Date prisa –le digo, y luego, para mí mismo, viendo como se despide alegremente con la mano desde el comienzo de la escalera, añado–: Jodido subnormal.

Paseo la vista por la sala. Detrás de nosotros, una mesa de tías buenas euro basura, que sospechosamente parecen travestidos brasileños, se ríen al unísono. Vamos a ver..., el sábado por la noche voy al partido de los Mets con Jeff Harding y Leonard Davis. Alquilo unas películas de Rambo el domingo. El nuevo Lifecycle me lo entregarán el lunes... Miro a las tres modelos durante una agónica cantidad de tiempo, minutos, antes de decir algo, notando que una ha pedido un plato de rodajas de papaya y otra un plato de espárragos, aunque los dos permanecen sin tocar. Daisy me mira con cuidado, luego apunta con la boca en mi dirección y suelta el humo hacia mi cabeza, aunque no me entra en los ojos, que en cualquier caso llevo protegidos por las gafas Oliver Peoples con montura de secoya que he llevado puestas la mayor parte de la noche. Otra, Libby, la chica con jet lag, está tratando de desdoblar su servilleta. Mi nivel de frustración es sorprendentemente bajo, porque las cosas podrían ir peor. Después de todo, podrían ser *inglesas*. Podríamos estar tomando...
té.

–Bien, bien –digo, uniendo las manos, tratando de parecer atento–. Hoy ha hecho calor. ¿No?

–¿Adónde ha ido Greg? –pregunta Libby, notando la ausencia de McDermott.

–Bueno, es que Gorbachov está en el piso de abajo –le digo–. McDermott, *Greg*, va a firmar un tratado de paz con él, entre Estados Unidos y Rusia. –Hago una pausa, tratando de calcular su reacción, antes de añadir–: McDermott es el que está detrás de la glasnot, ya sabes.

–Bueno..., claro... –dice ella, con una voz imposible, sin entonación, asintiendo–. Pero me ha dicho que se dedicaba a fusiones de empresas y... adquisiciones.

Yo estoy mirando a Taylor que sigue dormido. Tiro de uno de sus tirantes y lo suelto, pero no reacciona, no se mueve, luego me vuelvo hacia Libby.

–No estarás desconcertada, ¿verdad?

–No –dice ella, encogiéndose de hombros–. La verdad es que no.

–Gorbachov no está abajo –dice Caron, de repente.

–¿Has mentido? –pregunta Daisy, sonriendo.

Estoy pensando: «Vaya por Dios.»

–Sí. Caron tiene razón. Gorbachov no está abajo. Está en Tunnel. Perdonad un momento. Camarera. –Agarro a una tía buena que pasa junto a nuestra mesa y que lleva un vestido de encaje azul marino de Bill Blass con un volante de organza–. Yo quiero un J&B con hielo y que me traiga un cuchillo de carnicero o algo afilado de la cocina. ¿Y vosotras, chicas?

Ninguna dice nada. La camarera está mirando a Taylor. Yo también le miro, y luego a la camarera que está tan buena, y luego de nuevo a Taylor.

–A él tráele, bueno, un sorbete de pomelo y, oh, digamos, que un whisky escocés, ¿de acuerdo?

La camarera se limita a mirarle.

–Venga, guapa. –La despido agitando la mano delante de su cara–. ¿J&B? ¿Con hielo? –le digo, imponiéndome a la banda de jazz, que está en mitad de una buena interpretación de «Take Five».

Por fin ella asiente.

–Y a ellas tráelas –señalo a las chicas– lo que estén tomando–. ¿Ginger, vale? ¿Vino?

–No –dice Libby–. Es champán. –y le pregunta a Caron–: ¿Verdad?

–Eso creo. –Caron se encoge de hombros.

–Con aguardiente de melocotón –le recuerda Daisy. –Champán –le repito a la camarera–. Con, bueno, aguardiente de melocotón. ¿Entiendes?

La camarera asiente, toma nota, se marcha, y yo le miro el culo según se aleja, luego miro a las tres chicas, examinándolas atentamente para ver si encuentro alguna señal de traición en sus rostros, un gesto que suprima su aspecto de robots, pero Nell's está bastante a oscuras y mi esperanza sólo es un deseo injustificado, de modo que vuelvo a unir las manos y respiro.

–Ha hecho calor hoy. ¿Verdad?

–Necesito unas pieles nuevas –dice Libby, suspirando, y mira su copa de champán.

–¿Largas o hasta la pantorrilla? –pregunta Daisy, con la misma voz sin entonación.

–¿Y una estola? –sugiere Caron.

–Bueno, unas largas o... –Libby se interrumpe y piensa intensamente durante un minuto–. He visto unas cortas que...

–Pero de Ce visón, ¿verdad? –dice Daisy–. *De Visón*, sin la menor duda.

–Claro. De visón –dice Libby.

–Oye, Taylor –susurro, dándole unos meneas–. Despierta. Están hablando. Tienes que ver esto.

–Pero ¿de qué tipo? –Caron parece lanzada.

–¿No os parece que algunos visones son demasiado... *esponjosos*? –pregunta Daisy.

–Algunos visones *son* demasiado esponjosos. –Esta vez es Libby. –El zorro plateado se lleva *mucho* –murmura Daisy.

–Las de tonos beige también se llevan mucho –asegura Libby. –¿Cómo cuáles? –pregunta una.

–Lince. Chinchilla. Armiño. Marta...

–¿Qué tal? –dice Taylor, despertándose y parpadeando–. Estoy aquí.

–Vuelve a dormirte, Taylor –digo yo, suspirando. –¿Dónde está mister McDermott? –pregunta, desperezándose.

–Ha ido abajo. A buscar coca. –Me encojo de hombros. –El zorro plateado se lleva mucho –dice una de las chicas. –Mapache. Turón. Ardilla. Rata almizcleña. Cordero mogol. –¿Estoy soñando? – Me pregunta Taylor–, o... ¿están hablando de verdad?

–Bueno, me parece que por eso se puede tomar. –Doy un respingo–. Chisto Escucha. Es sugerente.

En el restaurante japonés de esta noche, McDermott, en un estado de completa frustración, les ha preguntado a las chicas si sabían el nombre de alguno de los nueve planetas. Libby y Caron han dicho que la kuna. Daisy no estaba segura de ninguno, pero ha dicho... Cometa. Daisy creía que Cometa era un planeta. Pasmados, McDermott, Taylor y yo le hemos asegurado que eso era.

–Bueno, ahora no resulta difícil encontrar buenas pieles –dice lentamente Daisy–. Desde que los diseñadores de ropa confeccionada se dedican al campo de la piel, aumentan las posibilidades de elección, porque cada diseñador elige pieles diferentes para proporcionar a sus colecciones un carácter personal.

–Es todo tan espantoso –dice Caron, estremeciéndose. –No te asustes –dice Daisy–. Las pieles sólo son un accesorio. No te asustes por eso.

–Pero un accesorio lujoso –señala Libby.

Pregunto a la mesa:

–¿Ha jugado alguien con una TEC de nueve milímetros Uzi? Es un arma. ¿No? Resultan especialmente útiles porque este modelo tiene un cañón al que se le puede adaptar un silenciador y cañones accesorios. –Digo esto asintiendo.

–Las pieles no deben asustar a nadie. – T Taylor me mira y dice sin expresión–: Aquí va saliendo a la luz una información sorprendente.

–Pero un accesorio lujoso –insiste Libby.

La camarera reaparece, sirviendo las copas y el sorbete de pomelo. Taylor lo mira y dice, parpadeando:

–Yo no he pedido esto.

–Sí, lo has pedido –le digo yo–. Lo has pedido en sueños. –No, no lo he pedido –dice, inseguro.

–Me lo tomaré yo –digo–. y ahora, escucha. –Tamborileo ruidosamente en la mesa con los dedos.

– Karl Lagerfeld también se dedica a las pieles –está diciendo Libby.

–¿Por qué?

–Creó la colección Fendi, claro –dice Daisy, encendiendo un pitillo.

–A mí me gusta el cordero mogol mezclado con topo o... –Caron se interrumpe para reírse ahogadamente– esa chaqueta negra de piel bordeada de cordero persa.

–¿Qué opinas de Geoffrey Been? –le pregunta Daisy. Caron reflexiona.

–Los cuellos blancos de raso..., no estoy segura.

–Pero hace cosas maravillosas con el cordero tibetano –dice Libby.

–¿Y Carolina Herrera? –pregunta Caron.

–No, no, demasiado esponjoso –dice Daisy, negando con la cabeza.

Demasiado estilo colegiala –está de acuerdo Libby. –James Galanos, sin embargo, tiene el mejor lince ruso –dice Daisy.

–Y no te olvides de Arnold Scaasi. El armiño blanco –dice Libby–. Es para *morirse*.

–¿De verdad? –Sonríe y hago una mueca depravada–. ¿Para morirse?

–Para morirse –vuelve a decir Libby, mostrándose firme sobre algo por primera vez en toda la noche.

–Creo que estarías adorable, Taylor, con un Geoffrey Beene –digo yo con una voz aguda, de marica, dándole un codazo, pero se ha vuelto a dormir y no le importa. Levanto la mano con un suspiro.

–Ahí está Miles... –Caron mira a un gorila de cierta edad de la mesa de al lado con el pelo gris cortado al cepillo y una jovencita de once años en el regazo.

Libby se vuelve para asegurarse.

–Pero yo creía que estaba rodando esa película sobre Vietnam en Filadelfia.

–No. En *Filipinas* –dice Caron–. No era en Filadelfia. –Claro, claro –dice Libby, y luego–: ¿Estás segura?

–Sí. En realidad ya la ha terminado –dice Caron con un tono de total indecisión. Parpadea–. De hecho ya se... ha estrenado. –Vuelve a parpadear–. Se estrenó, creo que... el año pasado.

Las dos están mirando la mesa de al lado sin interés, pero cuando se vuelven hacia nuestra mesa, sus ojos se clavan en el dormido Taylor y Caron se vuelve hacia Libby y dice, suspirando:

–¿No deberíamos dejar esto y despedimos?

Libby asiente lentamente, con expresión perpleja a la luz de la vela, y se pone de pie.

–Perdónanos.

Se marchan. Daisy se queda, se bebe el champán de Caron. Me la imagino desnuda, muerta, con colillas en el ombligo, las tetas quemadas por los pitillos, Libby comiéndose su cadáver, luego me aclaro la voz y digo:

–Hoy ha hecho calor, ¿no crees?

–Sí –se muestra de acuerdo.

–Pregúntame algo –le digo, sintiéndome bien de repente. Da una calada a su pitillo, luego suelta el humo.

–¿Entonces a qué te dedicas?

–¿Qué crees tú que hago? –También me siento alegre.

–¿Eres modelo? –Se encoge de hombros–. ¿Actor?

–No –digo yo–. Halagador, pero no.

–¿Entonces qué?

–Normalmente me dedico a asesinar y ejecutar a gente. Depende. –Me encojo de hombros.

–¿Y te gusta eso? –pregunta, imperturbable.

–Bueno..., depende. ¿Por qué? –Tomo un poco del sorbete. –Bueno, a la mayoría de los chicos que conozco que se dedican a la fusión y adquisición de empresas no les suele gustar su trabajo –dice ella.

–Eso *no* es lo que yo decía –digo, con una sonrisa forzada, terminando mi J&B–. Olvídalo.

–Hazme una pregunta –dice ella.

–Muy bien. ¿Adónde vas... –me interrumpo un momento, confuso– este verano?

–A Maine –dice ella–. Pregúntame algo más.

–¿Dónde haces ejercicio?

–Con un preparador privado –dice ella–. ¿Y tú?

–En Xclusive –digo–. Está en el Upper West Side.

–¿De verdad? –Sonríe, luego se fija en algo de detrás de mí, pero no le cambia la expresión y su voz se mantiene neutra–. Francesca. Dios mío. Es Francesca. Mira.

–¡Daisy! ¡Y Patrick! –chilla Francesca–. Daisy, ¿qué diablos andas haciendo con un *semental* como Bateman? –Se acerca a la mesa con una chica de aspecto aburrido que no conozco. Francesca lleva un vestido de terciopelo de Saint Laurent Rive Gauche y la chica que no conozco lleva un vestido de lana de Geoffrey Beene. Las dos llevan perlas.

–Hola, Francesca –digo.

–Daisy, Dios mío, Ben y Jerry están *aquí*. Adoro a Ben y a Jerry. –Creo que dice *eso*, sin respirar, gritando por encima de la música (de hecho, apagando la música) que interpreta la banda de jazz–. ¿No *adoras* tú a Ben y Jerry? –pregunta, con los ojos muy abiertos, y luego grita bruscamente a una camarera que pasa–: ¡Zumo de naranja! ¡Necesito zumo de *naranja*! ¿Dónde está Nell? Tengo que contárselo –murmura, paseando la vista por la sala, luego se vuelve hacia Daisy–. "¿Qué cara tengo? Bateman, *Ben y Jerry están aquí*. No te quedes sentado como un idiota. No estoy bromeando. Adoro a Patrick pero, vamos, Bateman, ánimo, *semental*, que Ben y Jerry

están aquí. –Guiña el ojo lascivamente, luego se pasa la lengua por los labios. Francesca escribe en el *Vanity Fair*.

–Pero ya... –me interrumpo y bajo la vista muy molesto hacia mi sorbete–. Ya he pedido este sorbete de pomelo. –Señalo lúgubrementemente el sorbete, confuso–. No quiero helado.

–Por el amor de Dios, *Bateman*, *Jagger* está aquí. Mick. Jerry. Ya sabes –dice Francesca, hablando a la mesa pero paseando la vista continuamente por la sala. La expresión de Daisy no ha cambiado ni una vez en toda la velada–. *Que y-u-p-p-i-e es* –dice a la rubia, y luego los ojos de Francesca se fijan en mi sorbete. Yo me echo hacia atrás a la defensiva.

–Oh, sí—digo—. *Just another night, just another night with you...* –canto, o algo así–. Ya sé quién es.

–Estás muy delgada, Daisy, me preocupas. Bueno, os presento a Alisan Poole, que también está muy delgada y me preocupa –dice Francesca, dándome una ligera palmada en las manos que protegen el sorbete, que atrae hacia ella–. Éstos son Daisy Milton y Patrick... –Ya nos conocemos –dice Alisan, mirándome fijamente.

–¿Qué tal, Alisan? Pat Bateman –digo, tendiendo la mano. –Ya nos *conocemos* –vuelve a decir ella, mirándome con mayor dureza.

–¿Sí? ¿Nos conocemos? –pregunto.

Francesca grita:

–Dios santo, fijaos en el perfil de Bateman. Totalmente *romano*. ¡Y esas *pestañas!* –chilla.

Daisy sonrío, admitiéndolo. Yo hago como que no me doy cuenta.

Reconozco a Alisan como a una chica con la que me lo hice mientras estaba en el derby de Kentucky con Evelyn y sus padres. Recuerdo lo que gritó cuando traté de meterle el puño entero, con un guante puesto y embadurnado de vaselina, pasta de dientes y todo lo que pude encontrar, en la vagina. Ella estaba borracha, pasada de coca, y yo la había atado con un cable, le había puesto cinta adhesiva en la boca, en la cara, en los pechos. Francesca me la había chupado antes. No recuerdo el sitio, o cuándo, pero me la había chupado y me gustó. De repente recuerdo, con dolor, a que me hubiera gustado ver cómo se desangraba Alisan hasta morir aquella tarde de la primavera pasada, pero algo me lo impidió. Estaba muy pasada.

–¡Dios Santo! –No dejaba de quejarse durante aquellas horas mientras sangraba por la nariz, pero no lloraba. Puede que ése fuera el problema; puede que eso fuera lo que la salvó. Gané mucho dinero aquel fin de semana con un caballo que se llamaba Exhibición In decente.

–Bien..., hola. –Sonrío débilmente, pero enseguida recupero mi confianza. Alisan nunca le contaría a nadie aquella historia. Posiblemente nadie se habrá enterado de lo de aquella tarde adorable y horrible. Le sonrío forzosamente en la oscuridad de Nell's

–Sí, me acuerdo de ti. Fuiste realmente... –Hago una pausa, luego gruño brusco.

Ella no dice nada, se limita a mirarme como si fuese de una civilización extraña o algo así.

–Dios santo. ¿Taylor está dormido o muerto? –pregunta Francesca, mientras devora lo que queda de mi sorbete–. Dios mío, ¿ha leído alguien la Page Six de hoy? Salía yo, y también Daisy. Y Taffy

Alisan se despide sin mirarme.

–Voy abajo a buscar Skip y a bailar un poco –dice, y se aleja. McDermott vuelve y lanza una ojeada a Alisan –que se aparta cuando pasa junto a él–, antes de ocupar el asiento contiguo al mío– ¿Ha habido suerte? –pregunto.

–Nada que hacer –dice, restregándose la nariz. Se lleva la copa a la cara y la huele, luego toma un trago y enciende uno de los pitillos de Daisy. Vuelve a mirarme mientras lo enciende y se

presenta a sí mismo a Francesca antes de volver a mirarme—. No pongas esa cara de *asombro*, Bateman. Son cosas que *pasan*.

Hago una pausa, mirándole fijamente, antes de preguntar: —¿No me estarás jodienda, McDermott?

—No —dice él—. Mala suerte.

Vuelvo a hacer otra pausa, luego me miro el regazo y suspiro. —Oye, McDermott, ya me ha pasado otras veces. Sé lo que andas haciendo.

—Me he follado a ésa. —Vuelve a sorber por la nariz mientras señala a la chica de las mesas de delante. McDermott suda copiosamente y apesta a Xeryus.

—¿De verdad? Muy bien. Pero ahora escúchame —digo yo, y viendo algo con el rabillo del ojo, añado—: *Francesca...*

—¿Qué? —Alza la vista, con una gota de sorbete resbalándole por la barbilla.

—¿Estás tomándote mi sorbete? —Señalo el plato.

Ella traga saliva, mirándome fijamente.

—Anímate, Bateman. ¿Qué quieres que me haga, semental maravilloso? ¿Un análisis del sida? Oh, Dios mío, hablando de eso, ese chico de ahí, Krafft. Bueno. Sin duda.

El chico que señala Francesca está sentado a una mesa de cerca del escenario donde toca la banda de jazz. Lleva el pelo peinado hacia atrás y tiene un rostro infantil y viste un traje con pantalones de pinzas y una camisa de seda y toma un martini y no es difícil imaginario con alguien en la cama, esta misma noche, probablemente con la chica junto a la que está sentado: rubia, grandes tetas, con un vestido con remaches metálicos de Giorgio di Sant' Angelo.

—¿No deberíamos decírselo a la chica? —pregunta alguien.

—Oh, no —dice Daisy—. Para nada. Parece una puta de verdad. —Óyeme, McDermott —me inclino hacia él—. *Tienes* drogas. Te lo noto en los ojos. Por no mencionar ese jodido sorberse los mocos.

—Nada en absoluto. *Negativo*. Esta noche no, cariño —niega con la cabeza.

Aplausos para la banda de jazz —la mesa entera aplaude, incluso Taylor, al que Francesca ha despertado inadvertidamente, y yo me aparto de McDermott, francamente jodido, y junto las palmas de las manos como todos los demás—. Caron y Libby se acercan a la mesa y Libby dice:

—Caron tiene que ir a Atlanta mañana. Unas fotos para *Vague*. Tenemos que irnos.

Alguien pide la cuenta y McDermott pone su American Express Oro encima, lo que demuestra sin la menor duda que le ha pegado a la coca, porque es un tacaño famoso.

Fuera hace bochorno y llovizna, casi como si fuera neblina, hay relámpagos pero no truenos. Tiro de McDermott con ganas de pegarle, y casi derribo a un inválido que está en una silla de ruedas y que recuerdo haber visto al entrar, al lado de los cordones, y el tipo todavía sigue allí sentado, moviéndose por el pavimento, totalmente ignorado por los porteros.

—McDermott —grito—. Dame nuestras *drogas*.

Se vuelve, enfrentándose, y se echa a reír, retorciéndose. Luego se interrumpe bruscamente y se dirige a una negra y un niño que están sentados a la entrada de una tienda de alimentación cerrada junto a Nell's y que seguramente están mendigando comida, posiblemente con un cartel de cartón a los pies. Es difícil decir si el niño, de seis o siete años, es negro o no, incluso si en realidad es una niña, pueda luz del exterior de Nell's es demasiado intensa y tiende a hacer que la piel de todo el mundo parezca amarillenta, sin color.

—¿Qué están *haciendo*? —dice Libby, mirando, estupefacta—. ¿No saben que tienen que estar más cerca de los cordones?

—Libby, ven —dice Caron llevándola hacia dos taxis que hay en el bordillo de la acera.

–McDermott –grito yo–. ¿Qué *demonios* estás haciendo?

McDermott tiene los ojos vidriosos y agita un billete de dólar delante de la cara de la mujer, que se pone a sollozar, tratando patéticamente de agarrarlo, pero claro, como es típico, él no se lo da. En lugar de ello, prende fuego al billete con unas cerillas del Canal Bar y vuelve a encender el puro medio fumado que tiene entre sus blancos dientes, probablemente con fundas, el mamón.

–Eres amable de verdad, McDermott –le digo.

Daisy está apoyada en un Mercedes blanco aparcado junto al bordillo. Otro Mercedes, éste una limusina negra, está aparcado en doble fila junto al blanco. Hay más relámpagos. Una ambulancia aúlla calle Catorce abajo. McDermott se acerca a Daisy y le besa la mano antes de saltar al segundo taxi.

Yo me quedo de pie delante de la negra que llora; Daisy me mira.

–Dios santo –murmuro, y luego–: Tome...

Y le doy a la negra unas cerillas de Lutece antes de darme cuenta del error. Luego encuentro otras de Tavern of the Green y se las tiro al niño y cojo las otras cerillas de las manos asquerosas y llenas de costra de la mujer.

–Dios santo –vuelvo a murmurar, dirigiéndome hacia Daisy.

–No hay *más taxis* –dice Daisy, con las manos en las caderas.

Otro relámpago hace que mire a su alrededor, pestañeando–. ¿Dónde están los fotógrafos? ¿Quién está sacando las fotos? –¡Taxi! –grito yo, tratando de detener a uno que pasa.

Otro resplandor cegador de luz ilumina el cielo por encima de las Zackendorf Towers y Daisy chillá:

–¿Dónde está el fotógrafo? *Patrick*. Diles que *paren*. –Está desconcertada, mueve la cabeza a la izquierda, a la derecha, detrás, a la izquierda a la derecha. Se quita las gafas de sol.

–Oh, Dios mío –murmuro yo, y la voz casi se convierte en un grito–. Son relámpagos. No es un fotógrafo. ¡*Relámpagos!*

–Claro, claro. ¿Cómo *te* vaya creer? Antes has dicho que Gorbachov estaba abajo –dice acusadoramente–. No te creo. Creo que hay fotógrafos de prensa.

–Dios santo, ahí hay un taxi. –Llamo con un silbido a un taxi que se acerca después de doblar desde la Octava Avenida, pero me dan un golpecito en el hombro y cuando me doy la vuelta, Bethany, una chica con la que salí en Harvard y con la que luego rompí, está delante de mí llevando un jersey con adornos de encaje y pantalones de viscosa y crepé de Christian Lacroix; tiene un paraguas abierto en una mano. El taxi que trataba de parar pasa zumbando.

–Bethany –digo yo, asombrado.

–Patrick. –Sonríe ella.

–Bethany –vuelvo a decir.

–¿Qué tal te va, Patrick? –pregunta ella.

–Bueno, bien, estoy bien –tartamudeo, y después de un breve silencio pregunto–. ¿Y tú?

–Bien de verdad, gracias –dice.

–¿Vives... aquí? –pregunto, atragantándome–. ¿En Manhattan?

–Sí. –Sonríe–. Trabajo en Milbank Tweed.

–Oh, bueno..., es estupendo. –Me vuelvo para mirar a Daisy y de repente me noto muy enfadado, recordando la comida en Cambridge, en Quartes, donde Bethany, con un brazo en cabestrillo, un cardenal cruzándole la mejilla, se lo zampó todo, pero de repente pienso: «Mi pelo, oh, Dios mío, mi *pelo*», y noto que la lluvia me lo está echando a perder. Bueno tengo que irme.

–Trabajas en P & P, ¿verdad? –me pregunta, y luego añade–: Tienes un aspecto estupendo.

Veo que se acerca otro taxi y reculo.

–Sí, bueno, ya sabes.

–A ver si comemos un día –propone ella.

–Podría ser divertido –digo, inseguro. El taxi ha visto a Daisy y se detiene.

–Te llamaré –dice ella.

–Cuando quieras –digo yo.

Un negro le ha abierto a Daisy la puerta del taxi; ella entra elegantemente y el negro mantiene abierta la puerta mientras subo yo, despidiéndome de Bethany con la mano.

–¿No hay propina, jefe? –pregunta el negro–, ¿por usted y por esa señora tan guapa?

–Sí –gruño, tratando de mirarme el pelo en el espejo retrovisor del taxi–. Aquí tienes la propina: consíguete un trabajo *de verdad*, jodido negro de mierda. –Luego cierro de un portazo y le digo al taxista que nos lleve al Upper West Side.

–¿No crees que era interesante la película de esta tarde con esos espías que no eran espías? –pregunta Daisy.

–Y ella la puede dejar en Harlem –le digo al taxista.

Estoy en el cuarto de baño de mi apartamento delante del espejo Orobwener, dudando si ducharme o lavarme la cabeza pues parece que tengo el pelo sucio por culpa de la llovizna. Decido echarme un poco de espuma y pasarme un peine. Daisy está sentada en la butaca de cromo y bronce de Louis Montoni situada junto a la cama, metiéndose cucharadas de helado Brittle Haagen–Dazs en la boca. Sólo lleva un sostén de encaje y un ligero de Blomingtondale's.

–¿Sabes? –me grita–, mi ex novio, Fiddler, en la fiesta de antes, no podía entender qué estaba haciendo con un *yuppie*.

No la escucho, pero mientras me miro el pelo, consigo decir:

–No me digas. ¿De verdad?

–Ha dicho... –Se ríe–. Ha dicho que le dabas malas vibraciones.

Suspiro, luego saco músculo.

–Eso está... muy mal.

Ella se encoge de hombros y, de improviso, admite:

–Se metía mucha cocaína. A veces me pegaba.

De repente me pongo a prestar atención, hasta que dice:

–Pero nunca me tocó la cara.

Me dirijo al dormitorio y empiezo a desnudarme.

–Crees que soy tonta, ¿verdad? –pregunta Daisy, mirándome fijamente, con sus piernas bronceadas y musculosas colgando de uno de los brazos de la butaca.

–¿Cómo? –Me quito los zapatos, y me agacho para recogerlos. –Que si piensas que soy tonta –dice–. Seguro que piensas que todas las modelos son tontas.

–No –digo yo, tratando de contener la risa–. La verdad es que no.

–Lo piensas –insiste ella–. Lo puedo asegurar.

–Creo que eres... –Me interrumpo.

–¿Qué? –Daisy sonrío, esperando.

–Creo que eres muy brillante, increíblemente... brillante –digo monótonamente.

–Eso es muy agradable. –Sonríe con serenidad, chupando la cucharilla–. Eres, bueno, tierno de verdad.

–Gracias. –Me quito los pantalones y los doblo cuidadosamente, colgándolos junto a la camisa y la corbata en el colgador de ropa de acero negro Philippe Stark–. ¿Sabes? El otro día cogí a mi asistente robando un trozo de pan tostado del cubo de la basura de la cocina.

Daisy piensa en ello, luego pregunta:

–¿Por qué?

Hago una pausa, mirando su estómago plano y bien definido. Tiene el torso bronceado y musculoso. Como el mío.

–Dijo que tenía hambre.

Daisy suspira y chupa la cucharilla concienzudamente.

–¿Crees que tengo bien el pelo? –Todavía sigo allí de pie, sólo con mis pantalones cortos de *jockey* de Calvin Klein, abultados por una erección, y unos calcetines de cincuenta dólares de Armani.

–Sí. –Se encoge de hombros–. Claro que sí.

Me siento en el borde de la cama y me quito los calcetines.

–Hoy he pegado a una chica que pedía dinero a la gente en la calle. –Hago una pausa, luego mido cuidadosamente cada una de las palabras siguientes–: Era joven y parecía asustada y tenía un cartel que decía que estaba perdida en Nueva York y que tenía un hijo, aunque yo no lo he visto. Y necesitaba dinero, para comida o algo así. Para un autobús a Iowa. Iowa. Creo que era Iowa y... –me interrumpo un momento, haciendo una bola con los calcetines.

Daisy me mira sin expresión durante un momento, antes de preguntar:

–¿Y luego?

Hago una pausa, distraído, y me pongo de pie. Antes de dirigirme al cuarto de baño, murmuro:

–¿Y luego? Le he pegado una paliza. –Abro el armario de las medicinas para coger un condón y, cuando vuelvo al dormitorio, digo–: Había pronunciado mal *tullida*. Bueno, quiero decir que ése no ha sido el motivo por el que lo he hecho pero..., ya sabes. –Me encojo de hombros–. Era demasiado fea para violarla.

Daisy se pone de pie, colocando la cucharilla junto a la caja del Haagen–Dazs, en la mesilla de noche diseñada por Gilbert Rhode. Le indico:

–No. Déjala en la caja.

–Oh, perdona –dice ella.

Admira un jarrón Palazetti mientras me pongo el condón. Me subo encima de ella y follamos y, tumbada debajo de mí, sólo es una forma inconcreta, incluso con todas las lámparas halógenas encendidas. Más tarde estamos tumbados uno a cada lado de la cama. Le toco el hombro.

–Creo que deberías irte a casa –digo.

Abre los ojos y se rasca la nuca.

–Creo que podría... hacerte daño –le digo–. No creo que me pueda controlar.

Me mira y se encoge de hombros.

–Muy bien. Vale. –y empieza a vestirse–. No quiero volver a comprometerme –dice.

–Creo que va a pasar algo malo –le digo.

Se pone los panties, luego se comprueba el pelo en el espejo Nabolwev y asiente.

–Lo entiendo.

Después de que se haya vestido y de que hayan pasado minutos de puro, de duro silencio, digo, no desesperanzado del todo:

–No quieres que te hagan daño ¿verdad?

Se abrocha la parte de arriba del vestido y suspira, sin volverse a mirarme.

–Por eso me marchó.

Yo digo:

–Creo que me pierdo algo importante.

Paul Owen

He filtrado las llamadas a lo largo de toda la mañana en mi apartamento, sin responder a ninguna, mirando cansinamente un teléfono inalámbrico mientras tomaba taza tras taza de un té sin téina. Luego he ido al gimnasio, donde he hecho ejercicio durante dos horas; luego he almorzado en el Health Bar y escasamente he podido tomar la mitad de un plato de endivias con aderezo de zanahorias que he pedido. Me he detenido en Barneys' s al volver de un edificio abandonado de almacenes de cerca de la Hell's Kitchen en el que había alquilado uno. Me han hecho un tratamiento facial. He jugado al squash con Brewster Whipple en el Yale Club y desde allí he reservado mesa para las ocho a nombre de Marcus Halberstam en Texarkana, donde cenaré con Paul Owen. He elegido Texarkana porque sé que mucha gente con la que tengo relaciones comerciales no va a cenar allí esta noche. Además me apetece su cerdo rebozado en chile y una o dos cervezas Dixie. Estamos en junio y llevo un traje de lino de dos botones, una camisa de algodón, una corbata de seda y zapatos de cuero, todo de Armani. A la entrada de Texarkana un mendigo negro muy alegre se me acerca, explicando que es el hermano menor de Bob Hope. Sujeta un vaso de plástico. Pienso que es divertido, de modo que le doy veinticinco centavos. Llego con veinte minutos de retraso. Desde una ventana abierta que da a la calle Diez puedo oír los últimos compases de «A Day in the Life», de los Beatles.

La barra del Texarkana está desierta y en el comedor sólo hay cuatro o cinco mesas ocupadas. Owen está en una mesa del fondo, quejándose duramente al camarero, acosándole, preguntándole las razones exactas por las que esta noche no tienen quingombó de langostino. El camarero, un marica con no demasiada mala pinta, está indeciso y balbucea una excusa. Owen no está de humor para bromas, pero tampoco yo. Cuando me siento, el camarero se vuelve a disculpar y luego anota lo que pido de beber.

–J&B *solo* –subrayo–. Y una cerveza Dixie.

El camarero sonríe mientras lo anota el hijoputa incluso pestañea–. Y cuando le vaya advertir que no intente coquetear conmigo, Owen pide muy enfadado:

–Un martini de Absolut doble. –Y la loca se marcha.

–Esto parece una colmena de lo abarrotado que está, Halberstam –dice Owen, señalando el comedor casi vacío–. Este sitio está lleno de actividad.

–Oye, aquí la sopa de tortuga y la arugala al carbón son espantosos –le digo.

–Sí, claro –farfulla, mirando su martini–. Llegas con retraso.

–Oye, soy hijo de divorciados. Dame un respiro –digo, encogiéndome de hombros y pensando: «Halberstam, eres un gilipollas.» Y luego, después de haber estudiado el menú, añado–: Veo que no aparece el lomo de cerdo con gelatina de lima.

Owen lleva un traje cruzado de seda y lino, una camisa de algodón y una corbata de seda, todo de Joseph Abboud, y su bronceado es impecable. Pero esta noche parece ajeno, sorprendentemente poco hablador, y su hosquedad termina con mi buen humor y mi interés expectante, y de repente tengo que recurrir a comentarios como:

–¿No es Ivana Trump ésa de ahí? –Luego me río y añado–: Caramba, Patrick, quiero decir *Marcus*, ¿en qué estás pensando? ¿Por qué iba a estar Ivana en Texarkana? –Pero esto no hace la cena menos monótona. No contribuye a suprimir el hecho de que Paul Owen es exactamente de mi misma edad, veintisiete años, ni hace que todo me resulte menos desconcertante.

Lo que al principio he tomado erróneamente por vanidad por parte de Owen, de hecho sólo es borrachera. Cuando insisto para conseguir información sobre la cuenta Fisher me ofrece unos datos estadísticos inútiles que ya conocía: que Rothschild se encargó originalmente de la cuenta y que Owen se ocupa ahora de ella. Y aunque hice que Jean consiguiera esa información para mis archivos *meses atrás*, no dejo de asentir con la cabeza, haciendo como si esta información fuera importante y diciendo cosas como:

–Eso es muy iluminador –mientras al tiempo le digo–: Estoy completamente loco y me gusta descuartizar chicas.

Cada vez que intento centrar la conversación en la misteriosa cuenta Fisher, él cambia de tema muy enfadado y habla de salones de bronceado o marcas de puros o de determinados gimnasios o de los mejores sitios para correr en Manhattan, y no deja de soltar risotadas, lo que encuentro totalmente descorazonador. Tomo cerveza sureña durante la primera parte de la comida y luego cambio a Diet Pepsi, pues necesito estar sobrio. Estoy a punto de decidir que Cecelia, la novia de Marcus Halberstam, tiene dos vaginas y que planeamos casarnos la primavera que viene en East Hampton, pero me interrumpe.

–Me noto un poco borracho –admite, estrujando una lima encima de la mesa sin conseguir alcanzar su jarra de cerveza.

–Vaya. –Hundo un palito de jicama en una mostaza de ruibarbo, haciendo como que no le oigo.

Está tan borracho cuando terminamos de cenar que 1) le hago pagar la cuenta que sube a doscientos cincuenta dólares, 2) le hago admitir que es el hijoputa majadero que de verdad es y 3) le llevo a mi apartamento donde se prepara *otra* copa –de hecho abre una botella de Acacia, que pensaba que había escondido, con un sacacorchos Mulazoni de plata de ley que me regaló Peter Radloff después de completar el asunto Heatherberg–. En el cuarto de baño saco el hacha que tengo escondida en la ducha, cojo dos Valiums de cinco miligramos, me los trago con un vaso lleno de Plax y luego voy al perchero de la entrada, donde me pongo un impermeable barato que compré en Brooks Brothers el miércoles y me dirijo hacia Owen, que está inclinado sobre el sistema estéreo del cuarto de estar examinando mi colección de CD –todas las luces del apartamento están encendidas y las persianas bajadas–. Owen se estira y da unos lentos pasos hacia atrás, bebiendo de su copa y lanzando una ojeada al apartamento, hasta que se sienta en una silla plegable de aluminio que compré en las rebajas de Conran's hace unas semanas y por fin se fija en los periódicos –ejemplares de *USA Today* y *W* y *The New York Times*– extendidos debajo de él, tapando el suelo, para proteger el parquet de roble blanco pulido de las manchas de su sangre. Me acerco a él con el hacha en la mano y con la otra me abrocho el impermeable.

–Oye, Halberstam –pregunta, arreglándoselas para farfullar las dos palabras.

–Dime, Owen –digo, acercándome más.

–¿Por qué tienes todos estos periódicos por el suelo? –pregunta cansinamente–. ¿Tienes perro? ¿Un chow chow o algo así?

–No, Owen. –Me desplazo lentamente alrededor de la silla hasta que me pongo delante de él, entrando directamente en su campo de visión, y está tan borracho que ni siquiera puede distinguir el hacha, ni nota que la levanto por encima de la cabeza. Y lo mismo cuando cambio de idea y me la bajo a la cintura, sujetándola como si fuera un bate de béisbol y fuera a golpear una pelota que viene, lo que de hecho es la cabeza de Owen.

Owen hace una pausa, luego dice:

–En cualquier caso, tienes discos de Iggy Pop, al que aborrecía, pero ahora que es tan comercial me gusta mucho más que...

El hacha le alcanza, en mitad de la frase, en plena cara y su ancha hoja le raja de un modo sesgado la boca, haciéndole callar. Los ojos de Paul me miran, luego se le ponen en blanco involuntariamente, luego me vuelve a mirar y de repente trata de agarrar el mango con las manos, pero la sorpresa del hachazo le ha dejado sin fuerza. Al principio no sale sangre, ni se oye nada a no ser los periódicos de debajo de los pies de Paul, que patalean, se arrastran, los desgarran. La sangre empieza a salirle poco a poco por ambos lados de la boca poco después del primer hachazo, pero cuando retiro el hacha –casi arrastrando a Owen fuera de la silla al tirarle de la cabeza– y vuelvo a golpearle en la cara, partiéndosela en dos, sus brazos tratan de agarrarse al vacío y la sangre brota en dos géiseres parduscos, manchándome el impermeable. De hecho esto viene acompañado de un sonido horrible, como un siseo súbito, que procede de las heridas del cráneo de Paul, de sitios donde el hueso y la carne ya no están unidos, y a esto sigue un desagradable sonido como de pedo originado por una parte de su cerebro que, debido a la presión, asoma, rosado y brillante, por las heridas de la cara. Cae al suelo agonizando, con la cara grisácea y llena de sangre, si se exceptúa uno de sus ojos, que parpadea incontrolable; su boca es una masa retorcida roja y rosa de dientes y carne y mandíbula, la lengua le cuelga por una herida abierta a un lado de la cara, unida solamente por lo que parece una espesa cuerda morada. Le grito:

–Jodido hijoputa gilipollas. Jodido hijoputa. –y me quedo allí esperando, contemplando la grieta de encima del Onica que el encargado todavía no ha hecho que me arreglen. A Paulle lleva cinco minutos morirse del todo. Otros treinta dejar de sangrar.

Tomo un taxi para ir al apartamento de Owen en el Upper East Side y, al atravesar Central Park en la desolación de esta sofocante noche de junio en el asiento trasero del taxi, me doy cuenta de que todavía llevo puesto el impermeable manchado de sangre. Entro a su apartamento con las llaves que he sacado del bolsillo del cadáver y una vez allí empapo el impermeable con gasolina de mechero y lo quemo en la chimenea. El cuarto de estar es desnudo, minimalista. Las paredes son de cemento pintado de blanco, excepto una de ellas, que está tapada por un dibujo científico a gran escala muy a la moda, y la pared que da a la Quinta Avenida, en la que hay una larga tira de faux cuero de vaca. Debajo hay un sofá negro de cuero.

Enciendo el Panasonic de gran pantalla de treinta y una pulgadas para ver *A última hora con David Letterman*, luego me dirijo al contestador para cambiar el mensaje de Owen. Mientras borro el que hay (Owen da todos los números de teléfono donde se le puede localizar –incluyendo el Seaport, *por el amor de Dios*– mientras las *Cuatro estaciones* de Vivaldi suena elegantemente al fondo) me pregunto en voz alta dónde podría mandar a Paul y, al cabo de unos minutos de intensa controversia interna, decido: a Londres.

–Mandaré al hijoputa a Inglaterra.

Hablo solo mientras quito el volumen del televisor y luego grabo el nuevo mensaje. Mi voz suena parecida a la de Owen y para quien la oiga por teléfono probablemente idéntica. Esta noche Letterman se ocupa de animales de compañía que hacen estupideces. Un pastor alemán con gorra de los Mets pela y se come una naranja. Lo repiten dos veces, a cámara lenta.

En una maleta de cuero hecha a mano con funda de lona color caqui, esquinas extrarreforzadas, cierres y cerraduras dorados, de Ralph Lauren, meto un traje cruzado de lana a rayas de seis botones y una camisa de franela azul marino, ambas cosas de Brooks Brothers, junto a una máquina de afeitar eléctrica recargable Mitsubishi, una horma para zapatos de plata, de Barney's, un reloj deportivo Tag Heuer, un monedero de cuero negro Prada, un Sharp Handy-Copier, un Sharp Dialmaster, su pasaporte en su funda para pasaportes de cuero negro, y un secador de pelo portátil Panasonic. También robo un lector portátil Toshiba con uno de los discos de la grabación del reparto original de *Les Misérables* todavía puesto. El cuarto de baño es completamente blanco si se exceptúa el papel pintado con manchas de dalmata que cubre una pared. Meto todos los artículos de aseo que podría necesitar en una bolsa de plástico Hefty.

Cuando vuelvo a mi apartamento, su cuerpo ya tiene rigor mortis, y después de envolverlo en cuatro toallas baratas color cereza que también compré en las rebajas de Conran's, meto a Owen de cabeza y completamente vestido en un saco de dormir de pluma de ganso Canalino, cuya cremallera cierro; lo arrastro luego fácilmente hasta el ascensor; después atravieso el vestíbulo, paso por delante del vigilante nocturno, camino manzana abajo y me tropiezo con Arthur Crystal y Kitty Martin, que vienen de cenar del Café Luxembourg. Por suerte, se supone que Kitty Martin está saliendo con Craig McDermott, que pasa la noche en Houston, de modo que no me detengo casi, aunque Crystal –el muy hijoputa– me pregunta cuáles son las normas generales que se deben adoptar para llevar una chaqueta de esmoquin blanca. Después de responderle brevemente, llamo a un taxi, consigo meter el saco de dormir en el asiento trasero casi sin esfuerzo, me subo y le doy al conductor la dirección de Hell's Kitchen. Una vez allí subo con el cuerpo los cuatro tramos de escaleras y coloco el cuerpo de Owen en una bañera de porcelana muy grande, le quito su traje Abboud y, después de mojar el cadáver, vierto dos sacos de cal viva encima.

Más tarde, hacia las dos, no me puedo dormir. Evelyn me coge mientras estoy oyendo los mensajes del contestador y viendo una cinta en el vídeo del programa de Patty Winters de esta mañana, que es sobre personas con deformaciones.

–¿Patrick? –pregunta Evelyn.

Hago una pausa, luego con voz monótona anuncio:

–Este es el número de Patrick Bateman. Ahora no puede atender el teléfono. Por favor deje el mensaje después de la señal... –Hago otra pausa, y añado–: Que tenga un buen día. –Hago una pausa más, rogando a Dios que se lo trague, antes de emitir un miserable–: Piii.

–Deja de hacer el tonto, Patrick dice ella, enfadada–. Sé que eres tú. ¿Qué demonios estás haciendo?

Sujeto el teléfono delante de mí y luego lo dejo caer al suelo, haciendo que golpee contra la mesilla de noche. Aprieto algunos de los números, confiando en que cuando me lleve el auricular a la oreja disfrutaré del tono porque habrá colgado.

–¿Diga? ¿Diga? –digo–. ¿Quién es? ¿Diga?

–Por el amor de Dios, deja de hacer tonterías. *Deja* de hacerlas ya –se queja Evelyn.

–Hola, Evelyn –le digo, alegremente, con una mueca de desagrado en la cara.

–¿Dónde has *estado* esta noche? –pregunta–. Creía que íbamos a cenar juntos. Creía que habías reservado mesa en Raw Space.

–No, Evelyn –digo, suspirando, súbitamente muy cansado–. No habíamos quedado en eso. ¿Por qué lo has creído así?

–Creía que me habías dejado una nota –se queja–. Creí que mi secretaria me había dejado una nota.

–Bueno, pues uno de los dos se ha equivocado –digo, rebobinando la cinta con el mando a distancia desde la cama–. ¿Raw Space, dices? Estás... loca.

–Cariño –se enfurruña ella–. ¿Dónde has estado esta noche?

Espero que no habrás ido a Raw Space sin mí:

–Dios santo –protesto– Tenía que alquilar unas cintas de vídeo. Quiero decir que tenía que devolver unos vídeos.

–¿Qué más has hecho? –pregunta ella, todavía lloriqueando.

–Bueno, me he encontrado con Arthur Crystal y Kitty Martin –digo–. Venían de cenar del Café Luxembourg.

–¿De verdad? –pregunta, muy interesada–. ¿Qué llevaba puesto Kitty?

–Un vestido de fiesta sin hombros con corpiño de terciopelo y falda de encaje con dibujos de flores, de Laura Marolacos, creo.

–¿y Arthur?

–Lo mismo.

–Venga, mister Bateman... –Se ríe–. Adoro tu sentido del humor.

–Oye, es muy tarde. Estoy cansado. –Simulo un bostezo.

–¿Te he despertado? –pregunta, preocupada–. Espero no haberte despertado.

–Sí –digo yo–. Me has despertado. Pero ha sido culpa mía el haber contestado a tu llamada, no tuya.

–¿Cenamos, cariño? ¿Mañana? –pregunta tímidamente, esperando una disculpa.

–No puedo. Tengo trabajo.

–Pareces el dueño de esa maldita empresa –se queja–. ¿Qué? ¿Qué trabajo tienes que hacer? No lo entiendo.

–Evelyn –digo, suspirando–. *Por favor.*

–Oh, Patrick, vayámonos fuera este verano –dice, anhelante–. Vayámonos a Edgartown o a los Hamptons.

–Iremos –digo yo–. Puede que vayamos.

Paul Smith

Estoy de pie en los almacenes Paul Smith hablando con Nancy y Charles Hamilton y su hijita de dos años, Glenn. Charles lleva un traje de lino cruzado con cuatro botones, de Readelli, una camisa de algodón de Ascot Chang, una corbata de seda estampada de Eugenio Venanzi y mocasines de Brooks Brothers. Nancy lleva una blusa de seda con perlas y una falda de chiffon de Valentino y pendientes de plata de Reena Pachochi. Yo llevo un traje cruzado de lana a rayas con seis botones y una corbata de seda estampada, las dos cosas de Louis, Bastan, y una camisa oxford de algodón, de Luciano Barbera. Glenn lleva un mono de seda Armani y una diminuta gorra de los Mets. La vendedora verifica la tarjeta de crédito de Charles, y yo estoy jugando con la niña mientras Nancy la tiene en brazos, ofreciéndole mi tarjeta American Express Platino, y la niña la agarra toda excitada,

y yo niego con la cabeza, hablando con voz muy aguda de niño, apretándole la barbilla, agitando la tarjeta delante de sus ojos.

–Sí, soy un psicópata total, un asesino, claro que lo soy, me gusta matar a la gente, sí, me gusta mucho, cariño, ricura, me gusta matar a la gente...

Hoy al salir de la oficina he jugado al squash con Ricky Hendricks, luego he tomado unas copas con Stephen Jenkins en Fluties y tengo previsto cenar con Bonnie Abbott en Pooncakes, el nuevo restaurante de Bishop Sullivan, en Gramercy Park, a las ocho. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre los supervivientes de los campos de concentración. Saco un televisor de bolsillo Sony Watchman (el FD-270), que tiene una minipantalla de 2,7 pulgadas en blanco y negro y sólo pesa trescientos cincuenta gramos, y se lo ofrezco a Glenn. Nancy pregunta:

–¿Qué tal son las huevas de sábalo de Rafaeli's? En cuanto salgamos de esta tienda, aunque no sea todavía de noche iremos allí.

–Fabulosas –murmuro, mirando alegremente a Glenn.

Charles firma el recibo y mientras vuelve a guardar su tarjeta American Express Oro en la cartera, se vuelve hacia mí y reconoce a alguien por encima de mi hombro.

–Hola, Luis –dice Charles, sonriendo.

Me doy la vuelta.

–Hola, Charles. Hola, Nancy. –Luis Carruthers besa a Nancy en la mejilla, luego estrecha la mano de la niña–. ¿Cómo estás, Glenn? Cada día más crecidita.

–Luis, ¿conoces a Robert Chan...? –empieza Charles.

–Pat Bateman –digo yo, volviendo a meterme el Watchman en el bolsillo–. Déjalo. Nos conocemos.

–Oh, lo siento. Es cierto. Pat Bateman –dice Charles. Luis lleva un traje de lana, una camisa de algodón y una corbata de seda, todo de Ralph Lauren. Como yo, como Charles, tiene el pelo peinado hacia atrás y lleva unas gafas Oliver Peoples con montura de secoya.

–Bien, bien –digo yo, estrechándole la mano. El apretón de Luis es firme, aunque horriblemente sensual al mismo tiempo–. Perdóname. Tengo que comprar una corbata. –Me despido con la mano de Glenn una vez más y me alejo para examinar las corbatas en la sala contigua, limpiándome la mano en una toalla de baño de doscientos dólares que cuelga de una percha de mármol.

Pero enseguida se acerca Luis y se apoya en el colgador de corbatas, haciendo como que las examina igual que yo.

–¿Qué andas haciendo por aquí? –susurra–.

–Comprándole una corbata a mi hermano. Pronto será su cumpleaños. Perdona. –Me aparto de él.

–Debe de estar muy contento de tener un hermano como tú –dice, poniéndose a mi lado y sonriendo con sinceridad.

–Puede ser, pero yo lo encuentro absolutamente repelente –digo–. Sin embargo, a ti te gustaría.

–Patrick, ¿por qué no me miras? –pregunta Luis, con tono angustiado–. *Mírame*.

–Por favor, *por favor*, déjame en paz, Luis –digo yo, con los ojos cerrados y los puños apretados.

–Vamos, Patrick, tomemos una copa en Sofi's y hablemos de esto –sugiere él, suplicándome.

–¿De *qué* es de lo que tenemos que hablar? –le pregunto, con incredulidad, abriendo los ojos.

–Bueno..., de *nosotros*. –Se encoge de hombros.

–¿Me has seguido hasta aquí? –pregunto.

–¿Hasta *dónde*?

–Hasta aquí. Hasta Paul Smith. ¿Por qué?

–¿Yo? ¿Seguirte? Vamos, Patrick... –Intenta reír, burlándose de mi observación–. Dios santo.

–Luis –digo yo, obligándome a cruzar mi mirada con la suya–. Déjame en paz, por favor. Vete.

–Patrick –dice él–. Te quiero mucho. Espero que te des cuenta de ello.

Me quejo, dirigiéndome a la sección de zapatos y sonriendo débilmente a un vendedor.

Luis me sigue.

–Patrick, ¿qué estás haciendo exactamente aquí?

–Bueno, quiero comprarle una corbata a mi hermano y... –Cojo un mocasín, luego suspiro–, y tú quieres chupármela, fíjate. Me largo de aquí.

Me dirijo nuevamente al colgador de corbatas, cojo una al azar y la llevo a la caja. Luis me sigue. Ignorándole, le entrego a la vendedora la tarjeta American Express Platino y le digo:

–Hay un vagabundo en la puerta. –Señalo por el escaparate a un tipo sin hogar que grita con una bolsa llena de periódicos, subido a un banco situado junto a la entrada de la tienda–. Debería usted llamar a la policía o hacer algo. –Ella asiente, me da las gracias y pasa mi tarjeta por el ordenador. Luis se queda allí, mirando tímidamente al suelo. Yo firmo el recibo, cojo la bolsa e informo a la vendedora, señalando a Luis–: No viene conmigo.

Una vez fuera intento encontrar taxi en la Quinta Avenida. Luis sale corriendo de la tienda detrás de mí.

–Patrick, tenemos que hablar –grita por encima del ruido del tráfico. Me alcanza corriendo, me agarra de una manga. Yo me doy la vuelta, con la navaja abierta, y le amenazo, advirtiéndole a Luis que se eche hacia atrás. La gente se aparta de nosotros y sigue andando.

–¿Qué pasa, Patrick? –dice, levantando las manos y retrocediendo–. Patrick...

Sigo amenazándole con la navaja hasta que un taxi al que he hecho señas se detiene. Luis trata de acercarse, con las manos todavía levantadas, y yo mantengo la navaja apuntada hacia él, dando navajazos al aire, mientras abro la puerta del taxi y luego la cierro y le digo al taxista que me lleve a Gramercy Park, al Pooncakes.

Cumpleaños, hermanos

Me paso el día entero pensando en qué tipo de mesa nos sentaremos mi hermano Sean y yo esta noche en la Quilted Giraffe. Como es su cumpleaños y resulta que en la ciudad están el contable de mi padre, Charles Conroy, y el administrador de sus propiedades, Nicholas Leigh, los dos me llamaron la semana pasada y ambos sugirieron que a todos nos sería de gran interés aprovechar esta fecha como una excusa para averiguar qué hace Sean en la vida y tal vez hacerle un par de preguntas al respecto. Y aunque los dos saben que yo aborrezco a Sean y que el sentimiento es recíproco, podría ser una buena idea conseguir que cenáramos juntos, y como reclamo, como trampa para el caso de que se negara, sugirieron mencionar, y no superficialmente, que pasaba algo malo. Celebré una conferencia telefónica con Conroy y Leigh el miércoles pasado por la tarde.

–¿Algo malo? ¿Como qué? –pregunté, tratando de concentrarme en los números de la pantalla de mi ordenador mientras simultáneamente le hacía señas con la mano a Jean para que se marchara,

aunque tenía en la mano unos papeles que debía firmar—. ¿Que todas las fábricas de cerveza Michelob del Nordeste están cerrando?

—No —dijo Charles, y luego añadió tranquilamente—: Dile que tu madre está... peor.

Reflexioné sobre esta táctica, luego dije:

—Podría no importarle. Dile... —Nicholas hizo una pausa, se aclaró la garganta y propuso delicadamente—: que tiene que ver con las propiedades de tu madre.

Alcé la vista hacia la pantalla, bajándome las gafas Wayfarer de aviador, y miré fijamente a Jean, luego hojeé brevemente la guía Zagat que estaba junto a la pantalla. En Pastels sería imposible. En Dorsia lo mismo. La última vez que llamé a Dorsia me colgaron incluso antes de que llegara a preguntar:

—Bueno, pues si no puede ser esta noche, ¿qué tal en enero?

Y aunque había jurado que conseguiría que me reservaran una mesa en Dorsia algún día (si no durante este año, por lo menos antes de cumplir los treinta), la energía que tendría que gastar para conseguirla no era digna de Sean. Además, Dorsia es demasiado chic para él. Quiero que sufra durante esta cena; no voy a permitir que se distraiga con las tías buenas camino de Nell's; quiero un sitio que tenga encargado de los lavabos, de modo que le resulte difícil continuar, estoy seguro de ello, su uso *crónico* de la cocaína. Le di la Zagat a Jean y le pedí que buscara el restaurante más caro de Manhattan. Ella reservó mesa para las nueve en la Quilted Giraffe.

—Las cosas están peor en Sandstone le digo a Sean esta tarde, hacia las cuatro. Se ha instalado en la suite de nuestro padre en el Cadyle. La cadena de vídeos musicales atruena al fondo, y otras voces se imponen a su estruendo. Oigo una ducha funcionando.

—¿Qué cosas? ¿Mamá se comió su almohada? ¿Qué?

—Creo que deberíamos cenar —digo.

—Dominique, tranquilízate —dice, luego tapa con la mano el auricular y murmura algo apagadamente.

—Oye, Sean. ¿Qué pasa? —pregunto.

—Te volveré a llamar —dice él, colgando.

Resulta que me gusta la corbata que le compré a Sean en Paul Smith la semana pasada y he decidido no dársela (aunque la idea de que el gilipollas, digamos, se ahorcara con ella me gusta mucho). De hecho decido llevada a la Quilted Giraffe esta noche. En lugar de la corbata, le regalaré un reloj con calculadora y banco de datos Casio QD-150 Quick-Dialer. Marca los números de teléfono con el sonido cuando se acerca al disco y almacena más de cincuenta nombres y números. Me pongo a reír mientras meto este regalo inútil en su caja, pensando para mí mismo que Sean no *conoce* a cincuenta personas. Ni siquiera podría decir el *nombre* de cincuenta personas. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre las ensaladas.

Sean llama a las cinco desde el Racquet Club y me dice que me reúna con él en Dorsia esta noche. Acaba de llamar a Brin, el dueño, y ha reservado mesa para las nueve. Tengo la cabeza hecha un lío. No sé qué pensar ni qué sentir. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre las ensaladas.

Más tarde, en Dorsia, las nueve y media: Sean lleva media hora de retraso. El maître se niega a dejar que me sienta hasta que llegue mi hermano. Lo que más temía..., una realidad. Una mesa muy buena delante de la barra espera allí, vacía, a que Sean se digne a ocuparla. Consigo controlar apenas mi enfado con un Xanax y un Absolut con hielo. Mientras meo en el servicio de caballeros, me fijo en una grieta pequeña, en forma de tela de araña, de encima del retrete y pienso que si desapareciera por ella, disminuyendo de tamaño de algún modo, habría muchas posibilidades de que nadie se diera cuenta de que había desaparecido. A... nadie... le importaría. De hecho, algunas

personas, si se dieran cuenta de mi ausencia, podrían tener una extraña e indefinible sensación de alivio. Pues lo cierto es que el mundo es mejor cuando han desaparecido algunas personas. Nuestras vidas no están interrelacionadas. Esa teoría es una mentira. Hay personas que la verdad es que no deberían estar aquí. De hecho una de ellas, mi hermano Sean, está sentado en la mesa que ha reservado cuando salgo del servicio, después de haber telefoneado a mi apartamento y escuchado los mensajes (Evelyn se va a suicidar, Courtney quiere comprar un chow chow, Luis sugiere que cenemos el jueves). Sean fuma sin parar y pienso para mí mismo: «*Maldita sea*, ¿por qué no pedí una mesa en la zona de no fumadores?» Está estrechando la mano del maître cuando me acerco, pero ni siquiera se molesta en presentarnos. Me siento y le saludo con la cabeza. Sean también me saluda con la cabeza después de pedir una botella de Cristal, sabiendo que voy a pagar yo; sabiendo también, estoy seguro, que sé que nunca bebe champán.

Sean, que ahora tiene veintitrés años, fue a Europa el otoño pasado, o al menos eso fue lo que dijo Charles Conroy que le contó Sean, y aunque Charles recibió una elevada cuenta del Plaza Athénée, la firma de las facturas no se parecía a la de Sean y nadie parece saber de verdad cuánto tiempo pasó Sean en Francia, o si realmente pasó allí algún tiempo. Después de andar sin rumbo por ahí, volvió a matricularse en Camden, donde estuvo tres semanas. Ahora está en Manhattan antes de volar a Palm Beach o a Nueva Orleans. Como era de prever, su actitud de esta noche alterna entre la melancolía y la arrogancia. También ha empezado, me acabo de fijar, a depilarse las cejas. Ya no las tiene unidas. La abrumadora necesidad que siento de mencionarle esto sólo se aplaca cuando cierro la mano con tanta fuerza que me arañó la palma de la mano y el bíceps de mi brazo izquierdo se dilata y rasga la tela de lino de la camisa Armani que llevo puesta.

–¿Te gusta este sitio? –pregunta, sonriendo maliciosamente. –Es mi... restaurante favorito – bromeo, con los dientes apretados.

–Vamos a pedir –dice él, sin mirarme, haciendo señas con la mano a una tía buena, que trae dos menús y la carta de vinos mientras sonrío amablemente a Sean, que la ignora por completo.

Abro el menú y *–maldición–* los platos llevan el precio al lado, lo que significa que Sean pide la langosta con caviar y raviolis de primero, y la langosta a la plancha con salsa de fresa de segundo: los dos platos más *caros* del menú. Yo pido el sashimi de codorniz con brioche a la plancha y los carabineros con gelatina de uvas. Una tía buena abre la botella de Cristal y lo sirve en *vasos*, que deberían estar fríos. Después de irse la chica, Sean nota que le miro de un modo vagamente desaprobador.

–¿Qué pasa? –pregunta.

–Nada –digo yo.

–¿Qué... pasa..., Patrick? –Espacia las palabras de modo ofensivo.

–¿Langosta de primero, y de segundo?

–¿Qué quieres que pida? ¿Patatas fritas de primero?

–¿*Dos* langostas?

–Estas cajas de cerillas son ligeramente más grandes que las langostas que sirven aquí –dice–. Además, no tengo mucha hambre. –Razón de más.

–Me disculparé por fax.

–Con todo, Sean...

–Rock'n'roll...

–Lo sé, lo sé, rock'n'roll. Tómalo como quieras, ¿de acuerdo? –digo, alzando una mano, mientras bebo champán. Me pregunto si será demasiado tarde para pedirle a una camarera que traiga una tarta con una vela (sólo para avergonzarle, para poner en su sitio al hijoputa), pero en vez de eso dejo el vaso y pregunto–. Oye, bueno... –Respiro, luego suelto–: ¿Qué has hecho hoy?

–He jugado al squash con Richard Lindquist. –Se encoge de hombros–. Me he comprado un esmoquin.

–Nicholas Leigh y Charles Conroy quieren saber si este verano vas a ir a los Hamptons.

–No, si lo puedo evitar –dice, encogiéndose de hombros.

Una chica rubia bastante cerca de la perfección, con grandes tetas y el programa de *Les Misérables* en la mano, que lleva un traje de noche de rayón color cobre de Michael Kors para Bergdorf Goodman, zapatos de Manolo Blahnik y pendientes de plata bañada en oro de Ricardo Siberno, se detiene a decir hola a Sean y, aunque *me* apetecería follarme a esta chica, Sean ignora su evidente coqueteo y se niega a presentármela. Durante este encuentro Sean se muestra muy ordinario, y sin embargo la chica se aleja sonriendo, después de alzar una mano en guantada y decir:

–Nos veremos luego en Mortimer's.

Sean asiente con la cabeza, luego hace señas con la mano a un camarero y pide un whisky escocés solo.

–¿Quién era? –pregunto.

–Una chica que fue a Stephens.

–¿Dónde la conociste?

–Jugando al billar en M.K. –Se encoge de hombros.

–¿Es una du Pont? –pregunto.

–¿Por qué? ¿Quieres su número?

–No, sólo quería saber si es una du Pont.

–Podría ser. No lo sé. –Enciende otro pitillo, un Parliament, con lo que parece un encendedor de oro de dieciocho quilates de Tiffany's–. Puede que sea amiga de una de las du Pont.

Sigo pensando en las razones por las que estoy sentado aquí, en este preciso momento, esta noche, con Sean, en Dorsia, pero no se me ocurre ninguna. Después de cenar –la comida es escasa pero muy buena; Sean ni la toca –le digo que tengo que ver a Andrea Rothmere en Nell's y que si quiere café exprés o postre debe pedirlo ya porque tengo que estar en el centro a las doce de la noche.

–¿Por qué tanta prisa? –pregunta–. Nell's ya no está de moda.

–Bueno. Tartamudeo, recuperando enseguida la compostura–. Sólo hemos quedado en vemos allí. En realidad vamos... –la mente se me dispara, choca contra algo. Tomo otro sorbo de champán del vaso.

–Un aburrimiento. *De verdad*, un aburrimiento absoluto –dice él, paseando la vista por el comedor.

–Al Contraclub East. No lo recuerdo.

–Pasado. De la edad de piedra. Prehistórico. –Se ríe cínicamente.

Una pausa tensa.

–¿Cómo lo sabes?

–Rock'n'roll. –Se encoge de hombros–. Adivínalo.

–Muy bien, Sean, ¿adónde vas tú?

Respuesta inmediata:

–A Petty's.

–Claro –murmuro, habiendo olvidado que ya estaba abierto. Sean silba algo, fuma un pitillo.

–Vamos a una fiesta que celebra Donald Trump –miento.

–Muy divertido. Pero que muy divertido.

–Donald es un tipo agradable. Deberías conocerle –digo–. Te lo... podría presentar.

–¿De verdad? –pregunta Sean, puede que con ganas de que lo haga, puede que sin ellas.

–Sí, claro.

–Oh, *perfecto*.

Bien, cuando me dan la cuenta..., vamos a ver..., la pago, tomo un taxi hasta casa, son casi las doce, por lo que no tengo tiempo para devolver los vídeos de ayer, de modo que si no me detengo en casa tengo el tiempo justo para entrar y alquilar otro vídeo, aunque mi tarjeta de socio..., ¿no dice que sólo se pueden alquilar tres cada vez? Bueno, ayer por la noche me llevé dos (*Doble cuerpo* y *Rubia, caliente, muerta*) de modo que *podría* alquilar uno más, pero he olvidado que también soy miembro del Círculo Dorado, lo que quiere decir que si has gastado mil dólares.(como mínimo) durante los últimos seis meses te dejan alquilar todos los vídeos que quieras durante una noche, pero si todavía tengo dos no puedo sacar ninguno más, sea miembro del Círculo Dorado o no, si no he devuelto los otros, por tanto...

–Maldito desgraciado –creo que le oigo murmurar a Sean.

–¿Qué decías? –le pregunto, alzando la vista–. No te he oído.

–Qué bonito bronceado –dice, suspirando–. He dicho qué bonito bronceado.

–Oh –digo yo, todavía confuso por el asunto de los vídeos. Bajo la vista–. Gracias.

–Rock'n'roll. –Apaga el cigarrillo. Sube humo del cenicero de cristal, luego desaparece.

Sean sabe que *yo sé* que probablemente nos encontraremos en Petty's, que es el nuevo club de Norman Prager de la Cincuenta y nueve, pero yo no se lo vaya preguntar y él no dirá nada. Pongo mi tarjeta American Express Platino encima de la cuenta. Los ojos de Sean están clavados en una tía buena que está junto a la barra con un vestido de lana Thierry Mugler y un pañuelo de cuello Claude Montana, bebiendo un vaso de champán. Cuando viene nuestra camarera para recoger la cuenta y la tarjeta, niego con la cabeza. Por fin, los ojos de Sean caen sobre la tarjeta, durante un segundo, puede que durante más, y hago seña con la mano a la camarera para que vuelva y dejo que se la lleve.

Almuerzo con Bethany

Hoy he quedado con Bethany para almorzar en Vanities, el nuevo bistró de Evan Kiley, en Tribeca, y aunque he hecho ejercicio esta mañana durante cerca de dos horas e incluso he levantado pesas en la oficina antes de mediodía, todavía sigo extremadamente nervioso. El motivo es difícil de determinar, pero al final lo reduzco a una de entre dos razones. Puede que tenga miedo a que me rechace (aunque no puedo entender por qué; fue *ella* la que me llamó a *mí*, *ella* la que quiere verme, *ella* la que quiere almorzar *conmigo*, *ella* la que quiere volver a follar *conmigo*) o podría tener algo que ver con esa nueva espuma italiana que me pongo, que aunque hace que el pelo parezca más abundante y huele bien, también hace que me lo note muy pegajoso e incómodo, y es algo a lo que podría echar la culpa de mi nerviosismo: De modo que para que no nos falten cosas de las que hablar durante el almuerzo, traté de leer una nueva colección de relatos muy de moda que se titulaba *Wok* que compré en Barnes & Noble la noche pasada y de cuyo joven autor hicieron un perfil

recientemente en la sección Carril Rápido de la revista *New York*, pero todos los relatos empezaban con la frase: «Cuando la luna te golpea el ojo como una gran pizza», y tuve que volver a meter el delgado volumen en mi estantería y tomar un J&B con hielo, seguido de dos Xanax, para recuperarme del esfuerzo. Para compensar eso, antes de dormir le escribí un poema a Bethany, lo que me llevó largo rato, algo que me sorprendió, pues antes le escribía poemas, largos poemas muy tétricos, con bastante frecuencia cuando los dos estábamos en Harvard, antes de romper. «Dios santo –pienso para mí mismo cuando me dirijo a Vanities con sólo quince minutos de retraso–, espero que Bethany no haya terminado ligando con Robert Hall, aquel jodido gilipollas.» Paso por delante de un espejo colgado encima de la barra al dirigirme a nuestra mesa y miro mi reflejo –la espuma me da buen aspecto–. El programa de Patty Winters de esta mañana se ocupaba de si Patrick Swayze se había vuelto cínico o no.

Tengo que detenerme cuando llego cerca de la mesa, seguido por el maître (todo esto pasa a cámara lenta). Bethany está de espaldas y sólo puedo distinguir su nuca y su pelo castaño recogido en un moño, y cuando se da la vuelta para mirar por la ventana, sólo distingo parte de su perfil brevemente; parece *una modelo*. Lleva una blusa de seda y una falda de seda y raso con crinolina. Un bolso de cuero verde de Paloma Picasso con cierre de hierro forjado descansa delante de ella, en la mesa, junto a una botella de agua San Pellegrino. Mira su reloj. La pareja de la mesa contigua a la nuestra está fumando y después de inclinarme por detrás de Bethany, sorprendiéndola, y de besarle en la mejilla, le pido fríamente al maître que nos cambie a la zona de no fumadores. He hablado bajo pero lo suficientemente alto para que me oigan los adictos a la nicotina, y noto una especie de ligera vergüenza con respecto a su asqueroso hábito.

–¿Entonces? –pregunto, allí de pie, con los brazos cruzados, dando golpecitos en el suelo con el pie.

–Me temo que no tenemos zona de no fumadores, señor –me informa el maître.

Dejo de dar golpecitos con el pie y paseo lentamente la vista por el restaurante, el *bistró*, preguntándome qué aspecto tendrá mi pelo, y de repente me gustaría haber cambiado de espuma porque desde la última vez que me he visto el pelo, hace unos segundos, lo noto distinto, como si su forma se hubiera alterado de algún modo al dirigirme desde la barra– a la mesa. Unas náuseas que no soy capaz de dominar inundan cálidamente mi interior, pero como en realidad estoy soñando todo esto, soy capaz de decir:

–¿Dice usted que *no* tienen zona de no fumadores? ¿Es así? –Eso es, señor. –El maître, más joven que yo, amariconado, inocente, *actor* sin duda, añade–: Lo siento.

–Bien, pues es... muy interesante. Lo admito. –Saco mi cartera de piel de gacela del bolsillo trasero del pantalón y pongo un billete de veinte dólares en la insegura mano del maître. Éste mira el billete, confuso, y murmura:

–Gracias. –y se aleja como aturdido.

–No. Gracias a usted –digo en voz alta y ocupo mi asiento en frente del de Bethany, saludando educadamente con la cabeza a la pareja de al lado, y aunque trato de ignorar todo lo que la etiqueta permite, no puedo. Bethany tiene un aspecto absolutamente asombroso, es *exactamente igual que una modelo*. Todo está en penumbra, me encuentro irritable. Ideas febriles, románticas...

–¿No fumabas en Harvard? –es lo primero que dice.

–Puros –digo–. Sólo puros.

–Oh –dice ella.

–Pero lo dejé –miento, respirando a fondo y frotándome las manos.

–Haces bien –asiente con la cabeza.

–Oye, ¿has tenido algún problema para reservar mesa? –pregunto, y *estoy temblando*. Pongo las manos encima de la mesa como un imbécil, esperando que bajo su vigilante mirada dejen de temblarme.

–Aquí no hay que reservarla, Patrick –dice ella con dulzura, estirando la mano y poniéndola encima de la mía–. Cálmate. Pareces un loco.

–Estoy tranquilo, quiero decir tranquilo –digo, respirando a fondo y tratando de sonreír, luego, involuntariamente incapaz de contenerme, le pregunto–: ¿Cómo tengo el pelo?

–Lo tienes bien –dice ella–. Muy bien.

–Estupendo. Me siento estupendamente. –Trato nuevamente de sonreír, pero estoy seguro de que sólo hago una mueca. Después de una breve pausa, ella dice:

–Bonito traje. ¿Henry Stuart?

–No –digo yo, insultado, tocándome la solapa–. Garrick Anderson.

–Es muy bonito –dice ella, y luego, auténticamente interesada–: ¿Te encuentras bien, Patrick? Pareces... crispado.

–Oye. Estoy roto. Acabo de llegar de Washington. He venido en el avión de Trump esta mañana –le digo, incapaz de mirarla directamente a los ojos, de un tirón–. Ha sido un viaje delicioso. El servicio... fabuloso de verdad. Necesito una copa.

Ella sonríe, divertida, examinándome de modo incisivo.

–¿De verdad? –pregunta, no totalmente, lo noto, sin afectación.

–Sí. –La verdad es que no puedo mirarla y que me cuesta un inmenso esfuerzo desdoblar la servilleta, dejarla en el regazo, colocarla correctamente, ocuparme de la copa de vino, y ruego que venga un camarero–. ¿Has visto el programa de Patty Winters de esta mañana?

–No, estaba haciendo jogging –dice, echándose hacia delante–. Era sobre Michael J. Fax, ¿verdad?

–No –la corrijo–. Era sobre Patrick Swayze.

–¿De verdad? –pregunta, y luego añade–: ¿Estás seguro?

–Sí. Sobre Patrick Swayze. Estoy completamente seguro.

–¿Qué tal ha sido?

–Bueno, muy interesante –le digo, respirando–. Ha sido casi como un debate, sobre si se ha vuelto cínico o no.

–¿Tú crees que se ha vuelto cínico?

–Bueno, no, no estoy seguro –empiezo nerviosamente–. Es una cuestión interesante. No se ha considerado lo suficiente. Quiero decir que después de *Dirty Dancing* no lo hubiera creído, pero con *Tiger Warsaw* no lo sé. Podría ser una locura, pero creo que detecté algo de amargura. No estoy seguro.

Me mira fijamente, sin cambiar de expresión.

–Oh, casi se me había olvidado –digo, buscando en el bolsillo–. Te escribí un poema. –Le tiendo la hoja de papel–. Toma. –Me noto mareado y roto, afligido, exhausto.

–Oh, Patrick. –Sonríe–. Qué cariñoso.

–Bueno, ya sabes –digo, bajando la vista tímidamente. Bethany coge la hoja de papel y la desdobla.

–Léelo –la animo, con entusiasmo.

Lo mira como asombrada, confusa; parpadea y luego da la vuelta a la página para ver si hay algo por el otro lado. No lo entiende bien y vuelve a mirar las palabras escritas con tinta roja de la primera cara.

–Es como un haiku, ¿sabes? –digo–. Léelo. Vamos.

Se aclara la voz y empieza a leer vacilante, despacio, deteniéndose con frecuencia.

–«El pobre negro de la pared. Mírale.» –Hace una pausa y vuelve a pestañear, luego continúa, vacilante–: «Mira al pobre negro. Mira al pobre negro... de... la... pared.» –Vuelve a interrumpirse, balbuceando, me mira confusa, luego vuelve a mirar el papel.

–Sigue –digo, buscando a un camarero con la vista–. Termínalo.

Se aclara la voz y, mirando fijamente el papel, trata de leer lo que queda con una voz que es menos que un susurro:

–«Dale por el culo... Dale por el culo al negro de la pared...» –Balbucea nuevamente, luego lee la última frase, suspirando–: «El negro... es... débil.».

La pareja de la mesa de al lado se ha vuelto lentamente para mirarnos. El hombre parece horrorizado, la mujer también tiene una expresión de horror en la cara. La miro fijamente, hasta que baja la vista a su jodida ensalada.

–Bien, Patrick –dice Bethany, aclarándose la voz, tratando de sonreír y devolviéndome el papel.

–Bueno –pregunto–, ¿qué te parece?

–Aprecio que... –se interrumpe, pensando– ..., que tu sentido de... la injusticia social... –vuelve a aclararse la voz y baja la vista– sigue todavía intacto.

Le quito el papel y me lo guardo en el bolsillo y sonrío, tratando de conseguir que mi cara siga inexpresiva, y pongo muy derecho el cuerpo para que no sospeche que me siento acobardado. Nuestro camarero se acerca a la mesa y le pregunto qué cervezas tienen.

–Heineken, Budweiser, Amstel Light –recita.

–¿Alguna más? –pregunto, mirando a Bethany e indicándole con un gesto que continúe.

–Ésas, bueno, son todas, señor –dice.

–¿No tienen Corona? ¿Ni Kirin? ¿Ni Grolsch? ¿Ni Moretti? –pregunto, confuso, airado.

–Lo siento señor, pero no –dice cautelosamente–. Sólo Heineken, Budweiser y Amstel Light.

–Es una locura –digo, suspirando–. Tomaré un J & B con hielo. No, un martini de Absolut. No, un J&B solo.

–Y yo tomaré otra botella de San Pellegrino –dice Bethany.

–Yo tomaré lo mismo –añado rápidamente, mientras la pierna se me mueve incontroladamente por debajo de la mesa.

–Muy bien. ¿Quieren oír las especialidades de la casa? –pregunta.

–No faltaba más –suelto yo; luego, calmándome, sonrío tranquilizadamente a Bethany.

–¿Estás seguro? –Se ríe.

–*Por favor* –digo, muy serio, estudiando el menú.

–De primero tengo los tomates secados al sol y caviar dorado con chiles poblano, y también tengo una sopa de endibias frescas...

–Espere un momento, espere un momento –digo, alzando la mano e interrumpiéndole–. Espere un momento.

–¿Diga señor? –pregunta el camarero, confuso.

–¿Lo tiene usted? Querrá decir que lo tiene el *restaurante* –le corrijo–. *Usted* no tiene tomates secados al sol. Los tiene el restaurante. *Usted* no tiene chiles poblano. Los tiene el restaurante. Sólo, ya sabe, para aclarar las cosas.

El camarero, estupefacto, mira a Bethany, que se las entiende hábilmente con la situación, preguntándole:

–¿Cómo sirven la sopa de endibias?

–Bueno..., fría –dice el camarero, sin recuperarse del todo de mi salida, notando que está tratando con alguien muy, pero que muy nervioso. Vuelve a interrumpirse, inseguro.

–Siga –le animo–. Siga, por favor.

–La servimos fría –vuelve a empezar–. Y de segundo tenemos cazón con trocitos de mango y sándwich de pargo colorado en brioche con sirope de arce y... –vuelve a mirar su bloc de notas– algodón.

–Mmmmm, suena a delicioso. Algodón, mmmm –digo, restregándome las manos con ansiedad–. ¿Bethany?

–Yo tomaré la ceviche de puerros y acedera dice Bethany–. Y las endibias con... salsa de nuez.

–¿Y el señor? –pregunta el camarero, dubitativo.

–Tomaré... –me interrumpo, examino el menú rápidamente–. Tomaré el calamar con piña. ¿Puedo tomar una loncha de queso de cabra, de *chevre*... –miro a Bethany para ver si ha notado mi mala pronunciación– con esto? ¿Y la salsa aparte?

El camarero asiente, se marcha y nos deja solos.

–Bien. –Bethany sonrío, luego nota que la mesa vibra ligeramente–. ¿Qué... le pasa a tu pierna?

–¿A mi pierna? Oh. –Bajo la vista hacia ella, luego vuelvo a mirar a Bethany–. Es... la música. Me gusta mucho la música. La música que está sonando.

–¿Qué es? –pregunta, ladeando la cabeza mientras trata de coger el estribillo de la música ambiental New Age que sale por los altavoces colgados del techo, encima de la barra.

–Es..., creo que Belinda Carlisle –supongo–. No estoy seguro.

–Pero... –empieza ella; se interrumpe–. Olvídalo.

–¿Pero qué?

–Que no oigo cantar a nadie. –Sonrío, baja la vista, muy seria. Me sujeto la pierna y hago como que escucho.

–Pero es una canción suya –digo, y añado débilmente–: Creo que se titula «Heaven Is a Place on Earth». La conoces, seguro.

–Oye –dice ella–, ¿has ido a algún concierto últimamente?

–No –digo yo, deseando que no hubiera sacado a colación ese tema de conversación–. No me gusta la música en directo.

–¿La música en directo? –pregunta, intrigada, bebiendo agua San Pellegrino.

–Sí. Ya sabes. Una banda y cosas así –explico, notando por su expresión que estoy diciendo lo que en ningún caso debería decir–. Oh, lo olvidaba. He visto a U2.

–¿Qué tal estuvieron? –pregunta–. Me gusta mucho su nuevo CD.

–Estuvieron estupendos, estupendos de verdad. De verdad... –Hago una pausa, inseguro sobre qué decir. Bethany alza las cejas interrogativamente–. Irlandeses de verdad.

–Me dijeron que en directo son muy buenos –dice ella, y su propia voz tiene un ligero tono musical–. ¿Quiénes más te gustan?

–Oh, ya sabes –digo, completamente confundido–. The Kingsmen. «Louie, Louie.» Ese tipo de cosas.

–Dios santo, Patrick –dice ella, mirándome atentamente la cara.

–¿Qué? –digo, dominado por el pánico, tocándome el pelo–. ¿Demasiada espuma? ¿No te gustan los Kingsmen?

–No. –Se ríe–. Lo que pasa es que no recordaba que estuvieras tan moreno en la universidad.

–Entonces estaba bronceado, ¿o no? –pregunto–. Quiero decir que no era Casper el Espectro, ¿o sí? –Pongo el codo en la mesa y flexiono el bíceps, pidiéndole que toque el músculo. Después de que lo haya tocado, a regañadientes, retorno mis preguntas–. ¿De verdad que no estaba tan moreno en Harvard? –pregunto preocupado.

–No, no –Se ríe–. Sin duda eras el George Hamilton del curso.

–Gracias –digo, halagado.

El camarero nos trae las bebidas, dos botellas de agua San Pellegrino.

Escena dos.

–¿Trabajas en Mill? ¿Taffeta? ¿Dónde? –pregunto. Su cuerpo, el tono de su piel, parecen firmes y rosados.

–En Milbank Tweed –dice ella–. Ahí es donde trabajo.

–Bien –digo, exprimiendo una lima en mi vaso–. Es maravilloso. La facultad de Derecho ha quedado atrás.

–¿Y tú..., en P & P? –pregunta.

–Sí –digo yo.

Ella asiente, quiere decir algo, duda si hacerla, luego pregunta, todo en cuestión de segundos:

–Pero tu familia no es dueña de...

–No quiero hablar de eso –digo, interrumpiéndola–. Pero sí, Bethany, sí.

–¿Y trabajas en P & P? –pregunta. Pronuncia espaciadamente cada sílaba de modo que éstas me resuenan dentro de la cabeza.

–Sí –digo, paseando la vista furtivamente por el comedor.

–Pero... –Está confundida–. Tu padre no...

–Sí, claro –digo, volviendo a interrumpirla–. ¿Has probado la focaccia de Pooncakes?

–Patrick.

–¿Qué?

–¿Qué te pasa?

–Que no quiero hablar de eso... –Me interrumpo–. Del trabajo.

–¿Y por qué no?

–Porque lo odio –digo–. y ahora, escucha, ¿nunca has estado en Pooncakes? Creo que Miller lo infravalora.

–Patrick –dice ella lentamente–. Si estás molesto con tu trabajo, ¿por qué no lo dejas? No necesitas trabajar.

–Porque –digo, mirándola a los ojos–. Me... viene... bien.

Después de una larga pausa, Bethany sonrío.

–Entiendo.

Hay otra pausa.

La rompo yo.

–Limítate a considerarlo, bueno, como una nueva actitud ante los negocios –digo.

–Qué... –se atasca– sensible. –Se vuelve a atascar—. Qué, bueno, práctico.

El almuerzo es alternativamente un coñazo, un rompecabezas que debe ser resuelto y un obstáculo; luego se desarrolla sin esfuerzo hacia el reino del descanso y soy capaz de ofrecer una interpretación muy habilidosa –mi aplastante inteligencia conecta y me hace saber que puede notar lo mucho que me quiere, pero se contiene, sin comprometerse–. Ella también se contiene pero, a pesar de ello, coquetea. Bethany se ha hecho una promesa al pedirme que almuerce con ella y me entra pánico, una vez que me han servido el calamar, seguro de que no podré escapar a no ser que ella la dé por cumplida. Otros hombres se fijan en Bethany cuando pasan junto a nuestra mesa. A veces convierto mi voz en un susurro. Oigo cosas –ruidos, sonidos misteriosos, dentro de la cabeza; su boca se abre, se cierra, traga líquidos, sonrío, me atrae como un imán pintado con lápiz de labios, menciona algo que se refiere a los aparatos de fax, dos veces. Por fin pido un J&B con hielo, luego un coñac. Ella pide un sorbete de coco y menta. La toco, le cojo la mano por encima de la mesa, más que un amigo. El sol entra en Vanities, el restaurante se vacía, son cerca de las tres. Pide una copa de chardonnay, luego otra, luego la cuenta. Está relajada pero pasa algo. Los latidos del corazón se me disparan y detienen, se estabilizan momentáneamente. Escucho con cuidado. Posibilidades alguna vez imaginadas se precipitan. Ella entrecierra los ojos y cuando vuelve a mirarme, yo entrecierro los míos.

–¿Oye? –pregunta–. ¿Sales con alguien?

–Llevo una vida sin complicaciones –digo pensativamente, cogido con la guardia baja.

–¿Qué quieres decir con *eso*? –pregunta.

Tomo un sorbo de coñac y sonrío para mí mismo, poniéndola nerviosa, frustrando sus esperanzas, sus sueños de volver a juntarnos.

–¿Sales con alguien, Patrick? –pregunta–. Venga, dímelo. Pensando en Evelyn, murmuro para mí mismo:

–Sí.

–¿Con quién? –oigo que pregunta.

–Con una botella grande de Desyrel –digo, con voz abstraída, súbitamente muy triste.

–¿Cómo? –pregunta, sonriendo, pero entonces se da cuenta de algo y niega con la cabeza–. No deberías beber.

–No, no salgo de verdad –digo, muy deprisa, y luego, sin quererlo–: Quiero decir, ¿alguien necesita de verdad *salir* con alguien? ¿Alguien necesita *salir* de verdad con otra persona? ¿Saliste alguna vez tú conmigo? ¿*Saliste*? ¿Qué quiere decir eso? ¡Ja! ¿*Salir*? ¡Ja! No lo sé. ¡Ja! –Me río.

Después de digerido; Bethany dice, asintiendo con la cabeza:

–Eso tiene una especie de lógica enrevesada, me parece.

Otra larga pausa y hago, lleno de miedo, la siguiente pregunta:

–Bueno, ¿y tú? ¿Sales con alguien?

Ella sonrío, encantada consigo misma, y todavía con la vista baja, admite, con incomparable claridad:

–Bueno, sí, tengo un novio y...

–¿Quién es?

–¿Cómo? –levanta la vista.

- ¿Que quién es? ¿Cómo se llama?
- Robert Hall. ¿Por qué?
- ¿Trabaja con Salomon Brothers?
- No, es cocinero.
- ¿En Salomon Brothers?
- Patrick, es *cocinero*. Y copropietario de un restaurante.
- ¿De cuál?
- No importa.
- No, de verdad, ¿de cuál? –pregunto, en voz muy baja–. Quiero tacharlo de mi guía Zagat.
- Se llama Dorsia –dice, y luego–: Patrick, ¿te encuentras bien?
- Sí, –me estalla la mente y el estómago me revienta por dentro –una reacción espasmódica, ácida, gástrica–; estrellas y planetas, galaxias hechas por pequeños gorros blancos de cocinero, me pasan rápidamente por delante de la vista. Me ahogo al hacer otra pregunta. –¿Por qué Robert Hall? ¿Por qué él?
- Bueno, no lo sé –dice ella, con voz un poco achispada–. Supongo que tiene que ver con que tengo veintisiete años y...
- ¿Con eso? También los tengo yo. Y medio Manhattan. ¿Y qué? Eso no es una excusa para casarse con Robert Hall.
- ¿Casarme? –pregunta ella, con los ojos muy abiertos, a la defensiva–. ¿He dicho eso?
- ¿No has dicho que te ibas a casar?
- No, no lo he dicho, pero quién sabe... –Se encoge de hombros–. Quizá debería.
- Sería espantoso.
- Como decía, Patrick... Me mira fijamente, pero de un modo juguetón que me marea–. Creo que ya sabes eso, bueno, el tiempo pasa. El reloj biológico que no deja de hacer tictac –dice, y yo pienso: «Dios mío, ¿sólo ha tomado *dos* copas de chardonnay para tener que admitir eso? Dios santo, es un peso ligero»–. Quiero tener hijos.
- ¿Con Robert Hall? –pregunto, incrédulo–. Podrías tenerlos también con el capitán Lou Albano, por el amor de Dios. No te entiendo, Bethany.
- Toca su servilleta, bajando la vista y luego mira hacia un lado, donde los camareros están preparando las mesas para la cena. Yo también los miro.
- ¿Por qué noto cierta hostilidad por tu parte, Patrick? –pregunta suavemente, luego bebe un sorbo de su copa.
- A lo mejor porque soy hostil –suelto yo–. Puede que lo sientas por eso.
- Dios santo, Patrick –dice, mirándome a la cara, auténticamente inquieta–. Creía que tú y Robert Hall erais amigos.
- ¿Cómo? –pregunto–. No te entiendo.
- ¿No erais Robert y tú amigos?
- Hago una pausa, dubitativo.
- ¿Lo éramos?
- Sí, Patrick, lo *erais*.
- Robert Hall, Robert Hall, Robert Hall –murmuro para mí mismo, tratando de recordar–. ¿Un compañero de curso? –pienso en ello un poco más, luego añado–: ¿Con una barbilla mínima?

–No, Patrick –dice ella–. El *otro* Robert Hall.

–¿Le estoy confundiendo con el *otro* Robert Hall?

–Sí, Patrick –dice ella, enfadada.

Sintiéndome interiormente rebajado, cierro los ojos, suspiro y digo:

–Robert Hall. ¿No es el que sus padres eran dueños de medio Washington? ¿No es el que era... –me atraganto– capitán del equipo de regatas? ¿Uno de un metro ochenta?

–Sí –dice ella–. *Ese* Robert Hall.

–Pero... –me interrumpo.

–¿Sí? ¿Pero qué? –Parece preparada para esperar una respuesta.

–Era una *loca* –suelto.

–No, *no* lo era, Patrick –dice, claramente ofendida.

–Estoy seguro de que era loca –me reafirmo, asintiendo con la cabeza.

–¿Por qué estás tan seguro? –pregunta, nada divertida.

–Porque dejaba que los otros de la universidad, no los de mi residencia, bueno, ya sabes, que en las fiestas le pegaran y le ataran y esas cosas. Al menos, sabes, eso es lo que se contaba –digo yo, con sinceridad, y luego, más humillado de lo que me he sentido nunca en toda mi vida, confieso–: Bethany, una vez se ofreció..., bueno, a chupármela. En la sección de ciencia política de la biblioteca.

–Oh, Dios mío –dice entrecortadamente–. ¿Dónde está la cuenta?

–¿No le dieron la patada a Robert Hall por hacer su tesis sobre Babar? ¿O sobre algo parecido a Babar? –pregunto–. ¿Babar el elefante? ¿El, Dios mío, elefante *francés*?

–¿De qué estás *hablando*?

–Oye –digo–. ¿No fue a la facultad de Económicas de Kellogg?

–Lo dejó –dice, sin mirarme.

–Oye. –Le toco la mano. Se echa hacia atrás y la retira.

Yo trato de sonreír.

–Robert Hall no es una loca... Te lo puedo asegurar –dice ella con afectación infantil. ¿Cómo hay quien pueda enfadarse por culpa de Robert Hall? En lugar de decir: «Sí, eres una puta idiota y das pena», digo para suavizar las cosas:

–Estoy seguro de que puedes. –Y añado–: Háblame de él. Quiero saber cómo van las cosas entre vosotros. –Y después sonriendo, enfadado, lleno de rabia, me disculpo–: Lo siento.

Le lleva algún tiempo, pero por fin se calma y me sonrío y yo insisto:

–Cuéntame algo más –y luego, para mí mismo, con un rictus que quiere pasar por sonrisa, añado–: Me gustaría qué te abrieras a mí. –El chardonnay la ha ablandado, de modo que se suaviza y habla libremente.

Pienso en otras cosas mientras describe su pasado reciente: aire, agua. Cielo, tiempo, un momento, un punto en que quise enseñarle todas las cosas hermosas del mundo. No tengo paciencia para hacer revelaciones, para empezar de nuevo, para acontecimientos que tienen lugar más allá del dominio de mi visión inmediata. Una chica de primero, a la que conocí en el bar de Cambridge cuando yo estudiaba tercero en Harvard, me dijo a comienzos de un otoño:

–La vida está llena de posibilidades sin límite.

Traté valientemente de no atragantarme con las nueces que estaba tomando con la cerveza mientras ella soltaba esa sabiduría de piedra del riñón; y las tragué tranquilamente con el resto de la

Heineken, sonreí y me concentré en la partida de dardos que tenía lugar en la esquina. Es innecesario decir que la chica no vivió para matricularse de segundo. Aquel invierno, encontraron su cuerpo en el río Charles, decapitado, con la cabeza colgando de un árbol de la orilla, sujeta por el pelo que estaba anudado en las ramas más bajas, unos cinco kilómetros más abajo. Mis ataques de rabia en Harvard eran menos violentos que los de ahora y es inútil esperar que mi enfado desaparezca..., *no hay* modo de que lo haga.

–Oh, Patrick –está diciendo Bethany–. Sigues siendo el mismo y no sé si eso es bueno o malo.

–Digamos que es bueno.

–¿Por qué? ¿Lo es? –pregunta, frunciendo el ceño–. ¿Lo fue? ¿Y luego?

–Sólo conoces una faceta de mi personalidad –digo yo–. La de estudiante.

–¿Y la de amante? –pregunta, y su voz me hace recordar algo humano.

Mis ojos caen fríamente sobre ella. Fuera, en la calle, suena una música como de salsa. Por fin el camarero trae la cuenta.

–Pagaré yo –digo, suspirando.

–No –dice ella, abriendo el bolso– *Te* invité yo.

–Pero es que tengo una tarjeta American Express Platino –le digo.

–Y yo también –replica ella, sonriendo.

Me interrumpo, luego veo que pone la tarjeta en la bandeja en la que han traído la cuenta. Violentas convulsiones parecen próximas a estallar si me contengo.

–El movimiento de liberación de la mujer. Vaya. –Sonrío, nada impresionado.

Una vez fuera, ella espera en la acera mientras yo estoy en el servicio de caballeros vomitando el almuerzo, librándome del calamar sin digerir y menos rojo de lo que estaba en el plato. Cuando salgo de Vanities a la calle, me pongo las Wayfarer, mastico un Cerf, murmuro algo para mí mismo y luego la beso en la mejilla e invento otra cosa.

–Siento haber tardado tanto. He tenido que llamar a mi abogado.

–¿Oh? –Hace como que está preocupada..., la jodida puta.

–Sólo se trata de un amigo mío. –Me encojo de hombros–. Bobby Chambers. Está en la cárcel. Algunos amigos suyos, bueno, fundamentalmente *yo*, intentan ocuparse de su defensa –digo, volviendo a encogerme de hombros; luego, cambiando de asunto–: Oye.

–¿Qué? –pregunta ella, sonriendo.

–Es tarde. No me apetece volver a la oficina –digo, mirando mi Rolex. El sol, que cae, se refleja en el reloj, cegándola momentáneamente–. ¿Por qué no vienes a mi casa?

–¿Cómo? –Se encoge de hombros.

–¿Que por qué no vienes a mi casa? –vuelvo a sugerir.

–Patrick. –Se ríe insinuantemente–. ¿Hablas en serio?

–Tengo una botella de Pouilly–Fuissé *muy fría*, ¿qué tal? –digo, enarcando las cejas.

–Oye, *eso* podría haber funcionado en Harvard, pero... –Se ríe, luego continúa–: bueno, ahora somos mayores y... –Se interrumpe.

–¿Y qué? –pregunto.

–No debería haber tomado *ese* vino en el almuerzo –vuelve a decir.

Nos ponemos a andar. Fuera hace unos treinta y seis grados, imposible respirar. No es de día ni de noche. El cielo parece amarillo. Le doy un dólar a un mendigo de la esquina de Duane con Greenwich sólo para impresionarla.

–Oye, vamos –vuelvo a decir, casi gimiendo–. Vamos.

–No puedo –dice–. El aire acondicionado de mi oficina está estropeado, pero no puedo. Me gustaría, pero no puedo.

–Venga, vamos –digo, cogiéndola por los hombros, y apretándoselos cariñosamente.

–Patrick, tengo que volver a la oficina –*se queja* ella, protestando débilmente.

–Pero allí te morirás de calor –le advierto.

–No tengo elección.

–Vamos. –Luego, tratando de seducirla, añado–: Tengo un juego de té y café Durgin Gorham de los años cuarenta, de plata de ley, que me gustaría que vieras.

–No puedo. –Se ríe, poniéndose las gafas de sol.

–No me asustes. ¿Sabes cuántos gramos de grasas, de *sodio*, hay en el chocolate? –digo, suspirando, fingiendo que estoy horrorizado.

–No debes preocuparte por eso –dice.

–Venga –digo, caminando delante de ella durante un rato de modo que no note ninguna agresividad por mi parte–. Oye, ven a tomar una copa y luego vamos los dos a Dorsia y así conoceré a Robert, ¿de acuerdo? –Me vuelvo, sin dejar de andar, pero ahora de espaldas–. *Por favor*.

–Patrick –dice ella–. Me lo estás suplicando.

–De verdad, quiero enseñarte ese juego de té Durgin Gorham. –Me interrumpo–. Por favor. –Vuelvo a interrumpirme–. Me costó tres mil quinientos dólares.

Deja de andar porque yo me detengo, baja la vista, y cuando la vuelve a alzar, tiene la frente y las mejillas húmedas de sudor. Tiene calor o está cachonda. Suspira, sonriendo para sí misma. Mira su reloj.

–¿Entonces, qué? –pregunto.

–Si voy... –empieza.

–¿Sííí? –pregunto, alargando la palabra.

–Si voy, tendré que hacer una llamada.

–No, para nada –digo yo, llamando a un taxi con la mano–. Llama desde mi casa.

–*Patrick* –protesta ella–. Hay un teléfono ahí mismo.

–Vámonos –digo–. Nos espera el taxi.

En el taxi, camino del Upper West Side, Bethany dice:

–No debería haber tomado aquel vino.

–¿Estás borracha?

–No –dice, abanicándose con un programa de *Les Misérables* que alguien ha dejado en el asiento trasero del taxi, que no tiene aire acondicionado, y, aunque lleva las dos ventanillas abiertas, ella sigue abanicándose–. Sólo levemente... achispada.

Los dos nos reímos sin razón y ella se apoya en mí, luego se da cuenta de algo y se aparta.

–En tu casa hay portero, ¿verdad? –pregunta desconfiadamente.

–Sí–. Sonrío, sorprendido de lo poco consciente *que* es de lo cerca *que* está del peligro.

Entramos a mi apartamento. Bethany pasa al cuarto de estar, asintiendo con la cabeza aprobadoramente y murmurando:

–Muy bonito, mister Bateman, muy bonito.

Entretanto, yo cierro la puerta con llave, asegurándome de echar el cerrojo, luego me dirijo a la barra y sirvo un poco de J&B en un vaso, mientras ella pasa la mano por la máquina de discos Wurlitzer, examinándola. He empezado a rezongar para mí mismo y me tiemblan las manos tanto *que* decido olvidarme del hielo, y luego estoy en el cuarto de estar, parado detrás de ella, *que* mira el David Onica *que* está colgado encima de la chimenea. Ladea la cabeza, estudiándolo, luego se echa a reír y me mira, sorprendida; luego vuelve a mirar el Onica, sin dejar de reír. Vacío el vaso de un solo trago y me dirijo al armario Anaholian de roble blanco donde guardo la clavadora automática *que* compré en una ferretería, cerca de mi oficina, en Wall Street. Después de ponerme unos guantes de *cuero* negro, me aseguro *que* la clavadora está cargada.

–¿Patrick? –pregunta Bethany, sin dejar de reír.

–¿Qué? –digo, y luego añado–: ¿Querida?

–¿Quién colgó el Onica? –pregunta.

–¿Te gusta? –pregunto.

–Es bonito, pero... –Se interrumpe, luego dice–: Estoy casi segura de *que* está colgado al revés.

–¿Qué?

–¿*Quién* colgó el Onica?

–Lo colgué yo –digo, todavía a sus espaldas.

–Pues has colgado el Onica *al revés*. –*Se ríe*.

–Pues vaya. –Estoy junto al armario, con la clavadora en la mano, acostumbrándome a su peso en mi mano enguantada.

–No puedo *creer que* esté al revés –dice ella–. ¿Cuánto lleva de este modo?

–Un milenio –susurro, acercándome a ella.

–¿Qué? –pregunta, sin dejar de examinar el Onica.

–He dicho: ¿qué coño estás haciendo con Robert Hall? –susurro.

–¿Qué has dicho? –y como a cámara lenta, como en una película, se da la vuelta.

Espero hasta que haya visto la clavadora y las manos enguantadas para gritar:

–¿*Qué coño estás haciendo con Robert Hall?*

Quizá por instinto, quizá por un recuerdo, hace un rápido movimiento inútil hacia la puerta, gritando. Aunque el chardonnay le ha embotado los reflejos, el whisky escocés que he tomado yo ha aguzado los míos y, sin esfuerzo, me planto delante de ella, bloqueándole el paso, y la dejo inconsciente de cuatro golpes en la cabeza que le doy con la clavadora. La vuelvo a llevar, arrastrándola, hasta el cuarto de estar, la tumbo en el suelo sobre una sábana blanca de algodón de Voilacutro, y entonces le estiro los brazos, colocándole las manos con las palmas hacia arriba en unas gruesas tablas de madera, y le clavo tres clavos en cada mano, al azar, en los dedos. Esto hace que recupere la consciencia y se ponga a gritar. Después de rociarle los ojos, la boca, la nariz con un pulverizador de autodefensa, le pongo un abrigo de pelo de camello de Ralph Lauren sobre la cabeza, lo que ahoga sus gritos, o lo que sean. Sigo clavándole clavos en las manos hasta que las dos están llenas –los clavos se amontonan unos junto a otros, haciendo que le sea imposible incorporarse–. Tengo que quitarle los zapatos, lo que me molesta un poco, pero patalea violentamente contra el suelo, dejando marcas oscuras en el roble tan blanco. Durante todo esto no dejo de gritarle:

–Putá. –Y luego mi voz se convierte en un ronco susurro y le digo, babeando en el oído–. Jodida mamona.

Finalmente, completamente aterrorizada, después de que le he quitado el abrigo de la cara, empieza a suplicarme, o al menos lo intenta, mientras la adrenalina se impone momentáneamente al dolor.

–Patrick, por Dios, para ya, por favor, por Dios, deja de hacerme daño...

Pero, como siempre ocurre, el dolor vuelve –es demasiado intenso para que no lo haga– y Bethany vuelve a perder el sentido y vomita, mientras está inconsciente, y tengo que levantarle la cabeza para que no se ahogue y luego vuelvo a rociarla con el pulverizador de autodefensa. Trato de arrancarle a mordiscos los dedos que no he clavado, y casi lo logro con el pulgar de la mano izquierda, del que consigo arrancarle toda la piel con los dientes, dejando el hueso a la vista, y luego la vuelvo a rociar con el pulverizador, innecesariamente. Le pongo nuevamente el abrigo de pelo de camello en la cabeza, por si se despierta gritando, y pongo en marcha el Handycam Sony del tamaño de la palma de la mano para poder grabar todo lo que sigue. Una vez que lo he colocado en su trípode y conectado el automático, con una tijeras le voy cortando el vestido y cuando llego al pecho le doy algún corte en los pechos accidentalmente (en realidad no) y le arranco uno de los pezones sin quitarle el sostén. Se ha puesto a gritar nuevamente una vez que le he destrozado el vestido, dejándola sólo con el sostén, cuya copa derecha está oscurecida por la sangre, y las bragas, que están mojadas de orina y que reservo para más tarde.

Me inclino sobre ella y grito por encima de sus alaridos:

–Chilla, chilla, chilla todo lo que quieras... –He abierto todas las ventanas y la puerta de la terraza y cuando me pongo de pie, abre la boca y ya no salen chillidos, sólo sonidos horribles, guturales, como de animal, a veces interrumpidos por arcadas–. Grita, cariño –la animo–, no dejes de gritar. –Vuelvo a inclinarme sobre ella, todavía más cerca, echándole el pelo hacia atrás con la mano–. A nadie le importa. Nadie te va a ayudar... –Trata de volver a gritar, pero está perdiendo la consciencia y sólo es capaz de gemir débilmente. Me aprovecho de su estado de debilidad, me quito los guantes y, forzándola a abrir la boca, con las tijeras le corto la lengua, que le saco fácilmente de la boca y mantengo en la palma de la mano, caliente y todavía sangrando, viendo que es mucho más pequeña que en su boca, y la tiro contra la pared, donde se queda pegada un momento y deja una mancha, antes de caer al suelo con un débil golpe seco y como húmedo. Luego me la follo por la boca, y después de eyacular y sacar la polla la rocío una vez más con el pulverizador.

Después, cuando recupera brevemente la consciencia, me pongo un sombrero que me regaló una de mis novias cuando estudiaba primero en Harvard.

–¿Recuerdas *esto*? –grito, allí de pie junto a ella–. ¡Y mira *esto*! –grito triunfalmente, sujetando un puro en la mano–. *Todavía* fumo puros. Ja. ¿Lo ves? Un puro. –Lo enciendo con unos dedos seguros, manchados de sangre, y su cara, pálida hasta el punto de parecer azulada, sigue contrayéndose, retorciéndose de dolor, y sus ojos paralizados por el horror se cierran, luego se entreabren, mientras su vida se reduce a una pesadilla.

–Y otra cosa –grito, paseándome por el cuarto–. No es de Garrick Anderson. ¡El traje es *de Armani*! *Giorgio* Armani. –Me interrumpo, despechado, me inclino sobre ella y suelto con desprecio–: Y tú creías que era *Henry Stuart*. –Le cruzo la cara de una bofetada y digo, con los dientes apretados–: Estúpida puta –escupiéndole en la cara, pero la tiene tan cubierta de pulverizador de autodefensa que probablemente ni siquiera se dé cuenta, de modo que vuelvo a rociarla con el pulverizador y luego trato de volver a follármela por la boca una vez más, pero no logro correrme, de modo que la dejo.

Un jueves

Más tarde, de hecho la noche siguiente, tres de nosotros, Craig McDermott, Courtney y yo mismo, vamos en taxi camino de Nell's hablando del agua Evian. Courtney, que lleva un visón Armani, acaba de admitir, entre risitas, que usa Evian para los cubitos de hielo, lo que inicia una animada conversación sobre las diferencias entre las diversas marcas de agua embotellada, y a petición de Courtney tratamos por turno de enumerar todas las marcas que podamos.

Courtney empieza, contando cada nombre que dice con los dedos.

–Bien, están Sparcal, Perrier, San Pellegrino, Poland Spring, Calistoga... –Se interrumpe, vacilando, y mira a McDermott en busca de ayuda.

Éste suspira y dice:

–Canadian Spring; Canadian Calm; Montchair, que también es de Canadá; Vittel, de Francia; Crodo, que es italiana... –Se interrumpe y se frota la barbilla pensativamente. Piensa un poco más y luego anuncia, como si estuviera sorprendido–: Elan. –y aunque parece que está a punto de decir algún nombre más, Craig se hunde en un silencio tenso.

–¿Elan? –pregunta Courtney.

–Es suiza –dice él.

–Oh –dice ella, y se vuelve hacia mí–. Te toca a ti, Patrick. Mirando por la ventanilla del taxi, perdido en mis pensamientos, el silencio que provoco me llena de un miedo innombrable, y aturdido, maquinalmente, digo las siguientes:

–Os habéis olvidado de Alpenwasser; Down Under; Schat, que es de Líbano, Qubol, y Cold Springs...

–Ésa ya la he dicho yo –me interrumpe Courtney acusadoramente.

–No –digo–. Tú has dicho Poland Spring.

–¿Es verdad? –murmura Courtney; luego, tirándole a McDermott de la manga del abrigo, insiste–: ¿Es verdad, Craig?

–Probablemente. –McDermott se encoge de hombros–. Me parece que sí.

–También tenéis que recordar que el agua mineral siempre hay que comprada en botella de *crystal*. No se debe comprar en envase de plástico –digo siniestramente, y espero a que uno de ellos me pregunte por qué.

–¿Por qué? –La voz de Courtney tiene un matiz de interés indudable.

–Porque se oxida –explico yo–. Uno quiere que sepa a fresca y que no deje resabio.

Después de una pausa larga, como las de Courtney, McDermott admite, mirando por la ventanilla:

–Es cierto.

–La verdad es que yo no entiendo la diferencia entre las distintas clases de agua –murmura Courtney. Está sentada entre McDermott y yo en el asiento trasero del taxi y debajo del visón lleva un vestido de lana de Givenchy, medias de Calvin Klein y zapatos de Warren Susan Allen Edmonds. Antes, en este mismo taxi, cuando he tocado insinuantemente el visón sin otra intención que

comprobar su calidad y ella lo ha notado, me ha preguntado si tenía un spray para el aliento. Yo no he dicho nada.

–¿Qué quieres decir? –inquire McDermott solemnemente.

–Bueno –dice ella–. Quiero decir que no sé cual es la auténtica diferencia entre el agua natural, por ejemplo, o, quiero decir, ¿hay alguna?

–Courtney. El agua natural es cualquier agua de una fuente subterránea –dice Craig, suspirando, y mirando todavía por la ventanilla–. El contenido de minerales no se ha variado, aunque el agua puede haber sido desinfectada y filtrada. –McDermott lleva un esmoquin de lana con solapas marcadas de Gianni Versace y apesta a Xeryus.

Interrumpo momentáneamente mi inercia mental para añadir: –y en el agua mineral pueden haberse añadido o quitado minerales, y normalmente ha sido filtrada, no tratada. –Hago una pausa–. El setenta y cinco por ciento de toda el agua embotellada en Norteamérica es agua mineral. –Hago otra pausa y pregunto–: ¿Lo sabías?

Sigue una larga y aburrida pausa, y luego Courtney hace otra pregunta, esta vez sólo terminada a medias.

–La diferencia entre el agua destilada y el agua purificada es...

La verdad es que no presto atención a esta conversación, pues estoy pensando en un modo de librarme del cuerpo de Bethany, o al menos debatiendo interiormente si debo o no conservado en mi apartamento un día más. Si decido librarme de él esta noche, podría meter lo que queda dentro de una bolsa de basura Hefty y dejada en la caja de la escalera; o puedo hacer algo más de esfuerzo y arrastrarla hasta la calle, dejándola en el bordillo junto a la demás basura. Incluso podría llevarlo al apartamento de Hell's Kitchen y echarle cal viva por encima, fumarme un puro y ver cómo se disuelve mientras escucho mi walkman, pero quiero mantener los cuerpos de los hombres separados de los de las mujeres y, además, también quiero ver *Sed de sangre*, el vídeo que he alquilado esta tarde –la frase que lo anuncia es: «Algunos payasos hacen reír, pero Bobo le hará morir y luego comerse su propio cuerpo»– y no tendré suficiente tiempo para un viaje hasta Hell's Kitchen a medianoche, aunque no me detenga en Bellvue's a tomar algo. Los huesos y la mayor parte de los intestinos y la carne de Bethany probablemente los tiraré al incinerador del vestíbulo de mi apartamento.

Courtney, McDermott y yo acabamos de salir de una fiesta de Morgan Stanley que se ha celebrado cerca de Seaport, en la punta de Manhattan, en un club nuevo que se llama Goldcard, que por sí solo parecía una ciudad enorme y donde me he encontrado con Walter Rhodes, un canadiense de los pies a la cabeza, al que no había visto desde Exeter y que, como McDermott, apesta a Xeryus, y le he dicho:

–Oye, intento mantenerme lejos de la gente. Incluso evito hablarles. –y luego le he rogado que me disculpara.

Sólo ligeramente sorprendido, Walter ha dicho:

–Claro, claro, lo..., bueno, lo entiendo.

Yo llevo un esmoquin cruzado de seis botones de crepé de lana con pantalones con pinzas y una corbata de lazo de seda y gro, todo de Valentino. Luis Carruthers está en Atlanta, donde pasará una semana. Me he hecho una línea de coca con Herbert Gittes en Goldcard y, antes de que McDermott cogiera este taxi para que nos llevase al Nell's, he tomado un Halcion para librarme de la tensión de la cocaína, pero todavía no me ha hecho efecto. Courtney parece atraída por McDermott y como su tarjeta de Chembank no funcionaba esta noche, al menos en el cajero automático donde nos hemos detenido (el motivo es que la utiliza demasiadas veces para prepararse rayas de coca con ella, aunque nunca querrá admitirlo; los restos de cocaína también me han jodido mi tarjeta en diversas ocasiones), y la de McDermott *funcionaba*, ha punteado la *mía* en favor de la *suya*, lo que significa,

conociendo a Courtney, que quiere *follarse* a McDermott. Pero eso no importa de verdad. Aunque yo sea más guapo que Craig, los dos nos parecemos bastante. Por cierto, de animales trataba el programa de Patty Winters de hoy. Un pulpo flotaba en un acuario improvisado con un micrófono sujeto a uno de sus tentáculos y no dejaba de pedir –o eso nos aseguraba su «entrenador», que estaba seguro de que los moluscos tienen cuerdas vocales– «queso». He mirado, vagamente distraído, hasta que me he puesto a sollozar. Un mendigo vestido de hawaiano rebuscaba en el cubo de basura en la esquina a oscuras de la Octava y la Décima.

–En el agua destilada o purificada –está diciendo McDermott– han quitado la mayoría de los minerales. Han hecho hervir el agua y han condensado el vapor convirtiéndolo en agua purificada.

–Por eso el agua destilada tiene un sabor soso y normalmente no se bebe. –Me encuentro bostezando.

–¿Y el agua mineral? –pregunta Courtney.

–No está definida por el... –empezamos simultáneamente McDermott y yo.

–Adelante –digo yo, volviendo a bostezar y haciendo que Courtney también bostece.

–No, sigue tú –dice él apáticamente.

–No está definida por el Ministerio de Sanidad –le digo–. Pero no tiene productos químicos ni sales ni azúcares ni cafeína.

–Y el agua con gas tiene burbujas debido al anhídrico carbónico, ¿verdad? –pregunta ella.

–Sí. –Tanto McDermott como yo asentimos, mirando al frente.

–Eso lo sabía –dice Courtney, dudando, y por el tono de su voz puedo notar, sin mirarla, que probablemente sonría al decirlo.

–Pero sólo el agua con gas *natural* –advierdo–. Porque *eso* significa que el anhídrico carbónico contenido en el agua viene con ella desde el manantial.

–Las sodas, por ejemplo, son carbónicas de modo artificial –explica McDermott.

–La soda White Rack es una excepción –menciono, perplejo por el ridículo e incesante empeño de McDermott por imponerse a los demás–. El agua con gas Ramlosa también es muy buena.

El taxi está a punto de doblar hacia la calle Catorce, pero unas cuatro o cinco limusinas tratan de hacer el mismo giro, de modo que el semáforo se pone en rojo antes de que pasemos. Maldigo al taxista, pero una vieja canción de los años sesenta de la Motown, puede que de las Supremes, suena en la parte delantera, apagada por la separación de fibra de cristal. Trato de abrirla, pero está cerrada y no se desliza a un lado. Courtney pregunta:

–¿Qué se debe beber después de hacer ejercicio?

–Bueno –digo, suspirando–. Lo que sea, debe estar frío de verdad.

–¿Por qué? –pregunta ella.

–Porque se absorbe con mayor rapidez que si está a la temperatura ambiente. –Miro mi Rolex, ausente–. Probablemente la mejor sea el agua Evian, pero no en envase de plástico.

–Mi preparador dice que Gatorade está muy bien –contraataca McDermott.

–¿Pero no crees que el agua es el mejor fluido, puesto que entra con mayor rapidez en la corriente sanguínea que *ningún* otro líquido? –y no puedo evitar añadir–: *Amigo mío*.

Vuelvo a mirar el reloj. Si tomo un J&B con hielo en Nell's puedo volver a casa a tiempo de ver *Sed de sangre* entera hacia las dos. De nuevo se hace el silencio en el taxi, que se dirige hacia la multitud de los alrededores del club, mientras las limusinas dejan a los pasajeros y se alejan, algo en lo que se concentra cada uno de nosotros, y también en el cielo que cubre la ciudad, que es pesado y está cargado de nubes oscuras. Las limusinas se tocan el claxon unas a otras, sin resolver nada. Noto

la garganta reseca, debido a la coca que he esnifado con Gittes, y trago saliva, tratando de humedecerla. Carteles de una venta en Crabtree & Evelyn tapan las ventanas de los edificios abandonados del otro lado de la calle. «Magnate», Bateman. ¿Cómo se escribe magnate? M-a-g-n-a-t-e. Magnate. Mag-nate. Hielo, espíritus, alienígenas...

–A mí no me gusta la Evian –dice McDermott, en cierto modo con tristeza–. Es demasiado dulce.–Tiene un aspecto tan desgraciado cuando admite eso que inclina a mostrarse de acuerdo.

Mirándole en la oscuridad del taxi, comprendo que probablemente terminará la noche en la cama con Courtney y siento momentáneamente piedad por él.

–Sí, McDermott –digo lentamente–. La Evian es demasiado dulce.

Antes, había tanta sangre de Bethany en el suelo que no he podido distinguir mi reflejo en él mientras buscaba uno de los teléfonos inalámbricos para concertar cita para cortarme el pelo en Gio's. Courtney interrumpe mi trance al admitir:

–Me dio miedo cuando probé por primera vez la Pellegrino. –Me mira nerviosa, esperando que... ¿esté de acuerdo? Luego mira a McDermott, que ofrece una sonrisa triste, tensa–. Pero una vez que la he probado resultó ser estupenda.

–Qué valiente –murmuro yo, volviendo a bostezar, mientras el taxi se abre paso centímetro a centímetro hacia Nell's. Luego alzo la voz–: Oíd, ¿sabe alguno de vosotros de un aparato que se conecta al teléfono para simular que éste comunica?

De vuelta a casa, me detengo junto al cuerpo de Bethany, tomando una copa mientras estudio su estado. Tiene los dos párpados entreabiertos y los dientes inferiores parece como si le sobresalieran porque tiene los labios arrancados –de hecho, a mordiscos–. Antes de salir de casa le he serrado el brazo izquierdo, y ahora lo cojo, agarrándolo por el hueso que asoma donde normalmente tenía la mano (no tengo idea de dónde la he puesto: ¿en el congelador?, ¿en el retrete?), sujetándolo con el puño como a un tubo del que todavía cuelgan carne y músculo aunque muchas de estas cosas han sido cortadas o arrancadas con los dientes, y le golpeo con él en la cabeza. Me lleva unos cuantos golpes, cinco o seis por lo menos, destrozarle la mandíbula por completo, y sólo dos más hundirle la cara.

Whitney Houston

Whitney Houston irrumpió en la escena musical en 1985 con el LP de su mismo nombre que contenía cuatro temas que fueron número uno en single, entre ellos «The Greatest Love of All», «you Give Good Love» y «Saving All My Love for You», además de ganar un Grammy como mejor intérprete vocal pop femenina y dos American Music Awards, uno por el mejor single de rhythm and blues, y otro por el mejor vídeo de rhythm and blues. También fue elegida como la artista revelación del año por *Billboard* y *Rolling Stone*. Con todo este alboroto uno podría esperar que el álbum fuera una grabación decepcionante, sin brillo, pero sorprendentemente *Whitney Houston* (Arista) es uno de los discos de Rhythm and blues más cálidos, más complejos y perfectos de la década, y la propia Whitney tiene una voz que casi ni se puede creer. Desde la elegante y bellísima foto de la cubierta del álbum (con un vestido de Giovanna De Maura) y su sexy contraparte en el otro lado (con un traje de baño de Narma Kamali), uno se da cuenta de que va a ser un asunto profesional; la grabación *es* suave pero intensa y la voz de Whitney supera tal cantidad de limitaciones y es tan versátil (aunque fundamentalmente sea una cantante de jazz), que es difícil

captar el álbum al escuchado por primera vez. Pero es que uno no quiere que sea así. Uno quiere saboreado muchas veces.

Se abre con «You Give Good Lave» y «Thinking About You», los dos temas producidos por Kashif, de los que emanan unos arreglos de jazz cálidos, exuberantes, pero con una rítmica de sintetizador contemporánea, y aunque son dos buenas canciones, el álbum no emociona hasta «Someone for Me», que fue producida por Jermaine Jackson, donde Whitney canta con melancolía acompañada de un fondo jazz–disco, y la diferencia entre su melancolía y la energía de la canción resulta muy conmovedora. La balada «Saving All My Lave for You» es la canción más sexy, más romántica del disco. Tiene también un solo de saxofón realmente killer de Tom Scott y se pueden escuchar influencias de los grupos pop de chicas de los años sesenta (su coautor es Gerry Goffin), aunque los grupos pop de chicas de los años sesenta nunca hicieron una canción tan emotiva y sexy (ni tan bien producida) como ésta. «Nobody Love Me Like You Do» es un magnífico dúo con Jermaine Jackson (que también la produjo) y sólo un ejemplo de lo sofisticadas que son las letras de este álbum. De lo último que carece es de escasez de buenas letras, que es lo que habitualmente sucede cuando una cantante no compone su propio material y tiene que recurrir a un productor para que se lo elija. Pero Whitney y compañía han sabido elegir perfectamente.

El single para discoteca «How Will I Know» (que considero la mejor canción para bailar de los años ochenta) es una alegre oda al nerviosismo de una chica que no sabe si otro chico está interesado por ella. Cuenta con un gran riff a los teclados y es el único corte del álbum producido por el niño prodigio Narada Michael Walden. Personalmente, mi balada favorita (junto a «The Greatest Love of All»..., su mayor logro) es «All at Once», que es sobre una joven que se da cuenta de repente de que su amante se está alejando de ella, y cuenta con un espléndido acompañamiento de cuerdas. Aunque en el álbum no haya nada que suene a relleno, el único corte que podría estar cerca de ello es «Take Good Care of My Heart», otro dúo con Jermaine Jackson. El problema es que se desvía de las raíces jazzísticas del álbum y parece demasiado influido por la músicaailable de los ochenta.

Pero el talento de Whitney vuelve a surgir triunfante con el abrumador «The Greatest Love of All», una de las mejores y más poderosas canciones que nunca se hayan escrito sobre el instinto de conservación y la dignidad. Desde la primera frase (Michael Masse y Linda Creed aparecen como autores) hasta la última, es un perfecto modelo de balada sobre la fe en uno mismo. Es una afirmación potente que Whitney canta con una grandeza que roza lo sublime. Su mensaje universal cruza cualquier frontera y en él insiste en que no es demasiado tarde para hacernos mejores, para obrar con más amabilidad. Dado que en el mundo en que vivimos es imposible sentir simpatía hacia los demás, siempre podemos sentir simpatía hacia nosotros mismos. Es un mensaje importante, crucial, y está bellamente afirmado en este álbum.

Su segundo esfuerzo, *Whitney* (Arista, 1987) contiene cuatro singles que fueron número uno: «I Wanna Dance with Somebody», «So Emotional», «Didn't We Almost Have It All?» y «Where Do Broken Hearts Go?», y en su mayor parte fue producido por Narada Michael Walden, y aunque no es un esfuerzo tan serio como *Whitney Houston*, tampoco sufre del conocido bajón propio de la segunda obra. Empieza con el saltarín, elailable «I Wanna Dance With Somebody (Who Loves Me)», que está en la misma vena que el incontenible «How Will I Know» del álbum anterior. Le sigue el sensual «Just a Lonely Talking Again» donde se refleja la importante influencia de jazz que permeaba el primer álbum, y donde uno también puede notar la nueva madurez artística de la voz de Whitney –ella es la autora de todos los arreglos vocales del álbum–, algo que es muy evidente en «Love Will Save the Day», que es la canción más ambiciosa que haya interpretado Whitney nunca. Fue producida por Jellybean Benitez y pulsa con intensidad en tiempo rápido y, como la mayor parte de las canciones de este álbum, refleja una conciencia creciente del mundo en el que todos vivimos. Whitney canta y nosotros lo creemos. Es un cambio absoluto con respecto a la imagen más suave de niña perdida que era tan atractiva en el primer álbum.

Todavía presenta una imagen más adulta en la canción producida por Michael Masser «Didn't We Almost Have It All», que es sobre el encuentro con un amante perdido hace tiempo al que se le cuentan los sentimientos de la aventura del pasado, y es una Whitney poética al máximo. Y como en la mayoría de las baladas, hay un brillante arreglo de cuerdas. «So emotional» está en la misma vena que «How Will I Know» y «I Wanna Dance with Somebody», pero tiene una mayor influencia del rock y, como todas las canciones de *Whitney*, la interpreta una tremenda banda de estudio con Narada a la batería, Wolter Afanasieff en el sintetizador y el bajo sintetizado, Corrado Rustici a la guitarra y un tal Bongo Bob que programa la percusión y las intervenciones de la batería. «Where you Are» es la única canción del álbum producida por Kashif y posee una indeleble impronta de profesionalidad –tiene un chispeante sonido al que contribuye un solo de saxo muy funky de Vincent Henry–. Me suena a un single de éxito (pero me pasa con todas las canciones del álbum) y me pregunto por qué no ha aparecido así.

«Love Is a Contact Sport» es la auténtica sorpresa del álbum –un número de excelente sonido, audaz, sexy, que en términos de producción es la pieza central del álbum y cuenta con una letra excelente, aparte de un gran ritmo–. Es una de mis canciones favoritas. En «You're Still My Man» se puede oír claramente que la voz de Whitney es como un instrumento –una máquina perfecta, cálida que casi supera al sentimiento de la música–, pero la letra y la melodía son demasiado intensas para dejar que ningún cantante, incluso una del calibre de Whitney, les hagan sombra. «For the Love of you» muestra la brillante capacidad de programación de la percusión de Narada y su moderno sentimiento jazzístico remite no sólo a los modernos maestros del jazz como Michael Jackson y Sade, sino también a otros artistas como Miles Davis, Paul Butterfield y Bobby McFerrin.

«Where Do Broken Hearts Go» es la propuesta de inocencia perdida y el intento de recuperar la seguridad de la infancia más intenso del álbum. Su voz es tan encantadora y controlada como siempre lo ha sido y nos lleva a «I Know Hi, So Well», el momento más conmovedor del disco porque es antes que nada un hermoso dúo con su madre, Cissy. Es una balada sobre... ¿quién? –¿un amante compartido?, ¿un padre hace tiempo perdido?–, con una combinación de nostalgia, pena, determinación y belleza, y finaliza el álbum con una nota perfecta y llena de hermosura. Podemos esperar cosas nuevas de Whitney (hizo un sorprendente regalo a los Juegos Olímpicos de 1988 con la balada «One Moment in Time»), pero incluso si no hace nada más, seguirá siendo la voz negra de jazz más apasionante y original de su generación.

Cena con la secretaria

Lunes a las ocho de la tarde. Estoy en el despacho haciendo el crucigrama del *New York Times*, de ayer domingo, mientras escucho música rap en estéreo y trato de entender su popularidad, pues una tía buena rubita que conocí en el Au Bar hace un par de noches me dijo que lo único que oye es rap, y aunque después la dejé seca en un apartamento del Dakota (casi quedó decapitada; una experiencia un poco extraña para mí), esta mañana sus gustos musicales me rondaban por la cabeza y he tenido que pararme en el Tower Records del Upper West Side y gastar noventa dólares en discos compactos de rap, pero, como esperaba, estoy desorientado: son voces negroides profiriendo palabras feas como *dígito*, *puding* y *tarugo*. Jean está sentada a su mesa, que tiene llena de documentos que quiero que verifique. Hoy no ha sido un mal día: he hecho ejercicio durante dos horas antes de venir a la oficina; el restaurante nuevo de Robinson Hirsch que se llama Finna ha abierto en Chelsea; Evelyn me ha dejado dos mensajes en el contestador y otro por medio de Jean en los que decía que pasará en Bastan la mayor parte de la semana, y lo mejor de todo, el programa

de Patty Winters de esta mañana tenía dos partes. La primera era una entrevista en exclusiva con Donald Trump; la segunda, un informe sobre mujeres a las que habían torturado. Tengo previsto cenar con Madison Grey y David Champion en el Café Luxembourg, pero a las ocho y cuarto me entero de que Luis Carruthers va a cenar con nosotros, de modo que llamo a Champion, el estúpido hijoputa, y cancelo la cena, luego paso unos minutos pensando en qué hacer durante lo que queda de tarde. Al mirar por la ventana, me doy cuenta de que dentro de unos momentos el cielo que cubre la ciudad estará completamente a oscuras.

Jean asoma la cabeza en mi despacho, después de llamar suavemente a la puerta entreabierta. Hago como que no me doy cuenta de su presencia, aunque no estoy seguro de por qué, hago un crucigrama con las gafas Wayfarer puestas, aturdido sin ningún motivo real.

Pone un informe encima de la mesa antes de preguntar:

–¿Haces el crucigrama? –con un patético gesto de intimidación, un irritante intento de forzada amistad. Callo y asiento con la cabeza, sin levantar la vista.

–¿Necesitas ayuda? –pregunta, moviéndose cautelosamente alrededor de la mesa donde estoy sentado, y se inclina sobre mi hombro ofreciéndome asistencia. Yo ya he llenado todos los espacios con las palabras *carne* o *hueso* y ella emite un leve jadeo al fijarse en ello, y cuando ve el montón de lápices del número 2 que he partido por la mitad y dejado encima de la mesa, los coge dubitativamente y sale del despacho.

–¿Jean? –llamo.

–¿Sí, Patrick? –Vuelve a entrar en el despacho, tratando de disimular su impaciencia.

–¿Te apetece cenar conmigo? –pregunto, sin dejar de mirar el crucigrama, mientras tacho con un lápiz rojo la «c» de una de las muchas «carnes» con las que he llenado los recuadros—. Bueno, siempre que... no tengas nada previsto.

–Oh, no –responde, con demasiada rapidez, me parece, pero dándose cuenta de su fallo, añade–: No tengo ningún plan.

–Bien, en eso coincidimos –digo yo, alzando la vista y quitándome las Wayfarer.

Ella se ríe pero hay cierto nerviosismo en su risa, cierta incomodidad, lo que no contribuye a que me sienta menos mal.

–Eso parece. –Se encoge de hombros.

–También tengo entradas para un concierto de... Milla Vanilla, si te apetece –le digo, sin darle importancia.

Confundida, pregunta:

–¿De verdad? ¿Quién?

–Milla... Vanilla –repito lentamente.

–¿Milla... Vanilla? –pregunta, incómoda.

–Milla... Vanilla –digo–. Creo que se llaman así.

–No estoy segura –dice ella.

–¿Sobre lo de ir?

–No..., sobre el nombre. –Se concentra, luego dice–: Creo que se llaman... Milli Vanilli.

Hago una larga pausa antes de decir:

–Oh.

Jean sigue allí y asiente con la cabeza.

–No importa–digo. De todos modos, no tengo entradas–. Es dentro de unos meses.

–Oh –dice ella, volviendo a asentir con la cabeza–. De acuerdo.

–Oye, ¿adónde vamos? –Me echo hacia delante y saco mi Zagat del cajón superior de la mesa de despacho.

Ella hace una pausa, titubea, sin saber qué decir, tomándose mi pregunta como un examen que debe aprobar; sin estar segura de haber elegido la respuesta adecuada, propone:

–Adonde tú quieras.

–No, no, no. –Sonríe, hojeando la guía–. Iremos adonde quieras tú.

–Oh, Patrick –dice, suspirando–. No puedo tornar una decisión así.

–Sí, venga –la animo–. ¿Adónde quieres ir?

–No puedo. –Vuelve a suspirar nuevamente, desvalida–. No lo sé.

–Vamos, vamos –la animo–, ¿adónde quieres ir? Iremos adonde tú quieras. Adonde digas.

Piensa en ello durante largo rato y notando que pasa el tiempo, pregunta tímidamente, tratando de impresionarme:

–¿Que te parece... Dorsia?

Dejo de mirar la guía Zagat y, sin alzar la vista, sonriendo tensamente, con el estómago revuelto, me pregunto en silencio: «¿De verdad quiero decir que no? ¿De verdad quiero decir que probablemente no consigamos mesa? ¿Estoy preparado para hacer una cosa así? ¿Quiero de verdad hacerla?»

–Muy bien –digo, dejando la guía, luego vuelvo a abrirla nerviosamente para buscar el número–. Dorsia es donde quiere ir Jean.

–Oh, no lo sé –dice ella, confusa–. Vamos adonde tú quieras.

–Dorsia está... bien –digo, sin darle importancia, cogiendo el teléfono, y con un dedo tembloroso marco los siete terribles números, tratando de mantener la calma. En lugar de la señal de que comunican que espero, el teléfono suena en Dorsia y después de dos timbrazos la misma voz perentoria a la que he ido acostumbrándome durante los tres últimos meses, grita:

–Dorsia, ¿sí? –El espacio donde suena la voz es un rumor enmudecido.

–¿Podríamos reservar mesa, digamos que para dentro de veinte minutos? –pregunto, mirando mi Rolex y guiñándole el ojo a Jean.

Parece impresionada.

–Estamos al completo –grita el maître con tono de suficiencia.

–¿De verdad? –digo, tratando de parecer contento, aunque me sienta a punto de vomitar–. Estupendo.

–Le he dicho que estamos al completo –grita.

–¿A las nueve? –digo–. Perfecto.

–Esta noche no tenemos mesas disponibles –trueno el maître, inflexible. Cuelga el aparato.

–Bien, hasta pronto. –También yo cuelgo, y con una sonrisa que trata de expresar placer ante la elección de Jean, me encuentro haciendo esfuerzos por respirar, con todos los músculos muy tensos. Jean lleva un jersey de lana y una falda de franela de Calvin Klein, un cinturón de cocodrilo con la hebilla de plata de Barry Kieselstein Cord, pendientes de plata y medias claras también de Calvin Klein. Permanece quieta delante de la mesa, confusa.

–Muy bien –digo, dirigiéndome al perchero–. Vas muy bien vestida.

Al cabo de un momento, dice suavemente:

–No has dado el nombre.

Pienso en esto mientras me pongo mi chaqueta Armani y mientras vuelvo a hacerme el nudo de mi corbata de seda Armani y sin tartamudear le digo:

–Me conocen.

Mientras el maître sienta a una pareja que estoy casi seguro de que son Kate Spencer y Jason Lauder, Jean y yo nos acercamos a su estrado donde está abierto el libro con las reservas lleno de nombres absurdamente legibles, y al inclinarme sobre él leo por casualidad el único nombre que tiene reserva para dos a las nueve que no está tachado, y que resulta ser –Oh, Dios mío– *Schrawtz*. Suspiro, y dando golpecitos en el suelo con el pie, con la mente disparada, trato de idear algún plan factible. De repente, me vuelvo hacia Jean y digo:

–¿Por qué no vas al servicio?

Ella pasea la vista por el restaurante. Es el caos. Hay mucha gente en la barra. El maître sienta a la pareja en una mesa del centro del comedor. Sylvester Stallone y una chica estupenda ocupan la misma mesa en la que estuvimos sentados Sean y yo hace unas semanas, lo que contribuye a mi fastidio, y sus guardaespaldas están en una mesa contigua a ésta, y el dueño de Petty's, Norman Prage, ocupa la tercera. Jean vuelve la cabeza hacia mí y grita:

–¿Qué? –imponiéndose al ruido.

–¿No tienes que ir al servicio? –pregunto. El maître se acerca a nosotros, abriéndose paso entre los que abarrotan el restaurante, sin sonreír.

–¿Por qué? ¿Quieres decir... que debo ir? –pregunta Jean totalmente confusa.

–Ve –le siseo, apretándole desesperadamente el brazo. –Pero es que no necesito ir, Patrick – protesta ella.

–Dios santo –murmuro. De todos modos ya es demasiado tarde.

El maître se dirige al podio y consulta el libro, atiende una llamada telefónica, cuelga en cuestión de segundos y nos mira, no especialmente molesto. El maître debe de tener, por lo menos unos cincuenta años y lleva cola de caballo. Me aclaro la voz dos veces para atraer su atención, establecer algún tipo de contacto ocular.

–¿Sí? –pregunta, como si tuviera prisa.

Adopto una expresión digna antes de suspirar interiormente. –Tenemos reserva para las nueve... –Trago saliva–. Para dos.

–¿Sí? –pregunta, desconfiadamente, alargando la palabra–. ¿A nombre de quién? –dice, y se vuelve hacia un camarero que pasa, de unos dieciocho años y guapo, con aspecto de modelo, que pregunta:

–¿Dónde está el hielo?

El maître le mira fijamente y grita:

–No me interrumpas ahora..., ¿entendido? ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? –El camarero se encoge de hombros humildemente y entonces el maître señala la barra–. ¡El hielo está ahí! –A continuación se vuelve hacia nosotros y me siento asustado de verdad–. ¿A nombre de quién? –pregunta, imperioso.

Yo estoy pensando: «De todos los jodidos nombres, ¿por qué éste?»

–Schrawtz –por Dios–. Mister y mistress Schrawtz.

Estoy seguro de que tengo la cara cenicienta y digo el nombre mecánicamente, pero el maître está demasiado ocupado para no tragárselo y ni siquiera me molesto en mirar a Jean, que estoy seguro de que está completamente desconcertada ante mi comportamiento, mientras nos lleva a la mesa de los Schrawtz.

Las cartas ya están sobre la mesa, pero me siento tan nervioso que las palabras e incluso los precios me parecen jeroglíficos y me encuentro completamente perdido. Un camarero anota lo que queremos beber —es el mismo que no sabía dónde estaba el hielo— y me encuentro diciendo cosas, sin escuchar a Jean, como:

—Proteger la capa de ozono es una idea buena de verdad. —y contando chistes. Sonrío, como si estuviera en otro sitio, y no tardo nada (de hecho, minutos, pues el camarero ni siquiera tiene oportunidad de decirnos las especialidades) en fijarme en la pareja que ha aparecido junto al podio y está hablando con el maître, y después de suspirar profundamente, mareado, titubeante, le digo a Jean:

—Pasa algo malo.

Ella alza la vista del menú y deja la copa sin hielo que estaba bebiendo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

El maître nos está mirando fijamente, de hecho me mira a mí, desde el otro lado del comedor, mientras se acerca a nuestra mesa acompañado de la pareja. Un hombre y una mujer guapos, altos. Si hubieran sido bajos, gordos, con pinta de judíos, podría quedarme en esta mesa, incluso sin la ayuda de cincuenta dólares, pero esta pareja parece salida de un anuncio de Ralph Lauren, y aunque también lo parezcamos Jean y yo (y lo mismo el resto de los que están en el jodido restaurante), el hombre lleva esmoquin y la chica (una chica perfectamente follable) va cubierta de joyas. Ésta es la realidad, y como mi odioso hermano Sean diría, tengo que vérmelas con ella. El maître se ha detenido junto a la mesa, con las manos a la espalda, muy serio, y después de una larga pausa, pregunta:

—¿Mister y mistress... *Schwartz*?

—¿Sí? —digo, con calma.

Se limita a mirar fijamente. A esto le acompaña un silencio anormal. Su cola de caballo, gris y aceitosa, le cuelga como una especie de maldición más abajo del cuello.

—Sabe —digo al fin, con suavidad—. Resulta que conozco al cocinero.

Él sigue mirando fijamente. Y lo mismo, sin duda, la pareja que tiene detrás.

Después de otra larga pausa, sin motivo, pregunto:

—¿Está en... Aspen?

Esto no va a servirnos de nada. Suspiro y me vuelvo hacia Jean, que parece completamente perpleja.

—Nos vamos, ¿de acuerdo? —Ella asiente, sin decir nada. Humillado, cojo a Jean de la mano y nos levantamos, ella más despacio que yo, y pasamos rápidamente junto al maître y la pareja, y nos abrimos paso por el abarrotado restaurante y luego salimos a la calle y estoy completamente destrozado y murmuro como un robot para mí mismo—: Debería haberlo sabido, debería haberlo sabido. —Pero Jean camina por la calle dando saltos, riéndose, tirando de mí, y cuando por fin me fijo en su inesperada alegría, entre dos carcajadas, dice:

—Ha sido muy divertido. —Y luego, agarrando mi puño apretado, añade—: Tu sentido del humor es muy *espontáneo*.— *Temblando*, caminando muy tieso a su lado, ignorándola, mirando hacia donde me encuentro caminando.

Después de que alguien que creo que es Hamilton Conway me confunda con alguien que se llama Ted Owen y pregunte si puedo conseguirle que entre en Petty's esta noche y después de decirle yo:

—Veré lo que puedo hacer —vuelvo a dedicar lo que me queda de atención a Jean, que está sentada enfrente de mí en el comedor casi vacío de Arcadia (después de que el tipo se marchara, sólo quedan cinco mesas del restaurante con público). He pedido J&B con hielo. Jean toma una

copa de vino blanco y habla de que lo que de verdad quiere es «trabajar en el mercado de valores», y yo pienso: «Atrévete a soñar.» Otra persona, Frederick Dibble, se detiene y me felicita por la cuenta Larson y tiene la cara de decir:

–Hablares después, Saul.

Pero estoy aturdido, a millones de kilómetros de distancia, y Jean no se da cuenta; habla de una nueva novela de un autor joven que ha estado leyendo –su cubierta, que he visto, muestra luces de neón; su argumento, los sufrimientos de los ricos–. Casualmente pienso que está hablando de otra persona y me encuentro diciendo, sin mirada de verdad:

–Uno necesita una piel dura para sobrevivir en esta ciudad. Ella se sonroja, parece avergonzada y toma otro sorbo de vino, que es un sauvignon blanco

–Pareces distante –dice.

–¿Qué? –pregunto, parpadeando.

–Digo que pareces distante –dice ella.

–No –digo, suspirando–. Todavía estoy en posesión de mi excentricidad.

–Eso está bien. –Sonríe (¿estoy soñando esto?), aliviada.

–Escucha –digo, tratando de centrarme en ella–. ¿Qué es lo que de verdad quieres hacer en la vida? –Luego, recordando lo que murmuraba sobre una carrera en el mercado de valores, añado–: Pero brevemente, ya sabes, resume. –y añado–: Y no me digas que te gustan los niños, ¿vale?

–Bueno, me gusta viajar –dice–. Y puede que vuelva a la universidad, pero la verdad es que no lo sé... –Hace una pausa y piensa, luego anuncia sinceramente–: Me encuentro en un punto de mi vida en que parece que hay muchas posibilidades, pero me siento..., no lo sé..., insegura.

–Creo que también es importante que las personas conozcan sus limitaciones. –Luego, de repente pregunto–: ¿Tienes novio? Ella sonríe tímidamente, se sonroja, y dice:

–No. La verdad es que no.

–Interesante –murmuro. He abierto mi carta y esta noche estoy mirando los platos del día.

–¿Sales tú con alguien? –pregunta ella tímidamente–. De un modo serio, quiero decir.

Elijo el pez piloto con tulipanes y canela, evitando la pregunta con su suspiro.

–Quiero tener una relación importante con alguien especial.–Y antes de permitirle que responda, le pregunto qué va a tomar.

–Creo que el mahi...mahi –dice, y luego, mirando de reojo la carta, añade–: con jengibre.

–Yo vaya tomar el pez piloto –digo–. Últimamente me gusta. El... pez piloto –digo, asintiendo con la cabeza.

Más tarde, después de una cena mediocre, una botella de un cabernet sauvignon de California muy cara y creme billé que compartimos, pido una copa de un aporlo de cincuenta dólares y Jean toma un café exprés descafeinado, y cuando pregunta por qué se llama así el restaurante, se lo cuento, y no me invento nada absurdo –aunque estoy tentado, sólo para ver si se lo cree–. Sentado frente a Jean, en la penumbra de Arcadia, resulta muy fácil creer que se tragaría cualquier tipo de información falsa que le proporcionase –lo loca que está por mí la vuelve impotente– y encuentro que esta falta de defensas es extrañamente poco erótica. Incluso podría exponerle mi postura a favor del apartheid y encontraría motivos para compartirla y para invertir grandes cantidades de dinero en empresas racistas.

–La Arcadia era una antigua región del Peloponeso, Grecia, que fue fundada en el 370 antes de Cristo, y estaba completamente rodeada de montañas. Su ciudad principal era... Megalopolis, que también era el centro de la actividad política y la capital de la confederación arcadiana... –Tomo un sorbo del oporto, que es espeso, fuerte, caro–. Fue destruida durante la guerra de independencia

griega... –Vuelvo a hacer una pausa–. Originalmente a Pan lo adoraban en Arcadia. ¿Sabes quién era Pan?

Sin apartar nunca los ojos de mí, asiente.

–Sus fiestas eran muy parecidas a las de Baco –le cuento–. Por la noche jugueteaba con las ninfas, pero también le gustaba... asustar a los viajeros durante el día... De ahí la palabra *pán-ico*. –Bla bla bla. Me divierte seguir sabiendo estas cosas y levanto la mirada del oporto que he estado mirando pensativamente y le sonrío. Ella guarda silencio largo rato, confundida, insegura de lo que debe responder, pero por fin me mira profundamente a los ojos y dice, vacilando, inclinándose encima de la mesa:

–Es... tan...interesante –que es lo que le sale de la boca, es todo lo que dice.

Once treinta y cuatro. Estamos parados delante del apartamento del Upper East Side de Jean. El portero nos mira cansinamente y eso me llena de un miedo innombrable. Un telón de miles de estrellas brilla en el cielo y me humilla lo muchas que son, lo que me cuesta bastante soportar. Jean se encoge de hombros y asiente después de que yo diga algo sobre las formas de la ansiedad. Es como si a su mente le costara mucho comunicarse con la boca, como si tratara de realizar un análisis racional de quién soy, lo que es, por supuesto, imposible: no... existe... una... clave.

–La cena ha sido maravillosa –dice–. Muchísimas gracias. –La verdad es que la comida ha sido bastante mediocre, pero me alegro de haber estado contigo. –Me encojo de hombros.

–¿Quieres subir a tomar una copa? –pregunta, como sin darle la menor importancia, y aunque me muestre crítico con respecto a su planteamiento, eso no significa necesariamente que no me apetezca subir. Pero algo me lo impide, algo controla mis ansias de sangre: ¿el portero?, ¿la luz del portal?, ¿su pintura de labios? Además estoy empezando a pensar que la pornografía es mucho menos complicada que el sexo de verdad, y debido a esa falta de complicación, mucho más placentera.

–¿Tienes peyote? –pregunto.

Ella se detiene, confusa.

–¿Qué?

–Sólo era una broma –digo, y añado–: Oye, quiero ver el programa de *David Letterman*, por lo tanto... –Me interrumpo, inseguro de por qué me quedo–. Debería irme.

–Puedes vedo... –Se interrumpe, luego sugiere–. En mi casa. Hago una pausa antes de preguntar:

–¿Tienes televisión por cable?

–Sí –asiente–. Tengo televisión por cable.

Confuso, vuelvo a hacer una pausa, luego hago como que reflexiono.

–Da lo mismo. Me gusta vedo... sin cable.

Ella lanza una mirada triste, perpleja.

–¿Cómo?

–Tengo que devolver unos vídeos –explico precipitadamente. Ella hace una pausa.

–¿Ahora? –Mira su reloj–. Si son casi las doce.

–Bueno, sí –digo, considerablemente distante.

–Bueno, supongo que..., entonces, buenas noches –dice.

¿Qué tipo de libros lee Jean? Los títulos me pasan muy deprisa por la cabeza: *Cómo conseguir que un hombre se enamore de ti. Cómo conseguir que un hombre esté enamorado de ti para siempre. Cómo comprometerse: Casarse. Cómo estar casada dentro de un año. Suplicante*. En el

bolsillo del abrigo manoseo la caja de condones de Luc Benoit que compré la semana pasada, pero..., bueno, pues no.

Después de estrechamos la mano torpemente, ella pregunta, todavía con la mía en la suya:

–¿De verdad no tienes televisión por cable?

Y aunque en absoluto ha sido una noche romántica, me abraza y esta vez emana un calor al que no estoy acostumbrado. Estoy tan acostumbrado a imaginar que todo pasa del modo en que pasa en las películas, a visualizar las cosas del modo en que suceden los acontecimientos en la pantalla, que casi puedo oír el sonido de una orquesta, casi puedo alucinar que la cámara toma una vista panorámica de nosotros, que unos fuegos artificiales estallan encima de nuestras cabezas a cámara lenta y la imagen en setenta milímetros de sus labios que se abren y el murmullo que sigue de «Te quiero» en sonido Dolby. Pero mi abrazo es frío y me doy cuenta, al principio borrosamente y luego con mayor claridad, de que mi desolación interior va desapareciendo gradualmente y de que ella me besa en la boca y de que esto me lleva a una especie de realidad y la aparto. Me mira fijamente, asustada.

–Oye, tengo que irme –digo, mirando mi Rolex–. No quiero perderme las habilidades de los animales de compañía.

–Muy bien –dice ella, calmándose–. Adiós.

–Buenas noches –digo yo.

Los dos nos dirigimos en direcciones opuestas, pero de repente ella grita algo.

Me doy la vuelta.

–No te olvides de que tienes un desayuno de trabajo con Frederick Bennet y Charles Rust en el 21 –dice desde la puerta, que el portero mantiene abierta para que entre.

–Gracias –le grito, despidiéndome con la mano–. Se me había olvidado por completo.

Ella se despide con la mano y desaparece en el portal.

Camino de Park Avenue en busca de un taxi, paso junto a un espantoso vagabundo –un miembro de la clase genética inferior– y cuando me ruega en voz baja que le dé alguna moneda, «algo», me fijo en la bolsa de la librería Barnes & Noble que tiene junto a él en los escalones de la iglesia donde pide limosna, y no puedo evitar reír afectadamente en voz alta.

–Estupendo, te gusta leer... –digo, y luego, en el taxi en que atravieso la ciudad camino de mi apartamento, me imagino corriendo por Central Park una fresca tarde de primavera con Jean, riendo, cogidos de la mano. Compramos globos, los soltamos.

El detective

Mayo se convierte en junio que se convierte en julio que se convierte lentamente en agosto. Debido al calor he tenido unos intensos sueños sobre vivisecciones las cuatro últimas noches y ahora no hago nada, vegeto en mi oficina con un molesto dolor de cabeza y un walkman con un CD de Kenny G. sonando, pero la deslumbrante luz del sol de mediodía inunda la habitación, perforándome el cráneo, haciendo que aumenten las punzadas de la resaca, debido a la cual esta mañana no he hecho ejercicio. Mientras escucho la música, me fijo en que la segunda luz de mi teléfono parpadea, lo que significa que me está llamando Jean. Suspiro y me quito el walkman con mucho cuidado.

–¿Qué pasa? –pregunto, con tono monótono.

–Oye, Patrick –empieza ella.

–Di–me, Je–an –pregunto, condescendiente, espaciando las dos palabras.

–Patrick, un tal mister Donald Kimball está aquí y quiere verte –dice, nerviosa.

–¿Quién? –suelto yo, distraído.

Jean emite un pequeño suspiro de preocupación y luego baja la voz para decir:

–El *detective* Donald Kimball.

Hago una pausa, miro el cielo por la ventana, luego la pantalla de mi ordenador, luego la mujer decapitada que he estado garabateando en la contracubierta del *Sports Illustrated* de esta semana, y paso la mano sobre el brillante papel de la revista una vez, dos, antes de romper la cubierta y tirada a la papelera. Por fin, empiezo:

–Dile... –Luego, pensando mejor en mis opciones, me interrumpo y vuelvo a empezar–. Dile que estoy almorzando.

Jean hace una pausa, luego susurra:

–Patrick, creo que sabe que estás. –Durante mi silencio añade, siempre en voz muy baja–. Son las diez y media.

Suspiro, me vuelvo a atascar y, conteniendo el pánico, le digo a Jean:

–Que pase.

Me levanto, me acerco al espejo Jodi que cuelga junto al cuadro de George Stubbs y me arreglo el pelo pasándome un peine de asta de buey; luego, tranquilamente, cojo uno de mis teléfonos inalámbricos y, preparándome para una escena tensa, hago como que estoy hablando con John Akers antes de que el detective entre en el despacho.

–Verás, John... –Me aclaro la voz–. Tienes que llevar una ropa que se corresponda con tu psique –empiezo, sin hablar con nadie–. Hay sin la menor duda cosas que uno puede ponerse y cosas que *no*, querido amigo, cuando se lleva una camisa con rayas demasiado audaces. Una camisa a rayas exige colores sólidos o corbatas y trajes discretos...

La puerta del despacho se abre y hago señas con la mano al detective para que entre. Es un hombre sorprendentemente joven, puede que de mi edad, que lleva un traje de lino Armani bastante parecido al mío, aunque va ligeramente despeinado, lo cual me molesta. Le sonrío amistosamente.

–Y una camisa de hilo es más duradera... Sí..., lo sé... Pero para decidirte tienes que examinar la textura de la tela...

Señalo la silla de cromo y teca Mark Schragger situada ante mi mesa de despacho, invitándole silenciosamente a sentarse.

–La tela tejida de modo apretado se hace usando mucho hilo de fibras de alta calidad, largas y finas, que..., sí..., que... sí..., crean un tejido más tupido que el que crean las fibras cortas y gruesas como las que se usan para el tweed. Y las telas *tejidas* como con nudos son extremadamente delicadas y deben ser tratadas con gran cuidado...

Debido a la aparición del detective parece improbable que vaya a ser un buen día y le miro cautelosamente mientras él se sienta y cruza las piernas de un modo que me llena de miedo sin nombre. Me doy cuenta de que he estado quieto demasiado tiempo cuando se vuelve para ver si he terminado con el teléfono.

–Muy bien, y..., sí, John, bien. Y..., sí, dale siempre al peluquero un quince por ciento de propina... –Hago una pausa–. No, al dueño de la peluquería no hay que darle propina... –Me encojo de hombros mirando al detective. Éste asiente, sonrío comprensivamente y vuelve a cruzar las piernas. Bonitos calcetines–. ¿Ala chica que te lava la cabeza? Diría que un dólar o dos... –Me río–.

Depende de lo guapa que sea... –Me río con más ganas–. Sí, ¿y qué más te lava...? –Hago otra pausa, luego digo–: Oye, John tengo que dejarte. Acaba de entrar T. Boone Pickens... –Hago una pausa, sonriendo como un idiota, luego me río–. Era una broma... –Otra pausa–. No, no le des propina al dueño de la peluquería. –Me río una vez más, luego, por fin–: Muy bien, John..., te dejo. –Cuelgo el teléfono, recojo la antena y, recalcando inútilmente mi normalidad, digo–: Lo siento.

–No, soy yo el que lo siente dice, disculpándose de veras–. Debería haber concertado una cita. –Haciendo un gesto hacia el teléfono inalámbrico que estoy poniendo en el soporte donde se recarga, pregunta–: ¿Era..., bueno, algo importante?

–¿Eso? –pregunto yo, señalando mi mesa y hundiéndome en el asiento–. Tratando de cuestiones de negocios. Considerando ciertas posibilidades... Intercambiando rumores... Difundiendo cotilleos. –Los dos nos reímos. Se rompe el hielo.

–Hola –dice él, irguiéndose en la silla y tendiéndome la mano–. Me llamo Donald Kimball.

–Hola. Pat Bateman. –Se la estrecho con fuerza–. Encantado de conocerle.

–Lamento –dice él– molestarle con esto, pero quería hablar con Luis Carruthers y no estaba y..., bueno, estaba usted, de modo que... –Sonríe, se encoge de hombros–. Ya sé que suelen estar muy "ocupados. –Aparta la vista de los tres ejemplares de *Sports Illustrated* que tengo encima de la mesa, junto al walkman. Yo también me fijo en ellos y los guardo en el cajón superior de la mesa junto con el walkman, que todavía suena.

–Bien –empiezo, tratando de mostrarme lo más amistoso y hablador posible–. ¿De qué se trata?

–Bueno –empieza él–. Me ha contratado Meredith Powell para que investigue la desaparición de Paul Owen.

Asiento pensativamente con la cabeza antes de preguntar: –No será usted del FBI o algo así, ¿verdad?

–No, no –dice él–. Nada de eso. Sólo soy investigador privado.

–Entiendo... Claro –vuelvo a asentir, todavía inquieto–. La desaparición de Paul..., claro.

–No se trata de nada oficial –me confiesa–. Sólo unas preguntas elementales. Sobre Paul Owen. Sobre usted...

–¿Café? –le pregunto de pronto.

Como si estuviera inseguro, dice:

–No, está bien así.

–¿Perrier? ¿San Pellegrino? –ofrezco.

–No, está bien así –vuelve a decir, abriendo un pequeño cuaderno de notas negro que ha sacado del bolsillo junto con una pluma Cross de oro. Llamo a Jean por el interfono.

–¿Sí, Patrick?

–Jean, ¿puedes traerle a mister...? –me interrumpo, alzo la vista.

Él también la alza:

–Kimball –dice.

–¿Mister Kimball una botella de San Pelle...?

–Oh, no, está bien así –protesta.

–No hay el menor problema –le digo.

Tengo la sensación de que trata de no mirarme con extrañeza. Escribe algo en su cuaderno de notas, luego tacha otra cosa. Jean entra casi inmediatamente y coloca la botella de San Pellegrino y

un vaso de cristal grabado Steuben en mi mesa, delante de Kimball. Jean me lanza una mirada molesta, preocupada, y yo frunzo el ceño. Kimball sonríe y saluda con la cabeza a Jean, que, me fijo, hoy no lleva sost en. Miro inocentemente c omo se marcha, luego vuelvo a clavar los ojos en Kimball, juntando las manos y sent ndome tieso.

–Bien,  y de qué se trata en concreto? –pregunto.

–De la desaparición de Paul Owen –dice, record ndomelo. –Bien. Bueno, no me he enterado de la desaparición ni de nada de eso... –Hago una pausa, luego trato de reír–. Por lo menos no por Page Six.

Kimball sonríe educadamente.

–Creo que su familia no quiere que se le d  publicidad.

–Es comprensible –asiento en dirección al vaso y la botella que no ha tocado y luego alzo la vista–.  Lima? –pregunto. –No, de verdad –dice–. Está bien así.

– Est  seguro? –pregunto–. Puedo hacer que le traigan lima. Hace una breve pausa, luego dice:

–Sólo unas preguntas preliminares que necesito para mis propios archivos,  de acuerdo?

–Dispare –digo.

– Cu ntos años tiene? –pregunta.

–Veintisiete –digo–. Cumplir  veintiocho en octubre. – D nde estudió usted? –Escribe algo en el cuaderno de notas.

–En Harvard –le digo–. Luego en el Harvard Business School.

– Su dirección? –pregunta, sin dejar de mirar su cuaderno.

–Calle Ochenta y uno Oeste, cincuenta y cinco –digo–. En el edificio American Garden.

–Bonito edificio. –Alza la vista, impresionado–. Muy bonito. –Gracias –sonrío, halagado.

– No es donde vive Tom Cruise? –pregunta.

–S . –Arrugo la nariz. De repente tengo que cerrar los ojos con fuerza.

Le oigo decir:

–Perdone, ése encuentra bien?

Abro los ojos, los dos llenos de lágrimas, y digo:

– Qu  me preguntaba?

–Parece usted... *nervioso*.

Busco en el cajón de la mesa y saco un tubo de aspirina. – Nuprin? –le ofrezco.

Kimball mira el tubo con extrañeza y luego me mira a mí antes de negar con la cabeza.

–No, gracias.

Saca un paquete de Marlboro y lo deja distraídamente al lado de la botella de San Pellegrino mientras estudia algo del cuaderno. –Un mal hábito –señalo.

 l alza la vista y, notando mi desagrado, sonríe tímidamente. –Lo s . Lo siento.

Miro fijamente el paquete de tabaco.

– Preferir a que no fumase? –pregunta, indeciso.

Continúo mirando el paquete, dudando.

–No..., puede hacerla.

– Est  seguro? –pregunta.

–Sin duda. –Llamo a Jean por el interfono.

–¿Sí, Patrick?

–Por favor, tráele un cenicero a mister Kimball.

Lo trae en cuestión de segundos.

–¿Qué me puede contar de Paul Owen? –pregunta por fin, después de que se haya ido Jean, que ha dejado un cenicero Fortunoff de cristal en la mesa, junto a la San Pellegrino, que sigue sin tocar.

–Bien –digo, tosiendo, mientras me trago dos Nuprin a pelo–. No le conocía demasiado bien.

–¿Cuándo le conoció? –pregunta.

–No lo sé exactamente –le digo, en cierto modo sincero–. Formaba parte de todo aquel... ambiente de Yale, ya sabe.

–¿El ambiente de *Yale*? –pregunta, confuso.

Hago una pausa, sin tener ni idea de sobre qué estoy hablando. –Sí..., el ambiente de Yale.

–¿Qué quiere decir con... el ambiente de Yale? –Ahora está intrigado.

Vuelvo a hacer una pausa. ¿Qué quiero decir?

–Bueno, yo creo que probablemente era homosexual.

–No tengo la menor idea; lo dudo, teniendo en cuenta su buen gusto en chicas–.

–Tomaban mucha cocaína... –Hago una pausa, luego añado, temblando un poco–: Ese ambiente de Yale. –Estoy seguro de que digo esto de modo extraño, pero no puedo plantearlo de otro modo.

Ahora el despacho está en completo silencio. De repente la habitación parece asfixiante y abrasadora, y aunque el aire acondicionado está a tope, el aire parece adulterado, reciclado.

–Entonces... –Kimball mira su cuaderno inútilmente–. ¿No me puede decir nada de Paul Owen?

–Bueno –digo, suspirando–. Llevaba una vida ordenada, creo. –Inconcreto de verdad, añado–: Su dieta alimenticia era equilibrada.

Nota la frustración de Kimball, que pregunta:

–¿Cómo era? Aparte de... –titubea, trata de sonreír– la información que ya me ha dado.

¿Cómo podría describirle a Paul Owen a este tipo? ¿Presumido, arrogante, un picha alegre que constantemente trataba de que otro pagase sus cuentas del Nell's? ¿Que sé que su pene tenía nombre y que ese nombre era *Michael*? No. Calma, Bateman. Creo que estoy sonriendo.

–Espero que no me interrogará aquí –consigo decir. –¿Considera usted que lo estoy haciendo? –pregunta. Sus palabras suenan siniestras, pero no lo son.

–No –digo, con cuidado–. La verdad es que no.

Escribe enloquecidamente algo más, luego pregunta, sin alzar la vista, mordisqueando el extremo de la pluma:

–¿Por dónde solía andar Paul?

–¿Andar? –pregunto.

–Sí –dice él–. Ya sabe..., ¿qué sitios frecuentaba?

–Deje que lo piense –digo, tamborileando en la mesa con los dedos–. The Newport. Harry's. Fluties. Indochine. Nell's. Cornell Club. El club náutico de Nueva York. Los sitios habituales.

Kimball parece confuso.

–¿Tenía barco, un yate?

Atascado, digo como quien no quiere la cosa:

–No. Simplemente iba por allí.

–¿y dónde estudió? –pregunta.
Hago una pausa.
–¿Es que no lo sabe ya?
–Sólo quería saber si lo sabe usted –dice, sin alzar la vista.
–En Yale digo lentamente– . ¿Correcto?
–Correcto.
–Y luego siguió cursos de economía en Columbia –añado–. *Me parece.*
–¿Y antes de eso? –pregunta.
–Si bien recuerdo, fue a Saint Paul's..., quiero decir...
–No, está bien. La verdad es que no viene al caso –se disculpa–. No tengo más preguntas que hacerle, me parece.
–Oiga, yo sólo... –empiezo suavemente, contacto–. Sólo quería ayudarle.
–Entiendo –dice.
Otra larga pausa. Escribe algo, pero no parece importante.
–¿No hay nada más que me pueda decir de Owen? :–pregunta, con una voz que casi suena a tímida.
Pienso en ello, luego digo débilmente:
–Los dos teníamos siete años en 1969.
Kimball sonrío.
–También yo.
Haciendo como que me interesa el caso, pregunto:
–Hay algún testigo, o huellas dactilares...
Me interrumpe cansinamente:
–Bueno, había un mensaje en su contestador diciendo que se iba a Londres.
–Bien –digo, esperanzado–. ¿A lo mejor fue, ¿no?
–Su novia no lo cree –dice Kimball, inexpresivo.
–Pero... –me interrumpo–. ¿Le ha visto alguien en Londres? Kimball mira su cuaderno, pasa la página y luego, volviendo a mirarme, dice:
–Lo cierto es que sí.
–Mmmm –digo.
–Bueno, me costó bastante verificarlo –admite–. Un tal... Stephen Hughes dice que le vio en un restaurante de allí, pero lo verifiqué y lo que pasó es que confundió a Hubert Ainsworth con Paul, de modo...
–Oh –digo yo.
–¿Recuerda dónde estaba usted la noche de la desaparición de Paul? –Comprueba algo en su cuaderno–. ¿Dónde estaba el veinticuatro de junio?
–Dios santo..., creo que... –pienso en ello–. Probablemente devolviendo unos vídeos. –Abro el cajón de mi mesa, saco mi agenda y, mirando el mes de diciembre, digo–: Salí con una chica que se llama Verónica... –Estoy mintiendo, me lo estoy inventando.
–Espere –dice él, confuso, mirando su cuaderno–. Eso... no es lo que me habían dicho.
Se me tensan los músculos.

–¿Cómo?
–Ésa no es la información que me dieron –dice.
–Bueno... –de repente estoy confuso y asustado, el Nutrin me ha provocado acidez de estómago–. Espere... ¿Qué información le han dado?
–Vamos a ver... –Pasa las hojas de su cuaderno, encuentra algo–. Estaba usted con...
–Espere. –Me río–. *Podría equivocarme...* –Noto la columna vertebral húmeda.
–Bien... –se interrumpe–. ¿Cuándo fue la última vez que es tuvo usted con Paul Owen? –pregunta.
–Estuvimos... –Oh, Dios mío, Bateman, piensa en algo–. Fuimos a un musical nuevo que acababan de estrenar, se titulaba... *Oh Africa, Brave Africa*. –Trago saliva–. Era... muy divertido. Creo que cenamos en Orso's..., no, en Petaluna. No, en Orso's. –Me interrumpo–. La... última vez que le vi *físicamente* fue... en un cajero automático. No puedo recordar cuál., uno cerca de Nell's.
–¿Pero la noche en que desapareció? –pregunta Kimball. –No estoy seguro, la verdad –digo.
–Creo que probablemente se confunde de citas –dice, mirando su cuaderno.
–No lo sé –digo–. ¿Dónde estuvo, según *usted*, Paul esa noche?
–De acuerdo con su agenda, cosa que verifiqué su secretaria, cenó con... Marcus Halberstam – dice.
–¿Y? –pregunto.
–Se lo pregunté a él.
–¿A Marcus?
–Sí. Y lo negó –dice Kimball–. Aunque al principio no estaba seguro.
–¿Pero Marcus lo negó?
–Sí.
–¿Tiene coartada? –Ahora me muestro plenamente receptivo ante sus respuestas.
–Sí.
Una pausa.
–¿La *tiene*? ¿Está usted seguro?
–La verifiqué –me dice, con una extraña sonrisa–. Está limpio.
Una pausa.
–Oh.
–Y ahora dígame dónde estaba *usted*. –Se ríe.
Yo también me río, aunque no estoy seguro de por qué.
–¿Dónde estaba Marcus?
Kimball sigue sonriendo mientras me mira.
–No estaba con Paul Owen –dice enigmáticamente. –¿Entonces con quién estaba? –Todavía me río, pero también me siento mareado.
Kimball abre su cuaderno y me lanza por primera vez una mirada hostil.
–Estaba en el Atlantis con Craig McDermott, Frederick Dibble, Harry Newman, George Butner y... –Kimball hace una pausa, luego alza la vista– y usted.
En el despacho, y justo en este preciso momento, estoy pensando en lo que le llevaría a un cadáver desintegrarse por completo en este despacho. En este despacho hay cosas sobre las que

fantaseo cuando sueño. Comer costillas en Red, Hot and Blue, de Washington. Si debería cambiar de champú. ¿Cuál es de verdad la mejor cerveza seca? ¿Es Bill Robinson un diseñador sobrevalorado? ¿Qué pasa con IBM? Las últimas novedades. ¿Es un adverbio el término «jugar al béisbol»? La frágil paz de Asís. La luz eléctrica. El máximo lujo. El lujo definitivo. El hijoputa que lleva el mismo traje de lino Armani que yo. Lo fácil que sería liquidar a este jodido detective. Kimball no es en absoluto consciente de lo vacío que estoy. No hay pruebas de vida animada en este despacho, y sin embargo él sigue tomando notas. Cuando se termine de leer esta frase, un Boeing despegará o aterrizará en alguna parte del mundo. Me apetece una Pilsner Urquell.

—Oh, claro —digo—. Por supuesto... Queríamos que viniera Paul Owen —digo, asintiendo con la cabeza como si estuviera recordando algo—. Pero dijo que tenía otros planes... —Luego, con poca convicción, añado—: Supongo que cené con Victoria la... noche siguiente.

—Oiga, quisiera decide que me contrató Meredith —dice, suspirando, y cerrando el cuaderno.

Como quien no quiere la cosa, pregunto:

—¿Sabía usted que Meredith Powell está saliendo con Brock Thompson?

Se encoge de hombros.

—No sé esas cosas. Lo único que sé es que al parecer Paul Owen le debe mucho dinero.

—Oh —digo—. ¿De verdad?

—Personalmente —dice—, creo que Owen perdió un poco la cabeza. Se largó un tiempo de la ciudad. Puede que haya ido a Londres. De visita turística. A tomar copas. Lo que sea. De todos modos, estoy seguro de que antes o después volverá.

Asiento lentamente, esperando tener un aspecto de asombro.

—¿Participaba en sesiones de, digamos, ocultismo o cultos satánicos? —pregunta Kimball seriamente.

—¿Cómo?

—Sé que suena estúpido, pero el mes pasado en Nueva Jersey..., no sé si se ha enterado de ello, pero detuvieron a un joven agente de bolsa y le acusaron del asesinato de una joven chicana para hacer ritos de vudú con, bueno..., varias partes de su cuerpo...

—¡Caramba! —exclamo.

—Bueno, quería decir... —Vuelve a sonreír tímidamente—. ¿Se ha enterado de eso?

—¿El tipo negó que lo hubiera hecho? —pregunto, con un estremecimiento.

—Exacto —asiente Kimball.

—Es un caso interesante —consigo decir.

—Aunque insiste en que es inocente, sigue creyendo que es Inca, el dios pájaro o algo así —dice Kimball, torciendo el gesto.

Los dos nos reímos muy alto ante esto.

—No —digo por fin—. Paul no participaba en esas cosas. Seguía una dieta equilibrada y...

—Sí, ya lo sé, y participaba de aquel ambiente de Yale —termina Kimball cansinamente.

Hay una larga pausa que, creo, debe de ser la más larga hasta el momento.

—¿Ha consultado a un médium? —pregunto.

—No. —Niega con la cabeza de un modo que sugiere que va a considerado. Bueno, ¿a quién le importa?

—¿Han desvalijado su apartamento? —pregunto.

–No, la verdad es que no –dice–. Han desaparecido artículos de aseo. También un traje. Así como una maleta. Eso es todo.

–¿Sospecha usted que es para despistar?

–No estoy seguro –dice–. Pero quisiera decide que no me sorprendería que estuviera escondido en alguna parte.

–Entonces, ¿no interviene la brigada de homicidios?

–No, todavía no. Como he dicho, no estamos seguros. Pero...

–Se interrumpe, con aspecto desalentado–. La verdad es que nadie ha visto ni oído nada.

–Es lo habitual, ¿no?

–Resulta extraño –dice, mirando por la ventana, perdido–. Un día una persona sale, va a trabajar viva y luego... –Kimball se interrumpe, sin terminar la frase.

–Nada –digo suspirando, y asiento con la cabeza.

–La gente... desaparece. Eso es todo –dice.

–La tierra se abre y se traga a la gente –digo tristemente, mirando mi Rolex.

–Extraño. –Kimball bosteza, estirándose–. Extraño de verdad.

–Espantoso –asiento, mostrándome de acuerdo.

–Sólo es... –dice suspirando, exasperado– inútil.

Hago una pausa, inseguro sobre qué decir, y salgo con:

–Es difícil entendérselas con...la inutilidad.

No pienso en nada. El despacho está en silencio. Para romperlo, señalo un libro de encima de la mesa, junto a la botella de San Pellegrino. *El arte de hacer negocios*, de Donald Trump.

–¿Lo ha leído? –le pregunto a Kimball.

–No –dice suspirando, pero pregunta educadamente–. ¿Es interesante?

–Es muy interesante –digo, asintiendo.

–Oiga –vuelve a decir, suspirando–. Ya le he hecho perder demasiado tiempo. –Se guarda el paquete de Marlboro en el bolsillo.

–De todos modos tengo una comida de negocios con Cliff Huxtable en The Four Seasons dentro de veinte minutos –miento, poniéndome de pie–. También tengo que irme.

–¿The Four Seasons no está un poco lejos, en la parte alta de la ciudad? –Parece inquieto y también se levanta–. Me refiero a que va a llegar con retraso.

–Oh, no –me atasco–. Hay uno aquí, en la parte baja. –¿De verdad? –pregunta–. No lo sabía.

–Sí –digo, acompañándole a la puerta–. Es muy bueno. –Oiga –dice, volviéndose para encararme–. Si se le ocurre algo, cualquier información, lo que sea...

Le estrecho la mano.

–Sin duda. Estoy de acuerdo en un ciento por ciento con usted –digo solemnemente.

–Estupendo –dice el muy inútil, aliviado–. Y gracias por su tiempo, mister Bateman.

Al moverme hacia la puerta las piernas me vacilan, como las de un astronauta, y al acompañarle afuera del despacho, aunque estoy vacío, desprovisto de sentimientos, todavía noto –sin engañarme que he hecho algo importante, y luego hablamos unos minutos sobre las lociones para después del afeitado y las camisas. Ha habido una extraña y general falta de prisa en la conversación que he encontrado tranquilizadora –no ha pasado nada en absoluto–, pero cuando él sonríe, me da su tarjeta de visita y se marcha, la puerta al cerrarse me suena como un millón de insectos zumbando, como

kilos de bacon friéndose; una vasta soledad. Y después de que haya salido del edificio (hago que Jean llame a Tom, de Seguridad, para confirmarlo) llamo a una persona que me recomendó mi abogado para asegurarme de que no me han pinchado los teléfonos, y después de un Xanax me siento capaz de verme con mi especialista en nutrición en un restaurante muy caro que se llama Cuisine de Soy, en Tribeca, y mientras estoy sentado debajo del delfín disecado y lacado que cuelga encima de la barra, con el cuerpo doblado formando un arco, soy capaz de hacer preguntas al especialista en nutrición del tipo:

–Muy bien, así que no se debe tomar pan –sin mostrarme servil. De vuelta a la oficina, dos horas después, me entero de que no tengo pinchado ninguno de mis teléfonos.

También me encuentro con Meredith Powell el viernes por la noche, en Ereze, con Brock Thompson, y aunque hablamos unos diez minutos, fundamentalmente de por qué ninguno de nosotros estamos en los Hamptons, con Brock mirándome fijamente todo el tiempo, ella no menciona a Paul Owen ni una sola vez. Yo ceno de modo atrocemente lento con la chica con la que he salido, Jeanette. El restaurante está resplandeciente, es nuevo y la carne es mala. Las raciones son escasas. Cada vez me siento más agitado. Después quiero puntear el M.K., aunque Jeanette se queja porque quiere bailar. Estoy cansado y necesito descansar. En mi apartamento me tumbo en la cama, demasiado distraído para hacer sexo con ella, de modo que se marcha, y después de ver una cinta con el programa de Patty Winters de esta mañana, que es sobre los mejores restaurantes del Este, cojo uno de mis teléfonos inalámbricos y con indecisión, a desgana, llamo a Evelyn.

El verano

Paso la mayor parte del verano ido, sentado en mi despacho o en restaurantes nuevos, en mi apartamento viendo vídeos o en el asiento trasero de los taxis, en clubs nocturnos que acaban de abrir, en salas de cine, en el edificio de Hell' s Kitchen o en restaurantes nuevos. Ha habido cuatro accidentes aéreos importantes este verano, la mayoría grabados en cintas de vídeo, como si esos acontecimientos hubieran sido planeados y repetidos incesantemente por televisión. Los aviones no dejaban de estrellarse a cámara lenta, seguidos de incontables fotogramas de los restos, y las mismas vistas al azar de los cuerpos quemados y ensangrentados y los miembros de los equipos de rescate sollozando al recoger lo que quedaba de aquellos cuerpos. Empecé a utilizar desodorante masculino Óscar de la Renta que me produjo un ligero salpullido. Se estrenó una película sobre un bicho muy pequeño que hablaba, con grandes fanfarrias, y recaudó más de doscientos millones de dólares. A los Mets les iba muy mal. Los mendigos y los sin hogar parecía que en agosto se habían multiplicado y los desgraciados, débiles y viejos se alineaban a lo largo de todas las calles. Me encontré preguntando a demasiados clientes de verano en demasiados restaurantes nuevos y resplandecientes, antes de llevarles a *Les Misérables*, si alguno había visto *Los asesinos de la caja de herramientas* en la cadena de las películas codificadas mientras los de las mesas cercanas se volvían a mirarme, antes de que yo tosiera educadamente y pidiera la cuenta al camarero, o le pedía un sorbete o, si eso pasaba antes de terminar la cena, otra botella de San Pellegrino, y luego preguntaba a esos clientes del verano:

–¿No? –y les aseguraba– Pues era muy buena.

Mi tarjeta American Express Platino padeció tanto debido a su uso continuado que se partió en dos en una de esas cenas en que llevé a dos clientes de verano a Restless Young, el nuevo restaurante de Pablo Lester en el centro, pero tenía suficiente dinero en metálico en mi cartera de piel de gacela para pagar la comida. Los programas de Patty Winters eran todos reposiciones. La vida era

un lienzo en blanco, un cliché, un serial. Me sentía moribundo, al borde del frenesí. Mis ansias nocturnas de sangre llenaron mis días y tuve que dejar la ciudad. Mi máscara de cordura amenazaba con desaparecer. Para mí era la estación más dura y necesitaba vacaciones. Necesitaba ir a los Hamptons.

Se lo sugerí a Evelyn y aceptó de inmediato.

La casa que ocupamos era, de hecho, de Tim Price, y Evelyn, por alguna razón, tenía las llaves, pero en mi estado de amodorramiento me negué a pedir aclaraciones.

La casa de Tim estaba junto al agua, en East Hampton, y tenía muchos tejados de dos aguas y cuatro pisos de altura, todos unidos por medio de una escalera de acero galvanizado, y estaba decorada con lo que al principio creí que era un motivo del Sudoeste pero no lo era. La cocina tenía unos trescientos metros cuadrados y su diseño era minimalista puro; una pared lo tenía todo: dos hornos enormes, macizos aparadores un congelador en el que se podía entrar, una nevera con tres puertas. Una isla de acero inoxidable hecha a la medida dividía la cocina en tres espacios separados. Cuatro de los nueve cuartos de baño contenían cuadros de trampantojos y cinco tenían antiguas cabezas de carnero de plomo que colgaban sobre el lavabo, y el agua les salía por la boca. Todos los lavabos y bañeras y duchas eran de mármol antiguo y los suelos consistían en mosaicos de mármol. Había un televisor en un nicho de la pared de encima de la bañera principal. Todos los cuartos tenían un estéreo. La casa también contenía doce lámparas de pie de Frank Lloyd Wright, catorce sillas de Josef Heffermann, dos paredes llenas desde el suelo hasta el techo de cajas de vídeos y otra llena de miles de discos compactos metidos en vitrinas de cristal. Un candelabro de Eric Schmidt colgaba en la entrada principal, y debajo de él había un perchero en forma de alce de acero de Atomic Ironworks hecho por un joven escultor del que yo nunca había oído hablar. Había una mesa de comedor redonda rusa del siglo XIX en la habitación contigua a la cocina, pero no tenía sillas. Fantasmales fotografías de Cindy Sherman se alineaba en todas las paredes. Había una sala para hacer ejercicio. Había ocho armarios de cuerpo entero, cinco aparatos de vídeo, una mesa de comedor Noguchi de acero y nogal, una mesa de recibidor de Marc Schaffer y un aparato de fax. Había un árbol recortado artísticamente en el dormitorio principal junto a un banco Luis XVI. Un cuadro de Eric Fischl colgaba de encima de una de las chimeneas de mármol. Había pista de tenis. Había dos saunas y un jacuzzi dentro de una casita para invitados situada junto a la piscina, que tenía el fondo negro. Había columnas de piedra en sitios extraños.

La verdad es que intenté que las cosas funcionaran durante las semanas que pasamos allí. Evelyn y yo dimos paseos en bicicleta y corrimos y jugamos al tenis. Hablamos de ir al sur de Francia y a Escocia; hablamos de atravesar en coche Alemania y visitar los teatros de ópera. Hicimos windsurfing. Sólo hablamos de cosas románticas: de la luz del este de Long Island, la luna de octubre encima de las colinas de la región de caza de Virginia. Nos bañamos juntos en las grandes bañeras de mármol. Desayunamos en la cama acurrucándonos debajo de las mantas de cachemira después de que yo hubiera servido, de una cafetera Melior, café importado en tazas de Hermés. La despertaba con flores recién cortadas. Le ponía notas en su bolsa de viaje Louis Vuitton cuando se iba a Manhattan a hacerse su tratamiento facial semanal. Le compré un cachorro, un pequeño chow chow negro, al que llamó NutraSweet y al que alimentaba con trufas de chocolate dietético. Leía en voz alta largos pasajes de *El doctor Zhivago* y *Adiós a las armas* (mi Hemingway favorito). En el pueblo alquilé películas que no tenía Price, la mayoría comedias de los años treinta, y las vimos en uno de los muchos vídeos; nuestra favorita era *Vacaciones en Roma*, que vimos dos veces. Escuchamos a Frank Sinatra (sólo el de los años cincuenta) y *After Midnight*, de Nat King Cole, que Tim tenía en CD. Le compré ropa interior cara, que se ponía a veces.

Después de un rápido baño en el océano avanzada la noche, entrábamos en casa temblando, envueltos en grandes toallas Ralph Lauren, y preparábamos tortillas a la francesa y tallarines con aceite de oliva y trufas y setas, hacíamos soufflés con peras y ensaladas de frutas con canela, polenta a la parrilla con salmón a la pimienta, sorbetes de manzana y fresa, mascarpone, judías

pintas con arroz envueltas en lechuga romana, diversas salsas y raya con vinagre balsámico, sopa fría de tomate y risottos con sabor a remolacha y lima y espárrago y menta, y bebíamos limonada o champán o botellas añejas de Chateau Margaux. Pero pronto dejamos de hacer pesas juntos y largos de piscina, y lo único que comía Evelyn eran las trufas de chocolate dietético que no se había comido NutraSweet, quejándose del peso que había ganado. Algunas noches me encontraba vagando por las playas, desenterrando cangrejos y comiendo puñados de arena –esto pasaba en plena noche, cuando el cielo estaba tan claro que se podía ver el sistema solar entero y la arena, iluminada por él, parecía a escala lunar. Incluso llevé una medusa que encontré varada en casa y la metí en el microondas una mañana, poco antes del amanecer, mientras Evelyn dormía, y lo que no me comí se lo di al chow chow.

Tomaba bourbon, luego champán, en copas grabadas con dibujos de cactus, que Evelyn ponía en carritos de adobe y en las que mezclaba cassis de frambuesa con agitadores de papier-maché en forma de jalapeño, y me quedaba tumbado, fantaseando con matar a alguien con un bastón de esquí Allsop Racer, o miraba atentamente la antigua veleta que estaba colgada encima de una de las chimeneas, preguntándome con ojos de loco si podría liquidar a alguien con ella; luego me quejaba en voz alta, tanto si Evelyn estaba en el cuarto como si no, de que deberíamos haber reservado mesa en el Stanford Inn de Dick Loudon, en vez de hacer esto. Evelyn pronto se dedicó a hablar únicamente de cirugía estética y luego contrató a un masajista, una loca espantosa que vivía carretera abajo con un famoso editor y que coqueteaba abiertamente conmigo. Evelyn volvió a la ciudad tres veces la última semana que estuvimos en los Hamptons, una vez para hacerse la manicura, la pedicura y recibir tratamiento facial, la segunda vez para una sesión de ejercicios físicos con Stephanie Herman, y por fin para ver a su astrólogo.

–¿Por qué en helicóptero? –le pregunté en un susurro.

–¿Qué quieres que haga? –chilló, metiéndose en la boca otra trufa dietética–. ¿Alquilar un *Valva*?

Mientras estaba fuera, yo vomitaba –sólo porque me apetecía en los rústicos jarrones de terracota que se alineaban en el patio delantero, o iba al pueblo con el espantoso masajista y recogía hojas de afeitar. Por la noche colocaba un candelabro de falso cemento y aluminio de Jerry Kott encima de la cabeza de Evelyn y, como ella estaba tan ida debido al Halcion, no se lo quitaba, y aunque yo me reía, mientras el candelabro se alzaba con su profunda respiración aqueello pronto me ponía triste y dejaba de colocar el candelabro encima de la cabeza de Evelyn.

Todo fue un fracaso y no me calmé. Todo me pareció enseguida aburrido: otro amanecer, las vidas de los héroes, enamorarse, guerra, los descubrimientos que hacen unas personas sobre otras. Lo único que no me aburría, o no demasiado, era el muchísimo dinero que ganaba Tim Price, la única emoción clara que identificaba en mi interior, si se exceptuaba la codicia y, probablemente, un desagrado absoluto. Yo tenía todas las características de los seres humanos –carne, sangre, piel, pelo– pero mi despersonalización era tan intensa, se había hecho tan profunda, que la capacidad habitual para sentir compasión había quedado erradicada, víctima de un lento y decidido borrado. Me limitaba a imitar la realidad, tenía un tosco parecido con un ser humano y sólo me funcionaba un oscuro rincón del cerebro. Estaba pasando algo horrible y sin embargo no conseguía imaginar por qué –no lo podía determinar con claridad–. Lo único que me tranquilizaba era el sonido del hielo al echarlo en un vaso de J&B. Por fin, ahogué al chow chow, al que Evelyn no echó en falta; ni siquiera notó su ausencia, ni cuando lo metí en el gigantesco congelador envuelto en uno de sus jerseys Bergdorf Goodmano. Tuvimos que irnos de los Hampton porque empecé a encontrarme parado al lado de nuestra cama en las horas anteriores al amanecer con un punzón para hielo en la mano, esperando a que Evelyn abriera los ojos. Siguiendo una sugerencia mía, una mañana después del desayuno se mostró de acuerdo y el último domingo de agosto volvimos a Manhattan en helicóptero.

Chicas

Yo creía que las judías pintas con salmón y menta eran de verdad, de verdad..., ya sabes –dice Elizabeth, mientras entra en el cuarto de estar de mi apartamento y, quitándose con un movimiento lleno de gracia sus zapatos Maud Frizon de raso y cuero, se deja caer en el sofá–, buenas, pero Patrick, Dios santo, eran caras y –poniéndose tensa, se queja– sólo eran pseudo–nouvelle. ..

–Lo he imaginado yo, ¿o había peces de colores en la mesa? –pregunto, quitándome los tirantes Brooks Brothers mientras busco en la nevera una botella de sauvignon blanc–. En cualquier caso, lo he encontrado muy moderno.

Christie ha tomado asiento en el largo y amplio sofá, lejos de Elizabeth, que se estira perezosamente.

–¿Moderno, Patrick?–dice–. Donald Trump suele comer allí.

Encuentro la botella y me apoyo en el mostrador y, antes de encontrar un sacacorchos, la miro sin expresión desde el otro extremo de la habitación.

–¿Sí? ¿Se trata de un comentario sarcástico?

–Podría ser –gimotea ella, y continúa con un–, ¿o no? –tan alto que Christie se echa hacia atrás.

–¿Dónde trabajas ahora, Elizabeth?–pregunto, cerrando los cajones–. ¿En Polo, o dónde?

Elizabeth se burla de esto y dice alegremente, mientras yo descorcho el Acacia:

–Yo no tengo que trabajar, Bateman. –y después de una interrupción añade, aburrida–: Eres el que mejor debería saberlo, mister Wall Street. –Se comprueba la pintura de labios en una polvera Gucci; predeciblemente, la encuentra perfecta.

Cambiando de tema, pregunto:

–En cualquier caso, ¿quién eligió ese sitio? –Sirvo vino a las dos chicas y luego me preparo un J&B con hielo y un poco de agua–. El restaurante, me refiero.

–Carson. O puede que Robert. –Elizabeth se encoge de hombros y, después de cerrar con ruido la polvera, mirando atentamente a Christie, pregunta–: La verdad es que me resultas conocida. ¿Fuiste a Dalton?

Christie niega con la cabeza. Casi son las tres de la madrugada. Machaco una pastilla de éxtasis y miro cómo se disuelve en el vaso de vino que pienso darle a Elizabeth. Esta mañana el programa de Patty Winters era sobre personas que pesan más de trescientos kilos –¿Qué se puede hacer con ellas?–. Enciendo las luces de la cocina, encuentro dos pastillas más de droga en el congelador. Luego apago las luces.

Elizabeth es una tía buena que a veces trabaja de modelo en Georges Marciano y que procede de una vieja familia de banqueros de Virginia. Hemos cenado con dos amigos suyos, Robert Farrell, de veintisiete años, un tipo que lleva una carrera más bien poco clara en el mundo financiero, y Carson Whitall, que sale con Robert. Él llevaba un traje de lana de Belvest, una camisa de algodón con puños franceses de Charvet, una corbata de seda con un dibujo abstracto de Hugo Boss y gafas de sol Ray– Ban que se ha empeñado en llevar puestas durante toda la cena. Carson llevaba un vestido de Yves Saint Laurent Rive Gauche y un collar .de perlas con pendientes a juego de perlas y diamantes de Harry Winston. Cenamos en Free Spin, el nuevo restaurante de Albert Lioman en la zona del Flatiron, luego hemos cogido una limusina hasta Nell's, donde me he excusado, asegurando a una furiosa Elizabeth que volvería pronto, y he dirigido al conductor a la zona del mercado de la carne, donde he contratado a Christie. He hecho que esperara en el asiento trasero de

la limusina mientras yo volvía a entrar en Nell's y tomaba unas copas con Elizabeth y Carson y Robert en una de las mesas de delante del local, que está casi vacío porque esta noche no hay famosos –mala señal–. Por fin, a las dos y media, mientras Carson presumía muy borracha de lo mucho que gasta mensualmente en flores, Elizabeth y yo nos hemos largado. Estaba tan jodida por algo que le había contado Carson que salía en el último número de W, que ni siquiera ha preguntado por qué estaba allí Christie.

En el trayecto hacia Nell's, Christie había admitido que todavía estaba desquiciada por lo que pasó la última vez que estuvimos juntos, y tenía grandes reservas sobre lo de esta noche, pero el dinero que le he ofrecido es demasiado como para pasar de él y le he prometido que no se repetirá nada parecido a lo de la última vez. Aunque todavía está asustada, unos tragos de vodka en el asiento trasero de la limusina, junto al dinero que le he dado, más de seiscientos dólares, hacen que se tranquilice. Su malhumor me ha excitado y se ha comportado como una gatita cachonda cuando le he dado el dinero –seis billetes de cien sujetos por una pinza para dinero de plata Hughlans–, pero después de que la animase para que subiera a la limusina, me ha dicho que podría necesitar tratamiento quirúrgico después de lo que pasó la última vez, o un abogado, de modo que le he extendido un talón por un importe de mil dólares, pero como sabía que nunca lo iba a cobrar no he tenido un ataque de pánico ni nada parecido. Mirando a Elizabeth, en este preciso momento, en mi apartamento, me fijo en lo bien dotada que está en la zona del pecho y espero que después de que le haga efecto el éxtasis, pueda convencer a las dos chicas para que hagan sexo delante de mí.

Elizabeth le está preguntando a Christie si conoce a un gilipollas que se llama Spicey o ha estado alguna vez en el Au Bar. Christie niega con la cabeza. Le doy a Elizabeth el sauvignon blanc donde he puesto el éxtasis, mientras ella mira a Christie como si ésta fuera de Neptuno, y después– de recuperarse de lo que acaba de admitir Christie, bosteza.

–De todos modos, ahora el Au Bar *apesta* –dice–. Es horripilante. Fui a una fiesta de cumpleaños de Malcolm Forbes. Dios mío, *por favor*.

Bebe el vino y hace una mueca. Yo estoy sentado en una de las sillas de cromo y roble Sottrass y acerco el cubo de hielo que está en la mesita con la parte de arriba de cristal, metiendo la botella dentro con objeto de que se enfríe más. Inmediatamente, Elizabeth la coge y se sirve otro vaso. He disuelto dos pastillas más de éxtasis en la botella antes de traerla al cuarto de estar. Una ceñuda Christie da cuidadosos tragos a su vino sin nada dentro y trata de no mirar al suelo; todavía parece asustada, y encontrando el silencio insoportable, le pregunta a Elizabeth dónde me conoció.

–Dios mío –empieza Elizabeth, quejándose falsamente como si recordara algo embarazoso–. Conocí a Patrick, Dios santo, en el Derby de Kentucky del 86..., no, en el del 87, y... –se vuelve hacia mí– estabas con aquella chica, Alison algo... ¿Stoole?

–Poole, querida –replico tranquilamente–. Alison Poole. –Sí, así se llamaba –dice ella, y con evidente sarcasmo, añade–: Iba de tía buena.

–¿Qué quieres decir con eso? –pregunto, ofendido–. *Era* una tía buena.

Elizabeth se vuelve hacia Christie y por desgracia dice:

–Si tenías tarjeta American Express te la chupaba. –Y espero que Christie no mire confusa a Elizabeth, y diga: «Pero nosotras no aceptamos tarjetas de crédito.»

Para asegurarse de que no va a pasar esto, rujo: Mierda –pero en buen plan.

–Oye –le dice Elizabeth a Christie, cogiéndole la mano como un marica que ofrece unos cotilleos confidenciales–. Esa chica trabajaba en un salón de bronceado y... –Y en la misma frase, sin cambiar de tono– ¿a qué te dedicas tú?

Después de un largo silencio, en el que Christie cada vez se pone más roja y parece más asustada, yo digo:

–Es... prima mía.

Elizabeth lo acepta lentamente y dice:

–Pues vaya.

Después de otro largo silencio, digo:

–Es... francesa.

Elizabeth me mira con escepticismo –como si estuviera completamente loco– pero decirle no seguir haciendo ese tipo de preguntas y dice:

–¿Dónde tienes el teléfono? *Tengo* que llamar a Harley.

Me dirijo a la cocina y le traigo el teléfono inalámbrico, tirando de la antena. Ella marca un número y, mientras espera que contesten, mira fijamente a Christie.

–¿Dónde estuviste este verano? –pregunta–. ¿En Southampton?

Christie me mira a mí y luego vuelve a mirar a Elizabeth y dice tranquilamente:

–No.

–Dios santo –se queja Elizabeth–, es su *contestador*.

–Elizabeth –señalo a mi Rolex–. Son las *tres* de la madrugada. –Es un jodido traficante de *drogas* –dice, enfadada–. Éstas son sus horas punta.

–No le digas que estás aquí –le advierto.

–¿Por qué iba a hacerlo? –pregunta. Distraída, estira la mano para coger su vino y tira otra copa llena y hace una mueca–. Esto sabe raro. –Mira la etiqueta, se encoge de hombros–. ¿Harley? Soy yo. Necesito tus servicios. Traduce eso como te apetezca. Estoy en... –Me mira.

–Estás en casa de Marcus Halberstam –le susurro. –¿Quién? –Se echa hacia delante y hace una mueca traviesa. –Mar–cus Hal–ber–stam –le vuelvo a susurrar.

–Quiero el *número*, idiota. –Hace señas con la mano para que me aparte y continúa–: Da igual, estoy en casa de Mark Hammerstein y te volveré a llamar más tarde y si no te veo en Canal Bar mañana por la noche vaya echarte encima a mi peluquero. *Bon Voyage*. ¿Cómo se cuelga esto? –pregunta, aunque recoge la antena y aprieta el botón de Off como una experta, y deja el aparato encima de la silla Schragger que he llevado junto a la máquina de discos.

–¿Ves? –sonríó–. Ya lo has hecho.

Veinte minutos más tarde Elizabeth está retorciéndose en el sofá y trato de obligarla a que practique el sexo con Christie delante de mí. Lo que empezó como una idea casual ahora se me ha metido en la cabeza e insisto sin cesar. Christie mira impasible una mancha en el suelo de roble blanco en la que no me había fijado, sin casi haber probado el vino.

–Pero yo *no* soy lesbiana –vuelve a protestar Elizabeth, riendo–. *No* me van las chicas.

–¿Es un *no* definitivo? –pregunto, mirando su copa, luego la botella de vino medio vacía.

–¿Por qué crees que me va *eso*? –pregunta. Debido al éxtasis, la pregunta es coqueta y parece auténticamente interesada. Frota su pie contra mi muslo. Me he sentado en el sofá, entre las dos chicas, y le acaricio una de las pantorrillas.

–Bueno, por algo fuiste a Sarah Lawrence –le digo–. Uno nunca sabe.

–Aquello eran *chicos*, Patrick –señala, riendo, frotando con más fuerza, provocando fricción, calor, todo.

–Bueno, lo siento –admito–. Normalmente no trato con demasiados chicos que lleven panties por la calle.

–Patrick, *tú* fuiste a Patrick, quiero decir, a Harvard, por Dios, estoy *tan* borracha. En cualquier caso, escucha, quiero decir, espera... –Hace una pausa, respira a fondo, murmura algo sobre que se siente rara, luego, después de cerrar los ojos, los abre y pregunta:

–¿No tienes algo de coca?

Miro su copa, notando que el éxtasis que he disuelto ha cambiado levemente el color del vino. Elizabeth sigue mi mirada y toma un trago como si fuera una especie de elixir que pudiera calmar su creciente agitación. Echa la cabeza hacia atrás, mareada, apoyándose en uno de los cojines del sofá.

–O si no, Halcion. Tomaría Halcion –dice.

–Oye, me gustaría veros... a las dos... hacerlo –digo inocentemente–. ¿Qué tiene de malo? No existe riesgo de enfermedad. –Patrick. –Se ríe–. Eres un lunático.

–Vamos –la animo–. ¿Es que no encuentras atractiva a Christie?

–No seas obsceno –dice, pero la droga le está pegando y noto que está excitada aunque no quiera estarlo–. No estoy con ánimos para mantener conversaciones lascivas.

–Vamos –digo–. Creo que sería excitante.

–¿Hace esto todas las veces? –pregunta Elizabeth a Christie. Miro a Christie.

Christie se encoge de hombros, sin comprometerse, y examina un disco compacto antes de ponerlo en la mesa situada junto al estéreo.

–No irás a decirme que nunca lo has hecho con una chica, ¿verdad? –pregunto, tocando una media negra y, luego, por debajo, una pierna.

–Pero yo *no* soy lesbiana –insiste–. Y no, nunca lo he hecho.

–¿*Nunca*? –pregunto, enarcando las cejas–. Bueno, siempre hay una primera vez...

–Haces que me sienta rara –se queja Elizabeth, perdiendo el control de sus rasgos faciales.

–No, no lo hago, –digo, sorprendido.

Elizabeth se lo está haciendo con Christie. Las dos están desnudas en mi cama, con todas las luces de la habitación encendidas, mientras yo estoy sentado en la silla Louis Montoni junto al futón, observándolas atentamente, variando la posición de sus cuerpos. Ahora hago que Elizabeth se tumbe de espaldas y levante las piernas, separándoselas todo lo que puede, y luego empujo a Christie por la cabeza hacia abajo y hago que le lama el coño –no que se lo chupe, que se lo lama como un perro con sed– mientras le manosea el clítoris; luego, con la otra mano, mete dos dedos en el coño abierto y mojado, mientras la lengua reemplaza a los dedos y luego coge los dedos pegajosos que ha tenido metidos en el coño de Elizabeth y los empuja dentro de la boca de Elizabeth, haciendo que se los chupe. Luego hago que Christie se tumbe encima de Elizabeth y que le chupe y muerda los pechos, grandes, hinchados, que la propia Elizabeth también se acaricia, y luego les digo que se besen con fuerza y Elizabeth se mete la lengua que ha estado lamiendo su propio coño, pequeño y rosa, en la boca, hambrienta como un animal, y se ponen a saltar una encima de otra, juntando los caños. Elizabeth gime ruidosamente, envuelve con sus piernas las caderas de Christie, dando sacudidas contra ella. Las piernas de Christie están abiertas de tal modo que, por detrás, puedo verle el coño, mojado y abierto, y encima de él, el ojo del culo sin pelos.

Christie se sienta y se da la vuelta y, mientras todavía sigue encima de Elizabeth, aprieta su coño contra la cara anhelante de Elizabeth y enseguida, como en una película, como los animales, las dos se ponen a chupar y manosear febrilmente el coño de la otra. Elizabeth, con la cara completamente roja, con los músculos del cuello tirantes como los de cuna loca, trata de enterrar la cara en el coño de Christie y luego le abre mucho las nalgas y se pone a chuparle el agujero del culo, haciendo sonidos guturales.

–Muy bien –digo, con voz monótona–. Mete la lengua en el ojo del culo de esa puta.

Mientras pasa esto yo le doy vaselina a un gran consolador blanco sujeto a un cinturón. Me pongo de pie y separo a Christie de Elizabeth, que se retuerce encima del futón con la mente perdida, y sujeto el cinturón alrededor de la cintura de Christie y luego hago volverse a Elizabeth y hago que se ponga a cuatro patas y que Christie se la folle con el falo consolador a lo perro, mientras yo manoseo el coño de Christie, luego su clítoris, luego su ojo del culo, que está tan abierto y mojado por la saliva de Elizabeth que meto el dedo índice sin esfuerzo y su esfínter se pone tenso, se relaja y se contrae alrededor del dedo. Hago que Christie saque el consolador del coño de Elizabeth y que ésta se tumbe de espaldas mientras Christie se la folla en la posición del misionero. Elizabeth se manosea el clítoris mientras le da besos enloquecidos de lengua a Christie hasta que, involuntariamente, echa la cabeza hacia atrás, con las piernas alrededor de las caderas de Christie, que suben y bajan, con la cara tensa, la boca abierta, la pintura de labios manchada por los fluidos del coño de Christie, y grita:

–Dios Dios me corro, fóllame que me corro –pues les he dicho que me hicieran saber cuándo tenían orgasmos y hablasen de ello.

Pronto le toca el turno a Christie, y Elizabeth se sujeta rápidamente la correa del consolador y folla el coño de Christie con él mientras yo separo las nalgas de Elizabeth y le meto la lengua en el ojo del culo y ella enseguida se aparta y se pone a manoseárselo desesperada. Entonces Christie se vuelve a poner el consolador y le da por el culo a Elizabeth con él mientras Elizabeth se manosea el clítoris, empujando el culo contra el consolador, gruñendo, hasta que tiene otro orgasmo. Después de sacarle el consolador del culo, hago que Elizabeth lo chupe antes de volver a sujetarse la correa y, mientras Christie se tumba de espaldas, Elizabeth se lo mete fácilmente en el coño. Durante todo esto yo lama las tetas de Christie y le chupo con fuerza, alternativamente, los pezones, que están rojos y tiesos. Sigo manoseándolas para asegurarme de que continúan igual. Durante este tiempo, Christie sigue con unas botas negras de cuero con tacones altos de Henry Brendel, que he hecho que se ponga.

Elizabeth, desnuda, se levanta corriendo de la cama, ya manchada de sangre, y se mueve con dificultad y sus gritos tienen algo de falso. Mi orgasmo ha sido largo y su culminación ha sido intensa y tengo las rodillas temblorosas. También estoy desnudo, y le grito:

–Putas, más que putas, eres una puta asquerosa. —y como la mayor parte de la sangre le cae a los pies, resbala, consigue levantarse, y la alcanzo con el cuchillo de carnicero ya manchado de sangre que sujeto en la mano desmañadamente, dándole un tajo en el cuello desde atrás, cortando algo, varias venas. Cuando la alcanzo por segunda vez mientras ella trata de escapar, camino de la puerta, la sangre sale disparada hasta el cuarto de estar, se derrama por el apartamento, salpicando los paneles de cristal templado y roble laminado de la cocina. Trata de avanzar, pero le he cortado la yugular y suelta sangre por todas partes, cegándonos momentáneamente a ambos, mientras salto sobre ella en un intento final de terminar de una vez. Ella se vuelve a mirarme, con los rasgos de la cara retorcidos por la angustia, y le cedon las piernas cuando le alcanzo en el estómago y cae al suelo y yo me deslizo a su lado. Después de apuñalarla cinco o seis veces –la sangre sale disparada en chorros; estoy agachado junto a ella para oler su perfume –los músculos se le ponen tensos, se vuelven rígidos, y da las últimas boqueadas. Tiene la garganta llena de una sangre rojo oscuro y se agita como si estuviera atada, pero no lo está y tengo que sujetarla en el suelo. Se le llena la boca de sangre, que sale como en cascada y le baja por las mejillas, la' barbilla. Su cuerpo, agitándose espasmódicamente, parece el de un epiléptico en pleno ataque y le sujeto la cabeza, frotando mi polla, dura, llena de sangre, contra su cara, hasta que queda inmóvil.

De vuelta a mi dormitorio, Christie está tumbada en el futón, atada con unas cuerdas, con los brazos por encima de la cabeza, con páginas arrancadas del *Vanity Fair* del mes pasado en la boca. Unos cables conectados a una batería están sujetos a sus pechos y se los ponen marrones. He ido dejando caer cerillas encendidas de *Le Relais* encima de su tripa y Elizabeth, delirando y probablemente con una sobredosis de éxtasis, ha estado ayudándome antes de que me volviese

hacia ella y le mordiese un pezón hasta que no he podido controlarme y se lo he arrancado y me lo he tragado. Me fijo por primera vez lo menuda y delicadamente estructurada que es Christie, bueno, que era. Empiezo a apretarle los pechos con unos alicates y luego, mientras suelto una especie de siseos, ella escupe las páginas de la revista, trata de morderme la mano y me río mientras se muere; antes se pone a llorar, luego los ojos se le quedan en blanco en un estado de horrible trance.

Por la mañana, por algún motivo, las magulladas manos de Christie están hinchadas como balones de fútbol y los dedos no se distinguen del resto de la mano y el olor que procede de su cadáver quemado es muy intenso y tengo que subir las persianas, que están salpicadas de carne quemada de cuando reventaron los pechos de Christie, al electrocutarse, y luego las ventanas, para airear la habitación. Tiene los ojos muy abiertos y vidriosos y no tiene labios en la boca, que está negra, y también hay un agujero negro donde tenía la vagina (aunque no recuerdo todo lo que hice) y se le ven los pulmones por debajo de las costillas achicharradas. Lo que queda del cuerpo de Elizabeth está tendido arrugado en un rincón del cuarto de estar. Ha perdido el brazo derecho y trozos del izquierdo. Su mano izquierda, hecha papilla hasta la muñeca, cuelga de la plataforma de la cocina, en su propio charquito de sangre. Su cabeza está en la mesa de la cocina y su cara llena de sangre –a pesar de que le he sacado los ojos y le he colocado unas gafas de sol de Alain Mickli para taparle las órbitas– parece como si hiciera un gesto de desaprobación. Me canso de mirar y, aunque la noche pasada no he dormido nada y estoy completamente agotado, tengo una cita para almorzar en Odeon con Jem Davies y Alana Burton a la una. Es muy importante para mí y dudo entre cancelarla o no.

Me hace frente un maricón

Otoño: un domingo hacia las cuatro de la tarde. Estoy en Barney' s, comprando unos gemelos. He entrado en la tienda a las dos y media, después de un frío, tenso desayuno tardío con el cadáver de Christie. Me dirijo rápidamente al mostrador y le digo al vendedor:

–Necesito un látigo. De verdad.

Además de los gemelos, he comprado una maleta de avestruz con doble cremallera y guarnecida de vinilo, una antigüedad de plata, un tarro para píldoras de piel de cocodrilo y cristal, un vaso antiguo para el cepillo de dientes, un cepillo de dientes de cerda de tejón y un cepillo de uñas de fausse concha de tortuga. ¿La cena de la noche pasada? En Splash. No demasiado que recordar: un Bellini aguado, una pastosa ensalada de arugula, una camarera malhumorada. Después vi una reposición de un programa de Patty Winters que originalmente pensé que era una cinta grabada de la tortura y subsiguiente asesinato de dos fulanas la primavera pasada (el programa trataba de consejos sobre cómo su animal de compañía se puede convertir en estrella de cine). Justo en este momento estoy comprando un cinturón –no para mí–, así como tres corbatas de noventa dólares, diez pañuelos, una bata de cuatrocientos dólares y dos pijamas de Ralph Lauren, y pido que me lo envíen todo a mi apartamento, excepto los pañuelos, pues quiero que les borden mis iniciales y me los manden a P & P. Ya he montado el número en el departamento de zapatos de señora, y para mi vergüenza, me ha echado una vendedora desolada. Al principio sólo es una vaga inquietud y estoy inseguro acerca de su origen, pero luego noto, aunque no lo puedo asegurar, como si me persiguieran, como si alguien siguiera mis pasos por Barney' s.

Luis Carruthers va, supongo, de incógnito. Lleva una especie de chaqueta de esmoquin con dibujo como de jaguar, guantes de piel de ciervo, un sombrero de fieltro, gafas de aviador, y está oculto detrás de una columna, haciendo como que mira una hilera de corbatas y, sin la menor gracia, me lanza una mirada de reojo. Apoyándome, digo algo en un suspiro, supongo que pido la cuenta, y la presencia de Luis me obliga a considerar que *no* es una buena idea llevar una vida relacionada con esta ciudad, con Manhattan, con mi trabajo, y de repente imagino a Luis en una fiesta espantosa, bebiendo un agradable rasé seco, con locas reunidas en torno a un jovencito muy guapo, canciones de revistas musicales, ahora tiene una flor en la mano, ahora lleva una boa de plumas alrededor del cuello, ahora el pianista ataca algo de *Les Misérables*, cariño.

–¿Patrick? ¿Eres tú? –Oigo preguntar a una voz vacilante.

Como en una de las secuencias culminantes de una película de terror –un violento zoom– aparece Luis Carruthers, de repente, sin avisar, desde detrás de la columna, moviéndose furtivamente y saltando al mismo tiempo, si esto es posible. Sonrío a la vendedora, luego me alejo de él con torpeza: y me dirijo hacia donde exponen los tirantes, con necesidad urgente de un Xanax, un Valium, un Halcion, un Frozfruit, *lo que sea*.

No *puedo* mirarle, no quiero hacerlo, pero noto que se me acerca. Su voz lo confirma.

–¿Patrick...? Hola.

Cerrando los ojos, me llevo una mano a la cara y murmuro, casi para mí mismo:

–No me obligues a que te lo diga, Luis.

–¿Patrick...? –dice, fingiendo inocencia–. ¿Qué quieres decir? –Una espantosa pausa, luego añade–: ¿Por qué no me miras?

–Paso de ti, Luis. –Respiro, tranquilizándome al mirar la etiqueta del precio de una chaqueta de punto Armani–. ¿No te das cuenta? Paso de ti.

–Patrick, ¿por qué no hablamos? –pregunta, casi en un gemido–. *Patrick... mírame*.

Después de volver a respirar a fondo, admito con un suspiro: –No tenemos *nada, nada*, de qué hablar...

–No podemos seguir así –me interrumpe impaciente–; No puedo seguir así.

Refunfuño. Empiezo a alejarme de él. Me sigue, insistente. –De todos modos –dice, una vez que hemos llegado al otro extremo de la tienda, donde yo hago como que miro unas corbatas de seda, aunque todo me resulta borroso–, te alegrará saber que me trasladan a otro Estado.

Se me quita como un peso y soy capaz de preguntar, pero todavía sin mirarle:

–¿Adónde?

–A otra sucursal –dice, y su voz parece mucho más relajada, probablemente debido al hecho de que le he preguntado por su traslado–. En Arizona.

–Perfecto murmuro.

–¿No quieres saber por qué? –pregunta.

–La verdad es que no.

–Por tu culpa –dice.

–No digas eso –le suplico.

–Por tu culpa –vuelve a decir.

–Estás *enfermo* –le digo.

–Si estoy enfermo es por tu culpa –dice, como quien no quiere la cosa, mirándose las uñas–. Estoy enfermo por tu culpa y no mejoraré.

–Has sacado de quicio esa obsesión que tienes. La has sacado excesivamente de quicio –digo, y me dirijo a otro pasillo.

Pero sé que tú tienes los mismos sentimientos que yo –dice Luis, persiguiéndome–. Y sé que sólo... –Baja la voz y se encoge de hombros–. Bueno, el que te niegues a admitir... ciertos sentimientos no significa que no los tengas.

–¿Qué tratas de decir? –siseo.

–Que sé que sientes lo mismo que yo. –Se quita dramáticamente las gafas, como para demostrar algo.

–Has llegado a una... conclusión equivocada –digo, casi ahogándome–. Eres... evidentemente un degenerado.

–¿Por qué? –pregunta él–. ¿Está mal que te quiera, Patrick? –Oh..., Dios... mío.

–¿Que te *desea*? ¿Que quiera estar contigo? –pregunta–. ¿Está mal eso?

Mientras me mira, desamparado, puedo notar que está muy cerca de un hundimiento emocional. Después de que termine, si se exceptúa un prolongado silencio, no hay respuesta por mi parte. Por fin contraataco, siseando:

–¿A qué se debe esa constante incapacidad tuya para evaluar racionalmente la situación? –Hago una pausa–. *¿Eh?*

Alzo la cabeza de los jerseys, las corbatas, lo que sea, y miro fijamente a Luis. En ese instante sonrío, alegre de que reconozca su presencia, pero la sonrisa pronto desaparece y en el oscuro hueco de su mente de marica comprende algo y se echa a llorar. Cuando me dirijo tranquilamente a una columna para esconderme detrás de ella, me sigue y me agarra bruscamente del hombro, obligándome a volverme y encararle: Luis emborriona la realidad.

Al tiempo que le pido a Luis que se marche, él dice sollozando: –Por Dios, Patrick, ¿por qué no te gusto? –y luego, para mi desgracia, se pone de rodillas a mis pies.

–Levántate –murmuro, sin moverme–. *Levántate*.

–¿Por qué no podemos estar juntos? –dice, sollozando y dando puñetazos en el suelo.

–Porque... yo no... –paseo rápidamente la vista alrededor para asegurarme de que no hay nadie escuchando; me agarra de la rodilla, y yo le aparto la mano– no te encuentro... atractivo sexualmente –susurro, y le miro–. La verdades que no puedo creer que haya dicho eso –murmuro para mí mismo, sin dirigirme a nadie, y luego niego con la cabeza, tratando de despejármela, pues las cosas están alcanzando tal grado de confusión que me siento incapaz de soportarla. Le digo a Luis–: Déjame en paz, por favor. –y empiezo a alejarme.

Incapaz de aceptar lo que le pido, Luis se agarra a la parte interior de mi trinchera Armani y, todavía de rodillas en el suelo, grita:

–Por favor, Patrick, *por favor*, no me dejes.

–Óyeme –le digo, intentando hacer que se levante del suelo.

Pero esto hace que él suelte un grito falso, que se convierte en un gemido que aumenta y alcanza un crescendo que atrae la atención de un guardia de seguridad de Barney's que está junto a la puerta principal y que empieza a acercársenos.

–Mira lo que has hecho –le susurro, desesperado–. *Levántate. Levántate*.

–¿Va todo bien? –El guardia de seguridad, un negro corpulento, nos mira desde su altura.

–Sí, gracias –digo, mirando fijamente a Luis–. Todo va *bien*. –No–o–o–o –gime Luis, sacudido por los sollozos.

–Sí –repito, mirando al guardia.

–¿Está seguro? –pregunta éste.

Sonriendo profesionalmente, le digo:

–Por favor, dénos unos minutos. Necesitamos hablar en privado. –Me vuelvo hacia Luis–. Y ahora vámonos, Luis. Levántate. Estás babeando. –Vuelvo a mirar al guardia de seguridad y digo, alzando la mano, mientras asiento–: Sólo un minuto, por favor.

El guardia de seguridad asiente inseguro con la cabeza y vuelve, dubitativo, hacia su puesto.

Agarro a Luis, que sigue arrodillado, por sus temblorosos hombros y le digo tranquilamente, en voz bastante baja, pero lo más amenazadora posible, como si le hablase a un niño al que vaya castigar:

–Escúchame, Luis. Si no dejas de llorar, jodido y patético *maricón*, vaya rebanarte el pescuezo. ¿Me oyes? –y le doy un par de bofetadas sin demasiada fuerza en la cara.

–Oh, sí, mátame –gime él, canelos ojos cerrados, moviendo la cabeza a los lados, refugiándose en la incoherencia; luego lloriquea–: Si no te puedo tener, prefiero moriré. Quiero *morir*.

Mi cordura está en peligro de desaparecer, justo aquí, en Barney's, y agarro a Luis por el cuello de su esmoquin, que casi se desgarrar a mis pies, y acercando su cara a la mía, susurro, casi para mi mismo:

–Escúchame bien, Luis. ¿Me oyes? Normalmente no aviso a la gente, Luis. Así que da las gracias de que te avise.

Su racionalidad se ha ido al carajo, hace ruidos guturales, hunde la cabeza, avergonzado, y responde algo que resulta difícilmente audible. Le cojo por el pelo –lo tiene pegajoso de espuma; reconozco el olor de Cactus, una nueva marca– y moviéndole con violencia la cabeza, le gruñía:

–Escúchame, ¿quieres morir? Pues yo te mataré, Luis. Ya lo he hecho antes y te *destriparé*, te abriré el jodido estómago y te ataré los intestinos alrededor de tu jodido cuello de maricón hasta que te *asfixies*.

No me escucha. Sigo doblado por la cintura. Le miro incrédulo. –Por favor, Patrick, por favor. Escúchame, ya lo tengo todo planeado. Si yo dejo P & P, tú también lo puedes dejar y..., y... encontraríamos otro empleo en Arizona, y luego...

–Cállate, Luis. –Le meneo violentamente–. Por Dios, cállate. Me estiro rápidamente, echándome el pelo hacia atrás, y cuando creo que su arrebato se ha calmado y me siento capaz de alejarme, Luis me agarra por la pantorrilla derecha y trata de sujetarme mientras me marcho de Barney's, por lo que termino arrastrándole como unos dos metros antes de darle una patada en la cara, mientras sonrío impotente a una pareja que mira desde cerca del departamento de calcetines. Luis alza la vista hacia mí, implorando, con el comienzo de una gran hinchazón formándosele en la mejilla izquierda. La pareja se aleja.

–*Te quiero* –se queja lamentablemente–. Te quiero.

–Estoy *convencido* de ello, Luis –le grito–. Me has *convencido*. Y ahora levántate.

Por suerte, un vendedor, alarmado por la escena que ha montado Luis, interviene y le ayuda a levantarse.

Unos pocos minutos más tarde, después de que se haya tranquilizado lo suficiente, los dos estamos de pie junto a la entrada principal de Barney's. Luis tiene un pañuelo en una mano, los ojos cerrados con fuerza, y se le forma lentamente un cardenal, hinchándosele debajo del ojo izquierdo. Parece calmado.

–Ya sabes, tienes que mantener el tipo, de verdad –le digo. Angustiado, él mira más allá de las puertas giratorias la cálida lluvia que cae y luego, con un suspiro triste, se vuelve hacia mí. Yo estoy mirando las hileras, las hileras interminables de corbatas; luego al techo.

Asesinato de un niño en el zoológico

Pasa un rosario de días. De noche duermo a intervalos de veinte minutos. Me siento sin objetivo, las cosas parecen empañadas, mis impulsos homicidas afloran, desaparecen, afloran, vuelven a desaparecer, apenas quedan dormidos durante un tranquilo almuerzo en Alex Goes to Camp, donde tomo la ensalada de cordero frío con langosta y judías blancas con lima y vinagre de foie gras. Llevo unos pantalones vaqueros descoloridos, una chaqueta Armani y una camiseta blanca de ciento cincuenta dólares de Comme des Garçons. Hago una llamada telefónica para oír los mensajes que tengo. Devuelvo unas cintas. Me detengo en un cajero automático. La noche pasada, Jeanette me preguntó:

–Patrick, ¿por qué llevas hojas de afeitar en la cartera?

El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre un chico que se enamoraba de una caja de jabón.

Incapaz de mantener un personaje público verosímil, me encuentro vagando por el zoológico de Central Park, inquieto. Hay traficantes de drogas junto a las entradas y el olor a mierda de caballo de los carruajes que pasan se desliza por ellas dentro del zoológico, y las puntas de los rascacielos, edificios de apartamentos de la Quinta Avenida, el Trump Plaza, el edificio AT&T, rodean al parque que rodea al zoológico e incrementan su falta de naturalidad. Un mozo negro que pasa la fregona por el suelo del servicio de caballeros me pide que tire de la cadena después de usar el retrete.

–Tira tú, negro asqueroso –le digo, y cuando hace ademán de echarse sobre mí, el brillo de la hoja de una navaja le hace retroceder.

Todas las ventanillas de información parecen cerradas. Un ciego mastica una galleta. Dos borrachos, maricones, se consuelan uno al otro en un banco. Cerca una madre da el pecho a un bebé, lo que despierta algo espantoso en mi interior.

El zoológico parece vacío, desprovisto de vida. Los osos polares parecen sucios y drogados. Un cocodrilo flota lentamente en un aceitoso estanque artificial. Los frailecillos miran tristemente desde su jaula de cristal. Los tucanes tienen picos afilados como cuchillos. Las focas se tiran estúpidamente desde unas rocas a una agua revuelta y negra, gritando estúpidamente. Los encargados del zoológico les dan de comer pescados muertos. Una multitud se agolpa alrededor del estanque, por lo general adultos, unos cuantos acompañados de niños. En el estanque de las focas una placa advierte: LAS MONEDAS PUEDEN MATARLAS. SI LAS TRAGAN, LAS MONEDAS PUEDEN IR AL ESTÓMAGO DE LOS ANIMALES Y PROVOCAR ÚLCERAS, INFECCIONES Y LA MUERTE. NO LANCEN MONEDAS AL ESTANQUE. ¿Qué podía hacer yo? Lanzo un puñado de monedas al depósito cuando no mira ninguno de los encargados del zoológico. Y no es que odie a las focas, lo que me molesta es que la gente se divierta con ellas. La lechuga blanca tiene unos ojos idénticos a los míos, especialmente cuando los pone en blanco. Y mientras me quedo allí, mirándola fijamente, después de quitarme las gafas, pasa algo inexpresable entre yo y el ave, hay una especie de extraña tensión, una rara presión, que alimenta lo que sigue, lo que empieza, sucede, termina, con muchísima rapidez.

En la oscuridad del hábitat de los pingüinos –el borde del banco de hielo, es como lo llaman pretenciosamente en el zoológico hace fresco, en agudo contraste con la humedad de fuera. Los pingüinos del estanque se deslizan perezosamente por debajo del agua más allá de las paredes de cristal donde se agolpan los espectadores para mirar. Los pingüinos de las rocas, que no nadan, parecen aturridos, tensos, cansados y aburridos; la mayoría bostezan y, a veces, se estiran. Por el sistema de sonido se oyen ruidos falsos de pingüinos, probablemente casetes, y alguien ha subido el volumen porque la sala está abarrotada. Los pingüinos son listos, supongo. Localizo a uno que se parece a Craig McDermott.

Un niño, de escasamente cinco años, termina de comerse una barrita de caramelo. Su madre le dice que tire el envoltorio y luego sigue hablando con otra mujer, que está con un niño de más o menos la misma edad; los tres mirando fijamente la oscuridad azulada del hábitat de los pingüinos. El primer niño se dirige a la papelera, ya estoy agazapado. Se pone de puntillas, tirando cuidadosamente el envoltorio dentro de la papelera. Susurro algo. El niño me ve y se queda allí, separado de la multitud, ligeramente asustado pero también fascinado, en silencio. Yo le devuelvo la mirada.

–¿Te apetece una... galleta? –pregunto, buscando con la mano en el bolsillo.

Asiente con su cabecita, la sube, luego la baja, lentamente, pero antes de que pueda responder, mi súbita falta de cuidado me convierte en una imponente oleada de furia y me saco el cuchillo del bolsillo y le doy rápidamente un tajo en el cuello.

Perplejo, retrocede contra la papelera, gorjeando como un niño mucho más pequeño, incapaz de gritar o llorar debido a la sangre que empieza a salir disparada de la herida de su garganta. Aunque me gustaría ver morir al niño, le empujo detrás de la papelera, luego me mezclo con el resto de la multitud y toco el hombro de una niña muy guapa y, sonriendo, señalo a un pingüino que se prepara para zambullirse. Detrás de mí, si alguien mirara con atención, vería los pies del niño pataleando detrás de la papelera. No pierdo de vista a la madre del niño, que al cabo de un rato nota la ausencia de su hijo y se pone a recorrer la multitud con la mirada. Vuelvo a tocar el hombro de la niña y ésta me sonrío y se encoge de hombros pidiendo disculpas, pero no logro imaginar por qué.

Cuando por fin la madre lo distingue, no grita porque sólo puede verle los pies y supone que está jugando a esconderse de ella. Al principio parece aliviada por haberle localizado y, avanzando hacia la papelera, dice con voz infantil:

–¿Estás jugando al escondite, cariño?

Pero desde donde estoy yo, detrás de la niña, que ya me he dado cuenta de que es extranjera, una turista, puedo ver el momento exacto en que la expresión de la cara de la madre se hace de miedo y colgándose el bolso del hombro, aparta la papelera y descubre un rostro completamente cubierto de sangre roja y al niño que tiene problemas para pestañear debido a ella y se agarra la garganta y ya patalea débilmente. La madre emite un sonido que no puedo describir, algo muy agudo que se convierte en un alarido.

Después de que la mujer caiga al suelo al lado del cuerpo, unas cuantas personas se dan la vuelta y yo me encuentro gritando, con una voz cargada de emoción.

–Soy médico, échense atrás, soy médico. –y me arrodillo al lado de la madre antes de que una multitud de curiosos se agolpe a nuestro alrededor y tienda sus manos hacia el niño, que ahora está de espaldas tratando inútilmente de respirar, mientras la sangre no deja de manar de su cuello, pero en arcos cada vez más mortecinos, y se derrama sobre su polo, que está empapado de ella. Y tengo la vaga conciencia durante los minutos de que sujeto la cabeza del niño, con respeto, con cuidado para no mancharme de sangre, de que si alguien llamara por teléfono o si hubiera a mano un médico de verdad, habría bastantes oportunidades de que el niño pudiera salvarse. Pero no pasa nada. En lugar de eso, le sujeto la cabeza, con la mente en blanco, mientras la madre –feúcha, con aspecto de judía, un poco gorda, que lastimosamente trata de parecer elegante con unos pantalones vaqueros de

diseño y un antiestético jersey de lana negra con dibujos de hojas— grita *haga algo, haga algo, haga algo*, mientras los dos ignoramos el caos, y la gente que se pone a chillar a nuestro alrededor, concentrándose únicamente en el niño moribundo.

Aunque al principio estoy satisfecho de mi acción, de repente me domina una triste desesperación por lo inútil, lo extraordinariamente fácil que es quitarle la vida a un niño. Esta cosa que tengo delante, pequeña y retorcida y ensangrentada, no tiene historia, carece de pasado que merezca la pena, por lo que no se pierde nada con su desaparición. Es muchísimo peor (y más placentero) quitarle la vida a alguien que haya llegado a la flor de la vida, que esté al comienzo de una larga historia, con un marido o una mujer, amigos, una carrera, cuya muerte trastorne a muchas más personas que la de este niño, incluso pueda destrozar más vidas que las que destrozará la insignificante muerte de este niño. Me domina automáticamente un deseo casi invencible de acuchillar también a la madre del niño, que está histérica, pero lo único que puedo hacer es abofetearla con fuerza y gritarle que se calme. Algo que no provoca miradas de desaprobación. Soy vagamente consciente de que entra luz en la sala, de que en algún sitio abren una puerta, de la presencia de los empleados del zoológico y de un guardia de seguridad, de que alguien —¿uno de los turistas?— está sacando fotos con flash y de que los pingüinos están muy asustados en el estanque que tenemos detrás y se estrellan contra el cristal dominados por el pánico. Un policía me aparta, aunque le digo que soy médico. Alguien, arrastra al niño fuera, le deja en el suelo y le quita el polo. El niño da las últimas boqueadas, muere. Tienen que sujetar a la madre.

Me siento vacío, casi no me entero de dónde estoy, y ni siquiera la llegada de la policía parece motivo suficiente para que me vaya, y me quedo entre la multitud de fuera del hábitat de los pingüinos; con docenas de otras personas. Me lleva mucho tiempo decidir alejarme pero, al fin, me encuentro bajando por la Quinta Avenida, sorprendido de la poca sangre que me ha salpicado la chaqueta, y me detengo en una librería y compro un libro, y luego en el Dove Bar, una chocolatería de la esquina con la calle Cincuenta y seis, donde compro una chocolatina —rellena de coco— e imagino un agujero que se hace más y más ancho en el Sol, y por alguna razón esto suprime la tensión que he empezado a sentir cuando me he fijado por primera vez en los ojos del búho blanco y luego ha arreciado después de que al niño lo arrastraran fuera del hábitat de los pingüinos y me he alejado, con las manos empapadas en sangre, sin que me atraparan.

Chicas

Mis apariciones por la oficina durante el último mes o así han sido esporádicas hasta decir que, bueno, basta. Parecía que lo único que quería hacer era ejercicio, levantar pesas, y reservar mesa en restaurantes nuevos en los que ya había estado, y luego canceladas. Mi apartamento apesta a fruta podrida, aunque de hecho el olor lo origina lo que saqué de la cabeza de Christie y metí en un cuenco de cristal Marco que está en una repisa cerca de la entrada. La propia cabeza está cubierta de restos de cerebro, vacía y sin ojos en la esquina del cuarto de estar, debajo del piano, y pienso usada como linterna, en lugar de una calabaza, en Halloween. Por culpa de la peste decido utilizar el apartamento de Paul Owen para una cita que tengo preparada para esta noche. He examinado cuidadosamente las dependencias buscando aparatos de vigilancia; decepcionantemente no había ninguno. Una persona con la que hablo por medio de mi abogado me dice que Donald Kimball, el investigador privado, ha oído que Owen *está* realmente en Londres y que le han visto un par de veces en el vestíbulo del Claridge's, una vez en un sastre de Savile Row y otra en un nuevo

restaurante a la última de Chelsea. Kimball voló allí hace un par de días, lo que significa que ya no hay nadie que pueda vigilar el apartamento, y las llaves que le quité a Owen todavía funcionan, de modo que puedo llevar las herramientas (una taladradora eléctrica, una botella de ácido, la clavadora automática, cuchillos, un encendedor Bic) allí después del almuerzo. Contrato a dos señoritas de compañía de un reputado aunque algo sórdido establecimiento que nunca había utilizado hasta ahora y pago con la tarjeta American Express Oro de Owen que, como todo el mundo cree que se encuentra en Londres, supongo que nadie busca. El programa de Patty Winters de hoy era –irónicamente, creo– sobre los consejos de belleza de Lady Di.

Doce de la noche. La conversación que mantengo con las dos chicas –ambas muy jóvenes, rubias, de cuerpo increíble, con grandes tetas– es breve, pues tengo dificultad para refrenar mi desordenado yo.

–Vive usted en un palacio, señor –dice una de las chicas, Torri, con voz de niña pequeña, impresionada por el aspecto ridículo de la casa de Owen–. Es un auténtico palacio.

Fastidiado, la fulmino con la mirada.

–No es *tan* bonita.

Mientras preparo unas copas en el bien provisto mueble bar de Owen, les menciono que trabajo en Wall Street, en Pierce & Pierce. Ninguna parece especialmente interesada. De nuevo me encuentro oyendo una voz –una de las suyas– que pregunta si es una zapatería. Tiffany hojea un ejemplar de GQ de hace tres meses sentada en el sofá de cuero negro situado debajo del revestimiento de faux cuero de vaca, y parece confusa, como si no entendiera algo. Yo pienso: «Reza, puta; reza», y luego tengo que admitir que es excitante tener a estas chicas dispuestas a rebajarse delante de mí por el cambio que me queda en el bolsillo. También menciono, después de servirles otra copa, que fui a Harvard, y luego pregunto, después de una pausa:

–¿Habéis oído hablar de ese sitio?

Me sorprende cuando Torri responde:

–Tuve relaciones comerciales con una persona que dijo que había ido allí. –Se encoge de hombros con expresión estúpida.

–¿Un cliente? –pregunto, interesado.

–Bueno –empieza ella, con nerviosismo–. Digamos que tuve relaciones comerciales con él.

–¿Era un chulo? –pregunto..., entonces empieza la parte rara.

–Bueno –vuelve a titubear, antes de seguir con–: digamos que tuve relaciones comerciales con él. –Da un sorbo a su copa–. *Dijo* que fue a Harvard pero... no le creí. –Mira a Tiffany, luego vuelve a mirarme a mí. Nuestro mutuo silencio la anima a seguir hablando y continúa, vacilante–: Tenía, bueno, un mono. Y yo tenía que cuidar de ese mono en... su apartamento. –Se interrumpe, comienza, continúa con una voz monótona y ocasionalmente se atraganta–: Me pasaba el día entero viendo la tele, porque no tenía otra cosa que hacer mientras el tipo estaba fuera... y mientras trataba de mantener al mono vigilado. Pero a ese mono... le pasaba algo raro. –Se interrumpe, y respira profundamente–. El mono sólo quería ver... –Vuelve a interrumpirse, abarca la habitación con la mirada, mientras una expresión curiosa le cruza la cara como si no estuviera segura de que debiera contarnos esta historia; de que nosotros, yo y la otra puta, debíamos participar de esta información. Y me preparo para oír algo terrible, una revelación espantosa–. Sólo quería ve...–Suspira, luego admite rápidamente.

El programa de Oprah Winfrey, y nada más. El tipo tenía cintas y cintas grabadas y se las ponía al mono –ahora me mira, implorante, como si hubiera perdido la cabeza, justo en este momento, en el apartamento de Paul Owen, y quisiera que yo, ¿qué?, ¿lo verificara?– sin los anuncios. Una vez traté de... cambiar de canal, quitar una de las cintas..., porque quería ver un serial o algo así..., pero... –termina su copa y, evidentemente inquieta por esta historia, continúa valientemente–: El mono se

puso a chillar y sólo conseguí que se callara cuando puse una cinta de Oprah. –Traga, se aclara la voz, parece que va a llorar, pero no llora–. Y, ¿sabe?, si intentabas cambiar de canal, el maldito mono trataba de arañarte –concluye amargamente, temblando, tratando inútilmente de calentarse.

Silencio. Un silencio ártico, glacial, absoluto. La luz del apartamento es fría y eléctrica. Allí de pie, miro a Torri, luego a la otra chica, Tiffany, que parece mareada.

Por fin digo algo, tropezando con mis propias palabras: –No me importa... si has llevado una... vida decente... o no.

Empieza la actividad sexual, un montaje de porno duro. Después de afeitarse el coño a Torri, hago que se tumbe en el futón de Paul y que se abra de piernas mientras le meto el dedo y me lo chupo, y de vez en cuando le lamo el ojo del culo. Luego Tiffany me chupa la polla –tiene la lengua caliente y mojada y no deja de darle golpecitos al glande, poniéndome nervioso–, mientras la llamo puta asquerosa, mamona. Mientras me follo a una con condón y la otra me chupa los huevos, dándoles lengüetazos, miro la serigrafía de Angelis que cuelga encima de la cama y pienso en charcos, en chorros de sangre. En ocasiones la habitación está en silencio absoluto si se exceptúan los sonidos como de chapoteos que hace mi polla al entrar y salir de las vaginas de las chicas. Tiffany y yo comemos por turnos el coño afeitado y el ojo del culo de Torri. Se corren las dos, gritando simultáneamente, haciendo el sesenta y nueve. Una vez que tienen los coños lo suficientemente lubricados, saco un consolador y dejo que jugueteen con él. Torri se abre mucho de piernas y se manosea el clítoris, mientras Tiffany se la folla con el enorme y aceitoso consolador, y Torri la anima a que la folle con más fuerza, hasta que, por fin, jadeando, se corre.

De nuevo hago que se lo coman una a la otra, pero empiezo a dejar de estar excitado –lo único en que puedo pensar es en sangre y en el aspecto que tendrá su sangre–, y aunque Torri sabe hacerlo, sabe cómo comer coños, eso no me tranquiliza y la aparto del coño de Tiffany y me pongo a lamerle y mordisquearle el coño rosa, blando y húmedo mientras Torri se abre de piernas y se sienta con el culo encima de la cara de Tiffany mientras se manosea el clítoris. Tiffany le come el coño, mojado y brillante, con ganas, y Torri estira la mano y agarra las tetas grandes y firmes de Tiffany. Yo muerdo con fuerza el coño de Tiffany, y ésta se pone tensa.

–Relájate –le digo, para tranquilizarla, y ella empieza a quejarse, tratando de apartarse, y por fin suelta un alarido cuando le desgarró la carne con los dientes. Torri cree que Tiffany se está corriendo y empuja su propio coño con más fuerza contra la boca de Tiffany, soltando gritos casi igual de fuertes, pero cuando miro a Torri, con la cara cubierta de sangre, y carne y pelo púbico colgándose de la boca, mientras la sangre sale a borbotones del desgarrado coño de Tiffany, empapando el edredón, noto que le domina el terror. Uso un pulverizador de auto defensa para cegadas momentáneamente y luego las dejo inconscientes con la culata de la clavadora automática.

Torri recupera la conciencia y se encuentra atada, encogida, en uno de los lados de la cama, de espaldas, con la cara cubierta de sangre porque le he arrancado los labios con unas tenazas. Tiffany está atada con seis pares de tirantes de Paul al otro lado, totalmente inmovilizada ante lo monstruoso de la realidad. Quiero que vea lo que le voy a hacer a Torri, y está colocada de tal modo que es inevitable que lo vea. Como de costumbre, en un intento de entender a estas chicas, filmo su muerte. Con Torri y Tiffany utilizo una cámara Millox LX ultra –miniatura que usa película de 9,5 milímetros, tiene un objetivo de 15 milímetros f/3,5, fotómetro y filtro de densidad neutral incorporados, y está montada sobre un trípode. He puesto un CD de los Traveling Wilburys en un lector de compactos portátil que cuelga de la cabecera de la cama para apagar los gritos.

Empiezo a desollar a Torri poco a poco, haciendo incisiones con un cuchillo para carne y desgarrándole trocitos de carne de las piernas y el estómago, mientras ella grita inútilmente, suplicando clemencia con una voz aguda, y espero que se dé cuenta de que su tormento será relativamente suave comparado con lo que pienso hacerle a la otra. Sigo rociándole la cara a Torri con pulverizador de autodefensa y luego trato de cortarles los dedos con unas tijeras de uñas y por fin le echo ácido en la tripa y los genitales, pero nada de esto parece que vaya a matarla, de modo

que recorro a degollarla y por fin la hoja del cuchillo le corta lo que quedaba de cuello, topando con el hueso, y me interrumpo. Mientras Tiffany mira, finalmente le siervo la cabeza por completo, y levantándola como un trofeo, cojo mi polla púrpura por la erección y bajo la cabeza de Torri a mi regazo y se la meto en su ensangrentada boca y me pongo a follármela, hasta que me corro dentro de ella. Después estoy tan empalmado que casi ni puedo moverme por la ensangrentada habitación con la cabeza, que noto caliente y sin peso, en la polla. Esto me divierte durante un rato, pero necesito un descanso, de modo que me quito la cabeza, metiéndola en el armario de roble y teca de Paul, y luego me siento en una silla, desnudo, cubierto de sangre y miro la película del canal por cable en el televisor de Owen, mientras bebo una Corona, quejándome en voz alta, al tiempo que me pregunto por qué Owen no está abonado al canal codificado de películas.

Más tarde –ahora– le estoy diciendo a Tiffany:

–Te dejaré marchar... –y le acaricio suavemente la cara, que está resbaladiza, debido a las lágrimas y al pulverizador y me re concome que durante un momento crea que tiene esperanzas antes de que vea la cerilla encendida que tengo en una mano y que he arrancado de un sobre que cogí en la barra de Padio's donde estuve tomando unas copas con Robert Farrell y Robert Prechter el viernes pasado, y la bajo hacia sus ojos, que ella cierra instintivamente, quemándole las pestañas y las cejas, luego utilizo un encendedor Bic y le sujeto los párpados con los dedos, asegurándome de que los tiene abiertos, quemándome el pulgar y el meñique en el proceso, hasta que le estallan los globos oculares. Mientras todavía está consciente me echo encima de ella y, separándole las nalgas, le clavo un consolador que he atado a un palo, en el recto, utilizando la clavadora automática. Luego, volviendo a darle la vuelta, mientras el cuerpo le tiembla de miedo, le corto toda la carne de alrededor de la boca y, utilizando la taladradora eléctrica con una broca desmontable enorme, le hago más grande ese agujero mientras ella tiembla, protestando, y una vez que quedo satisfecho con el agujero que he hecho –su boca está lo más abierta posible; es un túnel rojizo oscuro con una lengua retorcida y dientes arrancados– fuerzo la mano dentro, hundiéndosela en el fondo de la garganta, hasta la muñeca –durante todo esto mueve incontrolablemente la cabeza, pero no puede morder porque la taladradora eléctrica le ha arrancado los dientes de las encías–, y agarro las venas que tiene allí y se las suelto con los dedos y cuando consigo arrancárselas bien, tiro con fuerza por la boca abierta, hasta que el cuello se hunde, desaparece, la piel se tensa y se rompe aunque sale poca sangre. La mayor parte de las entrañas, incluida la yugular, le cuelgan de la boca, y todo el cuerpo se le agita, como una cucaracha patas arriba, temblando espasmódicamente, mientras sus ojos deshechos le cuelgan por la cara mezclándose con las lágrimas y el líquido del pulverizador, y luego, rápidamente, sin querer perder tiempo, apago las luces y en la oscuridad, antes de que muera, le desgarró el estómago con las manos. No puedo decir lo que estoy haciendo con ellas, pero hacen ruidos como de chapoteo y las tengo calientes y cubiertas de algo.

Repercusiones. Nada de miedo, ninguna confusión. No me puedo quedar pues hoy tengo cosas que hacer: devolver cintas de vídeo, hacer ejercicio en el gimnasio, ir a un nuevo musical inglés de Broadway al que prometí llevar a Jeanette, reservar mesa para cenar en algún sitio. Lo que queda de los dos cuerpos ya tiene el *rigor mortis*. Parte del cuerpo de Tiffany –creo que es el suyo, porque me ha costado mucho separar uno del otro– se ha hundido y le asoman las costillas, la mayor parte de las cuales están partidas por la mitad y le aprietan los dos pechos. He clavado una cabeza a la pared, los dedos están dispersos por el suelo o dispuestos en una especie de círculo alrededor del lector de discos compactos. Uno de los cuerpos, el que está en el suelo, se ha cagado y parece lleno de marcas de dientes por donde lo he mordido salvajemente. Con la sangre del estómago de uno de los cuerpos que tengo en la mano, escribo, con chorreantes letras rojas encima del revestimiento de faux piel de vaca del cuarto de estar, las palabras «HE VUELTO» y debajo hago un espantoso dibujo que parece algo así

Una rata

Lo siguiente me lo mandaron mediados de octubre.

Un receptor de audio, el Pioneer VSX -9300S, que incluye un procesador integrado Dolby Prologic Surround Sound con delay digital, además de mando a distancia infrarrojo que controla hasta 154 funciones programadas y genera 125 vatios de potencia en el altavoz delantero, aparte de 30 vatios en el de atrás.

Una pletina analógica Akai, la GX-950B, que viene con un polarizador de voltaje manual completo, controles de nivel de grabación Dolby, un generador de tono incorporado y un sistema de edición de parada y borrado que permite señalar el comienzo y el final de determinado pasaje musical, que luego puede ser borrado con sólo pulsar un botón. Sus tres cabezas incluyen una unidad que reduce las interferencias al mínimo y un reductor de ruidos reforzado con un Dolby HX - Pro, mientras los controles de su panel frontal se activan con un mando a distancia inalámbrico.

Un multilector de discos compactos Sony, el MDP-700, que sirve tanto para audios como para vídeos -desde singles audio digitales de tres pulgadas hasta discos de vídeo de doce pulgadas-. Contiene un sistema láser visual/audio que fija la imagen, la frena o acelera, con un sistema de motor dual que contribuye a asegurar la regularidad de la rotación del disco mientras el sistema de protección contribuye a evitar que los discos se deformen. Un sistema musical sensor automático que permite elegir hasta noventa y nueve cortes, mientras un buscador automático permite localizar hasta setenta y nueve segmentos de un vídeo-disco. Incluye un mando de control remoto de diez teclas (para la búsqueda de imagen a imagen) y memoria de desconexión. También cuenta con dos juegos de tornas A -V para conexiones de primera calidad.

Un vídeo de alta definición, el DX-5000 de NEC, que combina efectos especiales digitales con una alta fidelidad excelente, y lleva conectada una unidad de cuatro cabezas VHS-HQ, que viene equipada con un programador de veinticuatro horas para ocho acontecimientos, descodificador MTS y posibilidad de conexión de 140 canales por cable. Una mejora añadida: un mando a distancia unificado que me permite saltarme los anuncios de televisión.

Incluido en la cámara Sony CCD- V200 de 8 milímetros, hay un wipe de siete colores, un generador de caracteres, un mando de montaje que también es capaz de grabar automáticamente, lo que me permite, digamos, grabar la descomposición de un cadáver a intervalos de quince segundos o grabar a un perro cuando agoniza, envenenado. El audio tiene integrada una grabadora estéreo en playback, mientras los objetivos del zoom registran hasta un mínimo de cuatro lux de iluminación y en seis velocidades variables.

Un nuevo monitor de televisión con pantalla de veintisiete pulgadas, el CX-2788 de Toshiba, tiene incorporado un descodificador MTS, un filtro CCD, canales programables, conexión para un súper- VHS, siete vatios de potencia por canal, con uno adicional de diez vatios destinado a activar los registros de extra baja frecuencia, y un sistema sonoro Carver Sonic Holographing que produce un efecto estéreo especial en 3-D.

Un giradiscos LD-ST de Pioneer con mando a distancia y el lector multidisco Sony MDP-700 con efectos digitales y programador a distancia universal (uno para el dormitorio, otro para el cuarto de estar), que sirve para todos los tipos de tamaño y formato s de discos de audio y vídeo -discos láser de ocho y doce pulgadas, CD videodiscos de cinco y tres pulgadas- con dos entradas autoalimentables. El LD- W1 Pioneer contiene dos discos y lee las dos caras secuencialmente con sólo una interrupción de pocos segundos durante el cambio, de modo que no hay que cambiar ni darles la vuelta a los discos. También tiene sonido digital, mando a distancia y memoria

programable. El CDV –1600 lector multidisco de Yamaha sirve para todos los formatos de discos y tiene una memoria de acceso para quince selecciones y mando a distancia.

También me mandan un par de amplificadores Thershold monobloque que cuestan cerca de 15.000 dólares. Y para el dormitorio, una estantería de roble decolorado para poner los nuevos televisores que llegarán el lunes. Un sofá tapizado de algodón hecho a medida con estructura de bronce italiana del siglo XVIII y bustos de mármol sobre pedestales contemporáneos– de madera pintada llegarán el martes. Una nueva cabecera de cama (algodón blanco montado en una estructura de cobre beige) también llegará el martes. Una nueva litografía de Frank Stella para el cuarto de baño llegará el miércoles, junto con un nuevo sillón de brazos de ante negro Superdeluxe. El Onica, que vendo, está siendo remplazado por uno nuevo: un gran retrato de un ecualizador gráfico hecho con cromo y colores pastel.

Estoy hablando del HDTV, que todavía no se puede conseguir, con los tipos de la Park Avenue Sound Shop que me traen estas cosas, cuando suena uno de los nuevos teléfonos inalámbricos negros AT&T. Les doy una propina, luego respondo a la llamada. Mi abogado, Ronald, está al otro lado de la línea. Le escucho, asintiendo, señalando a los que han traído los aparatos la puerta del apartamento. Luego digo:

–La cuenta es de trescientos dólares, Ronald. Y sólo tornamos café. –Una larga pausa, durante la que oigo unos extraños ruidos, corno chapoteos, procedentes del cuarto de baño. Dirigiéndome cautelosamente hacia éste, con el teléfono inalámbrico en la mano, le digo a Ronald–: Sí, claro... Espera... Pero es que... Pero si sólo tomamos café exprés. –Luego miro dentro del cuarto de baño.

Subida al asiento del retrete hay una gran rata mojada que ha salido –supongo– del desagüe. Está en el borde de la taza del retrete, sacudiéndose el agua, antes de saltar, indecisa, al suelo. Es un animal muy grande y se mueve, inquieto, por las losas, saliendo del cuarto de baño por la otra puerta y entrando en la cocina, adonde la sigo en dirección a los restos de la bolsa de pizza de Le Madri que por alguna razón están en el suelo encima del *New York Times* de ayer junto al cubo de basura de Zona, y la rata, atraída por el olor, agarra la bolsa con la boca y mueve la cabeza furiosamente, como haría un perro, tratando de alcanzar la pizza de puerros, queso de oveja y trufa, mientras lanza chillidos de hambre. Yo he tomado Halcion, de modo que la rata no me molesta tanto como, supongo, debería molestarme.

Para atrapar a la rata compro una ratonera extra–grande en una ferretería de Amsterdam. También decido pasar la noche en la *suite* de mi familia del Carlyle. El único queso que me queda en el apartamento es una porción de brie en la nevera, y antes de irme coloco todo el trozo –es una rata grande de verdad– junto a tomate secado al sol y brotes de eneldo, en la ratonera, que a continuación monto. Pero cuando vuelvo a la mañana siguiente, debido al tamaño de la rata, la ratonera no la ha matado. La rata está allí, atrapada, chillando, agitando el rabo, que es de un horrible y translúcido color rosa aceitoso, tan largo como un lápiz y dos veces más grueso, y hace un ruido como de latigazo cada vez que lo golpea contra el borde de roble. Utilizando un recogedor –que me lleva casi una jodida *hora* encontrar– acorrarlo a la rata herida en cuanto consigue librarse de la ratonera y levanto el recogedor, sumiéndola en el pánico, lo que hace que chille todavía más alto, amenazándome, enseñando sus afilados y amarillos dientes de rata, y la dejo caer en una sombrerera Bergdorf Goodman. Pero entonces la rata se escapa y tengo que mantenerla en el fregadero, con una tabla con libros de cocina encima, tapándola, e incluso casi se escapa, mientras me quedo en la cocina pensando en modos de torturar a las chicas con este animal (no es sorprendente que se me ocurran muchísimos) y hago una lista que incluye, sin relación con la rata, sajarles los dos pechos y dejárselos planos, al tiempo que les ato alambre de espino alrededor de la cabeza.

Otra noche

McDermott y yo habíamos quedado para cenar esta noche en 1500 y me llama hacia las seis y media, cuarenta minutos antes de la hora para la que teníamos mesa reservada (no había podido conseguimos mesa para ninguna otra hora, excepto para las seis y diez o las nueve, que es cuando cierra el restaurante..., es de cocina californiana y las horas para las que reservan mesas son una manía que han traído de ese Estado), y aunque estoy limpiándome los dientes con hilo dental, todos mis teléfonos inalámbricos se encuentran *junio* al lavabo del cuarto de baño y descuelgo el correcto al segundo timbrado. Llevo puestos unos pantalones negros Armani, una camisa blanca Armani, "una corbata Armani roja y negra. McDermott me dice que Hamlin quiere venir con nosotros. Tengo hambre. Hay una pausa.

–¿Y entonces? –pregunto, ajustándome la corbata–. Muy bien.

–¿Y entonces? –dice, suspirando, McDermott–. Pues que Hamlin no quiere ir al 1500.

–¿Por qué no? –Cierro el grifo del lavabo.

–Estuvo *allí* ayer por la noche.

–Entonces..., ¿qué tratas de decirme, McDermott?

–Que tendremos que ir a otro sitio. –dice él.

–¿Adónde? –pregunto yo cautamente.

–Hamlin ha sugerido Alex Go to Camp –dice.

–No cuelgues. Me estoy enjuagando. –Después de enjuagarme con el líquido antiplaca dental y de examinarme atentamente el nacimiento del pelo en el espejo, escupo el Plax–. Lo veto. Otro sitio. Estuve *allí* la semana pasada.

–Ya lo sé. También estuve yo –dice McDermott–. Además es barato. Entonces, ¿adónde vamos?

–¿No ha propuesto ningún otro sitio Hamlin, por si acaso? –gruño, irritado.

–La verdad, no.

–Llámale y que consiga reserva en otro sitio –digo, saliendo del cuarto de baño–. No sé dónde tengo mi Zagat.

–¿Vas a mantenerte en línea o prefieres que te llame después? –pregunta.

–Vuelve a llamarme. –Colgamos.

Pasan los minutos. Suena el teléfono. No me molesto en verificar quién es. Es McDermott de nuevo.

–¿Qué hay? –pregunto.

–Hamlin no tiene ningún otro sitio pensado y quiere invitar a Luis Carruthers, y lo que yo quiero saber es si eso significa que va a venir Courtney –pregunta McDermott.

–Luis *no* puede venir –digo yo.

–¿Por qué no?

–*No* puede, y basta. –Luego pregunto–: ¿Por qué quiere que venga Luis?

Hay una pausa.

–Espera un momento –dice McDermott–. Lo tengo en la otra línea. Se lo preguntaré.

–¿A quién tienes? –Siento una ráfaga de pánico–. ¿A Luis? –A Hamlin.

Mientras espero, me dirijo a la cocina, abro la nevera y saco una botella de Perrier. Estoy buscando un vaso cuando oigo un click.

–Oye –digo, cuando tengo a McDermott nuevamente en la línea–. No quiero ver a Luis *ni* a Courtney, ya sabes, disuádelos o haz lo que sea. Utiliza tu encanto. Muéstrate encantador.

–Hamlin tiene que cenar con un cliente tejano y...

Le corto.

–Espera, eso no tiene nada que ver con Luis. Que Hamlin se las arregle como pueda.

–Hamlin quiere que vaya Carruthers porque Hamlin se ocupa del caso Panasonic, pero Carruthers sabe mucho más del asunto y por eso quiere que vaya –explica McDermott.

Hago una pausa mientras digiero esto.

–Si viene Luis, le mataré. Juro por Dios que le mataré. Mataré a ese cabrón.

–Coño, Bateman –murmura McDermott, afectado–. Eres humanitario de verdad. Un sabio.

–No. Sólo... –empiezo, confuso, irritado–. Sólo soy sensible.

–Lo único que quiero saber yo es que si viene Luis, ¿eso significa que también vendrá Courtney? –vuelve a preguntar.

–Dile a Hamlin que invite a..., mierda, no lo sé. –Me interrumpo–. Dile a Hamlin que cene él solo con ese tipo de Texas. –Vuelvo a interrumpirme, dándome cuenta de algo–. Espera un momento. ¿Significa eso que Hamlin... nos invitará? Quiero decir que si pagará él, ya que es una cena de negocios.

–¿Sabes?, a veces creo que hasta eres listo, Bateman– dice McDermott–. Otras veces...

–Mierda, ¿qué demonios estaba diciendo? –me pregunto a mí mismo en voz alta–. Tú y yo podemos tener una cena de *negocios* juntos. Yo no voy. Eso es. No voy.

–¿Ni siquiera si *no* viene Luis? –pregunta él.

–No.

–¿Por qué no? –se queja él–. *Tenemos* mesa reservada en 1500.

–Tengo..., tengo que... ver *El Show de Bill Cosby*. –Grábalo, por el amor de Dios, no seas gilipollas.

–Espera. –Acabo de darme cuenta de otra cosa más–. ¿Crees que Hamlin querrá... –hago una pausa, incómodo– conseguir drogas, a lo mejor... para el tejano?

–¿En qué estás pensando, Bateman? –pregunta McDermott, el muy gilipollas.

–Mmmmm. Estoy pensando en ello. Estoy pensando en ello. Después de una pausa, McDermott dice:

–Tictac, tictac –canturreando–. Así no vamos a ninguna parte.

–Que no se te escape Hamlin, manténlo en la otra línea –suelto, muy deprisa, mirando el Rolex–. Date prisa. A lo mejor podemos hablar con él en 1500.

–Vale dice McDermott–. Espera.

Hay cuatro clicks y luego oigo que Hamlin dice:

–Bateman, ¿es correcto llevar calcetines color arcilla con un traje oscuro? –Trata de hacer un chiste, pero no me hace gracia.

Suspirando interiormente, con los ojos cerrados, respondo, impaciente:

–La verdad es que no, Hamlin. Son demasiado sport. No van bien con la imagen seria del traje. Pueden llevarse con trajes menos serios. De tweed o algo así. ¿De acuerdo, Hamlin?

–¿Bateman? –y añade–: Gracias.

. –Luis *no* puede venir –le digo–. Pero estaré encantado de que vengas tú.

–No hay problema –dice él–. De todos modos el tejano no va a venir.

–¿Por qué no? –pregunto.

–Podríamos ir a ese sitio tan estupendísimo, el CBJB, es una monada nueva ola. Cuestión de estilos de vida –explica Hamlin–. El tejano no está libre hasta el lunes. Y yo rápidamente, y con gran agilidad mental, debería añadir, he recurrido a mi apretada agenda. Un padre enfermo. Un incendio forestal. Una excusa.

–¿Y qué pasa con Luis? –pregunto desconfiadamente.

–Luis cena esta noche con el tejano, lo que me elimina un montón de problemas, colega. Le veré en Smith y Wollensky el lunes –dice Hamlin, encantado consigo mismo–. De modo que todo está arreglado.

–Espera –dice McDermott, y pregunta, dubitativos, ¿significa eso que no va a venir Courtney?

–¿Vamos a pasar de la mesa que tenemos reservada en 1500?

–Señalo yo–. Además, Hamlin, creo que estuviste ayer por la noche, ¿no?

–Sí –dice él–. Tienen un carapico pasable. Un reyezuelo decente. Sorbetes buenos. Pero vamos a cualquier otro sitio y, bueno, luego iremos en busca del cuerpo perfecto. ¿Qué opinan, caballeros?

–Suena bien –digo yo, contento de que, por una vez, Hamlin tenga una buena idead. Pero ¿qué va a decir Cindy de esto?

–Cindy tiene que ir a una cosa de caridad en el Plaza algo...

–Será en el *Trump Plaza* –apunto distraídamente, mientras por fin abro la botella de Perrier.

–Sí, el *Trump Plaza* –dice–. Algo sobre árboles cerca de la biblioteca. Dinero para árboles o arbustos de algún tipo –dice, inseguro–. ¿Plantas? Puede conmigo.

–¿Entonces adónde vamos? –pregunta McDermott.

–¿Quién cancela las reservas en el ISOO? –pregunto.

–Tú mismo –dice McDermott.

–Oh, McDermott –protesto yo–, hazlo tú.

–Espera –dice Hamlin–. Vamos a decidir antes adonde *vamos*. –De acuerdo. –McDermott, el parlamentario.

–Me opongo fanáticamente a que *no* sea un sitio del Upper West o el Upper East de esta ciudad –digo.

–¿Bellini's? –sugiere Hamlin.

–No. Allí no se puede fumar puros –decimos McDermott y yo al mismo tiempo.

–Bien, tachado –dice Hamlin–. ¿Gandango? –sugiere.

–Podría ser, podría ser murmuro, pensando en ello–. Suele ir Trump.

–¿Zeus Bar? –pregunta uno de ellos.

–Reserva mesa –dice el otro.

–Esperad –les digo–. Estoy pensando.

–Bateman... –advierde Hamliri.

–Estoy dándole vueltas a la idea –digo.
–*Bateman...*
–Esperad. Dejadme pensarlo un minuto.
–La verdad es que estoy demasiado cabreado para aguantar todo eso –dice McDermott.
–¿Por qué no nos olvidamos de toda esta mierda y probamos un japonés? –sugiere Hamlin–.
Luego iremos a la busca del cuerpo perfecto.
–No es tan mala idea, la verdad. –Me encojo de hombros.
–¿Adónde quieres ir *tú*, Bateman? –pregunta McDermott.
Pensando en ello, a muchos kilómetros de distancia, respondo:
–Quiero...
–¿Sí...? –preguntan los dos, expectantes.
–Quiero..., bueno, pulverizarle la cara a una mujer con un ladrillo enorme y pesado.
–*Aparte de eso –se queja Hamlin, con impaciencia.*
–Muy bien, de acuerdo –digo–. Al Zeus Bar.
–¿Estás seguro? ¿De verdad? ¿Al Zeus Bar? –concluye Hamlin. –Tíos. Cada vez me siento más incapaz de ocuparme de todo
esto –dice McDermott–. Zeus Bar. *Es definitivo.*
–No cortéis –dice Hamlin–. Llamaré para reservar mesa. –Se oye un click y McDermott y yo quedamos a la espera. Hay un largo silencio antes de que alguno de los dos diga algo.
–Ya sabes –digo, por fin–. Probablemente será imposible reservar mesa allí.
–A lo mejor deberíamos ir a M.K. Al tejano probablemente le gustaría M.K. –dice Craig.
–McDermott, el *tejano* no viene –señalo yo.
–De todos modos, yo no puedo ir a M.K. –dice, sin escuchar y sin mencionar por qué.
–No quiero saber por qué.
Esperamos dos minutos más por Hamlin.
–¿Qué demonios estará haciendo? –pregunto, luego oigo un click.
McDermott también lo *oye*.
–¿Quieres contestar? –dice.
–Estoy pensándolo. –Vuelve a oírse el click. Me quejo y le digo a McDermott que *espere*. *Es Jeanette*. Suena a cansada y triste. No quiero volver a la otra línea, de modo que le pregunto qué hizo ayer por la noche.
–¿Después de la hora en que se suponía que nos íbamos a ver? –pregunta ella.
Hago una pausa, inseguro.
–Bueno, sí.
–Terminamos en Palladium, que estaba completamente desierto. Dejaban entrar a la gente gratis.
–Suspira–. Vimos a unas cuatro o cinco personas.
–¿Conocidas? –pregunto, esperanzado.
–En... todo... el... club –dice, espaciando cada palabra amargamente.
–Lo siento –digo, por fin–. Tuve que... devolver unas cintas de vídeo... –y luego, reaccionando ante su silencio–: Ya sabes, *me apetecía verte...*

–No quiero oír hablar de eso –dice, suspirando y cortándome–. ¿Qué vas a hacer esta noche?
Hago una pausa, preguntándome qué responder, antes de admitir:
–Iré al Zeus Bar, a las nueve. Con McDermott y Hamlin. –Y luego, sin ganas–. ¿Te gustaría reunirte allí con nosotros?
–No lo sé –dice, suspirando. Sin rastro de haberse ablandado, pregunta–: ¿Quieres que vaya?
–¿Tienes que seguir mostrándote tan patética? –le pregunto a mi vez.
Me cuelga. Vuelvo a la otra línea.
–Bateman, Bateman, Bateman, Bateman –está murmurando Hamlin.
–Aquí estoy. Cierra esa jodida boca.
–¿Todavía sigues sin decidirte? –pregunta McDermott–. No aplaces las decisiones.
–He decidido que prefiero jugar al golf –digo–. Hace tiempo que no Juego.
–Que le den por el culo al golf, Bateman –dice Hamlin–. Tenemos mesa reservada para las nueve en Kaktus...
–Y una reserva que cancelar en 1500 a las, mm, veamos... hace ya veinte minutos, Bateman –dice McDermott.
–Mierda, Craig. *Cancélala ya* –digo cansinamente.
–Por Dios, cuánto odio el golf –dice Hamlin, estremeciéndose.
–Cancélala *tú* –dice McDermott, riendo.
–¿A qué nombre está? –pregunto yo, sin reír y alzando la voz. Después de una pausa, McDermott dice suavemente: –Carruthers.

Hamlin y yo nos echamos a reír.
–¿De verdad? –pregunto.
–No he podido encontrar mesa en Zeus Bar –dice Hamlin–. Así que iremos a Kaktus.
–Muy a la última –digo, desanimado–. O eso creo.
–Un sitio animado. –Hamlin se ríe ahogadamente.
Vuelven a llamar y antes de que pueda decidir si contestar o no, Hamlin decide por mí.
–Pero si no queréis ir a Kaktus...
–Espera, me llaman –digo–. No colguéis.
Es Jeanette, llorando.
–¿De qué no serás capaz? –pregunta, entre sollozos–. Sólo quiero que me digas de qué *no* eres capaz.
–Jeanette, guapa –digo, para tranquilizarla–. Oye, por favor, oye lo que te digo. Estaremos en Zeus Bar a las diez. ¿De acuerdo?
–Por favor, Patrick –suplica ella–. Estoy bien. Sólo quería hablar de...
–Nos veremos a las nueve o a las diez, cuando quieras –digo–. Tengo que dejarte. Hamlin y McDermott están en la otra línea.
–Muy bien. –Jeanette sorbe por la nariz, tranquilizándose, y aclara la voz–. Nos veremos allí. De verdad, lo sien...
Cuelgo y paso a la otra línea. Sólo queda McDermott.
–¿Qué ha sido de Hamlin?

–Ha tenido que irse –dice McDermott–. Se unirá a nosotros a las nueve.

–Estupendo –murmuro–. Creo que lo he arreglado. –¿Quién era?

–Jeanette –digo yo.

Oigo un débil click, luego otro.

–¿Era tu aparato, o el mío? –pregunta McDermott.

–El tuyo –digo–. Creo.

–Espera.

Espero, paseando impacientemente a lo largo de la cocina. McDermott vuelve a comunicarse conmigo.

–Es Van Patten –dice–. Lo tengo esperando en la otra línea.

Cuatro clicks más.

–Hola, Bateman –exclama Van Patten–. *Amigo*.

–Mister Manhattan –digo–. Te saludo.

–Oye, ¿cuál es el modo correcto de llevar un fajín de esmoquin? –pregunta.

–Hoy ya he respondido tres veces a *eso* –le advierto.

Los dos se ponen a hablar de si Van Patten podrá estar o no en el Kaktus a las nueve, y yo dejo de concentrarme en las voces que llegan por el teléfono inalámbrico y me pongo a observar, con creciente interés, a la rata que he comprado –todavía tengo la mutante que emergió por el retrete– en su nueva jaula de cristal, arrastrando lo que le queda de su cuerpo carcomido por el ácido por el complicado sistema Habitrail –un tubo que une dos jaulas– que tengo en la mesa de la cocina, donde intenta beber del bebedero que esta mañana he llenado de Evian envenenada. La escena me parece demasiado lastimosa y no lo suficientemente lastimosa. No lo puedo decidir. Un click me saca de mi delirio y les digo a Van Patten y McDermott que queden a la espera.

Desconecto la pausa, antes de decir:

–Ésta es la casa de Patrick Bateman. Por favor deje su mensaje después...

–Por el amor de Dios, Patrick, no seas niño –protesta Evelyn–. *Deja* de hacer esas tonterías. ¿Por qué insistes en hacer esas cosas? ¿De verdad crees que vas a librarte de alguien con eso?

–¿Con qué? –pregunto inocentemente–. ¿Protegiéndome a mí mismo?

–Torturándome a mí –dice ella, casi sollozando.

–Querida –digo.

–¿Qué?

–Tú no sabes qué es la tortura. No sabes de qué estás hablando –le digo–. De verdad que no sabes de qué estás hablando.

–No quiero hablar de *eso* –dice–. Se acabó. Vamos a ver, ¿adónde vamos a cenar esta noche? –La voz se le ablanda–. Pensaba que a lo mejor podíamos cenar en TDK a las, bueno, digamos que, ¿a las nueve?

–Esta noche vaya cenar *solo* en el Harvard Club –digo. –No seas absurdo –dice Evelyn–. Sé que vas a cenar en Kaktus con Hamlin y McDermott.

–¿Cómo sabes *eso*? –pregunto, sin importarme que me haya cogido en una mentira–. De todos modos es Zeus Bar, no Kaktus.

–Porque acabo de hablar con Cindy –dice ella.

–Yo creía que Cindy iba a algo benéfico sobre plantas o árboles... o matorrales –digo.

- No, no –dice Evelyn–. Eso es la semana que *viene*. ¿Quieres ir?
- Espera un instante.
- Vuelvo a la línea donde tengo a Craig y Van Patten.
- ¿Bateman? –pregunta Van Patten–. ¿Qué *coño* estás haciendo?
- ¿Cómo cojones sabe Cindy que vamos a cenar a Kaktus? –pregunto.
- Se lo habrá dicho Hamlin –aventura McDermott–. No lo sé. ¿Por qué?
- Porque *Evelyn* lo sabe –digo.
- ¿Cuándo *coño* va a abrir Wolfgang Puck un restaurante en esta jodida ciudad? –nos pregunta Van Patten.
- ¿Ya anda Van Patten con su tercer pack de seis latas de Foster's o todavía anda por el primero? –pregunto a McDermott.
- Lo que preguntas, Patrick –empieza McDermott–, es si debemos excluir a las mujeres o no, ¿verdad?
- Hay una cosa que deja de existir con mucha rapidez –advierdo–. Es lo único que digo.
- Lo que quieres saber –dice McDermott– es si deberías invitar a Evelyn. ¿Es eso?
- No, *no* quiero invitada –digo, subrayando las palabras.
- Bueno, oye, yo quería invitar a Elizabeth –dice Van Patten tímidamente (¿tímida o burlonamente?).
- No –digo–. Nada de mujeres.
- ¿Te pasó algo con Elizabeth? –pregunta Van Patten.
- ¿Qué? –añade McDermott.
- Que es idiota. No, es inteligente. No lo sabría decir. No la invites –digo.
- Después de una pausa, oigo decir a Van Patten:
- Noto que empiezan las rarezas.
- Bueno, pues si Elizabeth no, ¿qué tal Sylvia Josephs? –sugiere McDermott.
- No, es demasiado vieja para follársela –dice Van Patten. –Por Dios –dice McDermott–. Si tiene veintitrés años. –Veintiocho –corrijo yo.
- ¿De verdad? –pregunta McDermott, interesado, después de una pausa.
- Sí –digo yo–. *De verdad*.
- A McDermott se le escapa:
- Oh.
- Mierda, lo había olvidado –digo, dándome una palmada en la frente–. He invitado a Jeanette.
- La verdad es que es una chica a la que no me importaría..., bueno, invitar –dice Van Patten obscenamente.
- ¿Cómo te puede aguantar una chica tan agradable como Jeanette? –pregunta McDermott–. ¿Por qué te *aguanta*, Bateman?
- La tengo envuelta en cachemira. En mucha cachemira –murmuro, y luego añado–: Tendré que llamada y decide que no venga.
- ¿No estás olvidando algo? –me pregunta McDermott.
- ¿Qué? –No se me ocurre de qué se trata.

- Bueno, que tienes a Evelyn en la otra línea.
- Mierda –exclamo. Esperad un momento.
- ¿Por qué me molestaré con estas cosas? –oigo que McDermott se pregunta a sí mismo, suspirando.
- Que venga Evelyn –grita Van Patten–. ¡También está. buena! ¡Dile que se reúna con nosotros en Zeus Bar, a las nueve y media!
- Vale, vale –grito yo, antes de atender la otra línea.
- No me gusta todo esto –está diciendo Evelyn.
- ¿Qué tal si nos vemos en Zeus Bar a las nueve y media? –sugiero.
- ¿Puedo llevar a Stash y Vanden? –pregunta tímidamente. –¿Es la chica del tatuaje? –pregunto a mi vez tímidamente. –No –dice ella, suspirando–. No tiene ningún tatuaje.
- Menos rodeos.
- Oh, *Patrick* –se queja.
- Mira, tienes suerte de que te hayamos invitado, por lo tanto...
- Se me apaga la voz.
- Silencio, durante el que no me siento mal.
- Venga, únete a nosotros allí –digo–. Lo siento.
- Muy bien –dice ella, resignada–. ¿A las nueve y media? Vuelvo a la otra línea, interrumpiendo la conversación de Van Patten y McDermott sobre si es adecuado o no llevar una camisa azul marino cuando se lleva un blazer azul.
- Oídmeme –los interrumpo–. Callaos. ¿Os merezco toda la atención posible?
- Sí, sí, sí –dice Van Patten, suspirando, aburrido.
- Voy a llamar a Cindy para conseguir que Evelyn no venga a cenar con nosotros –anuncio.
- ¿Por qué coño has invitado *primero* a Evelyn? –pregunta uno de ellos.
- Estábamos bromeando, *idiota* –añade el otro.
- Buena pregunta –digo, tartamudeando–. Es–p–p–p–erad. Marco el número de Cindy después de encontrado en mi Rolex. Responde después de saber quién llama.
- Hola, Patrick –dice.
- Cindy –digo yo–. Necesito que me hagas un favor. –Hamlin no va a ir a cenar con vosotros, chicos –dice ella–. Ha tratado de llamaros pero teníais todas las líneas ocupadas. ¿Es que no tenéis una línea de espera para las llamadas?
- Claro que la tenemos –digo–. ¿Qué crees que somos, bárbaros?
- Hamlin no va a ir –vuelve a decir, inexpresiva.
- ¿Entonces qué va a hacer? –pregunto–. ¿Limpiarse los zapatos? .
- Va a salir *conmigo*, mister Bateman.
- ¿Y qué pasa con eso benéfico de los árboles? –pregunto. –Hamlin se equivocó –dice ella.
- Cabecita loca –digo.
- ¿Qué? –pregunta ella.
- Que estás saliendo con un gilipollas, cabecita loca –digo yo suavemente.
- Gracias, Patrick. Muy amable.
- Cuidado, cabecita loca –advierdo–, estás saliendo con el mayor carapijo de Nueva York.

- Me lo dices como si yo no lo supiera ya. –Bosteza.
- Oye, cabecita loca, estás saliendo con un famoso carapijo. –¿Sabes que Hamlin tiene seis televisores y siete vídeos? –¿Nunca usa ese aparato para remar que le regalé? –pregunto. –No lo ha estrenado –dice ella.
- Oye, cabecita loca, es un carapijo.
- ¿Quieres dejar de llamarme cabecita loca? –ruega, aburrida.
- Oye, Cindy, si pudieras elegir entre leer WWD o... –Me interrumpo, inseguro de lo que iba a decir–. Oye, ¿no hay ningún sitio al que ir esta noche? –pregunto–. Algo que no sea demasiado... ruidoso.
- ¿Qué es lo que quieres, Patrick? –dice, suspirando.
- Sólo quiero paz, amor, amistad, comprensión –digo desapasionadamente.
- ¿Qué es lo que quieres? –repite.
- ¿Por qué no venís con nosotros los dos?
- Tenemos otros planes.
- Hamlin ha reservado la jodida mesa a su nombre –grito, ofendido.
- Bueno, pues usadla vosotros, chicos.
- ¿Por qué no venís? –digo.
- Creo que paso de cenar –dice ella–. Pídeles disculpas a los chicos de mi parte.
- Pero nosotros vamos a Kaktus, uh, quiero decir a Zeus Bar digo. Luego, confuso, añadido–: No, a Kaktus.
- ¿De verdad que vais a ir *alta* –pregunta.
- ¿Por qué?
- El sentido común indica que ya no es un sitio «in» para cenar –dice.
- ¡Pues la mesa la ha reservado Hamlin! –grito.
- ¿Ha reservado él mesa *allí*? –pregunta ella, perpleja. –¡Hace siglos! –grito.
- Oye –dice ella–. Me estoy vistiendo.
- Eso no me gusta nada –digo.
- No te preocupes –dice, y cuelga.
- Vuelvo a la otra línea.
- Bateman. Sé que suena a imposible –dice McDermott–. Pero el vacío se está haciendo mayor.
- No me apetece un mexicano –declara Van Patten.
- Espera, espera, no vamos a ir a un mexicano, ¿o sí? –digo–. ¿Estoy equivocado? ¿No íbamos a ir a Zeus Bar?
- No, mamón –suelta McDermott–. No hemos conseguido mesa en Zeus Bar. Vamos a Kaktus. A las nueve.
- Pero no *quiero* ir a un mexicano –dice Van Patten.
- Pues la reserva la has. hecho *tú*, Van Patten –grita McDermott.
- Yo tampoco –digo, de repente–. ¿Por qué un mexicano? –No es mexicano *mexicano* –dice McDermott, enfadado–. Es algo que llaman nouvelle cuisine mexicana, tapas y otras cosas del sur de la frontera. Algo de ese estilo. Esperad. Me llaman por la otra línea.

Desconecta, dejándonos a Van Patten ya mí en la misma línea. –Bateman –dice Van Patten, suspirando–, mi euforia se esfuma rápidamente.

–¿De qué me hablas? –De hecho estoy tratando de recordar dónde he quedado con Jeanette y Evelyn.

–Cambiemos la reserva –sugiere él.

Pienso en ello, luego pregunto desconfiadamente:

–¿Y adónde vamos?

–Al 1969 –dice, tentándose–. ¿Ejem? ¿1969?

–Me gustaría ir –admito.

–¿Qué podríamos hacer? –pregunta.

Pienso en ello.

–Reservar mesa. Enseguida.

–Muy bien. ¿Para tres? ¿Cinco? ¿Cuántos?

–Cinco o seis, supongo.

–Muy bien. Espera.

Justo cuando me deja él, vuelve McDermott.

–¿Dónde está Van Patten? –pregunta.

–Ha ido... a hacer pis –digo.

–¿Por qué no quieres ir a Kaktus?

–Porque siento pánico existencial –miento.

–¿Crees que es un motivo suficiente? –pregunta McDermott–. Pues yo no.

–¿Hola? –dice Van Patten, volviendo a conectar con nosotros–. ¿Bateman?

–¿Qué tal? –pregunto–. McDermott también escucha. –No hay nada que hacer.

–Mierda.

–¿Qué pasa? –pregunta McDermott.

–Bien, chicos, ¿os gustan las margaritas? –pregunta Van Patten–. ¿O no os gustan?

–Yo voto por una margarita –dice McDermott. –¿Bateman? –pregunta Van Patten.

–Preferiría varias botellas de cerveza, preferiblemente *no* mexicana –digo yo.

–Mierda –dice McDermott–. Otra llamada. Esperad. Desconecta con nosotros.

Si no me equivoco ya son las ocho y media.

Una hora después. Todavía seguimos discutiendo. Hemos cancelado la reserva en Kaktus y puede que alguno haya vuelto a hacerla. Confuso, de hecho cancelo una mesa que no habíamos reservado en Zeus Bar. Jeanette ya no está en su apartamento y no tengo ni idea de a qué restaurante habrá ido, y tampoco recuerdo en cuál le he dicho a Evelyn que se reuniera con nosotros. Van Patten, que ya ha tomado un par de largos tragos de Absolut, pregunta por Kimball, el detective, y de qué hablábamos, y lo único que puedo recordar es algo de que la gente cae entre las grietas.

–¿Hablaste tú con él? –pregunto.

–Claro.

–¿Qué te dijo que le había pasado a Owen?

–Que se había desvanecido. Plaff –dice. Le oigo abrir la nevera–. Nada. Las autoridades no saben nada.

- Sí –digo–. Estoy muy trastornado por ello.
- Bueno, Owen era..., no sé –dice él, oigo que abre una cerveza.
- ¿Qué más le dijiste, Van Patten? –pregunto.
- Bueno, lo normal –dice, suspirando–. Que usaba corbatas amarillas y granate. Que almorzaba en el 21. Que en realidad no practicaba el arbitraje, que era lo que Kimball creía que hacía, sino que se dedicaba a las fusiones. Lo normal. –Casi puedo oír cómo se encoge de hombros.
- ¿Qué más?
- Vamos a ver. Que no usaba tirantes. Siempre cinturón. Que había dejado de tomar cocaína, cerveza. Ya sabes, Bateman.
- Era un mamón –digo yo–. Y ahora está en Londres.
- Por Dios –murmura–, la competencia indiscriminada *está* en declive.
- McDermott vuelve a conectar con nosotros.
- Muy bien. ¿Adónde vamos?
- ¿Qué hora es? –pregunta Van Patten.
- Las nueve y media –respondemos los otros dos.
- Espera, ¿qué ha pasado con el 1969? –le pregunto a Van Patten.
- ¿Qué es eso del 1969? –McDermott no entiende.
- No me acuerdo –digo yo.
- Cerrado. Imposible reservar nada –me recuerda Van Patten. –¿No podemos recurrir otra vez a las 1500? –pregunto.
- El 1500 ya está *cerrado* –grita McDermott–. Tienen la cocina *cerrada*. *Tendremos* que ir a Kaktus.
- Silencio.
- ¿Hola? ¿Hola? ¿Estáis ahí, chicos? –grita, interrumpiéndolo. –Saltarán como una pelota en la playa –dice Van Patten.
- Me río.
- Si creéis que es divertido –advierde McDermott.
- ¿El qué? ¿Qué vamos a hacer? –pregunto.
- Chicos, sólo pasa que me muestro aprensivo con respecto a fracasar en lo de reservar una mesa antes, bueno, de las doce de la noche.
- ¿Estás seguro de lo del 1500? –pregunto–. Parece raro de verdad.
- ¡La sugerencia se puede discutir! –grita McDermott–. ¿Por qué, tal vez me pregunte; ¡Porque–ya–han–cerrado! ¡Y –como–han–cerrado *ya–no–reservan–mesas!* ¿Me sigues?
- Oye, no te pases, guapo –dice Van Patten fríamente–. Iremos a Kaktus.
- Teníamos mesa reservada allí para hace ya diez..., no, quince minutos –dice McDermott.
- Pero si he cancelado yo la reserva, creo –digo yo, tomo otro Xanax.
- La he vuelto a reservar yo –dice McDermott.
- Eres inapreciable –le digo, en tono monótono.
- Podré estar allí hacia las diez –dice McDermott. –Contando el tiempo que perderé en un cajero automático, yo podré estar hacia las diez y cuarto –dice Van Patten lentamente, contando los minutos.

–¿Recuerda alguno que Jeanette y Evelyn iban a reunirse con nosotros en Zeus Bar, donde *no* tenemos mesa reservada? ¿Se le ha pasado a alguno por la cabeza? –pregunto, dubitativo.

–Pero Zeus Bar está cerrado y además hemos cancelado la reserva de una mesa que *ni siquiera habíamos hecho* –dice McDermott, tratando de conservar la calma.

–Pero creo que les he dicho a Jeanette y Evelyn que se reunieran con nosotros allí –digo yo, llevándome la mano a la boca, aterrado ante esta posibilidad.

Después de una pausa, McDermott pregunta:

–¿Andas buscando problemas?

–Mi línea de espera –digo–. Oh, Dios mío. ¿Qué hora es? Mi línea de espera.

–Será una de esas chicas –dice Van Patten, alegre.

–Esperad –grito.

–Buena suerte –oigo decir a Van Patten, antes de desconectar con él.

–¿Diga? –pregunto mansamente. Éste es el número de...

–Soy *yo* –grita Evelyn, mientras el ruido de fondo casi ahoga su voz.

–Oh, hola –digo, como quien no quiere la cosa. ¿Qué pasa?

–Patrick, ¿qué estás haciendo en casa?

–¿Dónde *estás*? –pregunto, de buen humor.

–Estoy en Kaktus –dice ella, silbando como una serpiente.

–¿Qué estás haciendo *ahí*? –pregunto, todo bondad.

–Dijiste que nos veríamos aquí, eso hago –dicen. Confirmé vuestra reserva de mesa.

–Oh, Dios mío, lo siento –digo–. He olvidado decírtelo.

–¿Has olvidado decirme *qué*?

–Que no vamos a ir... –me atraganto– ahí. Cierro los ojos.

–¿Quién demonios es Jeanette? –pregunta, subrayando las palabras.

–Bueno, ¿no os estáis divirtiendo? –pregunto, ignorando su pregunta.

–No, no nos divertimos.

–¿Por qué no? –pregunto–. Estaremos ahí... enseguida.

–Porque todo esto parece, no lo sé..., *inapropiado* –grita.

–Escucha, te volveré a llamar. –Hago como que vaya anotar el número.

–No vas a poder hacerla –dice Evelyn, con voz tensa.

–¿Porqué no ? Ya se ha terminado la huelga de teléfonos –bromeo, o algo así.

–Porque Jeannette está detrás de mí y lo quiere usar –dice Evelyn.

Hago una larguísima pausa.

–¿Patrick?

–Evelyn. Déjalo correr. Salgo ahora mismo para ahí. Estaremos ahí enseguida – lo prometo.

–Oh, Dios mío...

Conecto la otra línea.

–Chicos, chicos, alguien ha jodido la cosa. Yo la he jodido. O vosotros. No lo sé –digo, dominado por el pánico.

–¿Qué pasa? –pregunta uno de ellos.

–Jeanette y Evelyn están en Kaktus –digo.

–Pobre chico –suelta Van Patten.

–Ya sabéis, chicos, no queda fuera de mis capacidades meter repetidamente un tubo de plomo en la vagina de una chica –les digo a Van Patten y McDermott; luego añado, después de un silencio que tomo por sorpresa por parte suya, permitiéndoles que tengan una aguda percepción de mi crueldad–, pero compasivamente.

–Todos sabemos lo de *tu* tubo de acero, Bateman –dice McDermott–. Deja de presumir.

–¿Es que trata de decirnos que tiene una polla muy grande? –le pregunta Van Patten a Craig.

–Bueno, no estoy seguro –dice McDermott–. ¿Tratas de decirnos eso, Bateman?

Hago una pausa antes de contestar.

–Bueno..., no, no exactamente. –Suenan mi línea de espera. –Muy bien, me siento oficialmente envidioso –dice McDermott, haciéndose el gracioso.

–La verdad es que no importa. Tengo el cerebro embotado. –También tengo hambre y estoy tomando avena y salvado de una caja de cereales. Vuelve a sonar mi línea de espera.

–Puede que consigamos drogas...

–Llama a Hamlin.

–Dios santo, uno no puede entrar en un cuarto de baño de esta ciudad sin salir con un gramo, de modo que no hay que preocuparse.

–¿Ha oído alguien hablar de lo del asunto celular de Bell South?

–Spuds McKenzie sale en el programa de Patty Winters de mañana.

Una chica

Un miércoles por la noche con otra chica a la que he conocido en M.K. y a la que planeo torturar y filmar. No sé cómo se llama y está sentada en el sofá del cuarto de estar de mi apartamento. Hay una botella de champán, Cristal, medio vacía, en la mesa de cristal. Elijo canciones, pulsando los botones, y los números se encienden en el Wuditzer. Por fin la chica pregunta:

–¿A qué... huele aquí?

Yo le contesto, casi para mí mismo:

–A rata... muerta.

Luego abro las ventanas, la puerta corredera de cristal que da a la terraza, aunque la noche es fría, pues estamos a mediados de otoño, y ella va ligeramente vestida, pero toma otra copa de Cristal yeso parece calentada lo bastante como para que me pregunte qué hago para ganarme la vida. Le digo que fui a Harvard y luego me puse a trabajar en Wall Street, en Pierce & Pierce, después de graduarme en la facultad de Economía de allí, y cuando me pregunta, no sé si confusa o en broma: «¿Y eso qué es?», trago saliva y, dándole la espalda, frente al nuevo Onica, tengo la suficiente energía para decidir:

–Una... zapatería.

Preparo una línea de cocaína que he encontrado en el armario de las medicinas al volver a casa, y el Cristal suprime el nerviosismo, pero sólo en parte. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre un aparato que permite a los vivos hablar con los muertos. La chica lleva chaqueta y falda de baratheo de lana, una blusa georgette de seda, pendientes de ágata y marfil de Stephen Dweck, un chaleco de jacquart, todo de..., ¿dónde? Charivari, supongo.

En el dormitorio está desnuda y lubricada y me chupa la polla mientras yo estoy de pie delante de ella, y luego le doy un golpe en la cara con la polla, agarrándole el pelo con la mano y llamándola «jodida puta de mierda», y esto la excita todavía más, y mientras me chupa con poca convicción la polla se pone a manosearse el clítoris, y cuando me pregunta:

–¿Te gusta? –mientras me chupa los huevos, yo le contesto: –Sigue, sigue –y respiro profundamente.

Tiene los pechos erguidos y grandes y firmes, los dos pezones muy tiesos, y mientras se atraganta con mi polla mientras la follo violentamente por la boca, estiro la mano para apretárselos y luego mientras la follo, después de meterle un consolador en el culo y mantenerlo allí sujeto con una correa, le araño las tetas, hasta que me pide que lo deje. Esta misma noche, antes, he cenado con Jeanette en un nuevo restaurante de cocina del norte de Italia cercano a Central Park, en el Upper East Side, que era muy caro. Yo llevaba un traje hecho por Edward Sexton y pensaba tristemente en la casa de mi familia en Newport. Luego he dejado a Jeanette y me he detenido en M.K. para ver a un recaudador de fondos para la campaña electoral que tiene algo que ver con Dan Quayle, aunque éste ni siquiera me gusta. En M.K. la chica que me estoy follando se ha acercado a mí, que estaba arriba, en el sofá, esperando para jugar al billar.

–Dios santo –está diciendo.

Excitado, le doy una bofetada, luego un puñetazo no demasiado fuerte en la boca, luego se la beso, mordándole los labios. Miedo, terror, confusión, la abruman. La correa se rompe y el consolador se le desliza fuera del culo mientras trata de apartarme. Yo me echo a un lado y hago ver que la voy a dejar escapar, y luego, mientras está recogiendo su ropa y murmura algo sobre él.

–Loco, jodido hijoputa –que soy, salto sobre ella, como un felino, echando literalmente espuma por la boca. Ella grita, se disculpa, solloza histéricamente, suplicándome que no le haga daño, mientras llora y se tapa los pechos, ahora llena de vergüenza. Pero ni siquiera sus sollozos me excitan. Siento poca gratificación cuando le echo pulverizador de auto defensa, menos todavía cuando le golpeo la cabeza contra la pared cuatro o cinco veces, hasta que pierde el conocimiento, dejando una pequeña mancha de sangre, con algo de pelo pegado a ella. Después de que cae al suelo, me dirijo al cuarto de baño y preparo otra línea de la mediocre coca que conseguí en Nell's o en Au Bar la otra noche. Oigo sonar un teléfono y un contestador automático que responde a la llamada. Me inclino sobre el espejo, ignorando el mensaje.

Más tarde, como era predecible, está atada en el suelo, desnuda, boca arriba, con ambos pies y ambas manos atadas a unos postes que están sujetos a unas tablas lastradas con metal. Tiene las manos llenas de clavos y las piernas lo más abiertas posible. Una almohada hace que mantenga levantado el culo, y le he echado en el coño queso brie, parte del cual le ha entrado en la cavidad vaginal. Apenas ha recuperado el conocimiento y, en cuanto me ve, de pie a su lado, desnudo, puedo imaginar que mi virtual carencia de humanidad le llena la mente de un terror absoluto. He colocado el cuerpo delante del nuevo televisor Toshiba y en el vídeo hay una vieja cinta y en la pantalla aparece la última chica a la que filmé. En la grabación llevo un traje de Joseph Abboud, una corbata de Paul Stuart, zapatos de J. Crew, un chaleco de alguien italiano, y estoy arrodillado en el suelo al lado del cadáver, comiéndome los sesos de la chica, deglutiéndolos, echando Grey Poppon sobre trozos de carne rosa, sensual.

–¿Lo ves? –pregunto a la chica que no está en el televisor–. ¿Ves eso? ¿Estás mirando? –susurro.

Trato de usar la taladradora eléctrica con ella, metérsela en la boca, pero está lo suficientemente consciente, tiene fuerza para apretar los dientes, y aunque la broca se los atraviesa rápidamente, la cosa deja de interesarme, conque le levanto la cabeza, le sale sangre de la boca, y la obligo a mirar el resto de la cinta y, mientras mira a la chica de la pantalla que sangra por casi todos los orificios posibles, espero que se dé cuenta de que eso mismo es lo que le va a pasar a ella sin importar por qué. Que ella terminará aquí tumbada, en el suelo de mi apartamento, con las manos clavadas a unos postes, con queso y cristales rotos metidos en el coño, la cabeza destrozada y sangrando, sin importar lo que pudiera haber elegido; que si ella hubiera ido a Nell's o a Indochine o a Mars o Au Bar, en vez de a M.K., si ella no hubiera subido conmigo a un taxi hacia el Upper West Side, todo esto habría pasado de todos modos. *La habría encontrado*. Así es cómo funcionan las cosas en este mundo. Decido no ocuparme de la cámara esta noche.

Estoy tratando de meterle uno de los tubos huecos de plástico del sistema Habitaill que une las dos jaulas —que he desmontado dentro de la vagina, forzando los labios vaginales alrededor de él, y aunque está engrasado con aceite de oliva, no se adapta adecuadamente. Mientras tanto, en la máquina de discos Frankie Valli canta «Lo peor que podría suceder», y hago una mueca de desagrado, mientras empujo el tubo dentro del coño de la muy puta. Por fin tengo que recurrir a echar ácido alrededor del coño para que la carne deje paso al engrasado extremo del tubo, que pronto se desliza dentro con facilidad.

—Espero que te duela —digo.

La rata se lanza contra las paredes de cristal de la jaula cuando la traigo desde la cocina al cuarto de estar. Se ha negado a comer lo que queda de la otra rata que había comprado para jugar con ella la semana pasada, que ahora yace muerta, pudriéndose en un rincón de la jaula. (Durante los últimos cinco días la he tenido sin comer a propósito.) Pongo la jaula de cristal junto a la chica y, puede que debido al olor del queso, la rata parece volverse loca: primero corre haciendo círculos, lloriqueando, luego trata de ponerse a dos patas, debilitada por el hambre. La rata no necesita que la agujeeen y el atizador doblado que pensaba usar sigue sin tocar a mi lado y, con la chica todavía consciente, el animal se mueve sin esfuerzo con nuevas energías, lanzándose por el tubo, que he conectado a la jaula, hasta que la mitad de su cuerpo desaparece, y luego, al cabo de un minuto —su cuerpo se agita al comer —le desaparece todo el cuerpo, excepto el rabo, y tiro violentamente del tubo y lo quito del coño de la chica, impidiendo con él que salga el roedor. Pronto le desaparece hasta el rabo. Los ruidos que hace la chica en su mayor parte son incomprensibles.

Puedo decir que va a ser una muerte característicamente inútil, sin sentido, pero ya estoy acostumbrado al horror. Éste parece destilado, incluso ahora que no me molesta ni inquieta. No lamento nada, y para demostrármelo, al cabo de un minuto o dos de ver a la rata moverse en su bajo vientre, asegurándome de que la chica todavía está consciente, pues agita la cabeza de dolor, tiene los ojos desorbitados de terror y confusión, uso una sierra mecánica y en cuestión de segundos corto a la chica en dos. Los dientes metálicos atraviesan la piel y el músculo y el tendón y el hueso tan deprisa que sigue viva el tiempo suficiente para ver que separo sus piernas del resto del cuerpo —sus *muslos*, lo que queda de su mutilada vagina y los levanto delante de mí, despidiendo sangre, casi como trofeos. Mantiene los ojos abiertos durante un minuto, desesperados y sin lograr enfocar nada, luego los cierra, y por fin, antes de morir, aunque innecesariamente, le clavo un cuchillo en la nariz y le abro la carne hasta la frente, y luego le rebano el hueso de la barbilla. Sólo le queda media boca y me la fallo una vez, luego otra, tres veces en total. Sin ocuparme de si respira o no, le saco los ojos, utilizando los dedos. La rata sale con la cabeza por delante —se las ha arreglado de algún modo para darse la vuelta dentro de la cavidad— y está llena de sangre (también me fijo en que la sierra mecánica le ha cortado la mitad del rabo) y le doy de comer más brie hasta que noto que debo matarla a golpes, cosa que hago. Más tarde el fémur de la chica y lo que queda de mandíbula están en el horno, asándose, y mechones de vello púbico llenan el cenicero Steuben de cristal, y cuando les prendo fuego arden rápidamente.

En otro nuevo restaurante

Durante un limitado período de tiempo soy capaz de estar medianamente alegre y tranquilo, así que acepto la invitación de Evelyn para cenar durante la primera semana de noviembre en Luke, un nuevo restaurante superchic de nouvelle cuisine china donde también sirven, bastante extrañamente, cocina criolla. Tenemos una buena mesa (la he reservado a nombre de Wintergreen, el más sencillo de los triunfos) y me siento seguro, tranquilo, incluso con Evelyn sentada enfrente parlotando de un enorme huevo Faberge que creyó que había visto en el Pierre, rodando por el vestíbulo por su propia cuenta o algo así. La fiesta de Halloween de la oficina fue en el Royalton la semana pasada y yo fui de asesino, con todo y un cartel en la espalda que decía «ASESINO DE MASAS» (que era decididamente menos duro que el cartel de hombre sándwich que había hecho ese mismo día, antes, que decía «EL ASESINO DE LA TALADRADORA»), y debajo de las palabras había escrito con sangre, «Sí, soy yo», y el traje también estaba lleno de sangre, en parte falsa, la mayor parte real. En una mano agarraba un mechón del pelo de Victoria Bell, y sujeto con alfileres junto al ojal llevaba el hueso de un dedo, que había cocido para quitarle la carne. Aunque el disfraz era complicado, Craig McDermott se las arregló para ganar el primer premio del concurso. Iba de Ivan Boesky, lo que encontré poco amable, pues muchas personas creyeron que el año pasado yo había ido de Michael Milken. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre los utensilios caseros para abortar.

Los primeros cinco minutos después de habernos sentado están bien, luego dejan en la mesa la copa que he pedido e instintivamente estiro la mano por ella, pero me encuentro acobardado cada vez que Evelyn abre la boca. Me fijo en que Saul Steinberg cena aquí esta noche, pero no quiero mencionárselo a Evelyn.

—¿Un brindis? —sugiero.

—¿Oh? ¿Por qué? —murmura ella, sin interés, girando el cuello y paseando la vista por el sobrio comedor, poco iluminado, muy blanco.

—¿La libertad? —pregunto yo, con voz cansada.

Pero ella no escucha, porque un inglés que lleva un traje de lana de pata de gallo con tres botones, un chaleco de lana, una camisa oxford de algodón de cuello ancho, zapatos de ante y una corbata de seda, todo de Garrick Anderson, al que Evelyn señaló una vez después de que nos peleáramos en Au Bar y llamó «imponente» y al que yo había llamado «enano», se acerca a nuestra mesa, coqueteando abiertamente con ella, y me jade mucho pensar que Evelyn note que estoy celoso de este tipo, pero por fin me río el último cuando le pregunta si todavía trabaja en «esa galería de arte de la Primera Avenida», y Evelyn, claramente nerviosa, con la cara muy larga, le responde que no, le corrige, y después de unas breves y torpes palabras, él se aleja. Evelyn aspira por la nariz, abre su carta e inmediatamente se pone a hablar de otra cosa, sin mirarme.

—¿De qué son todas esas camisetas que veo sin parar? —pregunta—. Y por toda la ciudad. ¿Las has visto tú? ¿Silkscience Igual a Muerte? ¿Son de gente que tiene problemas con sus acondicionadores de pelo, o algo así? ¿Qué me he perdido? ¿A qué se refieren?

—No, estás completamente equivocada. Es *Ciencia Igual a Muerte* —digo suspirando, y cierro los ojos—. Por Dios, Evelyn, sólo tú puedes confundir *eso* y un producto para el pelo. —No tengo la menor idea de qué coño estoy diciendo, pero asiento con la cabeza, saludando a alguien de la barra,

un viejo, con la cara en sombras, una persona a la que de hecho conozco a medias, pero él levanta su copa de champán hacia mí y me devuelve la sonrisa, lo que es un alivio.

–¿Quién es? –oigo que pregunta Evelyn.

–Un amigo mío –digo.

–Yo no le conozco –dice ella–. ¿De P & P?

–Déjalo –digo, suspirando.

–¿Quién es, Patrick? –pregunta, más interesada por mi resistencia que por su verdadero nombre.

–¿Por qué? –le pregunto, a mi vez.

–¿Quién es? –pregunta ella. –Dímelo.

–Un amigo mío –digo con los dientes apretados. –¿Quién, Patrick? –pregunta, y luego, mirando de reojo, añade–: No estaba en mi fiesta de Navidad.

–No, no estaba –digo, tamborileando con los dedos en la mesa. –¿No es... Michael J. Fax? –pregunta, todavía mirando de reojo–. ¿El actor?

–Difícilmente –digo, luego hartado, añado–: Por el amor de Dios, se llama George Levanter, y no, no protagonizó *El secreto de mi éxito*.

–Oh, qué interesante. –Evelyn ya está otra vez estudiando atentamente la carta–. Oye, ¿de qué estábamos hablando?

Tratando de recordar, pregunto:

–¿De acondicionadores de pelo? ¿O de alguna *clase* concreta de acondicionadores? –digo, suspirando–. No lo sé. Tú hablabas con Ian.

–Ian *no* es enano, Patrick –dice ella.

–Es desacostumbradamente *bajo*, Evelyn –me opongo–. ¿Segura de que no era *él* quien estaba en tu fiesta de Navidad? –Y bajando la voz, añado–: ¿Sirviendo los entremeses?

–No puedes seguir llamando enano a Ian –dice ella, despliega su servilleta encima de las piernas–. No lo soporto –susurra sin mirarme.

Suelto una risita, no puedo evitarlo.

–No es divertido, Patrick –dice.

–La que has cortado en seco la conversación has sido *tú* –señalo.

–¿Esperas que me sienta halagada? –suelta ella implacable.

–Oye, guapa, sólo trato de hacer que ese encuentro parezca lo más legítimo posible, así que no..., bueno, ya sabes, que te den por el culo.

–Deja eso –dice, ignorándome–. Oh, mira, es Robert Farrell. Después de saludarle con la mano, Evelyn discretamente me lo señala a mí y, efectivamente, Bob Farrell, al que todo el mundo conoce, está sentado en la parte norte del comedor en una mesa situada cerca a la ventana, lo que secretamente me enfurece–. Es muy guapo –confiesa Evelyn admirativamente, sólo porque se ha fijado en que contemplo a la tía buena de veinte años con la que está sentado, para asegurarse de que me he dado cuenta de ello, dice, con intensión de molestarme–: Espero que no te pondrás celoso.

–Es guapo, desde luego –admito–. Tiene pinta de idiota, pero lo es.

–Deberías tener un pelo como el suyo –dice serena.

–¿Qué le pasa a mi pelo? –En cuestión de segundos mi rabia se cuadruplica–. ¿Qué coño le pasa a mi pelo? –Me lo toco levemente.

–Nada –dice ella, notando lo irritado que estoy–. Sólo era una sugerencia. –Y luego, notando lo rojo que estoy, añade–: Tienes un pelo de verdad..., de verdad... estupendo. –Trata de sonreír, pero sólo consigue parecer preocupada.

Un trago –medio vaso– de J&B me calma lo suficiente para decir, mirando a Farrell:

–Lo cierto es que me horroriza su tripa.

Evelyn también estudia a Farrell.

–Oh, si no tiene tripa.

–No hay duda, tiene *tripa*, Evelyn –subrayo.

–Oye, estás loco. –Me rechaza con la mano–. Eres un lunático.

–Evelyn, ese tipo *casi* tiene treinta años.

–¿Y qué? No todo el mundo se dedica al levantamiento de pesas como tú –dice, aburrida, volviendo a mirar la carta.

–Yo no me dedico al levantamiento de pesas –digo, suspirando.

–Oh, ve y pártete la cara si quieres, perdonavidas –dice, rechazándome bruscamente con la mano–. La verdad es que no me importa.

–No me tientes –le advierto; luego, volviendo a mirar a Farrell, murmuro–: Valiente baboso.

–Oh, Dios mío, Patrick. No tienes derecho a estar tan resentido –dice Evelyn, enfadada, sin dejar de mirar su carta–. Tu animosidad no tiene el menor fundamento. Tiene que pasarte algo de verdad.

–Mira su traje –señalo, incapaz de remediarlo–. Fíjate en lo que lleva puesto.

–¿Y qué, Patrick? –Pasa la página, encuentra que no tiene nada escrito y vuelve a la página que estudiaba anteriormente.

–¿No se le habrá ocurrido que ese traje inspira *asco*? –pregunto.

–Patrick te estás comportando como un *lunático* –dice ella, sacudiendo la cabeza, y luego mira la lista de vinos.

–Maldita sea, Evelyn. ¿Qué quieres decir con eso de que «te estás comportando»? –digo–. Es que lo soy.

–¿Tienes que ser militante al respecto? –pregunta.

–No lo sé. –Me encojo de hombros.

–Bueno, de todos modos te voy a contar lo que les pasó a Melania y a Taylor y... –Se fija en algo, y en la misma frase añade, suspirando–: Deja de mirarme el pecho, Patrick. Mírame a mí, *no* a mi pecho. Bien, en cualquier caso, Taylor Grassgreen y Melania estaban... Conoces a Melania, ¿no? Fue a Sweet Briar. Su padre es dueño de todos esos bancos de Dallas. Y Taylor fue a Cornell. Total, que habían quedado en el Cornell Club y luego tenían mesa reservada en Mondrian a las siete y él llevaba puesto... –Se interrumpe, repasa lo dicho–. No. En Le Cygne. Iban a ir a Le Cygne y Taylor llevaba... –Vuelve a interrumpirse–. Por Dios, si *era* Mondrian. En Mondrian a las siete y él llevaba un traje Piero Dimitri. Melania había estado de compras. Creo que en Bergdorf's, aunque no estoy segura..., bueno, da igual, oh, sí..., era en Bergdorf's porque el otro día llevaba el pañuelo en la oficina... Bien, en cualquier caso, Melania por algún motivo llevaba dos días sin acudir a sus clases de aeróbic y les asaltaron en uno de...

–¿Camarero? –digo a uno que pasa–. ¿Otra copa? ¿J&B? –Señalo el vaso, molesto por haberle hecho una pregunta en lugar de darle una orden.

–¿No quieres saber lo que pasó? –pregunta Evelyn, disgustada.

–Me muero de ganas –digo, suspirando, completamente desinteresado–. Casi no puedo esperar.

–Bueno, pues pasó algo de lo más divertido –empieza ella. «Me interesa muchísimo lo que me cuentas», estoy pensando.

Noto su falta de carnalidad y por primera vez eso me inquieta. Antes, era eso lo que me hacía atractiva a Evelyn. Ahora su ausencia me molesta, me parece algo siniestro, me llena de un miedo sin nombre. En nuestra última sesión –ayer de hecho– el psiquiatra al que he estado acudiendo durante los dos últimos meses preguntó:

–¿Qué método anticonceptivo utilizan usted y Evelyn?

Y yo suspiré antes de responder, con la vista fija en un rascacielos de más allá de la ventana, luego en el cuadro de encima de la mesita Turchin, de cristal, una reproducción visual gigantesca de un ecualizador gráfico de un artista distinto de Onica:

–Su trabajo.

Cuando preguntó cuál era nuestro acto sexual preferido, le dije, completamente en serio:

–La ejecución de una hipoteca.

Oscuramente consciente de que, si no fuera por la gente que hay en el restaurante, cogería los palillos de jade que hay encima de la mesa y se los clavaría a Evelyn en los ojos y los partiría en dos, asiento, simulando escuchar, pero ya me voy calmando y no hago lo de los palillos. En vez de eso, pido una botella de Chasiagne Montrichet.

–¿No es divertido? –pregunta Evelyn.

Me río, sin darle importancia, al mismo tiempo que ella, y los sonidos que me salen de la boca están cargados de desdén. Admito:

–Descacharrante.

Digo esto de repente, sin expresión. Clavo la vista en las mujeres de la barra. ¿Me apetecería follar con alguna? Probablemente. ¿Con la tía buena de piernas tan largas que toma un kir en el último taburete? Puede. Evelyn sufre terriblemente dudando entre si elegir el maché raisin y *la ensaladade* Luisiana, o el gratinado de remolacha, avellana, guisantes y la ensalada de endibias, y de repente noto como si me hubieran llenado de clonopin, que es muy anticoncluyente, pero no me sienta nada bien.

–Dios santo, ¿veinte dólares por un jodido huevo relleno? –murmuro, estudiando el menú.

–Es un mu shu de chirimoya, ligeramente grillé –dice ella. –Es un jodido huevo relleno –protesto yo.

A lo que replica Evelyn:

–Eres una *persona tan* cultivada, Patrick.

–No. –Me encojo de hombros–. Sólo razonable.

–Tengo unas ganas desesperadas de Beluga –dice . ¿Y tú, querido?

–No –digo.

–¿Por qué no? –pregunta ella remilgadamente.

–Porque no quiero nada que venga en lata o que sea iraní –digo, suspirando.

Ella aspira altivamente por la nariz y vuelve a mirar la carta. –El mu fu jambalaya es de primera categoría de verdad –le oigo decir.

Los minutos pasan lentos. Pedimos. Llega la comida. Como de costumbre, el plato es enorme, de porcelana blanca; dos trozos de shashimi renegrido de trucha con jengibre en el medio, rodeados de pequeños puntos de wasabi, rodeado por una cantidad mínima de hijiki, Y en la parte de arriba del plato hay un solitario langostino enano; otro, todavía más pequeño, está acurrucado en la de abajo, lo que me confunde, pues yo creía que básicamente era un restaurante chino. Miro fijamente el plato

durante largo rato y cuando pido agua, nuestro camarero reaparece con un pimentero e insiste dando vueltas en torno a nuestra mesa, preguntándonos constantemente a intervalos de cinco minutos si no queremos «¿algo de pimienta, quizás?» o «¿más pimienta?», y una vez que el imbécil se marcha a otra mesa, cuyos dos ocupantes, lo veo por el rabillo del ojo, tapan sus platos con la mano, hago señas con la mano al maître y le digo:

–¿Podría decirle a ese camarero del pimentero que deje de acosar nuestra mesa? No queremos pimienta. No hemos pedido nada que *necesite* pimienta. No queremos *pimienta*. Dígale que se pierda. –Claro, claro. Mis disculpas. –El maître hace humildes reverencias.

Molesta, Evelyn pregunta:

–¿Tienes que ser tan extremadamente *educado*?

Dejo el tenedor y cierro los ojos.

–¿Por qué socavas constantemente mi estabilidad?

Ella respira a fondo.

–Vamos a charlar. No a hacernos mutuamente un interrogatorio. ¿De acuerdo?

–¿De qué? –gruñe yo.

–Oye –dice–. La fiesta de los jóvenes republicanos es en el *Trump Plaza*, el jueves que viene. –Quiero decirle que no puedo asistir, pidiendo a Dios que ella tenga otros planes, aunque hace quince días, borracho y pasado de coca en *Mortimer's* o en *Au Bar*, la *invité*, por el amor de Dios–. ¿Vamos a ir?

Después de una pausa, digo sombríamente:

–Eso creo.

De postre he preparado algo especial. Esta mañana durante el desayuno de trabajo en el Club 21 con Craig McDermott, Alex Baxter y Charles Kennedy, he robado una pastilla de desinfectante de uno de los urinarios cuando el encargado no estaba mirando. Ya estaba reblandecida, y en casa la he cubierto con un sirope de chocolate barato, luego la he colocado en una caja vacía de Godiva, a la que he puesto una cinta de seda alrededor, y ahora, en Luke, me disculpo para ir al servicio, me dirijo a la cocina, después de haberme detenido en el guardarropa para recoger el paquete, y le pido a nuestro camarero que la lleve a nuestra mesa, «dentro de la caja» y le diga a la dama sentada allí que mister Bateman había llamado antes de ir para encargarse de esa especialidad para ella. Incluso le digo, mientras abro la caja, que ponga una flor, la que sea, mientras le doy cincuenta dólares. El camarero la trae después de que ha transcurrido una cantidad adecuada de tiempo, después de que nos han retirado los platos, y quedo impresionado de lo que ha hecho con ella; incluso ha colocado la caja en una fuente de plata con tapadera y Evelyn suelta grititos encantada cuando la levanta, diciendo:

–Voilà. –Y coge la cucharilla que está junto a su copa de agua (que me aseguro de que esté vacía) y volviéndose hacia mí, añade–: Patrick, eres tan dulce. –Mientras yo hago un gesto con la cabeza al camarero, sonriendo, y le despido con la mano cuando trata de poner una cucharilla en la parte de la mesa que ocupo yo.

–¿No quieres un poco? –pregunta Evelyn, inquieta. Se inclina con ansia sobre la pastilla desinfectante del urinario bañada de chocolate, dispuesta a atacarla–. *Adoro* el chocolate Godiva.

–No tengo hambre –digo yo–. La cena me ha dejado... muy lleno.

Se inclina, oliendo el óvalo marrón y, percibiendo un olor a algo (probablemente a desinfectante), me pregunta, ahora consternada–: ¿Estás... seguro?

–No, querida –digo–. Quiero que te lo tomes tú. No es grande. Evelyn toma el primer bocado, masticando dubitativamente, y se lo traga con evidente asco. Se encoge de hombros, luego hace una mueca, pero trata de sonreír cuando toma otro poco.

–¿Qué tal está? –pregunto, y la animo–. Cómetelo. No está envenenado ni nada.

Tiene la cara retorcida por el desagrado, pero se las arregla para contener las náuseas.

–¿Qué pasa? –pregunto, sonriendo forzosamente.

–Sabe tanto... –su cara ahora es una larga máscara agonizante y, encogiéndose de hombros, dice tosiendo–: a menta. –Pero trata de sonreír elogiando el sabor, lo que le resulta imposible. Estira la mano para coger mi copa de agua y la vacía de un trago, para quitarse el sabor de la boca. Luego, notando lo preocupado que parezco, trata de sonreír, esta vez disculpándose–. Lo que pasa... –se vuelve a encoger de hombros – es que sabe tanto... a menta.

Ahora me parece una gran hormiga negra –una gran hormiga negra con un modelo exclusivo de Christian Lacroix– que se come una pastilla desinfectante de urinario y casi me echo a reír, pero también quiero que siga cómoda. No quiero que dude y no termine la pastilla de urinario. Pero no puede comer más, y después de haber tomado dos bocados hace como que ya está llena y aparta el plato. En ese momento empiezo a sentirme raro. Aunque me asombra que haya comido esa cosa, también me entristece y, derrepente, me doy cuenta de que por mucho placer que me cause ver a Evelyn comiéndose algo que yo y otros muchos hemos meado, al fin –el desagrado que le ha provocado es por culpa mía –se trata de una decepción, una excusa inútil para aguantarla durante tres horas–. La mandíbula empieza a ponérseme rígida, se me relaja, se me pone rígida, se me relaja, de modo involuntario. Suena música en alguna parte, pero no consigo oírla. Evelyn le pregunta roncamente al camarero si podría traerle unos tranquilizantes de la farmacia de la esquina.

Luego, así de fácil, la cena llega a su momento crítico cuando Evelyn dice:

–Quiero un compromiso firmado.

La noche ya se ha deteriorado considerablemente, de modo que este comentario no estropea nada ni me coge desprevenido, pero lo irracional de nuestra situación me deja sin respiración y vuelvo a empujar mi copa de agua hacia Evelyn y le pido al camarero que se lleve la pastilla de desinfectante de urinario a medio comer. Mi resistencia de esta noche se agota en el momento en que retiran el postre. Por primera vez me fijo en que Evelyn ha estado mirándome durante los dos últimos años no con adoración, sino con algo que se parece más a la codicia. Por fin alguien le trae una copa de agua y una botella de Evian que no le he oído pedir.

–Evelyn, yo creo que... –empiezo, me atasco, vuelvo a empezar–, que hemos perdido el contacto.

–¿Por qué? ¿Qué es lo que va mal? –Está saludando a una pareja con la mano (creo que son Lawrence Montgomery y Geena Webster), y desde el otro lado del comedor Geena (?) alza la mano, en la que lleva un brazalete. Evelyn saluda con la cabeza aprobadoramente.

–Mi..., mi *necesidad* de seguir... un comportamiento homicida a escala masiva no se puede, bueno, corregir –le digo, midiendo cuidadosamente cada palabra–. Pero... no tengo otro modo de expresar mis... necesidades bloqueadas.

Estoy sorprendido de lo emotivo que me pone admitir esto, y la cosa se prolonga; me noto mareado. Como de costumbre, Evelyn no capta lo esencial de lo que le digo, y me pregunto cuánto me llevará conseguir librarme por fin de ella.

–Tenemos que hablar –digo tranquilamente.

Deja su copa de agua y me mira fijamente.

–Patrick –dice–. Si vas a empezar otra vez con lo de que debería hacerme unos injertos en el pecho, me *marcho* –advierte. Considero eso, luego digo:

–Se acabó, Evelyn. Se acabó todo.

–Touché, touché –dice ella, haciendo gesto al camarero para que le traiga más agua.

–Hablo en serio –digo tranquilamente–. La cosa se ha jodido. Hemos terminado. Y no es broma.

Ella vuelve a mirarme y creo que puede que *alguien* entienda lo que de hecho estoy tratando de comunicarle, pero entonces Evelyn dice:

–Vamos a dejar de lado ese asunto, ¿vale? Lamento si he dicho algo inapropiado. Oye, ¿vamos a tomar café? –Vuelve a hacer señas con la mano al camarero–. Yo tomaré un expés descafeinado –dice–. ¿Patrick?

–Aporto –digo, suspirando–. Cualquier clase de aporto. –¿Le gustaría ver...? –empieza el camarero.

–No, el aporto más caro que tengan –le interrumpo–. Y, sí, claro, una cerveza seca.

–Dios mío –murmura Evelyn, después de que se haya ido el camarero.

–¿Todavía ves a tu loquero? –pregunto.

–Patrick –me advierte–. ¿A quién?

–Lo siento –digo, suspirando–. A tu *médico*.

–No; –Abre su bolso, buscando algo.

–¿Por qué no? –pregunto, interesado.

–Ya te conté por qué –dice ella, para terminar con el asunto.

–Pues no me acuerdo –digo yo, imitando sus gestos.

–Al terminar una sesión me preguntó si podía conseguir que entraran él y otros tres en Nell's aquella noche. –Se comprueba la boca, los labios, en el espejo de su polvera–. ¿Por qué lo preguntas?

–Porque creo que necesitas ver a uno –empiezo, dudando, sinceramente–. Creo que emocionalmente eres inestable.

–¿Tú tienes un póster de Oliver North en tu apartamento, y me llamas inestable a *mí*? –pregunta, buscando algo más en el bolso.

–No. Tú lo eres, Evelyn –digo.

–Exageras. Estás exagerando –dice ella, rebuscando en su bolso, Sin mirarme.

Suspiro, pero empiezo seriamente:

–Yo no te vaya presionar, pero...

–Qué poco propio de ti, Patrick –dice ella.

–Evelyn, esto tiene que terminar –digo, suspirando, hablando a mi servilleta–. Tengo veintisiete años. No quiero cargar con un compromiso.

–¿Cariño? –pregunta.

–No me llames eso –suelto yo.

–¿Qué? ¿Cariño? –pregunta.

–Sí –suelto, cortante.

–¿Cómo quieres que te llame? –pregunta, indignada. –Dios santo.

–No, de verdad, Patrick. ¿Cómo quieres que te llame?

Rey, estoy pensando. Rey, Evelyn. Quiero que me llames rey.

Pero no digo eso.

–Evelyn, no quiero que me llames nada. No creo que debamos vernos nunca más.

–Pero tus amigos son mis amigos. Mis amigos son tus amigos. No creo que funcionara –dice ella, y luego, mirando un punto de encima de mi boca, añade–: Tienes una mancha encima del labio. Usa la servilleta.

Exasperado, me limpio la mancha.

–Oye, ya sé que tus amigos son mis amigos y viceversa. He pensado en eso. –Después de una pausa, digo, respirando a fondo–. Puedes quedártelos.

Por fin me mira, confusa, y murmura:

–Hablas en serio, ¿verdad?

–Sí –digo–. Hablo en serio.

–Pero... ¿qué va a ser de nosotros? ¿Y de nuestro pasado juntos? –pregunta, con la mirada vacía.

–El pasado no es real. Sólo es un sueño –digo yo–. No menciones el pasado.

Ella entorna los ojos con desconfianza.

–¿Tienes algo contra mí, Patrick? –y luego, la rigidez de su expresión se transforma instantáneamente en expectación, quizás en esperanza.

–Evelyn –digo, suspirando–. Lo siento. Lo que pasa es que... no eres particularmente importante... para mí.

Sin perder la calma, pregunta:

–Bueno, ¿y *quién* lo es? ¿Quién crees que lo *es*, Patrick? –Después de una pausa, pregunta–: ¿Cher? .

–¿Cher? –pregunto a mi vez, confuso–. ¿Cher? ¿De qué estás hablando? Olvídalo. Quiero que se termine. Necesito sexo de modo regular. Necesito que me distraigan.

En cuestión de segundos se pone frenética ya duras penas consigue contener la creciente histeria que la domina. No estoy disfrutando tanto como creía que disfrutaría.

–Pero ¿qué va a ser del pasado? ¿De nuestro *pasado*? –vuelve a preguntar inútilmente.

–No *menciones* eso –le digo, inclinándome.

–¿Por qué *no*?

–Porque nunca lo hemos compartido de verdad –digo, evitando alzar la voz.

Ella se calma e, ignorándome mientras vuelve a abrir su bolso, murmura:

–Patológica. Tu conducta es patológica.

–¿Qué quieres decir con *eso*? –pregunto, ofendido.

–Abominable. Eres patológico. –Encuentra una pildorera Laura Ashley y la abre.

–¿Patológico, por qué? –pregunto, tratando de sonreír.

–Olvídale. –Saca una píldora que no reconozco y usa mi agua para tragársela.

–¿Soy patológico? ¿Estás diciéndome que *soy* patológico? –pregunto.

–Vemos el mundo de modo diferente, Patrick. –Olfatea.

–Gracias a Dios –digo, con mala intención.

–Eres inhumano –dice ella, tratando, creo, de no llorar. –Estoy... –me atasco, intentando defenderme– en contacto con... la inhumanidad.

–No, no, no. –Niega con la cabeza.

–Sé que a veces mi comportamiento es... errático –digo torpemente. .

De repente, en un intento desesperado, me coge la mano por encima de la mesa, acercándosela.

–¿Qué quieres que haga? ¿Qué es lo que quieres?

–Oh, Evelyn –gruñe, apartando la mano, sorprendido de haber podido soltarla.

Está llorando.

–¿Qué quieres que haga, Patrick? Dímelo, por favor –suplica. –Deberías..., oh, Dios mío, no lo sé. ¿Llevar ropa interior erótica? –digo, dudando–. Por Dios, Evelyn, no lo sé. Nada. No puedes hacer nada.

–Por favor, ¿qué puedo hacer? –solloza en silencio. –¿Sonreír con más frecuencia? ¿Saber más de coches? ¿Decir mi nombre con menos frecuencia? ¿Es lo que quieres oír? –pregunto–. Eso no cambiaría nada. Ni siquiera tomas cerveza –murmuro.

–Pero tú tampoco tomas cerveza.

–Eso no importa. Además, acabo de pedir una.

–Oh, Patrick.

–Si de verdad quieres hacer algo por mí, deja de montar el número ahora –digo, paseando la vista, incómodo, por el comedor.

–¿Camarero? –dice ella, en cuanto éste deja el expés descafeinado, el aporro y la cerveza secad. Tomaré..., tomaré..., ¿qué? –Me mira con los ojos llenos de lágrimas, confusa y llena de miedos. ¿Una Corona? ¿Es la que tú tomas, Patrick? ¿Una Corona?

–Oh, Dios mío. Déjalo. Por favor, discúlpela –le digo al camarero. Luego, en cuanto se ha alejado, añado–: Sí, una Corona. Pero estamos en un puñetero bistró chino-cajun, así que...

–Por Dios, Patrick –solloza, sonándose en el pañuelo que le he dado–. Eres tan malo. Eres... inhumano.

–No, soy... –vuelvo a atascarme.

–Tú... no eres... –Se interrumpe, secándose la cara, incapaz de terminar.

–¿No soy qué? –pregunto, esperando, interesado.

–No eres... –solloza, con la vista baja, los hombros hundidos– de aquí. No... –Se contiene– tienes sentido.

–Lo tengo –digo, indignado, defendiéndome–. Tengo sentido.

–Eres un espíritu necrófago –dice, sollozando.

–No, no –digo, confuso, mirándola–. El espíritu necrófago eres tú.

–Dios santo –gime ella, haciendo que los de la mesa de al lado nos miren–. No me lo puedo creer.

–Me marcho –digo, con voz tranquila–. He considerado atentamente la situación y me voy.

–No te vayas –dice, tratando de cogerme del brazo–. No te vayas.

–Me marcho, Evelyn.

–¿Adónde vas? –De repente, parece notablemente calmada.

Ha tenido cuidado de que las lágrimas, que de hecho noto que son muy pocas, no le afecten el maquillaje–. Dime, Patrick, ¿adónde vas?

Yo he dejado el puro encima de la mesa. Ella está demasiado disgustada para hacer ni siquiera un comentario.

–Me marcho –digo, simplemente.

–Pero ¿adónde? –pregunta, mientras los ojos vuelven a llenársele de lágrimas–. ¿Adónde vas?

Todos los del restaurante dentro de un determinado radio de escucha parecen mirar hacia otro lado.

–¿Adónde vas? –vuelve a preguntar.

No contesto nada, perdido en mi laberinto privado, y pienso en otras cosas: mandamientos de pagos, ofertas de valores, ESOPs, LBOs, IPOs, financiaciones, refinanciaciones, obligaciones, apropiaciones, poderes, 8-Ks, 10-Qs, bonos basura. PiKs, GNPs, el IMF, multimillonarios, Kenkichi Nakajima, infinidad, infinidad, hasta dónde podría llegar el lujo, finanzas, si cancelar mi suscripción a *The Economist*, el día de Nochebuena de cuando yo tenía catorce años y había violado a una de nuestras criadas, inclusividad, envidiar la vida de alguien, si es posible sobrevivir a una fractura de cráneo, esperas en aeropuertos, contener un grito, tarjetas de crédito y pasaportes y un sobre de cerillas de La Cúte Basque salpicadas de sangre, superficie, superficie, superficie, un Rolls es un Rolls es un Rolls. Para Evelyn nuestra relación es amarilla y azul, pero para mí es un sitio gris, a oscuras en su mayor parte, bombardeado, las secuencias de la película del interior de mi cabeza son constantes fotogramas de piedras y todos los idiomas que se oyen resultan totalmente desconocidos, el sonido se va y viene sobre nuevas imágenes: sangre que sale de cajeros automáticos, mujeres que dan a luz por el culo, fetos congelados o perturbados (¿qué es eso?), cabezas nucleares, miles de millones de dólares, la destrucción total del mundo, una persona apaleada, otra persona que muere, a veces sin sangrar, con mayor frecuencia por disparos de fusil, asesinatos, estados de coma, la vida vivida como un serial, un lienzo en blanco que se convierte por sí solo en un serial. Esto es una celda de castigo que sólo sirve para revelar mi propia capacidad para sentir severamente deteriorada. Yo estoy en el centro, fuera de tiempo y lugar, y sin nadie que me identifique. De repente imagino el esqueleto de Evelyn, retorcido y acurrucado, yeso me llena de alegría. Me lleva mucho tiempo responder a su pregunta –¿adónde vas?–, pero después de un sorbo de aporo y de la cerveza seca, despertando, le digo, al tiempo que me pregunto: «¿Si fuera un autómata de verdad qué diferencia habría?»

–A Libia. –Y luego, tras una significativa pausa, añado–: A Pago Pago. Digo que a Pago Pago. –Y luego, añado además–: Por culpa de tu enfado no pago la cena.

Intento de cocinar y comer a una chica

Amanecer. Un día de noviembre. Incapaz de dormir, doy vueltas en la cama, todavía con el traje puesto, notando la cabeza como si tuviera una hoguera encendida encima de ella, con un dolor que me obliga a mantener los dos ojos abiertos, y sin la menor esperanza. No hay medicinas, ni drogas, ni alimentos, ni bebidas que puedan aplacar la intensidad de este penetrante dolor: tengo tensos todos los músculos, todos los nervios en carne viva, en llamas. Llevo tomando Sominex más o menos desde la hora en que me fui de Dalmane, pero no me hace efecto y la caja de Sominex pronto está vacía. Hay cosas en un rincón del dormitorio: un par de zapatos de mujer de Edward Susan Bennis Allen, una mano sin el pulgar y el índice, el último número de *Vanity Fair* salpicado de sangre, un fajín de esmoquin empapado en sangre coagulada, y desde la cocina llega al dormitorio el olor a sangre cociéndose y cuando me levanto de la cama y voy tambaleándome hasta el cuarto de estar, las paredes laten, el hedor a descomposición se impone a todo. Enciendo un puro, esperando que por lo menos el humo disimulará este horrible hedor.

Sus pechos están hechos papilla y parecen azules y desinflados, y los pezones son una mancha parda desconcertante. Rodeados de negra sangre seca, están puestos, y de modo más bien delicado, en una fuente de porcelana que compré en la Pottery Barn, encima de la máquina de discos Wurlitzer en el rincón, aunque no recuerdo haberlos puesto ahí. También le quité toda la piel y la mayoría de los músculos de la cara, de modo que ésta parece una calavera con una larga y ondulada melena rubia que le cae de una cabeza que está conectada a un cadáver entero y frío; tiene los ojos

abiertos, pero los glóbulos oculares le cuelgan fuera de las órbitas, sujetos por unos pedúnculos. La mayor parte de su pecho resulta indistinguible del cuello, que parece carne picada, mientras que el estómago parece una lasaña de berenjena y queso de cabra de Il Marlibro, o una especie de comida para perros, siendo los colores dominantes el rojo y el blanco y el marrón. Algunos de sus intestinos están aplastados contra una pared y otros forman bolas que están esparcidas por la mesita baja de cristal como serpientes azuladas, gusanos mutantes. Los parches de piel que le quedan en el cuerpo son de color gris azulado del color del papel de estaño. Su vagina ha despedido una especie de sirope pardusco que huele a animal enfermo, como si hubiera digerido la rata a la que he obligado a entrar en ella.

Paso el cuarto de hora siguiente tirando de un intestino azulado, en su mayor parte unido todavía al cuerpo, y metiéndomelo en la boca, atragantándome, y notándolo como húmedo y lleno de una especie de pasta que huele mal. Después de una hora de escarbar, le arranco la médula espinal y decido mandársela por Federal Express, sin limpiar, envuelta en una tela, con un remite falso, a Leona Helmsley. Quiero beber la sangre de esta chica como si fuera champán y hundo la cabeza en lo que le queda de estómago, pasando la lengua por las costillas rotas. El enorme televisor nuevo está encendido en una de las habitaciones. Primero emite el programa de Patty Winters, que hoy trata de los diarios íntimos; luego un concurso, *Rueda de la Fortuna*, y los aplausos del público del estudio suenan a estática cada vez que eligen una carta nueva. Me aflojo la corbata que todavía llevo puesta con una mano empapada en sangre, mientras respiro profundamente. Ésta es mi realidad. Todo lo del exterior es como una película que ya he visto.

En la cocina trato de hacer filetes con la carne de la chica, pero la tarea se vuelve frustrante y me paso la tarde untando las paredes con ella, masticando los trozos de piel que le arranqué del cuerpo, y luego me siento a descansar viendo una cinta del nuevo programa de la CBS, *Murphy Brown*. Después de eso y de un gran vaso de J&B, vuelvo a la cocina. La cabeza que he metido en el micra ondas está ya completamente negra y sin pelo, y la pongo en una cazuela de estaño al fuego, en un intento de quitarle, hirviendo, la carne que me haya olvidado de arrancar. Meto el resto del cuerpo en una bolsa de basura –mis músculos, activados por Ben–Gay, manejan con facilidad el peso muerto– y decido utilizar lo que queda de ella para hacer algún tipo de embutido.

En el estéreo suena un CD de Richard Marx, hay una bolsa de Zabar's llena de bagels de cebolla y especias en la mesa de la cocina mientras pico hueso y grasa y carne para freírlos, y aunque a veces, y de modo esporádico, me doy cuenta de lo inaceptable de algunas de las cosas que hago, enseguida me recuerdo a mí mismo que esta cosa, esta chica, esta carne, no es nada, es mierda, y junto a un Xanax (que ahora tomo cada media hora) esta idea me calma momentáneamente y pronto tarareo la canción de un programa que veía de niño con frecuencia –¿*Los Jetson*? ¿*Los Banana Split*? ¿*Scooby Doo*? ¿*Sigmundo y los monstruos marinos*?–. Recuerdo la canción, la melodía, incluso la clave en la que la interpretaban, pero no el programa. ¿Era *Lidsville*? ¿Era *H.R. Pufnstuf*? Estas preguntas vienen puntuadas por otras preguntas tan distintas como «¿Tendré suficiente tiempo?» y «¿Tendría esta chica un corazón generoso?». El olor a sangre y carne llena el apartamento hasta que dejo de notarlo. y más tarde, mi macabra alegría se amarga y lloro por mí, incapaz de encontrar solaz en nada de esto, y sollozo y digo:

–Sólo quiero que me quieran –maldiciendo al mundo y todo lo que me han enseñado: principios, distinciones, elecciones, moral, compromisos, conocimientos, unidad, oración. Todo estaba equivocado, carecía de objetivo final. Todo ello se reduce a: muere o adáptate. Me imagino mi propia cara sin expresión, la voz incorpórea que sale de su boca: *Estos tiempos son terribles*. Ya hay gusanos retorciéndose en el embutido humano, la baba que me cae de la boca se mezcla con ellos y, todavía no soy capaz de decir si estoy preparando esto del modo adecuado, porque lloro con mucha fuerza y nunca antes había cocinado de verdad nada de nada.

Llevo una Uzi al gimnasio

Una noche sin luna, en el vestuario completamente vacío de Xclusive, después de hacer dos horas de ejercicio, me encuentro bien. La pistola que tengo en mi taquilla es una Uzi que cuesta setecientos dólares, y aunque también llevo una Rugen Mini (469\$) en mi *attaché* de Bottega Veneta, un arma que suelen preferir muchos tiradores, sigue sin gustarme su aspecto; hay algo más viril en una Uzi, algo dramático que me excita, y sentado allí, con el walkman en la cabeza, unos pantalones de ciclista negros de lycra de doscientos dólares puestos, un Valium que empieza a hacerme efecto, miro fijamente la oscuridad del vestuario, tentado. La violación y subsiguiente asesinato de una estudiante de la Universidad de Nueva York, ayer por la noche, detrás de Gristede's, en University Place, cerca de su residencia, por muy inapropiado que fuera el momento, por poco característica que fuera la acción, resultó altamente satisfactorio, y aunque no estoy preparado para este cambio de sentimientos, me encuentro en un estado de ánimo reflexivo y dejo la pistola, que para mí es un símbolo de orden, la vuelvo a guardar en la taquilla, para utilizada en otro momento. Tengo que devolver unas cintas de vídeo, sacar dinero de un cajero automático, reservar mesa para cenar en 150 Wooster, lo cual era difícil de conseguir.

Persecución, Manhattan

Martes por la noche, en Bouley, en No Man's Land, una cena larguísima bastante irrelevante, incluso después de decides a los de la mesa:

–Oídmeme, chicos, mi vida es un infierno viviente.

Pero todos me ignoran, y el grupo reunido (Richard Perry, Edward Lampert, John Constable, Craig McDermot, Jim Kramer, Lucas Tanner) continúa hablando de inversiones, de qué valores parecen mejor colocados para la década que viene, de tías buenas, de bienes raíces, de oro, de por qué las acciones a largo plazo resultan demasiado arriesgadas en estos momentos, de los cuellos anchos, de portafolios, de cómo usar efectivamente la autoridad, de nuevos modos de hacer ejercicio, de Stolichnaya Cristall, de cómo impresionar más a las personas muy importantes, de la eterna vigilancia, de cómo se vive mejor, y aquí en Bouley no consigo controlarme, aquí en una sala que contiene un montón de víctimas potenciales, pues últimamente no puedo evitar encontradas en todas partes –reuniones de negocios, clubs nocturnos, restaurantes, taxis que pasan y ascensores, en la cola de los cajeros automáticos y en los vídeos pomos, en CNN, en todas partes, y todas ellas tienen algo en común: son *guapas*, y durante la cena casi estoy a punto de despegar, me sumo en un estado casi de vértigo que me obliga a disculparme antes del postre, momento. en el que voy al servicio, me meto una línea de cocaína, cojo del guardarropa mi abrigo de lana Giorgio Armani y la Magnum 357 que llevo escondida en él, me pongo una cartuchera y luego salgo, pero en el programa de Patty Winters de esta mañana le han hecho una entrevista a un hombre que había prendido fuego a su hija mientras estaba dando a luz, y en la cena todos hemos hablado...

...en Tribeca hay niebla, el cielo anuncia lluvia, los restaurantes están vacíos, pasada la medianoche las calles resultan lejanas, irreales, la única señal de vida humana es un tipo que toca el saxo en la esquina con Duane Street, a la puerta de lo que antes era DuPlex y ahora es un bistró abandonado que cerró el mes pasado; un tipo joven, con barba, boina blanca, que toca un solo de

saxofón muy hermoso pero convencional, con un paraguas abierto a los pies, con un billete de dólar húmedo algunas monedas dentro. Incapaz de resistirlo me acerco a él, escuchando lo que toca, algo de *Les Misérables*, se da cuenta de mi presencia, saluda con la cabeza y, mientras cierra los ojos —alzando el instrumento, echando la cabeza hacia atrás en lo que supongo que cree que es un momento apasionado—, con un movimiento ágil saco la Magnum 357 de la pistolera y, esperando no llamar la atención de nadie cercano, ajusto un silenciador a la pistola, mientras el frío viento otoñal sopla en la calle, envolviéndolas, y cuando la víctima abre los ojos y ve la pistola y deja de tocar, manteniendo la boquilla del saxo metida en la boca, yo también me detengo; le hago una señal con la cabeza de que continúe y, aunque dudando, él sigue, y entonces yo llevo la pistola hasta su cara y en mitad de una nota aprieto el gatillo, pero el silenciador no funciona y en el mismo instante en que aparece en la pared detrás de su cabeza un enorme círculo púrpura, el sonido atronador del disparo me ensordece, mientras él, estupefacto, con los ojos todavía vivos, cae de rodillas, luego encima de su saxo, y yo saco el cartucho vacío y lo remplazo por otro nuevo, pero entonces pasa algo malo...

... porque mientras hago esto no me doy cuenta de que por detrás se me acerca un coche de la policía —¿qué hace? sólo Dios lo sabe, ¿está repartiendo tickets de aparcamiento?— y después de que el ruido de la pistola levante ecos, se desvanezca, la sirena del coche desgarrar la noche, llegando de un lugar desconocido, y hace que el corazón me palpite con fuerza, mientras empiezo a alejarme del cuerpo, que tiembla, despacio, como quien no quiere la cosa al principio, como si fuera inocente, pero luego echo a correr a toda velocidad con el coche de la policía chirriando detrás de mí, y por un altavoz uno de los policías grita inútilmente:

—Alto deténgase tire el arma.

Ignorándolo, doblo a la izquierda por Broadway y me dirijo hacia el City Hall Park, tomo un callejón, con el coche de la policía persiguiéndome, pero se detiene cuando el callejón se estrecha, con una luz azul parpadeando en el techo, y salgo corriendo por el otro extremo del callejón lo más deprisa que puedo, luego a Church Street, donde hago señas a un taxi, salto en el asiento delantero y le grito al taxista, un joven iraní cogido por sorpresa:

—Aléjate a toda velocidad de aquí..., no mires atrás.

Y le amenazo con la pistola, apuntándole a la cara, pero a él le domina el pánico y grita en un espantoso inglés:

—No dispare por favor no me mate.

Tiene los brazos en alto, yo murmuro:

—Mierda. —Y le grito—: Conduce.

Pero está aterrorizado.

—No me mates tío, no dispare —dice.

Yo murmuro impaciente:

—Que te den por el culo.

Y alzando la pistola hacia su cara, aprieto el gatillo, la bala le abre la cabeza en dos, como si fuera una sandía roja oscuro, aplastándosela contra el parabrisas, y abro la puerta, empujo el cadáver fuera, cierro de un portazo, me pongo a conducir...

... la descarga de adrenalina me hace jadear y sólo consigo avanzar unas cuantas manzanas de casas, en parte debido al pánico que me domina, pero fundamentalmente debido a la sangre, sesos, trozos de cabeza que cubren el parabrisas, y apenas consigo evitar el choque contra otro taxi en la esquina de Franklin —¿es Franklin?— con el Greenwich, torciendo violentamente hacia la derecha, y paso rozando el costado de una limusina aparcada, luego meto marcha atrás, avanzo chirriando por la calle, conecto los limpiaparabrisas, dándome cuenta entonces de que la sangre del cristal está por dentro, por lo que intento limpiarla con la mano enguantada y avanzo rápidamente y casi a ciegas

por el Greenwich hasta que pierdo el control por completo y el taxi se desvía y alcanza una tienda coreana, cerca de un restaurante karaoke que se llama Lotus Blossom en el que había estado con unos clientes japoneses, mientras el taxi derriba los estantes de fruta, atraviesa una pared de cristal, el cuerpo del cajero choca contra el capó, Patrick trata de meter la marcha atrás, pero no entra, se baja del taxi, se apoya en él, sigue un silencio en el que se impone el nerviosismo.

–Buena la has hecho, Bateman –murmura, mientras sale cojeando de la tienda, mientras el cuerpo del capó se queja, agonizando, Patrick no tiene ni idea de dónde ha salido el policía que se le acerca corriendo desde el otro lado de la calle y grita algo por un transmisor portátil, creyendo que Patrick está aturdimiento, pero Patrick le sorprende echándose encima antes de que el policía pueda sacar el arma y los dos caen juntos en la acera...

... donde ahora hay clientes del Lotus Blossom que miran en silencio los daños, aunque ninguno ayuda al policía mientras los dos hombres pelean en la acera, el policía jadeando por el esfuerzo encima de Patrick, tratando de agarrar la pistola, pero Patrick se nota inflamado, como si por las venas le corriera gasolina en lugar de sangre, y hace más viento, la temperatura baja, empieza a llover, y los dos ruedan suavemente hasta la calzada, Patrick, sin dejar de pensar en que debería haber música, hace un gesto demoníaco, con el corazón latiéndole muy deprisa y se las arregla con bastante facilidad para llevar la pistola a la cara del policía, mientras dos pares de manos la sujetan, pero Patrick aprieta el gatillo, la bala alcanza superficialmente la cabeza del policía pero no le mata, aunque bajando el cañón cuando el policía afloja la presa, Patrick le dispara en la cara, y la bala al salir despide una neblina rosácea que queda en el aire mientras algunas de las personas de la acera gritan, sin hacer nada, vuelven a meterse en el restaurante corriendo, mientras el coche de la policía del que Patrick había escapado en el callejón se dirige rápidamente hacia la tienda, con las luces rojas lanzando destellos, haciendo rechinar los neumáticos al detenerse cuando Patrick tropieza con el bordillo y cae en la acera, al mismo tiempo que vuelve a cargar la pistola y se oculta detrás de la esquina mientras el terror que creía superado le domina nuevamente y piensa: «No tengo ni idea de lo que he hecho para aumentar mis oportunidades de que me atrapen, ¿liquidar de un tiro a un saxofonista?, ¿un saxofonista?, ¿no sería también mimo?, ¿le he liquidado por eso?», y a cierta distancia oye que llegan otros coches, mientras trata de perderse en el laberinto de calles, cuando ahora los policías, aquí mismo, ya no se molestan en hacer advertencias y se ponen a disparar y él les devuelve el fuego, tumbado cuerpo a tierra, mientras contempla a los dos policías que están detrás de las puertas abiertas del coche, disparando como en una película, lo que hace que Patrick se dé cuenta de que está implicado en un tiroteo de verdad, que trata de evitar las balas, que el sueño amenaza con desaparecer, que desaparece, que no apunta con cuidado, que se limita a devolver los disparos, allí tumbado, cuando una bala perdida, la sexta de una nueva descarga, alcanza el depósito de la gasolina del coche de la policía cuyos faros se apagan antes de que el vehículo salte por los aires como una bola de fuego que inflama la oscuridad mientras una farola situada encima explota inesperadamente con chispas amarillas y verdes, llamas que alcanzan los cuerpos de los policías, vivos y muertos, destrozando todas las ventanas de Lotus Blossom, y a Patrick le zumban los oídos...

... mientras corre hacia Wall Street, todavía en Tribeca, y se mantiene alejado de donde las farolas brillan con más fuerza, se fija en que la manzana entera por la que avanza dando tumbos es de clase alta, luego pasa muy deprisa junto a una hilera de Porches, trata de abrirlos uno a uno y pone en funcionamiento una cadena de alarmas de coches, el coche que quiere robar es un Ranger Rover negro con tracción en las cuatro ruedas, con una carrocería de aluminio digna de un avión y chasis de aluminio encastrado y un motor de inyección de ocho cilindros en V, pero no encuentra ninguno, y aunque esto le decepciona, también "está embriagado por el torbellino de confusión, por la propia ciudad, por la lluvia que cae del cielo gélido como la nieve aunque aún resulta cálida en la ciudad, en el suelo, por la niebla que se desliza entre los rascacielos de Battery Park, Wall Street, donde sea, muchos de ellos un borrón caleidoscópico, y ahora salta a un dique, da una vuelta de campana sobre él, y luego corre como un loco, corre a toda velocidad, con la mente bloqueada por el esfuerzo físico de un pánico intenso, absoluto, ahora piensa que le sigue un coche por una

autopista desierta, ahora nota que la noche le acepta, se oye un disparo que llega desde algún sitio pero la verdad es que no lo registra porque la mente de Patrick no está sincronizada, ha olvidado su destino, hasta que, como un espejo, el edificio de su oficina, donde está situada Pierce & Pierce, le salta a la vista, con sus luces apagándose piso a piso como si la oscuridad ascendiera por él, tiene que correr otros cien metros, doscientos metros, meterse por la escalera, debajo ¿de dónde?, con sus sentidos bloqueados por primera vez por el miedo y el desconcierto, y dominado por la confusión entra corriendo en el vestíbulo de lo que cree que es el edificio de su oficina, pero no, algo parece equivocado, ¿el qué?, *te cambiaste* (el propio cambio fue una pesadilla aunque Patrick avara tenga un despacho mejor, con las tiendas nuevas de Barney's y Godiva junto a...) y ha entrado en un edificio equivocado, es sólo en el ascensor...

... cuyas puertas están cerradas, donde se da cuenta, por el enorme Julian Schnabel que hay en el vestíbulo, que se *ha equivocado de edificio 7*, da media vuelta, corriendo, enloquecido, de vuelta a las puertas giratorias, pero el vigilante nocturno que antes ha tratado de atraer la atención de Patrick, ahora le hace señas con la mano cuando está a punto de salir del vestíbulo.

–Qué, quemándose las pestañas, ¿mister Smith? Se le ha olvidado firmar al entrar –dice.

... y frustrado, Patrick dispara contra él mientras da una, dos vueltas enteras, con las puertas de cristal que le devuelven al vestíbulo desde Dios sabe dónde, cuando la bala alcanza el cuello del vigilante, empujándolo hacia atrás, mientras deja un chorro de sangre colgando momentáneamente en el aire antes de volver a caer sobre la retorcida cara del vigilante, y el ordenanza negro que Patrick se acaba de fijar que observaba la escena desde una esquina del vestíbulo, con una fregona en la mano y el cubo a sus pies, deja caer la fregona, pone las manos en alto, y Patrick le dispara alcanzándole justo entre los ojos, y un torrente de sangre le tapa la cara, y la parte trasera de la cabeza le explota en un chorro, la bala levanta un trozo de mármol, la fuerza del estampido le aplasta contra la pared, Patrick corre por la calle hacia la luz de su nueva oficina, cuando entra...

... saludando con la cabeza a Gus, *nuestro vigilante nocturno*, firma y se dirige al ascensor, a las plantas superiores, hacia la oscuridad de su piso, recupera por fin la calma, seguro en el anonimato de mi nueva oficina, capaz, a pesar del temblor de manos, de coger el teléfono inalámbrico, mirar mi Rolex, exhausto, y los ojos caen sobre el número de Harold Carnes, marco lentamente las siete cifras, respirando a fondo, decido hacer pública lo que ha sido, hasta ahora, mi demencia privada, pero Harold no está, ha ido por cuestiones de negocios a Londres, y le dejo un mensaje admitiéndolo todo, que he cometido treinta, cuarenta, un centenar de asesinatos, y mientras *estoy* al teléfono hablando 'ton el contestador de Harold, un helicóptero con un foco aparece volando bajo por encima del río, iluminando el cielo de delante de él; se dirige hacia el edificio donde he estado al final y desciende y aterriza en el techo del edificio de enfrente a éste, cuya parte de abajo ya está rodeada por coches de la policía, dos ambulancias, un equipo de geos salta del helicóptero, media docena de hombres armado que desaparecen por la salida al helipuerto del techo, parece que hay luces iluminándolo todo, y yo contemplo todo esto con el teléfono en la mano, acurrucado junto a mi mesa de despacho, sollozando sin saber por qué mientras hablo al contestador de Harold.

–La dejé en un aparcamiento... cerca de un Dunkin' Donuts... hacia el centro de la ciudad. –Y, por fin, después de diez minutos de esto, termino concluyendo–: Bueno, soy un tipo bastante enfermo. –Y luego cuelgo, pero vuelvo a llamar y, después de un interminable pitido, para comprobar que mi mensaje ha quedado grabado, dejo otro–: Oye, soy Bateman otra vez, y si vuelves mañana, podría dejarme caer por Da Umberto's por la noche, de modo que, ya sabes, mantén los ojos abiertos. –y el sol, un planeta en llamas, se alza gradualmente sobre Manhattan, otro amanecer, y la noche pronto se convertirá en día tan deprisa como si fuera una especie de ilusión óptica.

Huey Lewis and The News

Huey Lewis and the News irrumpieron en la escena musical de la nación desde San Francisco, a comienzos de la década, con el álbum de pop-rock de su mismo nombre lanzado por Chrysalis, aunque no se encontraron de verdad a sí mismos, comercial y artísticamente, hasta su gran éxito de 1983, *Sports*. Aunque sus raíces eran visibles (blues, Memphis soul, country) en *Huey Lewis and the News* parecían excesivamente deseosos de aprovecharse del gusto de finales de los setenta/primeros de los ochenta por la New Wave, y el álbum –aunque todavía es un extraordinario debut– parece un poco rígido, excesivamente punk. Ejemplos de esto se encuentran en la batería del primer single, «Some of My Lies Are True (Sooner o Later)», y en las falsas palmas de «Don't Make Me Do It», así como en el órgano de «Taking a Walk». Aunque eran un poco forzadas, sus letras estaban llenas de vida de chico–quiere–a–chica y la energía que Lewis, como cantante solista, proporcionaba a todas las canciones, las hacía refrescantes. Cuentan con un gran guitarra solista como Chris Hayes (que también colabora en las partes vocales). Los solos de Hayes son tan originales y poco previsibles como pocos de los del rock. Sin embargo el teclista, Sean Hopper, parecía demasiado aplicado a tocar el órgano de modo excesivamente mecánico (aunque sus interpretaciones al piano de la segunda mitad del álbum mejoran), y Bill Gibson, a la batería, resultaba demasiado apagado para tener excesivo impacto. Las canciones tampoco maduraron hasta mucho más tarde, aunque muchas de las más pegadizas contenían fragmentos de añoranza y sentimiento y temor «Stop Trying» es un ejemplo).

Aunque los chicos proceden de San Francisco y comparten algunas similitudes con sus contrafiguras del sur de California, los Beach Boys (espléndidas armonías, vocalización sofisticada, hermosas melodías, incluso posaban con una tabla de surf en la cubierta de su primer álbum), también arrastraban algo de la desolación y nihilismo del (afortunadamente ya olvidado) ambiente «punk rock» de Los Angeles de la época. ¡Hablando de jóvenes airados!, escúchese a Huey en «Who Cares», «Stop Trying», «Don't Even Tell Me That you Love Me», «Trouble in Paradise» (los títulos lo dicen todo). Huey ataca las notas igual que un salvador amargado, y la banda a menudo suena tan airada como intérpretes tales como los Clash o Billy Joe! o Blondie. Nadie debe olvidar que tenemos que agradecerle a Elvis Costello el descubrimiento de Huey. Huey tocaba la armónica en el segundo disco de Costello, el ligero e insípido *My Aim Was You*. Lewis tiene algo de la supuesta amargura de Costello, aunque Huey tiene un sentido del humor más amargo, más cínico. Elvis parece creer que el juego de palabras intelectual es tan importante como el pasado bien y el mezclar cinismo con buen humor, pero me pregunto ¿qué piensa Costello de Lewis vendiendo muchísimos más discos que él?

Las cosas parecieron mejorar para Huey y los chicos con el segundo álbum, de 1982, *Picture This*, que contenía dos semihits, «Workin' for a Livin'» y «Do You Believe in Love», y el hecho de que coincidiera con la aparición de los vídeos (se hizo uno de cada canción) es indudable que contribuyó a las ventas. El sonido, aunque todavía hormiguease de recursos New Wave, parecía más enraizado en el rock que el del álbum anterior, lo que podía tener algo que ver con el hecho de que Bob Clearmountain mezcló el disco o de que Huey Lewis and the News cogieron las riendas de la producción. Sus letras se hicieron más sofisticadas y el grupo no tuvo miedo de explorar tranquilamente otros géneros –notablemente el reggae «Tell Her a Little Lie» y las baladas «Hope You Love Me Like You Say» e «It Is me?»—. Pero con toda su potencia pop, el sonido y la banda parecen, afortunadamente, menos rebeldes, menos cabreados, y en *este* disco (a pesar de la amargura muy de obrero de «Workin' for a Livin'»), parecen más interesados por las relaciones personales –cuatro de las diez canciones del álbum llevan la palabra «amor» en el título– que por presentarse como unos jóvenes nihilistas, y los buenos *tiempos* agradables que se desprenden del disco suponen un cambio sorprendente, contagioso.

La banda toca mejor de que lo hacía antes y los metales de la Tower of Power proporcionan al disco un sonido más abierto, más cálido. El álbum alcanza su cumbre con el punch uno-dos de «Workin' for a Livin'» y «Do You Believe in Live», que es la mejor canción del álbum y trata esencialmente del cantante que le dice a una chica a la que ha conocido mientras «*buscaba a alguien a quien conocer*», si «*crea en el amor*». El hecho de que la canción nunca resuelva la cuestión (nunca nos enteramos de lo que dice la chica) le proporciona una complejidad añadida que no aparecía en el primer disco del grupo. En «Do You Believe in Live» hay también un tremendo solo de saxo de Johnny Colla (el chico le da cien vueltas a Clarendon Clemons), el cual, como Chris Hayes a la guitarra solista y Sean Hopper a los teclados, ya se ha convertido en un elemento inestimable de la banda (el solo de saxo en la balada «It Is Me?» es incluso más potente). La voz de Huey suena más penetrante, menos crispada, aunque todavía quejumbrosa, especialmente en «The Only One», que es una canción conmovedora sobre lo que les pasa a nuestros mentores y cómo terminan (la batería de Bill Gibson es especialmente vital en este corte). Aunque el álbum debería haber terminado con esa poderosa nota, termina con «Buzz Buzz Buzz» un blues a olvidar que no tiene demasiado sentido comparado con el tema que le precedía, pero a su modo juguetón resulta divertido, y los metales de Tower Power están en una forma excelente.

No existen esos errores en el tercer álbum de la banda y obra maestra sin defecto, *Sports* (Chrysalis). Todas las canciones tienen fuerza suficiente para ser grandes éxitos y muchas de ellas 16 fueron.

De hecho, convirtió a la banda en uno de los iconos del rock'n'roll. Ha desaparecido por completo la imagen de malos chicos y se impone una nueva dulzura de jóvenes estudiantes (incluso tienen la ocasión de decir «culo» en una de las canciones y en lugar de eso deciden utilizar un eufemismo). Todo el álbum tiene un sonido limpio, fresco, y un nuevo brillo de.; profesionalidad consumada que proporciona a las canciones del álbum un gran empuje. Y los absurdos y originales vídeos hicieron que se vendiera el álbum «Heart and Soul», «The Heart of Rock'n'Roll», «If This Is It», «Bad Is Bad», «I Want a New Drug»), convirtiéndolos en superestrellas de la cadena de vídeos musicales.

Producido por una banda, *Sports* se abre con lo que probablemente se convertirá en su canción más conocida «The Heart of Rock'n'Roll», una amorosa oda al rock'n'roll de todos los Estados Unidos. La sigue «Heart and Soul», su primer gran single, que es una canción marca registrada de Lewis (aunque la hayan compuesto Michael Chapman y Nicky Chinn) y la que los estableció firmemente y para siempre como la primera banda de rock del país durante los años ochenta. Si las letras no son tan perfectas en otras canciones, la mayoría son más que sólidas y el conjunto es una graciosa empresa sobre el error que son los ligues de una noche (un mensaje que anteriormente el pendenciero Huey nunca hubiera difundido). «Bad Is Bad», compuesta por Lewis en solitario, es la canción más blues que la banda hubiera grabado hasta el momento, y la interpretación al bajo de Mario Cipollina le añade brillo, pero son realmente los solos de armónica de Huey los que le proporcionan ángulos. «I Want a New Drug», con sus riff killer de guitarra (cortesía de Chris Hayes), es la pieza central del álbum, no sólo la más grande canción antidroga jamás compuesta, también es una declaración personal sobre lo que ha crecido la banda, eliminando su imagen de malos chicos y aprendiendo a ser más adultos. El solo de Hayes en ella es increíble y la batería que suena, aunque no se dice quién la toca, proporciona no sólo a «I Want a New Drug», sino a la mayor parte del álbum un ritmo más consistente que en cualquiera de sus álbumes anteriores, aunque todavía se agradezca la presencia de Bill Gibson.

El resto del álbum es perfecto, la segunda cara se abre con su declaración más intensa hasta el momento: «Walking on a Thin Line», y nadie, ni siquiera Bruce Springsteen, ha escrito de modo tan devastador sobre la difícil situación de los veteranos de Vietnam en la sociedad moderna. Esta canción, aunque no fue compuesta por miembros del grupo, muestra una conciencia social que para la banda era nueva y demuestra a cualquiera que lo hubiese dudado que la banda, aparte de su fondo de blues, tenía corazón. Y nuevamente con «Finally Found a Home» la banda proclama su recién

descubierta sofisticación con este himno triunfal a la edad adulta. y aunque al mismo tiempo es sobre su pérdida de la imagen de rebeldes, también es sobre cómo «se encontraron a sí mismos» en la pasión y energía del rock'n'roll. De hecho la canción funciona a tantos niveles que casi resulta demasiado compleja para el álbum, aunque nunca pierde el ritmo y todavía cuenta con los teclados de Sean Hopper, que la hacen bailable. «If This Is It» es la única balada del álbum, pero no es pesimista. Se trata de una súplica que un amante le dirige a otro para que continúen su relación, y el modo en que la canta Huey (sin duda la mejor parte vocal del álbum), le hace destilar esperanza. Esta canción –como el resto del álbum– nuevamente es sobre la búsqueda de chicas o su añoranza, sobre las relaciones con ellas. «Crack me Up» es el único hit del álbum que se refiere a la época New Wave de la banda, y es menor pero divertida, aunque sus declaraciones anti-alcohol, anti-droga, a favor de la edad adulta, no lo son.

Y como delicioso final a un álbum extraordinario en su conjunto, la banda hace una versión de «Honky Tonk Blues» (otra canción compuesta por un individuo que no es de la banda y que se llama Hank Williams), y aunque se trate de un tipo de canción muy diferente, se puede notar su presencia a lo largo de todo el álbum. Con toda su brillantez profesional, el álbum tiene la integridad del honky-tonk blues. (Aparte de eso, durante este período Huey también grabó dos canciones para la película *Regreso al futuro*, que fueron número uno: «The Power of Love» y «Back in Time», las dos deliciosas, no notas a pie de página, en lo que ha adquirido forma de carrera legendaria.) ¿Y qué decir a los que no les gustó *Sports*? Que nueve millones de personas no pueden estar equivocadas.

Fore! (Chrysalis, 1986) es esencialmente una continuación del álbum *Sports*, pero con más brillantez profesional. Se trata de un álbum donde los chicos no necesitan demostrar que han crecido y que han aceptado el rock'n'roll, pues en los tres años de transición entre *Sports* y *Fore!* es indudable que *han crecido*. (De hecho tres de ellos llevan traje en la cubierta del disco.) Se abre con una llamarada, «Jacob's Ladder», que es esencialmente una canción sobre la lucha y el triunfo del compromiso, un recuerdo oportuno de lo que representan Huey and The News, y con la excepción de «Hip To Be Square» es la mejor canción del álbum (aunque no la compuso ninguno de los miembros de la banda). La seguía la dulce y amable «Stuck With you», un himno triunfal a las relaciones fijas y el matrimonio. De hecho la mayoría de las canciones de amor del álbum son sobre relaciones sostenidas, a diferencia de las de los primeros álbumes, donde el interés se centraba en andar detrás de las chicas y no conseguidas o quemarse en el proceso. En *Fore!* las canciones son sobre chicos que mantienen el control (que ya tienen a las chicas) y ahora deben entenderse con ellas. Esta nueva dimensión de los News proporciona al disco un magnetismo especial y les hace parecer más contentos y satisfechos, menos apremiantes, lo que lo convierte en el más placenteramente elaborado de los suyos hasta la fecha. Pero también está «Doing It All for My Babe» (una oda deliciosa sobre la monogamia y la satisfacción), y hay un blues tremendo como «Whole Lotta Lovin», y la primera cara termina con la obra maestra «Hip to Be Square» (a la que, irónicamente, acompaña el único vídeo malo de la banda), la canción clave de *Fore!*, y es una jovial oda al conformismo tan pegadiza que la mayor parte de la gente ni siquiera presta atención a la letra, pero con Chris Hayes arrasando a la guitarra y las tremeundas intervenciones de los teclados... ¿a quién le importa? Y no trata sólo de los placeres del conformismo y la importancia de las tendencias, también constituye una declaración personal sobre la propia banda, aunque no estoy completamente seguro de lo que afirman.

Aunque la segunda parte de *Fore!* no tiene la intensidad de la primera, contiene auténticas joyas que de hecho resultan bastante complicadas. «I Know What I Like» es una canción que Huey nunca habría cantado seis años atrás –una categórica declaración de independencia–, mientras «I Never Walk Alone», –tan estratégicamente situada– que la sigue, de hecho complementa la canción y la explica en términos más amplios (también tiene un gran solo de órgano y, si se exceptúa «Hip to Be Square», contiene la más intensa interpretación vocal de Huey). «Forest for the trees» es un animoso corte contra el suicidio, y aunque su título parece un cliché, Huey y la banda poseen un

modo de dar energía a los clichés y convertidos en algo completamente original. El estupendo a capella «Naturally» evoca una edad de inocencia mientras destacan las armonías vocales de la banda (si uno no lo supiera, creería que eran los Beach Boys los que salen del lector de CD), y aunque sea esencialmente una vuelta al pasado, una especie de insignificancia, el álbum termina con una nota majestuosa con «Simple as That», una balada sobre un obrero que suena no a resignación sino a esperanza, y su complejo mensaje (no fue compuesta por ninguno de la banda) de supervivencia abre el camino a su siguiente álbum, *Small World*, donde se ocupan de cuestiones globales. *Fore!* puede que no sea la obra maestra que era *Sports* (¿qué podría superar eso?), pero a su modo es tan satisfactorio, y el más dulce y agradable Huey del año 86 es tan intenso como Siempre.

Small World (Chrysalis, 1988) es el disco más ambicioso y artísticamente más logrado de los producidos nunca por Huey Lewis and the News. El joven airado ha sido remplazado definitivamente por un refinado músico profesional y aunque Huey sólo haya conseguido dominar de verdad un instrumento (la armónica), su majestuoso sonido dylaniano proporciona a *Small World* una grandeza que pocos artistas han alcanzado. Es una obra de transición evidente y el primero de sus álbumes que trata de tener sentido temático en su conjunto –de hecho Huey se ocupa de uno de los asuntos más importantes de todos: la importancia de la comunicación global–. No es extraño que cuatro de las diez canciones del álbum lleven la palabra «mundo» en el título y que por primera vez no haya sólo uno, sino *tres* temas instrumentales.

El CD arranca con un comienzo estimulante, el «Small World Part One», de Lewis/Hayes, que junto con su mensaje de armonía, tiene un intensísimo solo de Hayes en el centro. En «Old Antone's» uno puede percibir las influencias del zydeco de Louisiana que la banda ha adquirido durante sus giras por el país, lo que le da un sabor que es único. Bruce Hornsby toca maravillosamente el acordeón y las letras proporcionan un sentido del auténtico espíritu de los bayou. Nuevamente, en el hit en single «Perfect World», los metales de Tower of Power se utilizan con un efecto extraordinario. También es el mejor corte del álbum (compuesto por Alex Call, que no es de la banda) y une todas sus líneas temáticas –es sobre la aceptación de las imperfecciones de este mundo pero sin olvidar que «*seguimos sonando que vivimos en un mundo perfecto*»–. Aunque la canción es pop acelerado, resulta conmovedora en lo que se refiere a sus intenciones y la banda toca espléndidamente. Extrañamente va seguida por dos temas instrumentales: el mágico corteailable de reggae con influencias africanas «Bobo Tempo» y la segunda parte de «Small World». Pero aunque estas canciones no tengan letra, no por ello se pierde el mensaje global de comunicación, y no parecen de relleno debido a las implicaciones de las repeticiones temáticas; la banda también demuestra su habilidad para las improvisaciones.

La segunda cara se abre de modo aplastante con «Walking with the Kid», la primera canción de Huey en la que acepta las responsabilidades de la paternidad. Su voz suena a madura y aunque nosotros, en cuanto oyentes, no nos enteramos hasta el último verso de que «el niño» de hecho es su hijo, la madurez de la voz de Huey nos convence y es difícil creer que el hombre que una vez cantó «Heart and Soul» y «Some of My Lies Are True», esté cantando *esto*. La gran balada del álbum, «World to Me», es una perla soñadora, y aunque trata del mantenimiento de una relación, también hace alusiones a China y Alaska y Tennessee, apoyándose en el tema «Small World» –y la banda suena bien de verdad en ella–. «Better Be True» también tiene algo de balada, pero no es una perla tan conseguida y su letra no es sobre el mantenimiento de una relación ni hace referencias a China o Alaska y la banda suena bien de verdad.

«Give Me the Keys And I'll Drive You Crazy» es un blues agradable sobre (¿qué si no?) el circular en coche por ahí, e incorpora el tema del álbum de un modo mucho más juguetón que en las canciones anteriores, y aunque la letra resulte un tanto pobretona, da señal del nuevo Lewis «serio» –ese Huey artista– que ha perdido por completo su vivo sentido del humor. El álbum termina con «Slammin», que no tiene letra y es solo la suma de muchos metales y que, francamente, si lo pones demasiado fuerte, pueden provocarte un dolor de cabeza bastante jodido y puede que hasta te

sientas un poco mareado, aunque quizá suene de modo diferente en un LP o en casete, cosa que no puedo asegurar. De cualquier modo, hizo que surgiera algo maligno en mi interior que me duró. y no se puede bailar muy bien.

Exigió algo así como cien personas (incluyendo a los no músicos, como técnicos de sonido, contables y abogados, a todos los cuales se les dan las gracias), componer el disco, pero esto de hecho contribuye al tema de comunidad del CD y no desordena la grabación –hace que sea una experiencia todavía más gozosa–. Con este CD y los cuatro precedentes, Huey Lewis and the News demuestran que si de verdad éste *es* un mundo pequeño, estos chicos son la *mejor* banda norteamericana de los años ochenta de este o de cualquier otro continente, y todo tiene relación con Huey Lewis, un cantante, músico y compositor que ha llegado a la cumbre.

En la cama con Courtney

Estoy en la cama con Courtney. Luis está en Atlanta. Courtney tiembla, se aprieta contra mí, se relaja. Me dejo caer a un lado y la espalda me aterriza sobre algo duro y cubierto de piel. Busco debajo del cuerpo y encuentro un gato de peluche con joyas azules por ojos que creo que encontré en F.A.O. Schwarz cuando hacía algunas compras tempranas para Navidad. Me siendo desorientado sobre qué decir, así que suelto:

–Las lámparas de Tiffany... están volviendo.

Casi no la puedo ver en la oscuridad, pero la oigo suspirar, afligida y en voz baja, como el sonido de un frasco de medicinas que se abre con un chasquido, mientras su cuerpo cambia de sitio en la cama. Tiro el gato al suelo, me levanto, tomo una ducha. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre las lesbianas adolescentes y lo he encontrado tan erótico que he tenido que quedarme en casa, sin asistir a una reunión, y me la he meneado dos veces. Sin saber qué hacer, he pasado gran parte del día de modo desordenado en Sotheby's, aburrido y confuso. Ayer por la noche cené con Jeanette en Deck Chairs y ella parecía cansada y comió poco. Compartimos una pizza que costó noventa dólares. Después de secarme el pelo con una toalla me pongo un albornoz Ralph Lauren y vuelvo al dormitorio; empiezo a vestirme. Courtney fuma un pitillo mientras ve *A última hora con David Letterman*, con el sonido quitado.

–¿Me llamarás antes de Acción de Gracias? –pregunta. –Puede. –Me abrocho la camisa, preguntándome por qué he venido aquí.

–¿Qué vas a hacer tú? –pregunta, hablando lentamente.

Mi respuesta es previsiblemente fría.

–Cenar en el River Café. Después iré al Au Bar, seguramente.

–Es agradable –murmura ella.

–¿Y tu y...Luis? –pregunto yo.

–Pensábamos cenar en casa de Tad y Maura –dice, suspirando–. Pero no creo que vayamos.

–¿Por qué no? Me pongo el chaleco de cachemira negra de Polo, pensando: «Me interesa de verdad.»

–Bueno, ya sabes como es Luis con los japoneses –empieza con los ojos vidriosos.

Como no continúa, digo, fastidiado:

–Empieza a tener sentido. Sigue.

–Luis se negó a jugar al Trivial Pursuit en casa de Tad y Maura el domingo pasado porque tienen un Akita. –Da una calada al pitillo.

–Preferiría... –Hago una pausa–. ¿Qué pasó? –Jugamos en mi casa.

–No sabía que fumabas –digo.

Courtney sonrío tristemente, de modo estúpido.

–No te habrás fijado.

–Vale, admito que me molesta, pero sólo un poco. –Voy hasta el espejo Marlianque cuelga encima de un escritorio de madera de teca Sottrass para asegurarme de que el nudo de mi corbata escocesa Armani no está torcido.

–Oye, Patrick –dice ella, con esfuerzo–. ¿Podemos hablar? –Eres estupenda –digo, suspirando y volviendo la cabeza y lanzándole un beso–. No tenemos nada de qué hablar. Te vas a casar con Luis. Y nada menos que la semana que viene.

–¿Cambia eso algo? –pregunta sarcásticamente, pero no de modo que expresa frustración.

–¡Lee en mis labios –digo, volviéndome hacia el espejo–. Eres maravillosa.

–¿Patrick?

–¿Sí, Courtney?

–Si no nos vemos antes de Acción de Gracias... –Se interrumpe, confusa–. Que pases un buen día.

La miro durante un momento, antes de responderle, sin entonación:

–Y tú también.

Coge el gato de peluche, le acaricia la cabeza. Salgo al vestíbulo y me dirijo a la cocina.

–¿Patrick? –llama ella suavemente desde el dormitorio.

Me detengo sin volverme.

–¿Qué?

–Nada.

Smith & Wollensky

Estoy con Craig McDermott en Harry's, de Hannover. Él fuma un puro, bebe un martini de Stoli Cristall y me pregunta qué reglas hay para llevar pañuelo de bolsillo. Yo tomo lo mismo y le respondo. Esperamos a Harold Carnes, que acaba de volver de Londres y lleva media hora de retraso. Estoy nervioso, impaciente, y cuando le digo a McDermott que deberíamos haber invitado a Todd o por lo menos a Hamlin, que estoy seguro que tiene cocaína, él se encoge de hombros y dice que a lo mejor nos encontramos con Carnes en Delmonico's. Pero no nos encontramos con Carnes en Delmonico's de modo que vamos a la parte alta de la ciudad, a Smith & Wollensky donde tenemos mesa para las ocho, que he reservado uno de los dos. McDermott lleva un traje de lana cruzado con seis botones de Cerruti 1881; una camisa de algodón de Louis, Boston; una corbata de seda de Dunhill. Yo llevo un traje cruzado con seis botones de Ermenegildo Zegna, una camisa a rayas de algodón de Luciano Barbera, una corbata de seda de Armani, zapatos de ante de Ralph Lauren, calcetines de E. G. Smith. De hombres que han sido violados por mujeres era de lo que

trataba el programa de Patty Winters de esta mañana. Sentados en una mesa de Smith & Wollensky, que está extrañamente vacío, empieza a pegarme el Valium, tomo una copa de vino tinto, preguntándome distraídamente por aquel primo mío de Sto Alban' s, Washington, que violó recientemente a una chica, le arrancó los lóbulos de las orejas a mordiscos, y noto como arcadas y no pido albondiguillas, y pienso en como mi hermano y yo montábamos juntos a caballo, jugábamos al tenis –recuerdo esto con claridad–, pero McDermott elimina estos pensamientos cuando se fija en que no he pedido las albondiguillas después de que han traído la cena.

–¿Qué pasa ? No se puede venir a cenar a Smith & Wollensky y no pedir las albondiguillas –se queja.

Evito su mirada y toco el puro que tengo en el bolsillo de la chaqueta.

–Por Dios, Bateman, eres un maníaco y desvarías. Llevas demasiado tiempo en P & P –murmura–. ¡No tornar albondiguillas!

No digo nada. Cómo podría decide a McDermott que estoy pasando una temporada inconexa de mi vida y que me estoy fijando en que han pintado las paredes de un blanco brillante, que casi hace daño a la vista y que, debido al resplandor de las luces fluorescentes, esas paredes parecen latir y ponerse al *rojo* vivo. Frank Sinatra canta «Witchcraft». Sigo con la mirada fija en las paredes, escuchando la letra, con mucha sed, pero nuestro camarero está atendiendo a una mesa muy grande que ocupan exclusivamente "japoneses, y alguien, que creo que es o George Mac Gowan o Taylor Prestan, en la mesa de detrás de ésta, que lleva algo de Polo, me mira con desconfianza y McDermott sigue mirando fijamente mi filete con expresión de asombro en la cara y uno de los hombres de negocios japoneses *tiene* un ábaco en la mano, otro trata de pronunciar la palabra «teriyaki», otro tararea, luego canta, la letra de la canción, y toda la mesa ríe, un sonido extraño pero no completamente desconocido, cuando alza unos palillos, mueve la cabeza a los lados con seguridad, imitando a Sinatra. Abre la boca y lo que sale de ellas es:

–Ese astuto 0101 seductol... esa loca blugelía...

Algo en la televisión

Mientras me visto para ir con Jeanette a un nuevo musical inglés que *se* estrenó en Broadway la semana pasada y luego a cenar en Progress, el nuevo restaurante de Malcolm Forbes del Upper East Side, veo la cinta del programa de Patty Winter de esta mañana, que *se* divide en dos partes. La primera es sobre el cantante solista de la banda de rock Guns n' *Rases*, Axl *Rase*, del que Patty cita que había dicho a uno que le entrevistaba:

«Cuando estoy tenso me pongo violento y la emprendo contra mí mismo. Saqué unas hojas de afeitar pero luego comprendí que tener una cicatriz es más perjudicial que no tener un estéreo... Preferí darle patadas a mi estéreo que pegarle un puñetazo a alguien en la cara. Cuando me enfado o me siento molesto, a veces me dirijo al plano y toco.»

La segunda parte consiste en Patty leyendo cartas que Ted Bundy, el asesino de masas, le había escrito a su novia durante uno de sus mucnos juicios.

«Querida Carole –lee, mientras una desagradable foto de la cabeza de Bundy, sólo a unas semanas de su ejecución, aparece y desaparece en la pantalla–, por favor, en la sala del tribunal no te sientes en la misma fila que Janeto. Cuando miro hacia ti siempre la veo a ella contemplándome

con ojos de loca, igual que una gaviota trastornada examinando una almeja... Noto como si ya me echaran salsa picante por encima...»

Espero que pase algo. Me quedo sentado en el dormitorio durante cerca de una hora. No pasa nada. Me levanto, me meto el resto de la coca –una cantidad minúscula– que tengo guardada del sábado pasado en M.K. o en Au Bar en el armario de las medicinas, me detengo en Orso a tomar una copa antes de reunirme con Jeanette, a la que he llamado antes, para decirle que tengo dos entradas para ese musical en concreto, y ella no ha dicho nada, excepto:

–Iré. –Y yo le he dicho que nos veríamos delante del teatro a las ocho menos diez y ella ha colgado. Me digo, mientras estoy sentado solo en la barra de Orso, que he estado a punto de llamar a uno de los números que se encendían y apagaban en la parte de abajo de la pantalla, pero entonces me he dado cuenta de que no sabía qué decir y he recordado diez de las palabras que ha leído Patty:

–Noto como si ya me echaran salsa picante por encima.

Vuelvo a recordar esas palabras por algún motivo mientras Jeanette y yo estamos sentados en Progress después del musical y es tarde y el restaurante está abarrotado. Pedimos una cosa que se llama carpaccio de águila, mahi–mahí con mesquite grillé, endivias con queso de *chevre* y chocolate con almendras por encima, ese gazpacho tan raro con pollo crudo, cerveza seca. En este preciso momento no hay nada de verdad comestible en mi plato, y lo que hay sabe como a plástico. Jeanette lleva una chaqueta de esmoquin de lana, un chal de seda con una manga, pantalones de esmoquin de lana, todo Armani, pendientes de oro antiguo y diamantes, medias de Givenchy, zapatos planos de gro. No deja de suspirar y amenaza con encender un pitillo, a pesar de que estamos sentados en la zona de no fumadores del restaurante. El comportamiento de Jeanette me inquieta profundamente, hace que tenga pensamientos sombríos que se me forman y expanden dentro de la cabeza. Está tomando kir de champán, pero ya ha bebido demasiados y cuando pide el sexto, le sugiero que tal vez ya sea suficiente. Ella me mira y dice:

–Tengo frío y sed y pediré lo que me dé la gana.

Yo digo:

–Entonces toma Evian o San Pellegrino, por el amor de Dios.

Sandstone

Mi madre y yo estamos sentados en su habitación privada del Sandstone, donde ahora reside de modo permanente. Intensamente sedada, tiene puestas las gafas de sol y no deja de tocarse el pelo y yo no dejo de mirarme las manos, bastante seguro de que me tiemblan. Trata de sonreír cuando me pregunta qué quiero por Navidad. No me sorprende el esfuerzo que me cuesta alzar la cabeza y mirada. Llevo un traje de lana con dos botones y solapas muy marcadas de Gian Marco Venturi zapatos de cuero con cordones 'de Armani, corbata de Polo, calcetines no estoy seguro de quién. Estamos a mediados de abril.

–Nada –digo, sonriendo tranquilizadoramente.

Hay una pausa. La rompo al preguntar:

–¿Qué quieres tú?

Ella no dice nada durante largo rato y yo vuelvo a mirarme las manos, la sangre seca, probablemente de una chica que se llamaba Suki, de debajo de la uña del pulgar. Mi madre se pasa la lengua por los labios cansinamente y dice:

–No lo sé. Sólo quería pasar unas Navidades agradables.

No digo nada. Me paso la hora siguiente examinándome el pelo en el espejo que he insistido en que los del hospital no quiten de la habitación de mi madre.

No parece feliz –dice ella, de repente.

–Pues lo soy –le digo, con un breve suspiro.

–No parece feliz –dice, esta vez con más tranquilidad. Se toca el pelo, nuevamente liso y cegadoramente blanco.

–Bien, pues tú tampoco lo parece –digo lentamente, esperando que no dirá nada más.

No dice nada más. Estoy sentado en una butaca situada junto a la ventana y a través de los barrotes veo que la pradera de fuera se oscurece, que una nube tapa el sol, pero enseguida recupera su color verde. Mi madre está sentada en la cama con un camisón de Bergdorf's y unas zapatillas de Narma Kamali que le regalé el año pasado por Navidades.

–¿Qué tal estuvo la fiesta? –pregunta.

–Muy bien –digo, preguntándome a cuál se referirá. –¿Cuántas personas había?

–Cuatrocientas. Quinientas. –Me encojo de hombros–. No estoy seguro.

Vuelve a pasarse la lengua por los labios, se toca el pelo una vez más.

–¿A qué hora te fuiste?

–No me acuerdo –respondo, tras una larga pausa.

–¿La una? ¿Las dos? –pregunta.

–Debía de ser la una –digo casi interrumpiéndola.

–Oh. –Vuelve a hacer una pausa, se coloca bien las gafas de sol, unas Ray-Ban negras que le compré en Bloomingdale's y que me costaron doscientos dólares.

–No estaba muy bien –digo, sin sentido, mirándola.

–¿Por qué? –pregunta, curiosa.

–Simplemente no lo estaba –digo, volviendo a mirarme la mano, las escamitas de sangre de debajo de la uña del pulgar, la fotografía de mi padre cuando era mucho más joven de encima de la mesilla de noche de mi madre, junto a una fotografía de Sean y yo cuando éramos adolescentes, con esmoquin, y sin que ninguno de los dos sonría. En la fotografía, mi padre lleva una chaqueta negra sport cruzada con seis botones, una camisa sport blanca de cuello ancho, corbata, pañuelo en el bolsillo, zapatos, todo de Books Brothers. Está parado junto a uno de los animales que se criaban hace mucho tiempo en la propiedad de su padre en Connecticut, y le pasa algo en los ojos.

La mejor ciudad para los negocios

Y un lluvioso martes por la mañana, después de hacer ejercicio en Xclusive, me detengo en el apartamento de Paul Owen en el Upper East Side. Han pasado ciento sesenta y un días desde la noche en que estuve allí con las dos chicas. En ninguno de los cuatro periódicos de la ciudad, ni en

las noticias locales, han dicho nada sobre que hubieran encontrado los cuerpos; tampoco ha habido rumores en el ambiente. Incluso he ido tan lejos como para preguntar a algunas personas –chicas con las que salí, amigos, conocidos del trabajo–, en restaurantes, en los vestíbulos de Pierce & Pierce, si alguien había oído hablar de que encontraron a dos prostitutas mutiladas en el apartamento de Paul Owen. Pero, como en una película, nadie ha oído nada, nadie tiene ni idea de sobre qué estoy hablando. Hay otras cosas de que ocuparse: la alarmante cantidad de laxantes y anfetetas con que están cortando la cocaína en Manhattan, Asia en los años noventa, la imposibilidad virtual de conseguir una reserva de mesa para las ocho en PR, el nuevo restaurante de Tony McManus de Liberty Island, el crack. De modo que supongo que lo que pasa, esencialmente, es que no han encontrados los cuerpos. Y por lo que he conseguido saber, Kimball también se ha trasladado a Londres.

El edificio me parece diferente cuando me apeo del taxi, aunque no consigo imaginar por qué. Todavía tengo las llaves que le robé a Owen la noche que le maté y ahora las saco para abrir la puerta del vestíbulo, pero no funcionan, no entran bien. En lugar de eso, un portero uniformado que no estaba aquí hace seis meses me la abre, excusándose por haber tardado tanto. Me quedo allí, bajo la lluvia, confuso, hasta que me hace entrar, preguntándome alegremente, con fuerte acento irlandés:

–¿Entra usted o se va a quedar ahí...? Está empapándose.

Entro en el vestíbulo, con el paraguas plegado debajo del brazo, guardándome en el bolsillo la máscara de cirujano que traigo para protegerme del olor. Sujeto un walkman en la mano, dudando qué decir, cómo plantear las cosas.

–Bien, ¿en qué puedo servirle, señor? –pregunta.

Titubeo –una pausa larga, torpe– antes de decir, simplemente: –El catorce A.

Me mira atentamente antes de verificar su libro, luego resplandece, señalando algo con el dedo.

–Ah, claro. Mistress Wolfe está justo ahora allí. –¿Mistress... Wolfe? –digo débilmente, luego sonrío.

–Sí, es la agente de la inmobiliaria –dice, mirándome–. Está citado con ella, ¿no?

El ascensorista, también algo nuevo, mira fijamente al suelo mientras los dos vamos edificio arriba. Trato de recordar mis pasos de aquella noche, de aquella semana entera, inútilmente, desde luego, pues no he vuelto al apartamento después de asesinar a las dos chicas. *¿Cuánto vale el apartamento de Owen?*, es una pregunta que empieza a abrirse camino en mi mente hasta que por fin se queda allí, latiendo. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre personas a las que les habían quitado la mitad del cerebro. Noto el pecho como hielo.

Las puertas del ascensor se abren. Salgo cautelosamente, mirando detrás de mí mientras se cierran, luego me dirijo por el descansillo hacia el apartamento de Owen. Oigo voces dentro. Me apoyo en la pared, suspiro, con las llaves en la mano, sabiendo que ya han cambiado las cerraduras. Mientras, tembloroso, mirándome fijamente los mocasines, que son negros y de A. Testoni, me pregunto qué debería hacer, se abre la puerta del apartamento, cogiéndome por sorpresa y haciendo que momentáneamente sienta lástima de mí mismo. Una ejecutiva de la inmobiliaria de mediana edad sale, sonríe y pregunta, mirando su agenda:

–¿Es usted el que estaba citado a las once?

–No –digo yo.

Ella dice:

–Entonces, perdone –y se aleja por el pasillo, dándose la vuelta para mirarme, una vez, con una expresión extraña en la cara, antes de desaparecer al doblar una esquina. Lanzo una ojeada dentro del apartamento. Una pareja de casi treinta años está de pie, hablando uno con otro, en mitad del cuarto de estar. Ella lleva una chaqueta de lana, una blusa de seda, pantalones de franela Armani,

pendientes bermellón, guantes, y tiene en la mano una botella de Evian. Él lleva una chaqueta sport de tweed, un chaleco de cachemira, una camisa de algodón, corbata Paul Stuart, una trinchera Agnes B. plegada en el brazo. Detrás de ellos, el apartamento parece impecable. Persianas venecianas nuevas, el revestimiento de fausse piel de vaca ha desaparecido; sin embargo, los muebles, el mural, la mesita de cristal, las sillas Thonet, el sofá de cuero negro, parecen intactos, el televisor con la pantalla tan grande lo han colocado en el cuarto de estar y está encendido; con el volumen quitado, y ahora se ve un anuncio en el que una mancha se aleja de una chaqueta y se dirige a la cámara, pero eso tía hace que me olvide de lo que les hice a los pechos de Christie, a la cabeza de una de las chicas; de la nariz arrancada, de las dos orejas destrozadas a mordiscos, de cómo podía ver el interior por donde había desgarrado la carne de su mandíbula y de las dos mejillas, de los torrentes de sangre que inundaban el apartamento, del hedor a muerte, de mi propia confusión que he arrastrado adentro...

—¿Puedo ayudarle en algo? —La agente de la inmobiliaria, mistress Wolfe supongo, interviene. Tiene una cara delgada muy angulosa, una nariz grande, expresión como angustiada, boca de labios muy pintados, ojos azul claro. Lleva una chaqueta de lana bouclé, blusa de seda, zapatos, pendientes, un brazaletes, ¿de dónde?, no lo sé. Puede que todavía no tenga cuarenta años.

Todavía estoy apoyado en la pared, mirando fijamente a la pareja, que entra en el dormitorio, dejando vacío el cuarto de estar. Acabo de fijarme en los ramos de flores de los jarrones, hay docenas, llenan el apartamento, y las puedo oler desde el punto del vestíbulo donde estoy parado. Mistress Wolfe lanza una ojeada a *sus* espaldas para ver qué estoy mirando, luego vuelve a mirarme a mí.

—Estoy buscando a... ¿No vive aquí Paul Owen?

Una larga pausa antes de que ella responda:

—No. Ya no vive aquí.

Otra larga pausa.

—¿Está usted... segura? —pregunto, antes de añadir débilmente—: No lo... entiendo.

Parece ver algo que hace que se le tensen los músculos de la cara. Se le entornan los ojos, pero no los cierra. Se ha fijado en la máscara de cirujano que ahora sujeto en una mano húmeda de sudor, y respira a fondo, negándose a apartar la vista. Definitivamente, esto no me huele nada bien. En la televisión, un hombre tiene una tostada en la mano y le dice a su mujer:

—Oye, ¿estás segura... de que esta margarina *sabe* mejor que la mierda? —y la mujer sonrío.

—¿Vio el anuncio en el *Times*? —pregunta la agente inmobiliaria.

—No..., bueno, quiero decir que sí. Sí, lo vi. En el *Times* —titubeo, haciendo acopio de energía, mientras el olor a rosas se hace más intenso, disimulando algo repugnante—. Pero... ¿Paul Owen ya no es... el *dueño* de este apartamento?

Hay una larga pausa antes de que ella admita:

—En el *Times* no había ningún anuncio.

Nos miramos fijamente el uno al otro durante un momento interminable. Estoy convencido de que ella nota que vaya decir algo. He visto esta misma expresión en la cara de otra persona. ¿Era en un club? ¿Es la expresión de una víctima? ¿Ha aparecido recientemente en una película? ¿O me la he visto a mí mismo en el espejo? Pasa lo que parece una hora antes de que pueda volver a hablar.

—Pero éstos... son sus... —me interrumpo, se me para el corazón, vuelve a latir— muebles. —Dejo caer el paraguas, luego me agacho rápidamente a recogerlo.

—Creo que debería irse —dice ella.

—Y yo creo... que quiero saber lo que pasó. —Me noto mareado, tengo el pecho y la espalda llenos de sudor.

–No me cree problemas –dice.

Todas las fronteras, si es que hubiera habido alguna, de repente parecen desmontables y como si las hubiera quitado, y una sensación de que los demás están fabricando mi destino no me abandonará durante el resto, del día. Esto... no... *es...* un... juego, quisiera gritar, pero no puedo respirar y no creo que consiga decirlo. Aparto la vista. Necesito descansar. No sé qué decir. Confuso, estiro la mano durante un momento para tocarle el brazo a mistress Wolfe, con objeto de reafirmarme en el suelo, pero me detengo a medio camino y me la llevo al pecho, pero no puedo notarlo, ni siquiera cuando me aflojo la corbata. Me he puesto rojo y estoy sin habla.

–Le sugiero que se vaya –dice ella.

Estamos allí, en el vestíbulo, uno frente al otro.

–No me cree problemas –vuelve a decir tranquilamente.

Me quedo allí unos cuantos segundos antes de darle la espalda y alejarme, después de levantar los brazos, un gesto de seguridad: –y no vuelva –dice ella.

–No lo haré –digo yo–. No se preocupe.

La pareja aparece a la puerta. Mistress Wolfe me observa hasta que llego a la puerta del ascensor y pulso el botón. En el ascensor el olor a rosas es abrumador.

Ejercicio físico

Pesas libres y trabajo con el Nautilus me quitan la tensión. Mi cuerpo responde adecuadamente al ejercicio físico. Sin camisa, estudio atentamente mi reflejo en el espejo de encima de los lavabos del vestuario de Xclusive. Los músculos del brazo me arden; tengo el estómago lo más tenso posible; mi pecho es de acero; los pectorales, de duro granito; los ojos, blancos como el hielo. En mi taquilla del vestuario de Xclusive guardo tres vaginas que recientemente les rebané a varias mujeres a las que atacué la semana pasada. Dos están lavadas y una no. Hay una horquilla sujeta a una de ellas; una cinta azul de Hermes atada alrededor de mi favorita.

Fin de los años ochenta

El olor a sangre se abre paso en mis sueños, que son, en su mayor parte, espantosos: estoy en un trasatlántico en llamas, veo erupciones volcánicas en Hawái, la muerte violenta de los empleados de Salomon, James Robinson me hace algo malo, me encuentro de vuelta en el colegio, luego en Harvard, los muertos andan entre los vivos. Los sueños son una sucesión interminable de accidentes de coche y escenas de desastres, sillas eléctricas y suicidios horrorosos, jeringuillas y chicas mutiladas, platillos volantes, jacuzzis de mármol, granos de pimienta rosa. Cuando me despierto empapado en sudor frío tengo que encender el televisor de pantalla grande para imponerme a los ruidos de las obras que se escuchan el día entero, llegando a alguna parte. Hace un mes fue el aniversario de la muerte de Elvis Presley. Veo partidos de fútbol, con el sonido quitado. Oigo sonar el contestador automático una vez, dos veces; tiene el sonido quitado. Durante todo el verano Madonna nos grita:

–*La vida es un misterio, todo el mundo debe estar solo...* Cuando me dirijo Broadway abajo para reunir me con Jean, mi secretaria, y tomar el brunch, delante de Tower Records un universitario con un cuaderno en la mano me pregunta el nombre de la canción más triste que conozca. Le digo, sin pensarlo:

–«You Can't Always Get What you Want», de los Beatles. Luego me pregunta el nombre de la canción más alegre que conozca, y digo:

–«Brilliant Disguise», de Bruce Springsteen.

Él asiente, toma nota, y yo sigo, paso junto al Lincoln Center.

Ha ocurrido un accidente. Hay una ambulancia aparcada en el bordillo. Un montón de intestinos están encima de la acera en un charco de sangre. Compró una manzana muy dura en una frutería coreana y me la como camino de mi cita con Jean, la cual, justo ahora, está en la entrada a Central Park de la calle Setenta y siete, un fresco, soleado, día de septiembre. Cuando alzamos la vista hacia las nubes, ella ve una isla, un cachorro, Alaska, un tulipán. Yo veo, pero no se lo digo, una pinza para dinero Gucci, un hacha, una mujer partida en dos, un gran charco de sangre que se extiende por el cielo y gotea sobre la ciudad, en Manhattan.

Nos detenemos en la terraza cubierta de un café, Nowheres, del Upper West Side, discutiendo sobre qué película irá a ver, si hay alguna exposición en los museos que deberíamos visitar, qué tal un paseo, y ella sugiere el zoo, mientras yo asiento con la mente en otra cosa. Jean tiene buen aspecto, parece que ha hecho ejercicio últimamente, y lleva una chaqueta dorada de lamé y shorts de terciopelo de Matsuda. Me imagino a mí mismo en la televisión, en un anuncio de un nuevo producto –¿una barricada para el vino?, ¿una loción bronceadora?, ¿un chicle sin azúcar?– y me muevo dando saltos por una playa, la película es en blanco y negro, rayada a propósito, y una extraña música pop de mediados de los sesenta acompaña la acción, levanta ecos, suena como si procediera de un armónium. Ahora miro hacia la cámara, ahora tengo el producto en la mano –¿un nuevo fijador?, ¿zapatillas de tenis?–, ahora el viento me agita el pelo, luego es de día luego de noche luego otra vez de día y luego de noche.

–Yo tomaré un descafeinado au lait con hielo –le dice Jean al camarero.

–Yo también tomaré un café decapitado –digo, ausente, antes de darme cuenta–. Quiero decir... descafeinado. –Lanzo una mirada a Jean, preocupado, pero se limita a sonreírme sin expresión. Un *Times* de hoy domingo está en la mesa entre los dos. Discutimos dónde cenar esta noche. Alguien que se parece a Taylor Prestan pasa y me saluda con la mano. Me bajo las Ray–Ban y le devuelvo el saludo. Pasa alguien en bicicleta. Le pido agua al camarero. Pero llega otro camarero y deja encima de la mesa un plato que contiene dos bolas de sorbete, una de cilantro y limón, la otra de vodka y lima, que no le he oído pedir a Jean.

–¿Quieres un poco? –pregunta. –Estoy a régimen –digo–. Pero gracias.

–No necesitas perder peso –dice, auténticamente sorprendida–. Bromeas, ¿verdad? Tienes muy buen aspecto. Muy en forma.

–Uno siempre puede estar más delgado –murmuro, mirando la circulación de la calle, distraído por algo..., ¿qué? No lo sé–. Tener... mejor aspecto.

–Bueno, entonces quizá no debiéramos salir a cenar –dice ella, preocupada–. No quiero poner a prueba tu... fuerza de voluntad.

–No. No importa –digo–. De todos modos... nunca he sabido controlarme.

–Patrick, en serio. Haré lo que tú quieras –dice–. Si no quieres que salgamos a cenar, no salimos. Quiero decir que...

–Está bien –recalco. Se rompe algo–. No deberías hacer sólo lo que quiera él... –Hago una pausa antes de corregirme–. Quiero decir... lo que quiera yo. ¿De acuerdo?

–Sólo quiero saber lo que quieres hacer tú –dice ella.

–Vivir feliz para siempre, ¿vale? –digo sarcásticamente–. Eso es lo que quiero. –Le miro la mano, puede que durante medio minuto, antes de apartar la vista. Esto la tranquiliza. Al cabo de un rato pide una cerveza. Fuera, en la calle, hace calor.

–Venga, sonrío –me anima ella, poco después–. No tienes motivo para estar tan triste.

–Lo sé –digo, suspirando y calmándome–. Pero es... difícil sonreír. En estos tiempos. Por lo menos, yo lo encuentro difícil. No estoy acostumbrado a hacerla, supongo. No lo sé.

–Por eso... las personas se necesitan unas a otras –dice amablemente, tratando de mirarme a los ojos mientras se mete en la boca una cucharada del nada barato sorbete.

–Algunas no necesitan á otras. –Me aclaro la voz tímidamente–. Pero, bueno, las personas se compensan unas a otras... Se adaptan... –Después de una larga pausa, añado–: La gente se acostumbra a todo, ¿no crees? –pregunto–. El hábito afecta a las personas.

Otra larga pausa. Confusa, ella dice:

–No lo sé. Eso supongo..., pero uno todavía tiene que mantener... una mayor proporción de cosas buenas que... de malas... en este mundo –dice, y añade–: ¿De acuerdo? –Parece desconcertada, como si encontrara raro que esa frase le haya salido de la boca. Una ráfaga de música de un taxi que pasa, Madonna que canta de nuevo:

–*La vida es un misterio, todo el mundo debe estar solo...* Sobresaltado por la risa de los de la mesa contigua a la nuestra, vuelvo la cabeza para oír que alguien admite:

–A veces lo que uno viste en la oficina es lo que marca la diferencia. –y luego Jean dice algo y yo le pido que lo repita.

–¿Nunca has querido hacer feliz a alguien? –pregunta.

–¿Qué? –pregunto yo, tratando de prestarle atención–. ¿Jean?

Tímidamente, lo repite:

–¿Nunca has querido hacer feliz a alguien?

La miro fijamente; una fría, remota, oleada de miedo me invade, mojando algo. Vuelvo a aclararme la voz y, tratando de hablar con gran decisión, le cuento:

–La otra noche estaba en Sugar Reef..., ese sitio caribeño del Lower East Side..., ya sabes cuál...

–¿Con quién estabas? –me interrumpe.

Era Jeanette.

–Con Evan McGlinn.

–Oh –asiente con la cabeza, en silencio, aliviada, creyéndome. –En cualquier caso –suspiro, continuando–, vi a un tipo en el servicio..., un perfecto ejemplar de Wall Street... de arriba abajo..., llevaba un traje con un botón, de viscosa, lana y nailon de... Luciano Soprani..., una camisa de algodón de... Gitman Brothers..., una corbata de seda de Ermenegildo Zegna y, quiero decir que conocía al tipo, un agente de bolsa, se llama Eldridge... Le he visto en Harry's y en Au Bar y en DuPlex y en Alex *Goes to Camp*..., en todas partes, pero... cuando me acerqué a él vi... que estaba escribiendo... algo en la pared de encima del... urinario en el que estaba... –Hago una pausa, doy un trago a su cerveza–. Cuando me vio acercarme... dejó de escribir..., se guardó una pluma Montblanc..., se subió la cremallera de los pantalones..., me dijo, Hola Henderson..., se comprobó el pelo en el espejo, tosió... como si estuviera nervioso o... algo así y... salió del servicio. –Vuelvo a hacer una pausa, doy otro trago a su cerveza–. Total, fui a usar el... urinario y... al mirar... vi lo que había... escrito. –Me estremezco, me seco lentamente la frente con una servilleta.

–¿Qué era? –pregunta Jean cautelosamente.

Cierro los ojos y de la boca me salen cinco palabras que dicen: –Muerte... a todos... los yuppies.

Ella no dice nada.

Para romper el incómodo silencio que sigue, menciono todo lo que se me ocurre, que es:

–¿Sabías que el primer perro de Ted Bundy, un collie, se llamaba Lassie? –Una pausa–. ¿Me has oído?

Jean mira su plato como si estuviera confusa, luego se vuelve hacia mí.

–¿Quién es... Ted Bundy?

–Olvidalo –digo, con un suspiro.

–Oye, Patrick. Tenemos que hablar de una cosa –dice–. O por lo menos, yo necesito hablar de una cosa.

... donde había naturaleza y tierra, vida y agua, vi un paisaje desierto que no tenía fin; parecía una especie de cráter, tan desprovisto de razón y luz y espíritu que la mente no lo podía concebir en ningún plano consciente y si te acercabas la mente se tambaleaba y retrocedía, incapaz de percibirlo. Me resultaba una visión tan clara y real y vital que su pureza casi era abstracta. Y era lo único –que conseguía entender, que aquello era igual a como yo vivía, a como hacía que las cosas se movieran a mi alrededor, al modo en que trataba con las cosas tangibles. Era la geografía en torno a la que daba vueltas mi realidad: no se me había ocurrido, *nunca*, que las personas fueran buenas o que un hombre fuese capaz de cambiar o que el mundo podría ser un lugar mejor si uno se complaciera en un sentimiento o una mirada o un gesto, si recibiera amor o cariño de otra persona. Nada era afirmativo, el término «generosidad de espíritu» no se aplicaba a nada, era un tópico, era una especie de chiste malo. El sexo es matemáticas. La individualidad ya no es una opción. ¿Qué significa la inteligencia? No tiene sentido tratar de definir lo que es la razón, el deseo. El intelecto no es la cura. La justicia ha muerto. Miedo, recriminación, inocencia, simpatía, culpabilidad, fracaso, dolor, eran cosas, emociones, que ya nadie sentía de verdad. La reflexión es inútil, el mundo no tiene sentido. Lo único que permanece es el mal. Dios ya no está vivo. No se puede confiar en el amor. Superficie, superficie, superficie era lo único en lo que se encontraba un significado..., en esta civilización tal y como yo la veía, colosal y mellada... y no recuerdo a quién se lo decías..., no importa. Lo que importa es que sin embargo tú estabas lleno de fuerza..., te mostrabas muy dulce, y entonces comprendí... –Deja la cucharilla, pero no la estoy mirando. Miro los taxis que pasan por Broadway, aunque no puedan impedir que las cosas se desenreden, porque Jean dice lo siguiente–: Muchas personas parece que han perdido... –se interrumpe, continúa dudando– contacto con la vida y yo no quiero ser una de ellas. –Después de que el camarero le quite el plato, añade–: No quiero que me hagan... daño.

Creo que estoy asintiendo con la cabeza.

–He aprendido qué es estar sola y... creo que estoy enamorada de ti. –Dice esto último rápidamente.

Casi con superstición, me vuelvo hacia ella, bebiendo un sorbo de agua Evian; luego, sin pensarlo, digo, sonriendo:

–Yo estoy enamorado de otra persona.

Como si esta película se hubiera acelerado, ella ríe de inmediato, aparta rápidamente la vista, la baja, avergonzada.

–Bueno..., lo siento.

–Pero... –añado yo, tranquilamente– no deberías tener... miedo.

Vuelve a mirarme, llena de esperanza.

–Todavía se pueden hacer cosas –digo. Luego, sin saber porqué he dicho eso, lo modifico, diciéndole de una tirada–. O puede que no se puedan hacer. No lo sé. He perdido mucho tiempo contigo, conque no es que no me importe.

Ella asiente con la cabeza, sin decir nada.

–Nunca se debe confundir el afecto con... la pasión –le advierto–, Eso puede... no ser humano. Eso puede...traerte, bueno, problemas.

Jean no dice nada y de repente noto su tristeza, suave y tranquila, como un ensueño.

–¿Qué estás tratando de decir? –pregunta, con poca convicción, ruborizándose.

–Nada. Sólo... quería que supieras... que las apariencias pueden ser engañosas.

Mira fijamente el *Times* amontonado en varios pliegos encima de la mesa. Una leve brisa apenas hace que se agite.

–¿Por qué... me dices esas cosas?

Con mucho tacto, a punto de tocarle la mano pero impidiéndomelo, le digo:

–Sólo quiero evitar futuros malentendidos. –Pasa una tía buena, Me fijo en ella, luego vuelvo a mirar a Jean–. Vamos, vamos, no pongas esa cara. No tienes de qué avergonzarte.

–No estoy avergonzada –dice ella; tratando de comportarse con naturalidad–. Sólo quiero saber si te he decepcionado por admitir eso.

¿Cómo podría entender Jean que no hay modo de que me decepcione puesto que yo ya no encuentro nada que merezca la pena esperar del futuro?

–No me conoces bien, ¿no crees? –pregunto, bromeando.

–Te conozco lo suficiente –dice ella, su respuesta inicial, pero luego niega con la cabeza–. Oh, dejemos eso. He cometido un error. Lo siento. –Al instante siguiente cambia de idea–. Quiero conocerte mejor –dice seriamente.

Considero esto antes de responder:

–¿Estás segura?

–Patrick –dice ella, jadeando–, sé que mi vida estaría... mucho más vacía sin ti.

También considero esto, asintiendo pensativamente.

–Y no puedo... –Se interrumpe, frustrada–. No puedo hacer como si estos sentimientos no existieran.

–Chist...

... hay como una idea de Patrick Bateman, una especie de abstracción, pero no hay un yo auténtico, sólo una entidad, algo ilusorio, y aunque yo pueda disimular mi fría mirada y tú puedas estrecharme la mano y notar que su carne aprieta la tuya y puede que hasta puedas considerar que nuestros estilos de vida son parecidos: *Sencillamente, yo no estoy aquí*. Me resulta difícil tener sentido en un determinado nivel. Mi yo es algo fabricado, una aberración. Soy un ser humano no contingente. Mi personalidad es imprecisa y está sin formar, mi inhumanidad es profunda y persistente. Mi conciencia, mi piedad, mis esperanzas desaparecieron hace tiempo (probablemente en Harvard), si es que existieron alguna vez. No hay más barreras que cruzar. Todo lo que tengo en común con el incontrolado y el loco, el depravado y el malvado, todas las mutilaciones que he practicado y mi absoluta indiferencia hacia ellas, ahora lo he sobrepasado. Con todo, todavía me aferro a una sencilla y triste verdad: nadie está a salvo, nadie se ha redimido. Sin embargo, yo soy inocente. Debe asegurarse que cada modelo de conducta humana tiene cierta validez. ¿Es el mal algo que uno es? ¿O es algo que uno hace? Mi dolor es constante e intenso y no espero que haya un mundo mejor para nadie. De hecho quiero que mi dolor les sea infligido a otros. No quiero que nadie escape. Pero incluso después de admitir esto –y yo lo admito, incontables veces, en todos y

cada uno de los actos que he cometido— y de encarar estas verdades, no hay catarsis. No consigo un conocimiento más profundo de mí mismo, no se puede extraer ninguna comprensión nueva de nada de lo que digo. No hay razón para que te cuente nada de esto. Esta confesión no significa *nada*...

Le estoy preguntando a Jean:

—¿Cuántas personas de este mundo son como yo?

Ella hace una pausa y después responde cuidadosamente: —Creo que... ¿nadie? —apunta.

—Deja que te vuelva a plantear la cues... Espera, ¿cómo tengo el pelo? —le pregunto, interrumpiéndome.

—Uh, bien.

—Vale. Deja que te vuelva a plantear la cuestión. —Doy un sorbo a su cerveza—. Vale. ¿Por qué te gusto? —pregunto.

Ella pregunta a su vez:

—¿Por qué?

—Sí —digo yo—. ¿Por qué?

—Bueno... —Me cae una gota de cerveza en mi camisa Polo. Ella me tiende su servilleta. Un gesto práctico que me conmueve—. Te... interesan los demás —dice, con indecisión—. Es algo muy raro en lo que... —se vuelve a interrumpir—, es..., me parece..., un mundo hedonista. Esto es..., Patrick, me estás avergonzando. —Niega con la cabeza, cerrando los ojos.

—Sigue —la animo—. Por favor. Quiero saberlo.

—Eres encantador, eres dulce. —Pandas ojos en blanco—. Y la dulzura es... sexy..., no sé. Pero es tan... *misteriosa*. Y creo que... eres... misterioso. —Silencio, seguido por un suspiro—. Y eres... considerado. —Se da cuenta de algo, ya no está asustada, me mira directamente—. Y yo creo que los hombres tímidos son románticos.

—¿Cuántas personas de este mundo son como yo? —vuelvo a preguntar—. ¿De verdad parezco eso?

—Patrick —dice ella—. ¿Mentiría?

—No, claro que no..., pero yo creo que... —Es mi turno de suspirar contemplativamente—. Creo..., ¿sabes que se dice que no hay dos copos de nieve iguales?

Jean asiente con la cabeza.

—Bien, pues yo no creo que sea verdad. Creo que hay muchísimos copos de nieve que son iguales... y creo que hay muchísimas personas que también son iguales.

Vuelve a asentir con la cabeza, aunque puedo asegurar que está muy confusa.

—Las apariencias *pueden* ser engañosas —recalco cuidadosamente.

—No —dice ella, negando con la cabeza, segura de sí misma por primera vez—. No creo que sean engañosas. No lo son.

—A veces, Jean —explico—, las líneas que separan la apariencia... que uno ve... de la realidad... que no ve... se vuelven, bueno, muy borrosas.

—Esto no es cierto —insiste—. Sencillamente no es verdad.

—¿Estás segura? —pregunto, sonriendo.

—Yo no pensaba de ese modo —dice—. Puede que hace diez años no pensara. Pero ahora sí lo pienso.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, interesado—. ¿Cómo pensabas?

...la realidad que se desborda. Tengo la extraña sensación de que éste es un momento crucial de mi vida y me sobresalto ante lo imprevisto de lo que supongo pasa por una epifanía. No hay nada de

valor que le pueda ofrecer. Por primera vez veo a Jean desinhibida; parece más fuerte, menos controlable, con deseos de llevarme a una tierra nueva y poco familiar –la aterradora inseguridad de un mundo completamente distinto–. Noto que quiere arreglar mi vida de un modo significativo –me lo dicen sus ojos y, aunque veo verdad en ellos, también sé que un día, muy pronto, también ella quedará atrapada en el ritmo de mi locura–. Todo lo que tengo que hacer es mantenerme callado con respecto a esto y no sacarlo a relucir; sin embargo, hace que me debilite, casi s como si *ella* estuviera decidiendo quién soy yo, y con mi propia obstinación, de modo voluntarioso, para que pueda aceptar una .puzada de sentimiento, algo que se tensa en mi interior, y antes de poder interrumpirlo me encuentro casi deslumbrado y en disposición de creer que podría tener la capacidad de aceptar, aunque no de devolver, su amor. Me pregunto si incluso ahora, aquí en Nowheres, puede ver las nubes oscuras que se alzan detrás de mis ojos. Y aunque noto que me abandona la frialdad que siempre tengo, el entumecimiento probablemente nunca querrá desaparecer. Esta relación probablemente no llevará a nada..., no cambiará nada. Imagino a Jean oliendo a limpio, como el té.

–Patrick..., háblame..., no te preocupes tanto –está diciendo.

–Creo que... ha llegado el momento... de que lance una mirada bondadosa... al mundo que he creado –digo, atragantándome, con los ojos llenos de lágrimas, y me encuentro admitiendo ante ella– fui a buscar... medio gramo de cocaína... en el armarito de las medicinas esta... noche pasada. –Estoy juntando las manos, que forman un gran puño con todos los nudillos blancos.

–¿Y qué hiciste con ella? –pregunta.

Pongo una mano encima de la mesa. Ella la coge.

–La tiré. La tiré toda. Me apetecía esnifarla –digo, jadeando–, pero la tiré.

Me estrecha la mano con fuerza.

–¿Patrick? –pregunta, subiendo la mano por mi brazo hasta agarrarme por el codo. Cuando reúno fuerzas para volver a mirar, me sorprende lo inútil, aburrida, físicamente guapa que de verdad es, y la pregunta: *¿Por qué no termino con ella?*, se interpone en mi línea de visión. Una respuesta: tiene un cuerpo mejor que la mayoría de las demás chicas que conozco. Otra: en cualquier caso, todos son intercambiables. Otra más: la verdad es que no importa. Está sentada frente a mí, triste pero esperanzada, sin personalidad, a punto de disolverse en lágrimas. Le aprieto la mano, conmovido, no, afectado por su ignorancia del mal. Tiene que pasar una prueba más.

–¿No tienes un attaché? –le pregunto, tragando saliva.

–No –dice ella–. No lo tengo.

–Evelyn lleva attaché –apunto.

–¿Lo lleva...? –pregunta Jean.

–¿Y una agenda personal?

–Una pequeña –admite.

–¿De diseño? –pregunto desconfiadamente. –No.

Suspiro y tomo su mano, pequeña y dura, en la mía.

... y en los desiertos del sur de Sudán el calor se alza en ondas, y miles y miles de hombres, mujeres y niños vagan por las vastas extensiones de matorrales buscando comida desesperadamente. Esqueléticos y muertos de hambre, dejan un rastro de cuerpos muertos, comen hierbas y hojas y... azucenas, dando tumbos de poblado en poblado, muriendo lenta, inexorablemente; una mañana gris, en el miserable desierto, con el aire lleno de moscas, un niño con la cara como una luna negra yace en la arena, arañándose el cuello, y se alzan conos de arena, nadie consigue ver el sol, el niño está cubierto de arena, casi muerto, los ojos sin pestañear, agradecido (deténte e imagina durante un instante un mundo donde todos agradecen algo) de que ninguno de los demás seres macilentos que

pasan, aturcidos y doloridos, le preste atención (no..., *hay* uno que le presta atención, que se fija en la agonía del niño y sonríe, como si guardara un secreto), el niño abre y cierra su boca agrietada sin hacer ningún sonido, hay un autobús de transporte escolar a lo lejos y, por encima de él, en el espacio, se alza un espíritu, se abre una puerta, pregunta:

–¿Por qué?

Es la del hogar de los muertos, el infinito, se abre y se cierra en el vacío, el tiempo pasa cojeando, el amor y la tristeza atraviesan a toda velocidad al chico...

–Muy bien...

Soy oscuramente consciente de que suena un teléfono. En el café, en Columbus, números incontables, cientos de personas, puede que millares, se han acercado a nuestra mesa durante mi silencio.

–Patrick –dice Jean.

Una persona con un cochecito de niño se detiene en la esquina y compra una chocolatina. El bebé nos mira fijamente a Jean y a mí. Nosotros le devolvemos la mirada. Es raro de verdad y experimento una especie de sensación interna, siento que me acerco y al tiempo me alejo de algo, y que todo es posible.

Aspen

Faltan cuatro días para Navidad, son las dos de la tarde. Estoy sentado en la parte trasera de una limusina negra aparcada delante de una casa anodina de la Quinta Avenida, tratando de leer un artículo sobre Donald Trump del último número de la revista *Fame*. Jeanette quiere que entre con ella, pero yo digo:

–Olvídate de ello.

Tiene un ojo amoratado desde la noche pasada, pues tuve que forzarla mientras cenábamos en Il Marlibro para que considerara la posibilidad de hacerla; luego, después de una discusión más fuerte en mi apartamento, aceptó. El dilema de Jeanette está más allá de mi definición de la culpabilidad, y tuve que decirle sinceramente, durante la cena, que me resultaba muy difícil expresar un interés por ella que no sentía. Durante todo el trayecto desde mi casa en el Upper West Side, ha estado sollozando. La única emoción clara, identificable, que expresa es desesperación y puede que añoranza, y aunque he conseguido ignorarla durante la mayor parte del trayecto, por fin he tenido que decirle:

–Oye, esta mañana ya me he tomado dos Xanax, de modo que, bueno, no vas a ser capaz de, ya sabes, molestarme.

Ahora, mientras se apea tambaleándose de la limusina al gélido pavimento, murmuro:

–Es lo mejor –y, para que se consuele, añado–: No te lo tomes tan en serio.

El conductor, cuyo nombre he olvidado, la acompaña hasta la puerta de la casa y ella lanza una última mirada de pesar. Suspiro y me despido de ella con la mano. Todavía lleva, desde la noche pasada, un abrigo de balmacaan con dibujo de piel de leopardo y algodón sintético encima de un vestido de crepé de lana de Bill Blass. Entrevistaron a Bigfoot en el programa de Patty Winters de

esta mañana y para mi sorpresa lo encontré sorprendentemente articulado y encantador. El vaso en el que tomo el vodka Absolut es finlandés. Estoy muy bronceado comparado con Jeanette.

El conductor vuelve del edificio, alza el pulgar en mi dirección y aleja cuidadosamente la limusina del bordillo e inicia la expedición hasta el aeropuerto JFK, donde mi vuelo para Aspen despegará dentro de noventa minutos. Cuando vuelva, en enero, Jeanette se habrá ido del país. Enciendo nuevamente el puro y busco un cenicero. Hay una iglesia en la esquina de esta calle. ¿A quién le importa? Ésta es, creo, la quinta madre a la que he hecho abortar, la tercera que no he hecho abortar por mí mismo (una estadística inútil, lo admito). El viento fuera de la limusina es fuerte y frío, y la lluvia golpea en los cristales ahumados en oleadas rítmicas, imitando los probables sollozos de Jeanette en la mesa de operaciones, aturdida por la anestesia, pensando en algo de su, pasado, un momento en el que el mundo era perfecto. Resisto el impulso de echarme a reír histéricamente.

En el aeropuerto le ordeno al chofer que se detenga en F.A.O. Schwarz antes de recoger a Jeanette y le compre lo siguiente: una muñeca, un sonajero, un chupete, un oso polar, y lo deje todo en el asiento trasero, sin envolver. Jeanette se encontrará bien –tiene toda una vida por delante (esto es, si no se tropieza conmigo)–. Además, la película favorita de esta chica es *La chica de rosa* y cree que Sting está muy bien, de modo que lo que le ha pasado en parte se lo tiene merecido y uno no debe lamentarse por ello. En estos tiempos no hay sitio para los inocentes.

Día de San Valentín

Martes por la mañana y estoy de pie junto a mi mesa del cuarto de estar hablando por teléfono con mi abogado, mientras observo alternativamente el programa de Patty Winters y a la criada que encera el suelo, limpia la sangre que mancha las paredes, tira los periódicos empapados en sangre seca sin decir ni palabra. Me sobrecoge vagamente el que la criada esté tan perdida en un mundo de mierda, completamente hundida en él, y esto en cierto modo me hace recordar que el afinador de pianos vendrá esta tarde y que debería dejarle una nota al parlero para que le permita" entrar. No es que alguien haya tocado en el Yamaha; lo que pasa es que una de las chicas cayó sobre él y arrancó, rompió o algo así, unas cuantas cuerdas (que usé más tarde). Por el teléfono *estoy* diciendo:

–Necesito más cosas que desgravar.

Patty Winters está en la pantalla del televisor preguntándole a un niño, de ocho o nueve años:

–¿Pero *ése* no es otro término para orgía?

Suena el temporizador del microondas. Estoy calentando un soufflé.

Es inútil negarlo: ha ido una semana mala. "He empezado a beberme mis propios meados. Me río espontáneamente por nada. A veces duermo debajo del futón. Me paso hilo dental sin parar hasta que me duelen las encías y la boca me sabe como a sangre. Antes de cenar la noche pasada en Elisee con Reed Goodrich y Jason Rust, casi me atrapan en un Federal Express de Times Square tratando de mandarle a la madre de una de las chicas que maté la semana pasada lo que podría ser un corazón reseco, pardo. Y a Evelyn le mandé, sin problemas, también por medio de Federal Express, una cajita llena de moscas con una nota, escrita a máquina por Jean, diciéndole que nunca, *nunca más*, quería volver a verla y que, aunque la verdad es que no lo necesita, siguiera un jodido régimen. Pero también hay cosas que una persona media pensaría que son agradables y que he hecho para celebrar la fiesta, objetos que le he comprado a Jean y le he mandado esta mañana a su apartamento: unas servilletas de algodón Castellani de Bendel's, una silla de mimbre de Jenny B.

Goode, una colcha de tafetán de Barney's, un bolso con el cierre de metal flexible modelo exclusivo y un juego de tocadiscos de plata de ley modelo exclusivo de Macy's, y una estantería de pino blanco de Conran's, un brazalete eduardiano de oro de nueve quilates de Bergdorf's y cientos y cientos de rosas rojas y blancas.

En el despacho. Letras de canciones de Madonna no dejan de sonarme dentro de la cabeza, anunciándose de un modo cansino y familiar, y miro al vacío, con los ojos perezosamente abiertos, mientras trato de olvidar el día que se perfila ante mí, pero entonces una frase que me llena de un miedo innombrable interrumpe las canciones de Madonna –una granja aislada vuelve una y otra vez, una y otra vez–. Un tipo al que llevo un año evitando, un pesado de *Fortune* que quiere escribir un artículo sobre mí, ha vuelto a llamar esta mañana y termino por devolverle la llamada para concertar una entrevista. Craig McDermott debe tener una especie de ataque por culpa de los impuestos y no responde a mis llamadas, prefiriendo comunicarse exclusivamente por fax. El *Post* de esta mañana decía que han recuperado los restos de tres cuerpos que desaparecieron de un yate en marzo pasado; estaban congelados en el hielo, hechos pedazos e hinchados, en el East River. Un maníaco anda por la ciudad envenenando las botellas de litro de agua Evian, ya ha habido diecisiete muertos; conversaciones de zombis, el malhumor público, se incrementan los hechos al azar, enormes abismos de malentendidos.

Y, para que no se diga, reaparece Tim Price, o al menos estoy casi seguro de que es él. Mientras estoy en mi mesa de despacho, mientras tacho en el calendario los días que han pasado y al tiempo leo un nuevo bestseller sobre la gestión de oficinas que se titula *Por qué viene bien ser un idiota*, Jean llama por el interfono, anunciando que Tim Price quiere hablar conmigo, y temerosamente le digo:

–Dile que... entre.

Price irrumpe en el despacho llevando un traje de lana de Canali Milano, una camisa de algodón de Ike Behar, una corbata de seda de Bill Blass, zapatos de cuero con cordones de Brooks Brothers. Hago como que estoy hablando por teléfono. Se sienta frente a mí, al otro lado de la mesa Palazetti con la parte de arriba de cristal. Tiene una mancha en la frente, o por lo menos eso creo ver. Aparte de esto parece en bastante buena forma. Nuestra conversación probablemente se parece a esto, pero lo cierto es que es más breve.

–Price –digo yo, estrechándole la mano–. ¿Qué ha sido de tu vida?

–Bueno, he andado por ahí, ya sabes. –Sonríe–. Pero, oye, ya estoy de vuelta.

–Estupendo. –Me encojo de hombros, confuso–. ¿Cómo... te ha ido?

–Me pasó algo... sorprendente. –También se encoge de hombros–. Algo... deprimente.

–Cree que te había visto en Aspen –murmuro.

–Oye, ¿cómo estás tú, Bateman? –pregunta.

–Perfectamente –le digo, tragando saliva–. Ya sabes tirando.

–¿Y Evelyn? –pregunta–. ¿Cómo está?

–Bueno, hemos roto. –Sonríe.

–Es una pena. –Piensa en ello, entonces recuerda algo–. ¿Y Courtney?

–Se casó con Luis.

–¿Grassgreen?

–No. Carruthers.

También piensa en esto.

–¿Tienes su número?

Mientras se lo anoto, menciono:

–Has estado fuera, digamos que demasiado tiempo, Tim. ¿Qué ha pasado? –pregunto, fijándome de nuevo en la mancha de su frente, aunque tengo la sensación de que si le preguntara a otra persona si él estaba realmente allí, podría limitarse a decirme que no.

Se pone de pie, coge la nota.

–He vuelto. Probablemente me has echado de menos. Perdimos contacto. Por lo que pasó. – Hace una pausa y añade, bromeando–: Ahora trabajo para Robinson. Soy su mano derecha, ¿sabes?

–¿Una almendra? –pregunto, ofreciéndole una, en un inútil esfuerzo por disimular mi depresión ante su suficiencia.

Me da una palmada en la espalda, dice:

–Estás loco, Bateman. Eres un animal. Un perfecto animal.

–No puedo no estar de acuerdo –digo, riéndome débilmente, y sin preguntar qué pasa en el mundo de Tim Price, que de hecho es el mundo de la mayoría de nosotros: grandes ideas, asuntos de hombres, el chico se enfrenta al mundo, el chico se impone.

Un vagabundo de la quinta

Vuelvo de Central Park donde, cerca del zoo infantil, próximo al sitio donde asesiné al pequeño McCaffrey, les doy de comer trozos del cerebro de Ursula a los perros que pasan. Al bajar por la Quinta Avenida hacia las cuatro de la tarde, todo el mundo parece triste, el aire está lleno de putrefacción, los cuerpos yacen en el frío pavimento, durante kilómetros, algunos se mueven, otros no. La historia se hunde y sólo unos pocos parecen oscuramente conscientes de que las cosas van mal. Los aviones vuelan bajo por el cielo atravesando la ciudad, pasando por delante del sol. El viento aumenta en la Quinta, luego forma un embudo por la calle Cincuenta y siete abajo. Bandadas de palomas se alzan a cámara lenta y explotan frente al sol. El olor a castañas asadas se mezcla con el anhídrido carbónico de los escapes. Me fijo en que la silueta de los edificios ha cambiado recientemente. Miro hacia arriba, admirado, la Trump Tower; alta, brillando orgullosamente con los últimos rayos del sol de la tarde. Delante de ella, dos asquerosos negros muy espabilados despluman a los turistas jugando al trile y tengo que resistir el impulso de mandarlos a la mierda.

Un vagabundo al que dejé ciego una primavera está sentado con las piernas cruzadas encima de una manta repugnante cerca de la esquina con la Cincuenta y cinco. Me acerco para ver la cara llena de cicatrices del mendigo y luego el cartel que lleva colgado debajo de ella, que dice: «VETERANO DE VIETNAM CIEGO EN VIETNAM. POR FAVOR AYÚDENME. ESTAMOS HAMBRIENTOS Y SIN CASA.» ¿Estamos? Luego me fijo en el perro, que ya me mira con desconfianza y, cuando me acerco a su dueño, se levanta y gruñe, y cuando me quedo parado junto al vagabundo, por fin ladra, moviendo el rabo frenéticamente Me arrodillo, alzando la mano hacia el animal amenazadoramente. El perro reclusa, con las patas preparadas.

He sacado mi cartera y hago como que voy a dejar un dólar en su lata vacía de café, pero entonces me doy cuenta: ¿por qué molestarme en disimular? De todos modos, no mira nadie, y desde luego *el mendigo* tampoco. Vuelvo a guardarme el dólar y me agacho. El tipo nota mi presencia y deja de agitar la lata. Las gafas de sol que lleva puestas ni siquiera le tapan las heridas que le infligí. Tiene la nariz tan destrozada que no consigo imaginar que una persona pueda respirar con ella.

–Tú nunca estuviste en Vietnam –le susurro al oído. Después de unos momentos de silencio, durante los que se mea en los pantalones y el perro gimotea, grita:

–Por favor..., no me haga daño.

–¿Por qué iba a perder el tiempo? –murmuro, con desagrado. Me alejo del vagabundo y me fijo en una niña que fuma un pitillo y pide limosna delante de la Trump Tower.

–¡Fuera de aquí! –le digo.

Ella me responde:

–¡Fuera de aquí!

En el programa de Patty Winters de esta mañana un tipo muy alegre estaba sentado en una butaca muy pequeña y le entrevistaron durante cerca de una hora. Esta tarde, después, a una mujer que llevaba un abrigo de zorro plateado y visón, la ha acuchillado en la cara delante de Stanhope un enfurecido activista contrario a las pieles. Pero ahora, mirando todavía al mendigo ciego desde el otro lado de la calle, compro una chocolatina, una rellena de coco, en la que encuentro parte de un hueso.

Un club nuevo

Un jueves por la noche me tropiezo con Harold Carnes en la fiesta de inauguración de un club nuevo que se llama Wodd's End y que abren en el espacio del Upper East Side donde estuvo Petty's. Estoy en una mesa con Nina Goodrich y Jean, y Harold está de pie junto a la barra tomando champán. Estoy lo bastante borracho como para enfrentarme con él y referirme al mensaje que le dejé en el contestador. Me disculpo con las chicas y me abro paso hasta el otro extremo de la barra, dándome cuenta de que necesito un martini que me dé energías antes de discutir del asunto con Carnes (esta semana me ha resultado muy inestable, el lunes me sorprendí llorando durante un episodio de *Alf*). Me acerco, nervioso. Harold lleva un traje de lana de Gieves & Hawkes, una corbata de seda, camisa de algodón, zapatos de Paul Stuart; parece más fuerte de lo que recordaba.

–Enfréntate a ello –le está diciendo a Truman Drake–, los japoneses serán dueños de la mayor parte de este país a finales de los años noventa.

Contento de que Harold, como de costumbre, siga dispensando valiosa y *nueva* información, con el añadido de un ligero aunque inconfundible acento, Dios me perdone, inglés, me encuentro lo suficientemente lanzado para soltar bruscamente:

–Cierra la boca, Carnes, *no* lo serán.

Bajo el martini, de Stoli, mientras Carnes, con aspecto de estar completamente atónito, casi paralizado, se da la vuelta para encararme, y su orgullosa cabeza se abre en una sonrisa insegura. Detrás de nosotros alguien está diciendo:

–Pero mira lo que le pasó a Gekko...

Truman Drake le da una palmadita en la espada a Harold y se pregunta:

–¿Hay un ancho de tirantes que sea más..., bueno..., apropiado que otros anchos?

Enfadado, le empuja contra la multitud y desaparece. –Vamos a ver, Harold –digo–, ¿recibiste mi mensaje?

Al principio Carnes parece confuso, mientras enciende un pitillo, por fin se echa a reír.

–Por Dios, Davis. Sí, era divertidísimo. *Era* tuyo, ¿verdad? –Sí, por supuesto. –Parpadeo, murmurando para mí mismo, de verdad, y quitándome el humo de su pitillo de la cara.

–¿Que Bateman mató a Owen y a la puta? –Sigue riéndose entre dientes–. Oh, era puñeteramente maravilloso. Glorioso, de verdad, como dicen en el Groucho Club. Glorioso de verdad. –Luego, con aspecto de consternación, añade–: Era un mensaje bastante largo, ¿no?

Yo estoy sonriendo como un idiota y luego digo:

–¿Qué quieres decir exactamente con eso, Harold? –Pienso secretamente para mí mismo en que este hijoputa gordo no puede haber conseguido entrar en el jodido Groucho Club, y aunque lo hubiera conseguido, admitirlo de ese modo tira por tierra el hecho de que le hayan dejado entrar.

–El mensaje que dejaste. –Carnes ya pasea la vista por el club saludando a diversos tipos y a unas cuantas tías buenas–. A propósito, Davis, ¿cómo está Cynthia? –Coge una copa de champán que le ofrece un camarero que pasa–. Todavía sales con ella, ¿no?

–Espera, Harold. ¿Qué quieres decir? –repito categóricamente.

Él ya está aburrido, no le interesa lo que digo ni me escucha, y disculpándose, dice:

–Nada. Me he alegrado de verte. Por Dios, ¿no es ése Edgard Towers?

Giro bruscamente la cabeza para mirar, luego vuelvo a mirar a Harold.

–No –digo–. ¿Carnes? *Espera*.

–Davis –dice él, suspirando, como si tratara de explicarle pacientemente algo a un niño–. Yo no ando por ahí hablando mal de nadie, tu broma *fue* divertida. Pero, vamos, tío, tienes un olfato fatal: Bateman es tan puñeteramente lameculos, un pelota de mierda, y encima tan buen chico que no pude disfrutarla del todo. Por otro lado, era divertida. A ver si almorzamos o cenamos en el 150 Wooster o algún sitio así con McDermott o Preston. Siempre anda perdiendo el culo. –Trata de marcharse.

–¿Qué siempre *qué*? ¿*Qué* es lo que has dicho, Carnes? – Tengo los ojos desorbitados, me noto colocado aunque no he tomado drogas–. ¿De qué estás *hablando*? ¿Que Bateman siempre *qué*?

–Por Dios, tío. ¿Por qué si no le dejó Evelyn Richards? De verdad. No se atrevería a contratar a una puta, y mucho menos a..., ¿qué dijiste que le hizo? –Harold sigue paseando la vista distraídamente por el club y saluda a otra pareja, alzando su copa de champán–. Ah sí, «que la hizo picadillo». –Vuelve a echarse a reír, aunque esta vez su tono suena a educado–. Y ahora, si me perdonas, la verdad es que tengo que irme.

–Espera. ¡Quieto! –grito yo, mirando a Carnes directamente a la cara, para asegurarme de que me escucha–. No me parece que lo entiendas. La verdad es que no entiendes nada de esto. Le maté *yo*. Lo hice *yo*. Carnes, yo hice picadillo la jodida cabeza de Owen. Yo torturé a docenas de chicas. Todo lo que decía en el mensaje que dejé en tu contestador era *verdad*. –He quedado vacío, pero no tranquilo, –y me pregunto por qué no siento que esto es como una bendición para mí.

–Perdona –dice él, tratando de ignorar mi arrebató–. De verdad que *tengo* que irme.

–¡No! –grito yo–. Y ahora, Carnes, escúchame. Escúchame con mucho, pero que con mucho, cuidado. Yo–maté–a–Paul–Oweny–me–gustó. No puedo ser más claro. –La tensión hace que me atragante con las palabras.

–Pero eso es sencillamente imposible –dice, apartándose bruscamente–. Y ya no encuentro esto nada divertido.

–¡Nunca se supuso que lo sería! –ruja, y luego–: ¿Por qué es imposible?

–Porque lo es –dice, mirándose preocupado.

–¿y por qué?–vuelvo a gritar, imponiéndome a la música, aunque no haya necesidad, añado–: Hijoputa de mierda.

Me mira fijamente como si los dos estuviéramos debajo del agua y contesta gritando, con mucha claridad, por encima del estruendo del club:

–Porque... yo... cené... con Paul Owen... un par de veces... en Londres... *hace sólo diez días*.

Después de mirarnos fijamente el uno al otro durante lo que parece un minuto, por fin tengo el valor de volver a decirle algo, pero mi voz carece de autoridad y no estoy seguro de que ni yo me crea a mí mismo cuando le digo:

–No..., no cenaste con él.

Pero parece una pregunta, no una afirmación.

–Y ahora, Donaldson –dice Carnes, apartando mi mano de su brazo–. Si me perdonas.

–Claro que te perdono –digo despectivamente.

Luego me abro paso hasta nuestra mesa, donde ahora están sentados John Edmonton y Peter Beavers, y me tranquilizo con un Halcion antes de acompañar a Jean a casa. Jean lleva algo de Óscar de la Renta. Nina Goodrich llevaba un vestido de lentejuelas de Matsuda y se ha negado a darme su número de teléfono, aunque Jean estaba en el servicio de señoras del piso de abajo.

Un taxista

Otra accidentada escena que pasa por mi vida sucede un miércoles, aparentemente por culpa de alguien, aunque no puedo estar seguro de quién. Me encuentro en pleno atasco, metido en un taxi que se dirige del centro a Wall Street, después de un copioso desayuno en el Regency con Peter Russell, que era mi camello antes de tener un trabajo de verdad, y Eddie Lambert. Russell llevaba un abrigo sport de lana con dos botones de Redaelli, una camisa de algodón de Hackert, una corbata de seda de Richel, pantalones de lana con pinzas de Krizia Domo y zapatos de cuero Cole–Haan. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre niñas que estudian cuarto de primaria y comercian con el sexo para conseguir crack, y casi he cancelado mi cita con Lambert y Russell para verlo entero. Russell ha pedido en mi lugar mientras yo estaba en el vestíbulo hablando por teléfono. Por desgracia era un desayuno alto en grasas, alto en sodio, y antes de que haya podido comprender lo que estaba pasando, habían dejado en la mesa platos de tortitas a las finas hierbas con jamón en salsa de Madeira, salchichas a la parrilla y pastel de crema de café amargo, y he tenido que pedirle al camarero que me trajera una cafetera de descafeinado, un plato con trocitos de mango con arándanos y una botella de Evian. A la primera luz de la mañana que penetraba a través de las ventanas del Regency, he observado cómo nuestro camarero cortaba con elegancia unas trufas negras encima de los huevos humeantes de Lambert. Superado, me he rendido y he pedido que también pusiera trufas encima de mis trocitos de mango. No han pasado muchas cosas durante el desayuno. He tenido que hacer otra llamada telefónica, y cuando he vuelto a nuestra mesa, me he fijado que faltaba uno de los trozos de mango, pero no he acusado a nadie. Tenía otras cosas en la cabeza: cómo contribuir a la enseñanza norteamericana; la pérdida de confianza; una nueva era de posibilidades, y sacar las entradas para ver a Sting en *La ópera de los cuatro cuartos*, que acababa de estrenarse en Manhattan; cómo ganar más y recordar menos...

En el taxi llevo puesto un abrigo cruzado de cachemira y lana para Studio 000.1 de Ferré, un traje de lana con pantalones con pinzas para DeRigueur de Schoeneman, una corbata de seda de Givenchy Gentleman, calcetines de Interwoven, zapatos de Armani, leo el *Wall Street Journal* con mis gafas de sol Ray–Ban puestas y escucho en el walkman una cinta en la que toca Bix Beiderbecke. Dejo *el Journal*, cojo *el Post*, sólo para mirar Page Six. En el semáforo de la Séptima con la Treinta y cuatro, en el taxi parado al lado del nuestro va, creo, Kevin Gladwin, que lleva un traje de Ralph Lauren. Me bajo las gafas de sol. Kevin alza la vista del último número de la revista

Money y me sorprende mirándole con curiosidad antes de que su taxi se pierda entre el tráfico. El taxi en el que yo voy de repente deja atrás el atasco y dobla hacia la derecha por la Veintisiete, tomando la West Side Highway, camino de Wall Street. Dejo el periódico, me concentro en la música y el tiempo que hace, que es irracionalmente frío, y empiezo a notar el modo en que mira el taxista por el retrovisor. Una expresión de sospecha le cambia los rasgos de la cara –una masa de poros obstruidos, pelos que crecen hacia dentro–. Suspiro, ignorándole. Abre el capó de un coche y te dirá algo sobre la gente que lo diseñó, es sólo una de las muchas frases que me torturan.

Pero el conductor golpea con los nudillos en la separación de plexiglás, haciéndome señas. Mientras me quito el walkman, me fijo en que ha echado el seguro a todas las puertas –veo que los cierres bajan rapidísimamente, oigo el click hueco en el momento en que quito el volumen–. El taxi va más deprisa de lo que debiera por la autopista, en el carril de la derecha.

–¿Sí? –pregunto, irritado–. ¿Qué pasa?

–Oiga, ¿no le conozco? –pregunta con un marcado y escasamente comprensible acento que tanto podría ser de Nueva Jersey como del Mediterráneo.

–No. –Empiezo a ponerme nuevamente el walkman.

–Me parece conocido –dice–. ¿Cómo se llama?

–No le conozco. Ni usted a mí –digo, luego se me ocurre–: Chris Hagen.

–Vamos, vamos. –Sonríe como si estuviera equivocado. Sé quien es usted.

–Trabajo en una película. Soy actor –le digo–. Modelo. –No, no es eso –dice, ceñudo.

–Bien... –me echo hacia delante, para ver su nombre–, Abdullah, ¿es usted socio del M.K.?

No contesta. Vuelvo a abrir el *Post* donde hay una foto del alcalde vestido de piña tropical, luego lo vuelvo a cerrar y rebobino la cinta del walkman. Empiezo a contar para mí mismo –uno, dos, tres, cuatro– con los ojos clavados en el taxímetro. ¿Por qué esta mañana no llevo encima una pistola? Porque no creí que la necesitara. La única arma que llevo encima es un cuchillo que usé la noche pasada.

–No –vuelve a decir–. He visto su cara en alguna parte.

Por fin, irritado, pregunto, tratando de no darle importancia: –¿La ha visto? ¿De verdad? Interesante. Concéntrese en la calzada, Abdullah.

Hay una pausa larga y pavorosa mientras él me mira fijamente por el espejo retrovisor, y la expresión torva de su rostro desaparece. Su cara carece de expresión. Dice:

–Te conozco. Tío, sé quién eres. –y asiente con la cabeza, con la boca muy tensa. La radio que daba las noticias está apagada.

Pasan los edificios en un borrón gris y rojo, el taxi adelanta a otro taxi, el color del cielo cambia de azul a morado a negro a azul. En otro semáforo –que está en rojo y él se salta– pasamos por delante de un D'Agostino nuevo que está al otro lado de la West Side Highway, en la esquina donde antes estaba Mars, y eso me conmueve hasta las lágrimas, o casi, pues es algo identificable y me siento tan nostálgico por el mercado (aunque no compro en ninguno nunca) como nunca me he sentido por nada, y casi le digo al conductor que se detenga, me deje apearme y se quede con el cambio de diez dólares –no, de veinte–, pero no me puedo bajar porque conduce demasiado rápido e interviene algo, algo impensable y grotesco, y puede que le oiga decir:

–Tú eres el que mató a Solly.

Su cara tiene una mueca de determinación. Como todo lo demás, lo siguiente pasa muy deprisa, aunque parece una prueba de resistencia.

Trago saliva, me quito las gafas y le digo que no vaya tan deprisa, antes de preguntar:

–¿Quién, si me permite que se lo pregunte, es Solly?

–Tío, tu cara aparece en un cartel de se busca, del centro –dice, impávido.

–Creo que debería detenerse aquí –me las arreglo para decir.

–Eres tú, ¿verdad? –Me mira como si yo fuera una especie de víbora.

Adelantamos a otro taxi, con la luz encendida; vamos por lo menos a ciento treinta. No digo nada, me limito a negar con la cabeza.

–Vaya anotar... –trago saliva, temblando, al abrir la agenda de cuero y sacar una pluma Montblanc de mi attaché de Bottega Veneta– el número de su licencia.

–Tú mataste a Solly –dice él, reconociéndome sin la menor duda debido a algo, e interrumpiendo cualquier otra negativa por parte mía, al decir con una especie de gruñido–: Hijo de la gran puta.

Cerca de los muelles de la parte baja de la ciudad, deja la autopista dando un violento viraje y dirige el taxi hacia el extremo de una zona de aparcamiento desierta, y se me ocurre, ahora, en este preciso instante, cuando entra a toda velocidad y luego sigue junto a una valla de aluminio medio derruida, cubierta de óxido, en dirección al agua, que lo único que puedo hacer es ponerme el walkman, suprimir el sonido del taxista, pero tengo las manos como paralizadas, retorcidas, y no consigo ponerlo en marcha, mientras continuo atrapado en el taxi que va como una flecha hacia un destino que sólo el conductor, que sin duda está trastornado, conoce. Las ventanillas están parcialmente bajadas y puedo notar el frío aire de la mañana que me seca la espuma del pelo. Me siento desnudo, súbitamente minúsculo. La boca me sabe a metal, luego a algo peor. Mi visión: una carretera en invierno. Pero me queda un pensamiento reconfortante: soy rico; millones no lo son.

–Me parece que me ha identificado incorrectamente –estoy diciendo.

Detiene el taxi y se vuelve hacia el asiento trasero. Empuña un arma, de un tipo que no reconozco. Le miro fijamente y mi expresión de extrañeza se transmuta.

–El reloj. El Rolex –dice simplemente.

Le escucho en silencio, retorciéndome en el asiento.

Repite:

–El reloj.

–¿Se trata de una broma pesada? –pregunto.

–Fuera –dice, entre dientes–. Bájate del jodido taxi.

Distingo más allá de la cabeza del taxista, más allá del parabrisas, a unas gaviotas que sobrevuelan el agua oscura, ondulante, y abro la puerta y me apeo del taxi, con cuidado, sin hacer movimientos violentos. Es un día frío; Me sale aliento de la boca y el viento hace que se arremoline...

–El reloj, hijoputa –dice, asomándose por la ventanilla, apuntándome a la cabeza con la pistola.

–Oiga, no sé si sabe lo que está haciendo o lo que trata de conseguir o si sabe hasta dónde puede llegar. Nunca me han fichado, tengo coartadas...

–Cierra el pico –gruñe Abdullah, interrumpiéndome– Cierra esa jodida boca.

–Soy inocente –grito, con absoluta convicción.

–El reloj. –Monta el percutor de la pistola.

Me quito el Rolex y se lo tiendo.

–La cartera. –Mueve la pistola–. Sólo el dinero.

Sin esperanza, saco mi nueva cartera de piel de gacela y rápidamente, con los dedos congelados, le tiendo el dinero, que sólo asciende a trescientos dólares porque no he tenido tiempo de detenerme en un cajero automático antes del potente desayuno. Solly, supongo, era el taxista al que maté

durante la persecución del otoño pasado, aunque aquel tipo era armenio. Supongo que podría haber matado a otro y no recordar ese incidente en concreto.

–¿Qué va a hacer? –pregunto–. ¿Hay algún tipo de recompensa?

–No. No hay recompensa –murmura él, manoseando los billetes con una mano, y la pistola, todavía apuntándome, en la otra.

–¿Cómo sabe que no le voy a denunciar y hacer que le retiren la licencia? –pregunto, sacando un cuchillo que acabo de encontrar en el bolsillo y que parece como salido de un recipiente lleno de sangre y pelos.

–Porque eres culpable –dice él, y luego–: Aparta eso. –y con la pistola señala el cuchillo manchado.

–Como quiera –murmuro, enfadado.

–Las gafas de sol. –Las señala con la pistola.

–¿Cómo sabe que soy culpable? –No puedo creer que le pregunte esto con tanta tranquilidad.

–Atento a lo que haces, gilipollas –dice–. Las gafas.

–Son muy caras –protesto, luego suspiro, comprendiendo mi error–. Quiero decir baratas. Son muy baratas. Oiga..., ¿no le basta con el dinero?

–Las gafas. Dámelas inmediatamente –gruñe él.

Me quito las Wayfarer y se las doy. A lo mejor ni siquiera maté a Solly, aunque estoy seguro de que todos los taxistas que he matado últimamente *no* eran norteamericanos. Es probable que le matara. Es probable que *haya* un cartel de busca y captura mío en..., ¿dónde? ¿El taxi? ¿Dónde se reúnen los taxis? ¿Cómo se llama ese sitio?

El taxista se prueba las gafas, se mira en el espejo retrovisor y luego se las quita. Cierra las patillas y se las mete en el bolsillo de la chaqueta.

–Es usted hombre muerto. –Le sonrío torvamente.

–Eres un yuppie de mierda –dice.

–Y usted es hombre muerto, Abdullah –repito, sin bromear–. Cuente con ello.

–¿Sí? Y tú eres un yuppie de mierda. ¿Qué es peor?

Arranca el taxi y se aleja de mí.

Mientras vuelvo caminando a la autopista, me detengo, me atraganto, sollozo, la garganta se me seca.

–Yo sólo quiero... –De cara al perfil de los edificios, murmuro–: Que siga el juego.

Y cuando estoy parado, como congelado, una vieja sale de detrás de un cartel de *La ópera de los cuatro cuartos* en una parada de autobús desierta, y no tiene casa y pide limosna y cojea y tiene úlceras en la cara que parecen bichos y estira una temblorosa mano roja.

–Por favor, ¿podría apartarse? –digo, con un suspiro. Ella me dice que me corte el pelo.

En Harry's

Un viernes por la tarde un grupo salimos pronto de la oficina, y vamos a Harry's. El grupo consiste en Tim Price, Craig McDermott, yo mismo y Prestan Goodrich, que en la actualidad sale con una tía buena total que se llama, creo, Plum –sin apellido, sólo Plum, una actriz y modelo, que tengo la sensación de que todos pensamos que es bastante moderna–. Discutimos sobre dónde reservar mesa para cenar: Flamingo East, Oyster Bar, 220, Counterlife, Michael's, SpagoEast, Le Cirque. También está Robert Farrell, con el Lotus Quotrek, un aparato portátil que da los valores de bolsa, delante de él encima de la mesa, y pulsa botones mientras se encienden las últimas cotizaciones. ¿Qué llevan puesto? McDermott lleva una chaqueta sport de cachemira, pantalones de lana, una corbata de seda Hermes. Farrelmeva un chaleco de cachemira, zapatos de cuero, pantalones de sarga Garrick Anderson. Yo llevo un traje de lana de Armani, zapatos de Allen Edmonds, pañuelo de bolsillo de Brooks Brothers. Otro lleva un traje hecho a medida por Anderson and Sheppard. Uno que se parece a Todd Lauder, y de hecho otros muchos, saludan alzando el pulgar desde el otro lado de la sala, etc., etc.

Me asaltan con las preguntas de costumbre, entre ellas: ¿Las normas para llevar pañuelo de bolsillo son las mismas cuando se lleva una chaqueta de esmoquin blanca? ¿Hay alguna diferencia entre los zapatos de yate y los náuticos? Mi futón ya está muy aplastado y es incómodo dormir en él, ¿qué puedo hacer? ¿Cómo se puede enterar uno de la calidad de los discos compactos antes de comprarlos? ¿Qué nudo de corbata es menos abultado que el Windsor? ¿Cómo se puede mantener la elasticidad de un jersey? ¿Hay que dar propina cuando se compra un abrigo? Yo estoy pensando, claro está, en otras cosas, haciéndome mis propias preguntas: ¿Soy un yonki del ejercicio físico? ¿Hombre frente a conformismo? ¿Podría conseguir salir con Cindy Crawford? ¿Significa algo ser Libra, y si sí, se puede demostrar? Hoy estaba obsesionado con la idea de mandar por fax la sangre que saqué de la vagina de Sarah y enviarla a la oficina de la división de fusiones de empresa de Chase Manhattan donde trabajaba, y no lo he hecho porque esta mañana he hecho un collar con las vértebras de algunas de las chicas y me apetecía quedarme en casa y ponérmelo en el cuello mientras me masturbaba en la bañera de mármol blanco del cuarto de baño, al tiempo que gruñía y mugía como una especie de animal. Luego he visto una película sobre cinco lesbianas y diez vibradores. Grupo favorito: Talking Heads. Bebida: el J&B o Absolut con hielo. Programa de televisión: *A última hora con David Letterman*. Refresco: Diet Pepsi. Agua: Evian. Deporte: béisbol.

La conversación sigue desarrollándose por su propia cuenta, no tiene estructura auténtica ni hay asuntos concretos ni una lógica interna ni sentimiento; a no ser, claro, uno oculto, como de conspiradores. Sólo hay palabras, y como en una película, pero una que haya sido transcrita incorrectamente, la mayoría de ellas se superponen unas a otras. Me está costando mucho esfuerzo o algo así prestar atención porque mi cajero automático ha empezado a *hablarme*, y de hecho a veces deja mensajes muy raros en la pantallita, en letras verdes, como: «Monta una escena espantosa en Sotheby's» o «Mata al Presidente» o «Da de comer al gato que se me ha extraviado», y casi pierdo la razón por culpa del banco del parque que me siguió durante seis manzanas de casas el lunes pasado por la tarde y que también me hablaba. Desintegración me .estoy tomando las cosas con calma–. Sin embargo, la única pregunta que consigo formular, contribuyendo con ella a la conversación, es de preocupación:

–Yo no vaya ir a ninguna parte si no tenemos mesa reservada, conque, ¿tenemos mesa reservada en algún sitio, o no?

Me fijo en que todos tomamos cerveza seca. ¿Soy el único que se da cuenta de esto? También llevo gafas de imitación de concha de tortuga que no están graduadas.

En la pantalla del televisor de Harry's ponen el programa de Patty Winters –que supera a Geraldo Rivera, Phil Donahue y Oprah Winfrey– y que ahora es por la tarde. Hoy trata de si el éxito económico iguala a la felicidad. La respuesta, en Harry's esta tarde, es un clamoroso grito de:

–Sin la menor duda –seguido de muchos silbidos, mientras todos brindan unos con otros de modo amistoso.

Ahora en la pantalla hay escenas de la toma de posesión del presidente Bush a principios de este año, luego del discurso del presidente saliente, Reagan, mientras Patty hace un comentario difícil de oír. Pronto se inicia un aburrido debate sobre si el Presidente miente o no, aunque no podemos, no queremos, oír lo que dicen. El primero y único que se queja de verdad es Price que, aunque creo que lo que le molesta es otra cosa, aprovecha esta oportunidad para airear su frustración. Con una expresión de estupefacción, totalmente inapropiada, pregunta:

–¿Cómo puede mentir así? ¿Cómo puede soltar esa mierda?

–Por Dios –me quejo yo–. ¿Qué mierda? Vamos a ver, ¿dónde tenemos mesa reservada? Quiero decir que no tengo hambre de verdad, pero me gustaría que reservarais mesa en algún sitio. ¿Qué tal el 220? –Luego se me ocurre–: McDermott, ¿cuántas estrellas le dan en la última Zagat?

–Sin comentarios –se queja Farrell, antes de que pueda responder Craig–: La coca que me pasaron allí la última vez estaba cortada con tanto laxante que de hecho tuve que cagar en el M.K.

–Claro, se te lleva la vida y luego uno muere.

–El peor momento de la noche –murmura Farrell.

–¿No fuiste con Kyria la última vez que estuviste allí? –pregunta Goodrich–. ¿No fue *eso* lo peor de la noche?

–Me cogió sin el contestador conectado. ¿Qué podía hacer?

–Farrell se encoge de hombros–. Mis disculpas.

–Le cogió sin el contestador conectado. –McDermott me da un codazo, dudándolo...

–Cállate, McDermott –dice Farrell, dando un tirón a los tirantes de Craig–. Sale con una pordiosera.

–Te olvidas de algo, Farrell –interviene Preston–, McDermott también es un pordiosero.

–¿Cómo está Courtney? –pregunta Farrell a Craig, riéndose maliciosamente.

–Limítate a decir que no –dice alguien, riendo.

Price aparta la vista de la pantalla del televisor, luego de Craig, y trata de disimular su desagrado diciéndome, mientras hace señas con la mano hacia el televisor:

–No lo creo. Parece tan... *normal*. Parece tan... lejos de eso.

Tan... poco peligroso.

–Peligroso, peligroso –dice alguien–. Atravesado, atravesado.

–Es totalmente inofensivo, carapijo. Era totalmente inofensivo. Lo mismo que *tú* eres totalmente inofensivo. Pero él *hizo* todas esas cagadas y *tú* no conseguiste que nos dejaran entrar en el 150. – McDermott se encoge de hombros.

–No entiendo cómo alguien, *quien sea*, puede aparecer así, implicado en tanta mierda –dice Price, ignorando a Craig y apartando la mirada de Farrell. Saca un puro y lo examina con tristeza. Para mí que todavía hay una especie de mancha en la frente de Price.

–¿Porque Nancy estaba detrás de él? –opina Farrell, alzando la vista del Quotrek–. ¿Porque Nancy lo hizo todo?

–¿Cómo puedes mostrarte tan jodidamente, no sé, *indiferente* sobre algo así? –Price, al que le ha pasado algo raro de verdad, suena a auténticamente perplejo. Corren rumores de que estuvo en rehabilitación.

–Hay gente que nace indiferente, supongo. –Farrell sonrío, encogiéndose de hombros.

Me río ante esta respuesta, pues Farrell evidentemente es de lo menos indiferente, y Price me lanza una mirada de reproche y dice: –y tú, Bateman..., ¿cómo puedes ser tan absurdo al respecto? Yo también me encojo de hombros.

–Sólo soy un tipo feliz que hace camping. –y añado, recordando, *citando* a mi hermano–: Rocking and a rolling.

–Sé todo lo que puedas ser –añade alguien.

–Amigos. –Price no quiere dejar morir el asunto–. Mirad –Empieza, tratando de realizar una valoración racional de la situación–. Se presenta como un vejete inofensivo. Pero por dentro... –Se interrumpe. Mi interés aumenta levemente–. Pero por dentro... –Price no puede terminar la frase, no es capaz de añadir las dos palabras que necesita: *no importa*. Me siento alegre y al tiempo decepcionado por ello.

–¿Por dentro? ¿De verdad que por dentro? –pregunta Craig, aburrido–. Me creas o no, la verdad es que te estaba escuchando. Sigue.

–Bateman –dice Price, ablandándose un poco–. Sigue tú. ¿Qué opinas tú?

Levanto la vista, sonrío, no digo nada. En alguna parte –¿el televisor?– suena el himno nacional. ¿Por qué? No lo sé. Antes de un anuncio, a lo mejor. Mañana, en el programa de Patty Winters: «Los porteros de Nell's. ¿Dónde están ahora?». Suspiro, me encojo de hombros, cualquier cosa.

–Una buena respuesta, desde luego –dice Price, luego añade–: Eres idiota.

–Es la información más valiosa que he oído desde que... –miro mi nuevo Rolex de oro, que compré con el dinero del seguro–, desde que McDermott ha sugerido que tomáramos todos cerveza seca; y yo quiero un whisky escocés.

McDermott alza la vista con una sonrisa burlona, y suelta: –Amigo. Tiene el cuello largo. Magnífico

–Y es muy civilizado –se muestra de acuerdo Goodrich.

Un inglés superelegante, Nigel Morrison, se detiene junto a nuestra mesa, y lleva una flor en la solapa de su chaqueta Paul Smith. Pero no se puede quedar mucho pues está *citado con otros* amigos ingleses, Ian y Lucy, en Delmonico's. A los pocos segundos se aleja. Oigo que alguien dice burlonamente:

–Nigel. Un animal de *páté*.

Otro:

–¿Sabíais que los hombres de las cavernas tomaban más fibras que nosotros?

–¿Quién se encarga de la cuenta de Fisher?

–Que le den por el culo. ¿Cómo es la nueva obra de teatro de Shepard? ¿La cuenta de Shepard?

–¿No es Monrowe, ése? Qué consumido está.

–Mira, hermano...

–Por el amor de Dios...

–pobre y desagradable...

–¿Ya mí qué me importa?

–¿La *obra* de Shepard o la cuenta de Shepard?

- Ricos con estéreos baratos.
- No, las chicas que aguantan el alcohol.
- Pesos ligeros totales...
- ¿Quieres fuego? Bonitas cerillas.
- ¿Ya mí qué me importa?
- Claro claro claro claro claro...

Creo que soy el que dice:

- Tengo que devolver unos vídeos.

Alguien ha sacado ya un teléfono celular Minolta y pide un taxi, y luego, cuando no estoy escuchando de verdad, sino mirando a alguien que se parece muchísimo a Marcus Halberstam y paga la cuenta, alguien pregunta, sin más, sin relación con nada:

- ¿Por qué?

Y aunque estoy muy orgulloso de tener la sangre fría y conservar la calma y de hacer lo que se espera que haga, capto algo, luego me doy cuenta de que es: ¿Por qué?, y respondo automáticamente, sin venir a cuento, por ningún motivo, y sólo limitándome a abrir la boca y a dejar que las palabras salgan de ella, resumiéndoselo a esos idiotas:

-Bien, aunque sé que debería haberlo hecho en lugar de no hacerla, tengo veintisiete años, por el amor de Dios, y así es, bueno, como se presenta la propia vida en un bar o en un club de Nueva York, y puede que de *cualquier parte*, y a finales de este siglo, y como se comporta la gente, ya sabéis, yo, y el ser Patrick para mí representa, supongo, que, bueno, claro, bueno... -Ya esto le sigue un suspiro, luego un leve encogimiento de hombros y otro suspiro, y encima de una de las puertas tapadas por cortinas de terciopelo rojo de Harry's hay un cartel, y en el cartel, con letras que hacen juego con el color de las cortinas están las palabras «ESTO NO ES UNA SALIDA».

